Política y Sociedad

Vol 51, No 1 (2014)

Tabla de contenidos

Monografía

La mirada sociológica hacia la alimentación: análisis crítico del desarrollo de la investigación en el campo alimentario
Cecilia Díaz Méndez, Isabel García Espejo 15-49

Food studies and the integration of multiple methods
Alan Warde 51-72

Comer o no comer ¿es esa la cuestión?: una aproximación antropológica al estudio de los trastornos alimentarios
Mabel Gracia-Arnaiz 73-94

El papel de la información en las cogniciones y percepciones hacia nuevas tecnologías aplicadas a los alimentos
Elena Espeitx Bernat, Luis Cantarero Abad, F.Xavier Medina Luque, Juanjo Cáceres Nevot 95-120

"Consumocracia". El consumo político como forma de participación de la ciudadanía
Amparo Novo Vázquez 121-146

Miscelánea

Atemporalización y presentificación del mundo social en la sociología contemporánea
Ramón Ramos Torre 147-176

Los discursos sobre la modernización de los Servicios Públicos de Empleo: ¿hacia una nueva forma de gobernanza?
Carlos Jesús Fernández Rodríguez, María Paz Martín Martín 177-200

Complementación entre encuestas presenciales y telefónicas
Vidal Díaz de Rada Iguúzquiza 201-226

Las comisiones de diversidad funcional en el 15M español: poner el cuerpo en el espacio público
Miriam Arenas Conejo, Asun Pié Balaguer 227-245

Reseñas

SÁNCHEZ DE DIOS, M. (2012). Política comparada. Madrid, Síntesis.
Emanuela Lombardo 247-249

RENDUELES, César (2013): Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital, Madrid, Capitán Swing.
Sílvia Ferreira 251-255

PLATERO, Raquel (Lucas) (ed.), Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada, Bellaterra, Barcelona, 327 pags.
Alba Alonso Álvarez 257-260

La mirada sociológica hacia la alimentación: análisis crítico del desarrollo de la investigación en el campo alimentario

Cecilia DÍAZ MÉNDEZ
Departamento de Sociología - Universidad de Oviedo
cecilia@uniovi.es

Isabel GARCÍA ESPEJO
Departamento de Sociología - Universidad de Oviedo
igarcia@uniovi.es

Recibido: 08-06-2013
Aceptado: 26-02-2014

Resumen
La Sociología de la Alimentación es un área de trabajo relativamente reciente que sólo en los últimos años ha cobrado relevancia científica internacional como disciplina de estudio (Mennell, Murcotrt y van Otterloo, 1992; McIntosh, 1996; Beardsworth y Keil, 1997; Germov y Williams, 2000; Koc, Sumner y Wilson; 2012). El retraso en la constitución de un cuerpo científico propio es resultado de un conjunto de factores: la diversidad de temáticas existentes, las dificultades metodológicas para afrontar un campo de naturaleza multidimensional o la escasez de estudios comparados explican, al menos parcialmente, su posición académica. Este artículo resume la forma en que la Sociología afronta el estudio de la alimentación. Para ello se ha realizado un estudio de las publicaciones científicas de los últimos 20 años a través de los artículos sobre alimentación publicados en las revistas de Sociología del Journal Citantion Report. Este trabajo permite presentar la panorámica de los estudios de Sociología de la Alimentación en el ámbito internacional y realizar algunas propuestas críticas sobre su desarrollo. Tras este recorrido se puede afirmar que la Sociología de la Alimentación cuenta con un ámbito de estudio propio, aunque con frecuencia se mueva en las fronteras de la Sociología Rural y la Sociología del Consumo.
Palabras clave Sociología de la Alimentación, Sociología del Consumo, Sociología Rural, homogeneización alimentaria, globalización alimentaria, desigualdades alimentarias, sistema agroalimentario

A sociological perception of food: a critical analysis of research developments in the study of food

Abstract
The Sociology of Food is a relatively new area of work which only in recent years has gained international scientific relevance as a discipline of study (Mennell, Murcotrt and van Otterloo, 1992; McIntosh, 1996; Beardsworth and Keil, 1997; Germov and Williams, 2000; Koc, Sumner and Wilson, 2012). The delay in the formation of a specific scientific body is the result of a combination of factors: the diversity of subjects, the methodological difficulties to face a multidimensional field of study, or the scarcity of comparative studies. This paper summarizes how sociology undertakes the study of

ISSN: 1130-8001
http://dx.doi.org/10.5209/rev_POSO.2014.v51.n1.42472

food. We made a study of the scientific articles on food that have been published in the last 20 years in the journals of Sociology that appear in the Journal Citation Report. This paper allows us to present an overview of the studies on the Sociology of Food at the international level and to make some critical proposals as to their evolution. As a result, we may conclude that the Sociology of Food occupies a specific field of study, although it frequently overlaps the fields of Rural Sociology and Sociology of Consumption.

Key words: Sociology of Food; food studies, food consumption, Rural Sociology, food homogenaization, food globalization, food inequalities, agrofood system

Referencia normalizada
Díaz Méndez, C., García Espejo, I. (2014). "La mirada sociológica hacia la alimentación: análisis crítico del desarrollo de la investigación en el campo alimentario". *Política y Sociedad*, Vol.51 Núm. 1 15-49

Sumario: 1. El estudio sociológico de la alimentación. 2.Metodología de trabajo: revisión bibliográfica del Journal Citation Report. 3.De la problematicación de la agricultura a la problematización de la alimentación. 4.Desigualdades alimentarias y globalización: de la cultura de clase a la alimentación global. 5.Identidades alimentarias: alimentación, cuerpo y salud. 6.Conclusiones. Bibliografía

1. El estudio sociológico de la alimentación

La Sociología de la Alimentación es un área de trabajo relativamente reciente que, a lo largo de las últimas décadas, ha cobrado relevancia científica internacional como disciplina de estudio (Mennell, Murcott y van Otterloo, 1992; McIntosh, 1996; Beardsworth y Keil, 1997; Germov y Williams, 2000; Koc, Sumner y Wilson; 2012). A pesar del aumento sostenido de publicaciones científicas en las que los sociólogos estudian las diversas y complejas caras de la alimentación en las sociedades modernas, aún se está lejos de la constitución de un cuerpo científico propio. Este retraso es resultado de un conjunto de factores diversos, entre los que se pueden destacar al menos cuatro: En primer lugar, la variedad de temáticas existentes que hacen de este campo un área de gran interés investigador, pero con frecuencia excesivamente abierto y poco delimitado. En segundo lugar, por las dificultades para afrontar estudios comparados que permitan clarificar las hipótesis acerca de si nos encontramos ante rasgos de carácter cultural específicos de un territorio o ante tendencias de cambio social más amplias que puedan ser comprendidas y analizadas como tendencias propias de la modernidad e integradas en teorías sociológicas más amplias sobre el cambio social. En tercer lugar, debido a la dificultad para abordar un área de estudio que por su naturaleza holística requeriría de aproximaciones multidisciplinares que, sin embargo, apenas se realizan. Y en cuarto lugar, debido a la división de las metodologías empleadas que separan de manera sistemática los estudios cuantitativos y cualitativos, como sucede en otros temas de estudio sociológicos, pero aquí resulta más limitador al ser la alimentación un campo multidimensional que requiere, más que otros, de triangulación metodológica.

2. Metodología de trabajo: revisión bibliográfica del Journal Citation Report

Una de las formas posibles de conocer el peso científico de un campo de estudio concreto es a través de las publicaciones científicas en ese campo. Hemos tomado como ejemplo el análisis de las publicaciones sociológicas sobre alimentación siguiendo la lógica de describir la disciplina a través de lo que hacen los estudiosos que se dedican a ella. En definitiva, sería considerar que la Sociología de la Alimentación es lo que hacen los sociólogos que se dedican a su estudio, algo seguramente parcial, pero que ayuda a centrar un campo científico que no ha logrado aún una clara delimitación.

Para averiguar cómo ha sido tratada la alimentación desde las Ciencias Sociales se ha realizado un análisis bibliográfico de las publicaciones del Journal Citation Report (Social Science) a través de la Web of Knowledge (WOK) una de las plataformas de recogida de las publicaciones científicas, gestionada en España por la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT). El registro de la WOK presenta, sin duda, una perspectiva parcial de la sociología internacional, pues la preponderancia de la lengua inglesa supone una presencia mayor de la Sociología americana y británica en detrimento de los trabajos escritos en otras

lenguas. Sin embargo permite constatar la evolución de los estudios sociológicos sobre alimentación en el ámbito académico, dada la consolidación del registro como referencia de calidad en las instituciones universitarias internacionales. Se han analizado las 128 revistas de Sociología indexadas y se han explorado en ellas los estudios dedicados a la alimentación a través de las palabras clave *food or diet* or eat* or cook**[1]. Se ha acotado un período temporal de 1990 al 2013, tras comprobar la escasa presencia de artículos anteriores a esta fecha (solamente 4)[2].

El número de trabajos publicados bajo los epígrafes de búsqueda es de 1.629, de los cuales se diferencian 397 cuando se perfila la búsqueda hacia los estudios que empleen metodologías cualitativas con las palabras *qualitative or interview or focus group or case study or life* historie. El número de trabajos cuantitativos bajo los epígrafes *quantiative or survey or sample or statistics or source or data or regression analysis or model or variable* es de 591.

No se pretende una exploración exhaustiva de todas las publicaciones, pero sí abordar un objetivo: analizar los temas tratados y su evolución a lo largo del tiempo para relacionar los cambios y el tratamiento de los temas con las problemáticas alimentarias de cada periodo. La exploración permite contar con una visión panorámica de los estudios sobre alimentación escritos por la Sociología académica internacional. Tras este recorrido estamos en condiciones de analizar la consistencia de un campo de estudio como la Sociología de la Alimentación, así como comentar críticamente la contribución de la Sociología a su creación.

Los estudios de este campo de estudio se iniciaron en los años noventa y tienen su máximo desarrollo al final de la primera década del siglo XXI. A partir de los años noventa se constata un crecimiento sostenido de los trabajos científicos y a finales de la década de los noventa se produce una intensificación de la producción científica y se desarrolla de manera significativa a mediados del 2000. Hablamos, por tanto, de un campo científico relativamente nuevo en la Sociología y que da signos de estabilidad y continuidad en los últimos veinte años.

La evolución y el tratamiento de las temáticas clarifican la situación de este campo académico en la Sociología internacional. Se pueden destacar tres área de estudio claramente diferenciadas y consolidadas: una de ellas con un vínculo más claro en el campo de la producción agroalimentaria, una segunda orientada al análisis de las desigualdades sociales y un tercer grupo de temas, más heterogéneo, orientado hacia el análisis de la identidad y el cuerpo.

---

[1] Ha de tenerse en cuenta que los artículos publicados en idiomas distintos al inglés cuentan con un resumen en este idioma, por lo que aparecen igualmente en el listado.

[2] Con la entrada de empleo y desempleo (*employ* or unemploy**) el número de referencias desde 1990 hasta la actualidad es de 9.060 y con el término género (*gender*) de 10.942.

3. De la problematicación de la agricultura a la problematización de la alimentación

Los estudios de los años noventa tratan la alimentación desde el ámbito exclusivo de la producción agraria. Estos trabajos tienen como motor de análisis los procesos de cambio y la creciente problematización de una agricultura que se industrializa. Los textos se sitúan en el centro de este proceso de industrialización, reflejando la transformación de una actividad ligada a la tierra, dirigida por pequeños propietarios, que se introduce progresivamente, y podría decirse que con resistencias que les particularizan, en un mercado agroalimentario globalizado.

3.1. Primeros efectos: cambios en la dieta de los más pobres

En las primeras décadas las temáticas nutricionales marcan las tendencias de los estudios llevados a cabo en países con un escaso nivel de desarrollo, muy especialmente con estudios apoyados en investigaciones cuantitativas. Estos trabajos analizan las variaciones en el estado nutricional de la población y asocian sus transformaciones a los cambios productivos generados por la mercantilización de producciones locales. Los datos proceden del análisis sobre el estado nutricional de la población, de ahí que aparezcan clasificados como cuantitativos, pero se trata de estudios de caso que son utilizados para explicar cómo la intensificación de la producción agrícola y la exportación hace disminuir el consumo de esos alimentos entre la población que los produce empeorando su dieta.

Es el caso del trabajo desarrollado por Wimberley y Bello (1992) en 59 países del tercer mundo analizando el consumo alimentario y el estado nutricional de la población; o el estudio de caso de las comunidades de pastores etíopes cuyo estado nutricional empeora con el aumento de la venta de leche (Holden, Coppock y Assefa, 1991). Estos análisis continúan hasta el final de la década de los noventa y muestran las estrategias de adaptación de los productores pobres de comunidades tradicionales que se enfrentan a situaciones de escasez alimentaria. Los factores generadores de cambio son diversos y han sido analizados con datos cuantitativos: cambios en los tipos de productos, en las técnicas de producción o en los sistemas de distribución y trasporte. Las dietas empeoran con la intensificación y la industrialización de la agricultura de los más pobres. Algunos ofrecen alternativas al respecto, como generar empleos no ligados a la agricultura para evitar estar sujetos al impacto de sus cambios (Campbell, 1999) otros destacan las ventajas de las formas tradicionales de producción (Smith y Smith, 1999).

Este tipo de trabajos tiene continuidad en la década siguiente. Con la misma lógica, es decir, la de mostrar sociedades pobres que se ven afectadas por los mercados globales, ahora se presenta una nueva situación alimentaria: el deterioro nutricional ligado al sobrepeso y la obesidad cuando una sociedad se inserta en la economía de mercado. Así se analiza el caso de los indígenas de la amazonía a

través del estudio antropométrico y socioeconómico realizado por Welch et al. (2009).

Este conjunto de estudios agroalimentarios desarrollados en países pobres contribuyen en tres direcciones a la comprensión del cambio social en este período histórico: En primer lugar, se muestra el impacto provocado por la inserción de la agricultura en las lógicas de un mercado alimentario global, con el gran efecto que esto supone sobre formas de producciones más tradicionales y las sociedades en las que se desarrollan. Se detecta el fuerte impacto de la globalización económica sobre la población, a través no solamente en los cambios ligados a las actividades productivas, algo estudiado por la Sociología Rural, sino también sobre la alimentación cotidiana y el consumo. Esta orientación analítica complementa la orientación tradicional realizada desde la Sociología Rural y traslada las lógicas de transformación al campo alimentario y con ello a los individuos afectados. En segundo lugar, aunque algunos estudios plantean propuesta de análisis nuevas o profundizan en las formas de resistencia de las comunidades tradicionales, ponen de manifiesto cómo la globalización alimentaria les imprime unas dinámicas transformadoras sobre las que tienen escaso control y una limitada capacidad de resistencia. En tercer lugar, los estudios permiten una visión de los efectos del cambio sobre la dieta a lo largo del tiempo. Se puede ver cómo el proceso de transición nutricional es un camino que comienza en el hambre hasta llegar a la malnutrición, pero cuyo paso siguiente es el sobrepeso y la obesidad. Ambos, malnutrición y obesidad, son resultado del mismo proceso de modernización social.

3.2. Cambios en la cadena de comercialización de los alimentos: de la tierra al plato

Al final de la década de los noventa se entra en una nueva etapa marcada por la creciente complejidad de la cadena agroalimentaria. Los trabajos ponen de manifiesto la impactante trasformación de un sector que pasa de una producción local y tradicional, regentada por pequeños productores y dirigida a un consumidor próximo y un productor conocedor del entorno, a una nueva forma de organización productiva plenamente integrada en nuevas formas de comercialización y que distancia a productores y consumidores e introduce nuevos agentes en la cadena agroalimentaria.

Los análisis se centran en los cambios sufridos en los países desarrollados y analizan en paralelo el mundo de la producción y el del consumo. Aunque reconocen que las transformaciones de la agricultura son consecuencia de los cambios en las demandas de los consumidores y a la inversa, es decir, que las formas de producción imprimen nuevas dinámicas a las demandas de los consumidores.

Sí coinciden en los efectos de la globalización alimentaria, pues detrás de ella se encuentra un consumidor confuso al elegir qué comprar-comer y preocupado por la seguridad y el riesgo de los alimentos. Ambos aspectos están íntimamente ligados al aumento de la distancia entre los productores y los consumidores. Esta distancia ha

afectado al ámbito de la producción en una disminución de la capacidad de control de las actividades productivas. A lo largo del proceso de industrialización de la agricultura el productor ha ido perdiendo protagonismo y capacidad de decisión, trasladándose el poder hacia los eslabones finales de la cadena y dejando en manos de los canales de distribución alimentaria una buena parte de las decisiones sobre qué, cómo y para quién producir. Pero además, el distanciamiento entre productor y consumidor supone un desconocimiento de cómo se producen los alimentos, y esto ha derivado en una preocupación creciente por los riesgos que entrañan los alimentos y un interés manifiesto por comer saludablemente.

El título del trabajo de Buck et al. *From farm to table* (1997), repetido posteriormente en múltiples estudios, muestra la necesidad de afrontar el análisis del recorrido de los alimentos *"de la tierra a la mesa"* que requiere una mirada holística para su comprensión. En este trabajo se analizan, mediante un gran número de entrevistas semiestructuradas, los discursos de los actores principales de la cadena de comercialización de productos orgánicos vegetales en California (productores, manipuladores, minoristas, procesadores, inversores, agencias de certificación y académicos). Exploran las dinámicas internas de las interacciones y las relaciones más relevantes. Detectan y analizan las trasformaciones ofreciendo ejemplos de cómo algunas partes de la cadena de comercialización, sobre todo las que tienen mayor valor añadido, han cambiado de manos y han hecho derivar las formas tradicionales de organizar la cadena hacia formas de organización industriales.

Se puede considerar el fin de la década de los noventa como la puerta de entrada de la alimentación en la nueva etapa de modernidad social. Parafraseando el título del trabajo de Shaw *What are they doing to our food?* (1999), la pregunta pone de manifiesto la incertidumbre reinante en torno a la alimentación en las sociedades desarrolladas. El texto, resultado de una investigación basada en entrevistas en profundidad a informantes clave, refleja el paso de los problemas alimentarios a la esfera pública en un país, Reino Unido, que podría representar al resto de las sociedades desarrolladas del momento. A través del discurso de los expertos entrevistados se repasan los temas alimentarios más problemáticos en un contexto de crisis alimentaria y se presentan en paralelo al aumento de la percepción de los riesgos por parte de la sociedad británica. El ciudadano comienza a cuestionar la forma en que llegan a su mesa los alimentos. Las temáticas reflejan sus preocupaciones, muy especialmente los asuntos asociados a la seguridad y el riesgo alimentario como reflejo de la desconfianza en la alimentación y en sus agentes.

El tema de la seguridad alimentaria comienza antes de la primera crisis global de las *vacas locas*. Tendrá un amplio desarrollo a partir de este suceso, pero ya en los años noventa se plantea que la percepción del riesgo está condicionada por factores de tipo social. Con análisis basados en pruebas de consenso cultural, Johnson y Griffith (1996) afirman que los consumidores perciben importantes riesgos en pescados y mariscos debido a su percepción acerca de la contaminación del mar. En 1998 en Noruega (Nygard y Storstad, 1998) se debate si los consumidores consideran más seguros los productos nacionales-regionales-locales, con una interesante reflexión de los autores acerca de si estas percepciones y otros aspectos ligados a la

tradición alimentaria nacional pueden ser un freno o un acicate a la comercialización. El etiquetado de productos locales puede ser una vía de resistencia a la entrada de productos extranjeros más baratos a través de la cual se unen los intereses de productores y consumidores. Lo cercano es más confiable y seguro. Entra en juego una nueva racionalización sobre los alimentos en la que el precio no es el único ni principal criterio de elección y los productos locales pueden garantizar la seguridad y la calidad en un contexto alimentario confuso.

Los estudios se hacen eco del cambio de valores hacia la alimentación en los países desarrollados. Estos cambios no tienen que ver sólo y exclusivamente con el producto, sino con lo que le rodea. En 1995 aparece el primer trabajo cuantitativo sobre vegetarianismo en el que Dietz et al. exploran a través de una encuesta a una muestra de población en Estados Unidos, los factores que influyen en la elección de esta dieta. Parece que los valores altruistas están ligados a la elección, como también confirma posteriormente Kalof et al. en 1999, aunque el predictor más consistente es la creencia de que estas dietas son un beneficio para la salud y el medio ambiente.

También los análisis sobre el turismo se adentran en el estudio de los valores analizando la alimentación como reclamo turístico, aunque con focos de atención diferenciados. En unos los mercados locales se presentan como continuidad de la granja (Miele y Murdoch, 2002), los restaurantes y cocineros como medio de proyección de la comida y los productos locales (Starr et al., 2003; Inwood et al., 2009) o el agroturismo como práctica sostenible (Torres, 2002; Che et al., 2005). Se liga la promoción turística de la comida a los valores sociales en alza de un nuevo "consumidor de territorio" para el que la comida constituye un elemento cultural simbólico.

Los trabajos sobre el bienestar animal (Hyers, 2006; Heleski et al., 2006; Pallotta, 2008; Deemer y Lobao, 2011) reflejan también las nuevas preocupaciones e inquietudes despertadas en torno al sistema agroalimentario, en este caso por la situación de los animales en las granjas, por las actitudes que la población tiene hacia sus condiciones y por las atribuciones de responsabilidad ante el maltrato animal. Algunos autores elaboran tipologías de actitudes y creencias clasificando a la población, como realiza Vinnari et al., (2013) a partir de una amplia muestra de finlandeses.

Realmente no se sabe si las preocupaciones sobre alimentación, las percepciones del riesgo o los nuevos valores ligados al consumo difieren por países, pero se intuye que pueden darse diferencias entre países ligadas a la cultura alimentaria de una sociedad. El tema vuelve a aparecer en un estudio comparativo sobre la confianza en la seguridad de los alimentos realizado en Rusia, Dinamarca y Noruega por Berg et al. (2005) a través de una encuesta a consumidores. Se perciben diferencias entre países en relación a la confianza, pues los consumidores en los países escandinavos sustentan su confianza en el estado mientras que los rusos se la otorgan a los mecanismos reguladores del propio mercado. Esta diferencia en la confianza del consumidor en función del papel del estado se detecta también en un estudio comparado a través de encuestas en Estados Unidos, Reino Unido, Dina-

marca y Suecia realizado por Sonderskov y Daugbjerg (2010) al estudiar las respuestas al etiquetaje ecológico. Se podría concluir que el consumidor es más confiado en los países en los que el estado está más implicado en la regulación del sistema agroalimentario.

Los estudios comparados muestran la necesidad de considerar las condiciones institucionales específicas a nivel nacional cuando se estudian cuestiones de consumo alimentario. La comparación permite comprender las respuestas de los ciudadanos a la seguridad alimentaría y su grado de confianza, y es una orientación necesaria para cualquier tema que deba ser regulado a nivel nacional, aún existiendo legislaciones supranacionales al respecto.

Todos estos estudios, aunque pretenden establecer vínculos entre la demanda de un consumo más responsable y crítico y la oferta alimentaria, no ofrecen conexiones que permitan constatar el grado de influencia del consumidor sobre la cadena de producción. Muestran que cambian los valores, pues reflejan nuevas preocupaciones acerca de cómo se produce pero, en general, presentan un consumidor ajeno al resto del sistema con nula capacidad de influencia, aunque con frecuencia sean sus respuestas lo que se estudia. Sin embargo, algunos de los análisis sociológicos hacen de los consumidores los últimos responsables del replanteamiento analítico al que se ven abocados los estudiosos del mundo agrario. Los nuevos valores están ejerciendo una fuerte influencia en las formas de producir y con ello alterando la manera de enfrentar el trabajo agrario y ganadero. En definitiva, la preocupación acerca de los cambios alimentarios "entra", en esta década, a través del consumidor reformulando las orientaciones de los analistas y dando un mayor protagonismo a quienes se ocupan del consumo y dejando en un segundo plano y en otro campo académico a la Sociología Rural, quienes se ciñen al estudio de los aspectos exclusivamente productivos de los alimentos.

3.3. Convencionalización o resistencia de la agricultura tradicional

Los textos que predominan en los inicios del siglo XXI están relacionados con un nuevo papel del agricultor en las sociedades desarrolladas. Abundan los trabajos relacionados con el rol que los pequeños agricultores tienen en el desarrollo rural de áreas geográficas concretas. Se trata de trabajos en los que se pone de manifiesto la forma en que los pequeños agricultores de los países ricos se han adaptado (y sobrevivido) ya no a la industrialización, sino a los cambios generados por la globalización del sistema agroalimentario. Basándose en la idea de la resistencia del pequeño agricultor, estos trabajos pretenden revitalizar su papel, pero ahora ya no como mero productor de alimentos, sino como cuidador del espacio rural. Ponen en valor el rol del pequeño productor como nexo entre la naturaleza y la sociedad, entre la producción y el consumo, manifestando con ello la función social que éste adquiere a través de la revitalización del espacio rural y reclamando un mayor protagonismo en la relación con el consumidor.

El elemento común y el debate teórico de fondo es el proceso de "conventionalization", termino inexistente en castellano que hace referencia a la inserción de la agricultura en las normas de funcionamiento de la economía de mercado capitalista. Algunos autores juegan con la dualidad convencional/alternativo, para otros se trata de una contraposición entre industrial/tradicional. En cualquier caso el foco de atención de los analistas ha cambiado. No se estudia ya la estrategia de resistencia minoritaria de productores marginales y/o alternativos ligados al ámbito de la producción, sino las estrategias alternativas de producción que encuentran una respuesta de consumo tan favorable como para conformarse como alternativas a las cadenas convencionales de producción, distribución y consumo. Es justamente este aspecto lo que vincula productores y consumidores. Se analizan las pautas de cambio seguidas por los productores y se habla de ellas como alternativas capaces de mantenerse en un mercado agroalimentario global con formas no convencionales y sin embargo no marginales. Con esta lógica de fondo, los analistas buscan conocer si las producciones no convencionales, como los productos orgánicos, se convencionalizan o si se desarrollan como formas alternativas de relación entre productores y consumidores.

El título del trabajo de Murdoch y Miele (1999) *Back to nature. Changing "worlds of production" in the food sector*, muestra al menos dos mundos productivos en el nuevo escenario alimentario global, y no solamente uno. A través de dos estudios de caso italianos en el texto se confirma la coexistencia de formas de producción diferentes frente a la apariencia de homogeneización propiciada por la industrialización de la alimentación. Los autores sostienen que ha tenido lugar una fragmentación de los procesos productivos y en el caso de la alimentación coexisten formas alternativas y convencionales, estas últimas marginan a la naturaleza en sus pautas productivas pero otras tienen un respaldo en un nuevo consumidor preocupado por la seguridad y la salud que otorga nuevos valores a la producción no estandarizada.

Uno de los trabajos más citados por los sociólogos para mostrar estos cambios es el de Marsden et al. (2000) con el título *Food supply chain approaches: exploring their role in rural development*. En este trabajo se analiza el papel de las cadenas cortas de comercialización como impulsoras del desarrollo rural y es un trabajo que ha servido de base para multitud de estudios empíricos de todo el mundo. Los autores explican, a través de un estudio de caso de la producción de ternera en Gales, el papel de las cadenas cortas de distribución. Ofrecen una tipología de varios niveles y diferentes tipos de evolución de estas cadenas y analizan sus potencialidades considerando cómo hacer frente a las grandes industrias a través de los vínculos entre productor y consumidor y con el apoyo de las instituciones. Este análisis se inserta en la crítica a la creciente complejidad de la cadena agroalimentaria que ha aumentado la desconfianza en la alimentación. Los canales cortos de comercialización pueden ser la estrategia para reducir la distancia entre productor y consumidor y generar confianza. La tipología en tres niveles que plantean constituye una de las propuestas teóricas más interesantes de este campo de estudio. En general, estos trabajos presentan situaciones positivas de trasformación de la agri-

cultura tradicional que se abre, no sin dificultad, al mercado. Otros ponen el acento en la dificultad que entraña la adaptación de las formas de producción minoritarias al competitivo mercado global. Así, Hall y Mogyorody (2001) estudian también las estrategias seguidas por los agricultores canadienses. A través de una encuesta a una muestra de granjas ecológicas que tienen una mayor orientación hacia la producción de orgánicos confirman que conservan los rasgos de un sistema alternativo de producción, incluyendo la venta directa al consumidor. Postulan que se mantienen sus estrategias de producción alternativas y no se convencionalizan.

Estas posiciones se complementan con los análisis en los que no se detecta tanto un mundo dividido como estrategias diferentes en función del contexto en el que se producen. Así se ve en el estudio comparado sobre las redes de comercio justo analizadas por Garcia y Lara (2004) entre Estados Unidos y México. Analizando varias experiencias en ambos países, confirman que si para los primeros el comercio justo tiene relevancia como forma de preservación de la agricultura familiar, para los mejicanos se trata más de estrategias de entrada en el mercado a través de certificaciones de origen. Esta cuestión hace reflexionar acerca de la necesidad de vincular las explicaciones sobre el desarrollo de estas redes alternativas al territorio en el que nacen y no solo al consumidor al que llegan. El título del trabajo de estos autores *Bringing the moral change home: fair trade within the north and whiting the south* expresa bien la dualidad moral existente en torno al valor de justicia social de los países ricos y pobres. El debate no está tanto entre si se convencionalizan o no las formas alternativas de relación entre productores y consumidores, sino si realmente los productores pueden mantener estrategias no convencionales en un mercado global. Los países ricos tienen ejemplos que confirman esta posibilidad, pero no es tan evidente entre los países pobres, que se muestran más preocupados por sobrevivir, sea cuál sea la fórmula, que por mantener pautas alternativas de acción que den respuesta a un consumidor más exigente. La convencionalización es una estrategia inevitable para unos mientras que para otros es una opción.

3.4. El debate sobre la convencionalización a través del análisis de los actores en la cadena agroalimentaria

Aunque las investigaciones muestran datos contradictorios al respecto, se ha desarrollado una importante línea de estudio que ha pretendido vincular analíticamente al productor y al consumidor intentado explicar el proceso a través del cual se hace más compleja la cadena agroalimentaria. Teniendo en cuenta que esta complejidad corre en paralelo al aumento de los actores intervinientes entre el productor y el consumidor, algunos analistas se han adentrado en el estudio de los roles y el poder de estos agentes, de ahí ha surgido una de las orientaciones más fructíferas. Un ejemplo de ello es el desarrollo de la teoría del actor red (*Actor Network Theory*) aplicada a las relaciones entre naturaleza y sociedad que pone énfasis en las relaciones de poder en la cadena agroalimentaria. Lo ha planteado por primera vez Goodman (1999) en *Agro-food studies in the "age of ecology". Nature, corporeality, bio-*

politics. La autora analiza las relaciones entre productor y consumidor en el caso de la agricultura ecológica australiana y explica cómo se producen vínculos basados en una ética inherente a las relaciones que se dan en este tipo de agricultura. Campbell y Liepins (2001), en Nueva Zelanda, argumentan en la misma línea en uno de los trabajos más citados hasta la fecha. Los autores realizan un recorrido histórico por el proceso de transformación de la agricultura y muestran cómo van cambiando las ideas sobre los productos orgánicos a lo largo del tiempo. Al realizar un análisis de los cambios desde los años setenta se comprenden bien las variaciones en las posiciones de poder en la cadena agroalimentaria y se constata el desplazamiento de poder hacia los agentes más próximos al consumidor a la vez que los productores van perdiendo protagonismo.

También indaga sobre los vínculos productor-consumidor apostando por nuevas formas de relación alternativas el trabajo de Raynolds (2002) titulado *Consumer/producer links in Fair Trade coffee networks*. La autora argumenta que los elementos de unión se sustentan en la justicia social, la confianza y la equidad. Estos mercados alternativos abren la posibilidad de desarrollar relaciones nuevas en la producción, el comercio y el consumo. El éxito del mercado de café dentro de las redes de Comercio Justo es un ejemplo, pues desafía a los mercados convencionales dominados por las grandes corporaciones alimentarias. Este tipo de redes hacen más próxima y más igualitaria la relación entre productor y consumidor y, además, humanizan el proceso de intercambio comercial.

Profundiza en estos análisis en las sociedades occidentales Goodman (2004) *Rural Europe redux? Reflections on alternative agrofood networks and paradigm change.* Analiza otras redes agroalimentarias alternativas planteando que también en Europa hay vínculos nuevos entre productores y consumidores que podrían ser formas alternativas de relaciones en el sistema agroalimentario vinculadas al desarrollo rural.

Tanto Raynolds, Goodman, como Campbell y Liepins (2001) abren una vía de análisis muy prolífica en la segunda mitad del 2000 al plantear la posibilidad de explicar el funcionamiento del sistema agroalimentario a través de las relaciones entre los actores que intervienen en ella. También introducen una crítica sobre la perspectiva determinista con la que se había planteado el análisis de la transformación del sistema agroalimentario mundial hasta el momento.

Pero también hay autores que no se muestran tan convencidos de que las redes alternativas de comercialización se mantengan realmente como alternativas y no como pautas marginales de relación en el sistema agroalimentario. El trabajo de Lockie et al. (2002) titulado *Eating green. Motivations behind organic food consumption in Australia* analiza el creciente interés de los consumidores por los alimentos producidos sin agentes químicos, en el propio territorio, con bajo impacto ambiental y sin organismos genéticamente modificados. El trabajo se hace eco de las dificultades de la producción y la industria para dar respuesta a una demanda creciente de los consumidores por los productos orgánicos. A través de grupos de discusión y de una encuesta nacional, los autores examinan el significado de *"producto verde"* y cómo estos significados se reflejan en las prácticas de consumo.

Estos análisis introducen un elemento más en el análisis de los cambios en el sistema agroalimentario y sus redes de relación. En ellos, la figura del consumidor y sus preferencias alimentarias es el centro del análisis y se estudia la valoración y los significados que atribuyen a los alimentos para explicar los hábitos de compra y consumo. Sin embargo, no parece que sea fácil determinar cuales son estos valores y cómo inciden, pues los consumidores cuentan con mucha información variada que les orienta en sus elecciones y con criterios diversos que no siempre tienen que ver con una posición ideológica más ligada a los productos alternativos. Criterios como el precio tiene un peso similar a valores como la protección del medio ambiente, y la conveniencia favorecerá el consumo sin contar con cuestiones de carácter ético o ideológico.

Más adelante, en 2005, también Lockie y Halpin (2005) demuestran, con una extensa encuesta a agricultores australianos, que la agricultura no se fragmenta entre alternativos y convencionales. Estudiando a productores grandes y pequeños dedicados a la producción de orgánicos constatan que los valores de unos y otros son coincidentes y los grandes no son los más reacios a apoyar los productos locales. Cuestionan la tesis de la convencionalización, pues no hay muestras de estar ante dos tipo de agriculturas diferenciadas, ni ideológica ni estructuralmente, y los autores afirman que se trata más de una división entre buenos (alternativos) y malos (convencionales) que una correcta orientación para analizar los cambios en las formas de producción. Por lo tanto, dicen, ni estamos ante agriculturas alternativas, ni ante consumidores alternativos.

También el debate sobre la convencionalización de la agricultura se afronta de mejor modo a través de estudios comparados. Es un buen ejemplo de ello el trabajo de Fonte (2008) en el que se realizan estudios de caso en 10 países europeos para conocer el proceso de valorización de los alimentos y analizar la interacción entre las formas de conocimiento y los actores en la definición de la comida local. El estudio se inserta en el debate acerca de si la relocalización de la alimentación es una estrategia que tiene continuidad o no en un mercado alimentario global, en definitiva, si resiste o si sucumbe. Para la autora no existe tal dicotomía, pues depende del contexto en el que se produce la relocalización. En Europa se apuesta políticamente por incorporar al desarrollo económico a los pequeños productores agrarios y la literatura que analiza esta situación incorpora a los consumidores como parte del proceso, de modo que se entiende como algo que es construido por muchos actores en la red agroalimentaria. Al analizar las formas de conocimiento (de los rurales y de los urbanos, de los científicos y de los legos) la autora contribuye a explicar las asimetrías de poder en la interacción. Plantea que para decidir acerca de la persistencia o desaparición de las formas alternativas de producción y consumo es necesario situarse en el contexto en el que se producen y explicar cómo se adaptan a él. Las diferentes situaciones son una muestra de que no hay una única estrategia para afrontar los problemas locales, pues cada territorio tiene sus propias fortalezas y debilidades aunque el objetivo sea en todos los casos lograr un desarrollo rural sostenible.

3.5. Cambios en el papel de las instituciones en la cadena agroalimentaria

No se puede explicar la respuesta ante las presiones de la globalización alimentaria sin el análisis del poder de los agentes que intervienen en la cadena. Los agentes institucionales, en particular el Estado, cobran especial protagonismo adoptando al menos, dos papeles; bien como orientador de las decisiones de los productores, bien como defensor de los intereses de los consumidores. Así, se constituyen en freno o acicate de la actividad productiva.

Trabajos como el de Dupuis (1993) analizando los cambios históricos seguidos en el proceso de reordenación de la industria láctea en Estados Unidos, muestran el papel de los Estados en la ordenación de las políticas agrarias. No es el único trabajo que refleja el papel y el poder de las instituciones sobre los agricultores. El texto de Bonanno et al. (1995) analiza, a través de un estudio de caso italiano, las relaciones entre los Estados y las empresas agroalimentarias y los efectos de estas alianzas sobre los pequeños productores. Aunque los autores muestran un caso en el que los grupos subordinados quedan en peor situación debido a las alianzas entre los agentes más poderosos, el trabajo pone de manifiesto la capacidad para controlar las relaciones y sus efectos por parte de los Estados-nación, un análisis que abre puertas para comprender el papel de las instituciones en entornos diferentes.

Estos trabajos se desarrollan con más intensidad a partir de la segunda mitad de la década del 2000. Uno de los más relevantes en este campo es el de Guthman et al. (2006). Muestra el importante papel de las instituciones en Estados Unidos para vincular los intereses de productores y consumidores. Afirman que el objetivo de lograr alimentos seguros es un asunto importante para ambos, aunque las orientaciones de los productores a favor de la seguridad del consumidor varían según la intervención institucional (ayudas gubernamentales). Este papel intermediador de las instituciones también se pone de manifiesto en los trabajos de Bonanno y Constance (2006) explorando la capacidad del Estado para controlar o regular el gran poder que han ido adquiriendo las empresas agroalimentarias. A través del estudio de los documentos de las operaciones realizadas por las empresas porcinas de Texas, los autores van mostrando las interrelaciones entre ambos y las mutuas interdependencias. Las producciones se convencionalizan si existe un respaldo institucional hacia esas orientaciones.

Tomlinson (2008), a través del estudio de documentos del gobierno y de entrevistas a actores políticos y a agentes de los grupos de productores orgánicos, presenta el relevante papel del gobierno de Reino Unido para el desarrollo de estos productos. El autor explica la forma en que el gobierno ha contenido y regulado la transformación de la agricultura orgánica y de este modo incorpora un actor más en la comprensión del proceso de convencionalización de la agricultura, aunque esta intervención no sea tanto dirigida al desarrollo de la agricultura orgánica como al desarrollo de una alimentación saludable.

Holm y Halkier exploran el proceso seguido por las instituciones para elaborar normas de seguridad alimentaria a escala europea tras la encefalopatía espongiforme bobina, la EEB (2009). Explorando el proceso en un estudio comparativo en seis

países (Dinamarca, Alemania, Italia, Noruega, Portugal y Reino Unido) concluye que se generaliza un marco normativo con el objetivo de restablecer la confianza del consumidor, pero la aplicación de la norma varía en los diferentes contextos analizados. En definitiva, se converge en la norma pero no en la aplicación. Es posible que esta sea la conclusión de los estudios sobre el rol de las instituciones en el sistema agroalimentario. Ni siquiera ante una norma internacional compartida podemos situarnos en escenarios similares, pues las instituciones nacionales imprimen particularismos a las naciones en su aplicación. Con estas conclusiones se podría pensar que la influencia de las grandes instituciones supranacionales, muy especialmente en el mercado agroalimentario, no genera el esperado efecto homogeneizador en las prácticas políticas.

3.6. El papel de los grupos de acción

Es necesario complementar estos análisis de las instituciones formales con la de los grupos de acción que, siendo menos organizados y con un grado de influencia menos visible, introducen variaciones en la cadena agroalimentaria en nombre del consumidor o del pequeño productor. Se pueden enmarcar estos trabajos en la categoría de *activismo alimentario* y han sido desarrollados por varios autores. Se trata de artículos que exploran iniciativas de acción política en torno a la comida que suponen nuevas relaciones sociales alrededor del sistema alimentario.

El título del trabajo de Roff en 2007 lo expresa de modo muy ilustrativo *Shopping for change?* planteando las consecuencias negativas para la sociedad de algunos tipos de activismo anónimo e individual al analizar las respuestas de los grupos contra los alimentos genéticamente modificados. Esta autora sostiene que los movimientos activistas se han convertido en movimientos *neoliberalizados*. Su visión crítica le hace analizar el poder de los consumidores para alterar las prácticas de los fabricantes de alimentos, pero también para ejercer una influencia que se escapa a la representación de la ciudadanía. La idea que subyace es la de la *walmartization* de la alimentación, comida barata pero social y económicamente cara, que no resuelve los problemas alimentarios actuales y además genera injusticia social.

Con una postura menos crítica a esta forma de participación, el trabajo de Alkon y Norgaard (2009) *Breaking the food chains* muestra el poder de grupos minoritarios pero relevantes. Las autoras analizan las demandas de dos grupos de activistas americanos que reclaman alimentación saludable, accesibles y culturalmente apropiadas. En la misma línea Brunoni et al. (2012) exploran, con varios estudios de caso, los grupos de compra solidaria y, enmarcando el trabajo en las teorías del actor red, muestran la capacidad de estos grupos para modificar las formas dominantes de *gobernanza alimentaria*.

Estos trabajos coinciden al centrar el análisis en el grado de influencia de las instituciones públicas, de las empresas o de los grupos de acción para generar transformaciones que afectan de manera decisiva a la cadena agroalimentaria incidiendo en la dirección de los cambios. Como motores de cambio la intervención de estos

agentes es apropiada para unos e inadecuada para otros, en tanto en cuanto pueden ser (y de hecho son) formas de poder en un sistema agroalimentario que ha aumentado el número de agentes de la cadena agroalimentaria, y, dentro de la cual, no todos ellos tienen la misma capacidad de influencia.

4. Desigualdades alimentarias y globalización: de la cultura de clase a la alimentación global

En los años noventa se comienza a reflejar, tímidamente, la preocupación por los efectos del cambio alimentario dentro de los hogares, con una orientación basada más en la Sociología del Consumo y al margen de la Sociología Rural. Se trata de estudios que discurren en paralelo a los anteriores a partir de los años noventa pero separados del ámbito productivo. En ellos las aproximaciones cualitativas se acercan al consumidor, y en ocasiones al comensal, y buscan la comprensión de las conductas alimentarias a través de los discursos de los sujetos y de sus percepciones sobre la alimentación y el alimento. Los estudios cuantitativos, por su parte, analizan las conductas más visibles de compra y consumo para explorar las motivaciones de las elecciones de los alimentos y los factores sociales que las explican.

Pero posiblemente lo que caracteriza estos trabajos que se alejan del ámbito productivo sea su gran diversidad temática. Esto tiene dos explicaciones: Por un lado, es posible que estemos ante trabajos que carecen de un cuerpo teórico compartido. Esto dificulta la clasificación y la comprensión de los estudios empíricos como parte de un mismo asunto analítico y la diversidad refleja esta falta de elementos teóricos comunes entre los investigadores que permitan una cierta coherencia y continuidad. Por otro lado, es posible que la diversidad esté reflejando la profusión de perspectivas analíticas sobre las cuales se puede estudiar la alimentación y sus problemas en las sociedades contemporáneas. Sin un soporte común similar al ofrecido por la Sociología Rural a los analistas del mundo productivo, es lógico encontrar estudios que no avanzan en la misma dirección, dado que no son resultado ni de las mismas preguntas, ni de las mismas orientaciones teóricas de análisis.

Otro de los temas sobre los que pivotan los trabajos y que se desarrollan a mediados de la década del 2000, es el estudio de los cambios alimentarios dentro de los hogares. Los cambios sociales generan preocupaciones en la sociedad derivadas especialmente de la perdida de formas de alimentarse ligadas a las culturas nacionales y a la tradición. Se ve con preocupación la perdida de la comida familiar, por el componente de convivencialidad que comporta, y la desaparición de pautas alimentarias culturalmente asentadas que se enfrentan a un proceso homogeneizador derivado de la globalización. Los analistas exploran los patrones alimentarios en los hogares, unos derivan el análisis hacia la comida familiar y su capacidad de resistencia en unas sociedades crecientemente más homogéneas.

A pesar de la diversidad temática reinante, si podríamos decir que el trasfondo analítico sobre el que se asientan los estudios del campo del consumidor es, nuevamente, los efectos que la globalización genera en sus prácticas alimentarias, en

definitiva, reflexionan acerca de la estandarización que provoca la globalización en los hábitos alimentarios. Bien es cierto que en este caso los aspectos económicos de la globalización quedan en un segundo plano para dejar paso a la preocupación por sus efectos culturales. Las pautas alimentarias muestran signos de homogeneización en una sociedad culturalmente más conectada en la que los modelos alimentarios dominantes, los occidentales, se ven reforzados por la internacionalización de los mercados. Los modelos alimentarios dominantes ejercen una fuerte influencia en las culturas nacionales dando lugar a la preocupación acerca de su resistencia o su desaparición. El debate es similar al anterior, pero si antes la preocupación se centraba en las pautas productivas, ahora preocupa en qué medida la globalización alimentaria genera efectos homogeneizadores sobre unos hábitos alimentarios con fuertes raíces sociales y culturales y de qué modo encuentra resistencias entre los comensales y consumidores.

4.1. Primeros efectos: nuevas formas de desigualdad en sociedades de abundancia.

Una de las orientaciones que mantiene una cierta coherencia teórica y continuista con la Sociología de otras épocas y otros estudios, es la que se inserta en el análisis de las desigualdades sociales. Esta es una orientación característica de la Sociología que sirve de soporte a los temas alimentarios desde los estudios de malnutrición en los períodos iniciales de la transición nutricional. Las desigualdades continúan siendo una temática de estudio sociológico a pesar de la abundancia que domina el panorama alimentario de la mayoría de los países analizados por la Sociología. Al igual que en los tiempos de escasez, la privación material de los hogares altera su alimentación. Son varios los trabajos que muestran las situaciones de los hogares que reciben ayudas alimentarias en Estados Unidos, un asunto que comienza a verse en los inicios de los noventa en Edin (1991) quien analiza, a través de entrevistas en profundidad, las formas en que las mujeres con hijos de Chicago afrontan la privación material con ayudas gubernamentales. Más recientemente Krueger et al. (2004) se preguntan *To help or to harm?* poniendo en cuestión si estas ayudas generan dependencia del Estado entre quienes las reciben. Confirma que estas ayudas no son suficientes para afrontar sus situaciones de necesidad y las preceptoras completan estos recursos con otras fuentes de ingresos, como ayudas de familiares o actividades laborales no declaradas.

El tema deja de estar presente en la literatura sociológica hasta mediados de la década del 2000. Siguiendo esta estela e intentando vislumbrar más allá de las ayudas estatales, autores como Krueger et al. (2004) analizan los efectos de estas ayudas sobre la mortalidad. La crisis económica hace a los analistas explorar, ya no solo las formas de afrontar la penuria económica con ayudas gubernamentales, sino las estrategias que los propios hogares elaboran para enfrentarse al hambre. Resultan muy ilustrativos dos estudios, uno en una ciudad de Filipinas (Schmeer, 2005),

otro en Estados Unidos (Kenney, 2008), que muestran cómo en los hogares en los que las mujeres casadas gestionan los ingresos de forma exclusiva y por tanto se ocupan de las compras de alimentos, sus hijos muestran mejores niveles nutricionales, pues el hogar destina mayores recursos a la alimentación.

Parece claro que el hambre y la malnutrición son problemas que no han desaparecido en las sociedades sobrealimentadas y los analistas asocian estas situaciones a contextos que profundizan en las desigualdades aunque con una nueva cara. Podríamos decir que la obesidad es la manifestación moderna de la pobreza. Con metodología mixta Smith et al., (2010) muestran que un porcentaje elevado de personas sin hogar en Estados Unidos tienen obesidad, muy especialmente cuando residen en zonas de poco acceso a la alimentación fresca. Tanto es así que se habla de *desiertos alimentarios* para explicar las dificultades de acceso a alimentos saludables entre la población rural y/o más pobre. La escasez de frutas y verduras en las dietas de las familias de bajos ingresos está íntimamente ligada a las oportunidades de acceso a este tipo de productos, como confirman en Estados Unidos varios analistas (Morton et al., 2005; Hendrickson et al., 2006). Aunque no se trata de un tema nuevo en los estudios sobre alimentación, pues es un asunto iniciado en los años noventa en Reino Unido, pone de manifiesto la importante relación entre la salud y la alimentación y cómo ésta se ve afectada de manera significativa en las familias en peores condiciones socioeconómicas. Algunos estudios establecen un vínculo entre la obesidad y la ruralidad en Estados Unidos (Schafft et al., 2009), pero las dificultades en el acceso a productos frescos no es un asunto sólo norteamericano, también genera estratificación social en otros países desarrollados como Japón (Kobayashi, 2010). En definitiva, la desigualdad alimentaria sigue siendo un tema de interés para los sociólogos aunque ahora la pobreza alimentaria ha cambiado de perfil y presenta nuevas situaciones ligadas a las sociedades donde no faltan alimentos. La obesidad es la nueva cara de la pobreza en los países ricos.

Hay un pequeño grupo de estudios que analizan un comportamiento nuevo. Se trata de análisis sobre comportamientos tradicionales que tienen, a buen seguro, una lógica distinta en la actualidad y que los analistas pretenden desentrañar. Es el caso de los análisis realizados sobre la agricultura urbana. Los huertos urbanos han sido analizados para ver si esta práctica es una estrategia para afrontar situaciones de escasez de recursos. Lo han estudiado a través de encuestas oficiales en ciudades rusas (Clarke et al., 2000) y no se puede decir que la agricultura urbana sea una respuesta para afrontar situaciones de crisis. Los hogares rusos que tienen huertos urbanos no son los de más bajos ingresos. Se trata más de un complemento al empleo remunerado que una alternativa ante situaciones de desempleo. A conclusiones similares llegan los estudios realizados en Canadá (Kortright y Wakefield, 2011) que con entrevistas en profundidad demuestran que esta producción de alimentos contribuye a una dieta más saludable en todos los grupos sociales, independientemente de sus ingresos. También se confirman las motivación de salud y de ocio en todos los grupos que tienen huertos en la población checa (Jehlicka et al., 2013). Es evidente, también aquí, que el efecto de la globalización alimentaria sobre los hábitos alimentarios tiene nuevas manifestaciones y que no se puede buscar en

los mismos lugares que años atrás: ni la penuria económica se manifiesta a través de la infraalimentación, ni las estrategias de subsistencia coinciden con las del pasado.

4.2. Cambios en los patrones alimentarios: entre la clase social y la individualización alimentaria

Otro de los asuntos que impregna una buena parte de la literatura sociológica hace referencia a la pervivencia de patrones alimentarios ligados al origen social de los individuos. Este asunto aparece en la literatura sociológica para explicar la menor diversidad alimentaria en las sociedades modernas. La globalización imprime pautas de cambio que unifican los hábitos y ofrece una homogeneidad alimentaria resultado de múltiples factores, desde la internacionalización de los mercados alimentarios hasta la multiculturalidad de las sociedades actuales. Si en las épocas precedentes los gustos aprendidos y reproducidos en las clases sociales mostraban la diversidad social, ahora este efecto de clase se minimiza generando unas pautas alimentarias cada vez más homogéneas. El debate se ha desarrollado en torno a dos aspectos de estas pautas culturales: por un lado, el mantenimiento de las pautas alimentarias ligadas a la clase social; por otro lado, la pervivencia de hábitos alimentarios fuertemente anclados en la cultura, como la comida familiar.

La apariencia de comportamientos alimentarios más homogéneos entre la población puede estar indicando que las desigualdades se han aminorado, aunque también puede ser reflejo de una disminución de las pautas alimentarías nacionales que tienden a parecerse en una sociedad que socava la diversidad cultural a favor de comportamientos culturalmente más homogéneos. El debate sobre la desaparición de las clases sociales y la homogeneización alimentaria de las sociedades modernas confluye y se desarrolla también en relación a la transformación de las pautas alimentarias tradicionales. Si los modelos alimentarios basados en el origen social mantienen sus especificidades estamos ante hábitos alimentarios que se reproducen y se ligan a la clase social. Si por el contrario se muestran pautas similares entre grupos sociales distintos, la clase social ha pedido poder explicativo. Sin embargo, los datos que aportan los investigadores no son del todo concluyentes.

Así, por ejemplo, el trabajo de Tomlinson (2003) plantea con el propio título *Lifestyle and social class* que las diferencias de consumo y los distintos patrones alimentarios, son resultado del capital social de los individuos. Siguiendo a Bourdieu y en base a las encuestas oficiales de salud y estilos de vida de diferentes décadas británicas, concluye que la clase social y el género siguen marcando importantes diferencias en el consumo alimentario en las sociedades modernas, como es el caso que el autor analiza en la sociedad británica. La investigación cuantitativa, en este caso, confirma la pervivencia de diferencias sociales en el consumo de alimentos en función del género y el nivel educativo en la sociedad. Se apoya en las teorías de Bourdieu para desarrollar estas conclusiones. También Cheng et al. en 2007 confirman que las diferencias sociales en las prácticas alimentarias no han desaparecido cuando lo que se analiza es el uso del tiempo dedicado a la alimenta-

ción, aunque han ganado importancia nuevas formas de división social. Lo que hoy marca las diferencias en las formas de alimentarse está más ligado al capital cultural y la composición de los hogares que a otras formas de estratificación social, como la participación en el mercado de trabajo.

4.3. Los estudios comparados y la homogeneización alimentaria

El debate en torno a la dualidad entre una alimentación culturalmente asentada o unos hábitos más homogéneos como resultados de la modernidad social sólo puede ser resuelto a través de la comparación entre sociedades. De los estudios comparados, caben destacar los resultados de tres investigaciones: el trabajo que Warde et al. realizan en 2007 que estudia el tiempo dedicado a la alimentación en Francia, Reino Unido, Estados Unidos, Noruega y Países Bajos, a través de las encuestas de uso del tiempo; el estudio realizado con las encuestas de gasto de Díaz-Méndez y García-Espejo (2012) comparando la sociedad española y británica, y el estudio también de gasto realizado por López Martín-Lagos (2011). Es este un debate que sólo puede ser resuelto con estudios comparados que ponga en relación variables culturales y sociales en contextos socioeconómicos distintos, los trabajos existentes tienen varios aspectos en común: por un lado, se trata de estudios de carácter cuantitativo cuyos datos se obtienen bien de las encuestas de gasto bien de las de tiempo. Esta orientación metodológica propicia una visión más homogénea de la realidad alimentaria, pues analiza comportamientos cuantificables y minimiza los efectos de aspectos generadores de mayor diversidad y con un más alto anclaje cultural (creencias y valores, por ejemplo). Sin embargo, y a pesar de esta visión cuantitativa del cambio, ambos estudios confirman tanto similitudes como diferencias entre países. Las semejanzas son más atribuibles a variables de tipo social, pero resulta complicado determinar si las diferencias se deben o no al contexto sociocultural. En este sentido el trabajo de López Martín-Lagos (2011) que analizan los 27 países de la Unión Europea confirma la denominada Ley de Engel en la que el PIB está en relación inversa al gasto que los hogares destinan a la alimentación.

Los tres estudios confirman un cierto proceso de convergencia en Europa. Se puede desprender de ellos que hay tendencias comunes, como la mayor implicación de los hombres en la alimentación doméstica o la reducción del tiempo y el gasto en alimentación. Detrás de ellas también fuerzas unificadoras, como la persistencia de la comida familiar en el hogar. Pero también persisten las diferencias y se detectan más en la alimentación extradoméstica, tanto en términos de tiempo como de gasto.

4.4. Desaparición o resistencia de la comida familia

En relación a la pervivencia de la comensalidad familiar los trabajos cuantitativos y los cualitativos ofrecen resultados dispares. Podríamos afirmar que en los trabajos sobre estos temas coinciden al constatar la preocupación por el cambio tanto como

la lentitud con la que sucede. No hay datos concluyentes al respecto, pero son muchos los autores que lo plantean como eje de sus trabajos. Para Warde et al. (2007) las prácticas de la comida familiar siguen presentes a lo largo del tiempo y lo confirman también otros autores al analizar grupos sociales previsiblemente más proclives a la inestabilidad alimentaria, como la población adolescente, (Gallegos et al., 2011). Las comidas se preparan y comen en familia, aunque no todos los adolescentes australianos del estudio valoren por igual este hecho.

La diferencia en la valoración y en las prácticas también se pone de manifiesto entre la población rural y urbana. Lupton, en el año 2000, bajo el título *The heart of the meal*, y a través de entrevistas en profundidad a 34 parejas australianas, analiza las comidas realizadas y las creencias asociadas al comer. Los resultados indican que la población analizada tiene una creencia compartida acerca de la comida familiar y la sigue, aunque con variaciones en algunos platos nuevos. La comida familiar preparada y realizada en el hogar, se asocia a comida sana y adecuada. Se confirma el conservadurismo y el mantenimiento de la tradición y siguiendo a Bourdieu la autora confirma la relación entre la clase social y los hábitos alimentarios.

Otros autores, por el contrario, ponen más énfasis en la disminución de la comida familiar y el crecimiento de la individualización de las prácticas alimentarias. En Bélgica, Mestdag y Glorieux (2009), a través de estudios longitudinales con las encuestas de uso del tiempo, analizan los cambios en la comida familiar y detectan transformaciones que apoyarían un cambio en las comidas en grupo, pero no un drástico abandono de esta práctica. Concretan que comer es una actividad social que se comparte con los miembros del hogar y que las variaciones están en relación directa al cambio en las estructura de los hogares. Invitan a un análisis cualitativo más a fondo para precisar la naturaleza de estos cambios.

Sin embargo, datos posteriores y a través de un análisis multi-nivel realizado por Davidson y Gauthier (2010) con datos del informe Programa de Evaluación Internacional de Alumnos (PISA) y la World Values Survey (WVS) no concuerdan con esta predicción. Estas autoras analizan los datos de 43 países para determinar los factores que predicen la realización de la comida familiar. Ni la renta, ni el tamaño de la familia explican esta conducta; es una mayor interacción familiar y hogares más amplios los más propensos a la comensalidad familiar. El estudio, al ser comparado, permite confirmar que los valores nacionales ayudan a explicar las variaciones internacionales, aunque también se ve que las familias reservan tiempo para compartir la comida familiar, sea cual sea el país de referencia.

El análisis del cambio alimentario encuentra un foco de estudio privilegiado en las transformaciones de la alimentación entre la población inmigrante. El choque cultural altera las pautas de consumo alimentario de la población que llega a un nuevo lugar y se analiza si estas pautas se mantienen o se abandonan con el fin de comprender el proceso de aculturación y/o asimilación (Cleveland et al., 2009). Los estudios confirman el mantenimiento de la identidad étnica a pesar de la inmersión en la sociedad receptora. El ejemplo presentado por los autores, de libaneses en Canadá, refleja una importante interacción entre las personas y no se da ni un

proceso de aculturación, ni de inmersión, ni de resistencia. Es un proceso complejo en el que el inmigrante se mueve entre la adquisición de las características de la cultura dominante pero manteniendo fuertes lazos con su cultura de origen.

Por ello se estudia la transformación que sufren los hábitos alimentarios con el cambio de lugar y la comida como factor generador de identidad. Para unos la clave del cambio está ligada al origen y a la forma en que los individuos arrastran sus patrones alimentarios al lugar al que se trasladan. Es muy interesante el trabajo de Gvion (2006) sobre la comida de los palestinos en Israel al mostrar la conexión entre los discursos políticos, los discursos nacionales y los discursos alimentarios. Muestran el potencial de la alimentación para reforzar y mantener la identidad cultural cuando ésta se pone en peligro en un contexto culturalmente adverso. Sin embargo, también los estudios en este campo han precisado que las respuestas de cambio en la dieta que se detectan en las poblaciones inmigrantes no son necesariamente resultado del choque cultural, sino que en ellos intervienen también las limitaciones económicas del inmigrante. En el trabajo con el título *We eat meat every day* (Guarnaccia et al., 2012) se muestra que la transformación que se produce no es resultado de una falta de conocimientos sobre la dieta, sino de las dificultades económicas para componer una dieta saludable que se agravan al no disponer de productos conocidos.

En cualquier caso, la literatura analizada pone de manifiesto las discrepancias acerca de la continuidad de los patrones culturales alimentarios. La cultura alimentaria sirve de soporte de actuación para decidir qué y cómo comer, qué es apropiado e inapropiado hacer. Además, las dinámicas de las sociedades modernas son el contexto en el que estas prácticas alimentarias se desenvuelven e introducen cambios en ellas. Sin embargo, todo hace pensar que la comida tradicional no ha desaparecido dando paso a una nueva forma de comer radicalmente distinta, pero también todos los analistas coinciden en constatar que se están produciendo cambios que es necesario explorar para comprender la dimensión y las consecuencias de esta transformación. Ante esta ambigüedad, no es extraño que los analistas se hayan introducido en uno de los debates teóricos clásicos de la Sociología, la pervivencia de las clases sociales.

5. Identidades alimentarias: alimentación, cuerpo y salud

Si el estudio de los hogares ha derivado hacia la desigualdad alimentaria, el estudio de los sujetos ha llevado al análisis de las dietas. En éste confluyen tres áreas que muestran la multidimensionalidad de la alimentación a la vez que reflejan las dificultades de análisis: la alimentación, la salud y el cuerpo. Se muestra con ello uno de los efectos más individuales de la globalización alimentaria, el proceso de individualización de las elecciones alimentarias. La modernidad alimentaria se refleja en la confusión del comensal a la hora de decidir qué comer y cómo elegir

los alimentos. Es este un asunto ligado a la distancia entre consumidor y productor, pero también al descenso de pautas alimentarias culturales sobre las que afianzar las elecciones apropiadas y a un contexto alimentario donde la diversidad hace más complicada la selección de lo que es bueno para comer. No es extraño, por tanto, que se detecte confusión y ansiedad entre el comensal y que sea la salud uno de los aspectos más preocupantes en tanto que es el reflejo más claro de una elección correcta o incorrecta.

La salud se presenta como un valor que marca las elecciones alimentarias de los comensales y también muestra diferencias relevantes entre los individuos en función de variables de tipo social. Aunque esta temática es una constante desde finales de la década de los noventa, y ha derivado hacia diferentes áreas, tiene elementos vertebradores. En primer lugar, los estudios se apoyan prioritariamente en metodologías cualitativas, poniendo de manifiesto tanto la dificultad de estudio como la intención de abordarlo de forma abierta. Estas aproximaciones permiten desentrañar los aspectos menos explícitos de la alimentación y ofrecen una imagen muy rica de las practicas alimentarías a través de los significados que le atribuyen los sujetos de estudio. En segundo lugar, los trabajos sitúan a las mujeres en el punto de mira de las dificultades para comer correctamente, bien como responsables principales y/o únicas de la alimentación, bien como diana sobre la que recaen las presiones sociales que obligan a mantener unas pautas alimentarias socialmente apropiadas.

En general, los trabajos sobre salud, alimentación y cuerpo reflejan la confusión del comensal. Rodeado de alimentos y saturado de información, el comensal moderno se muestra confuso en sus elecciones. Ambos rasgos, desconfianza y confusión, afectan a las elecciones alimentarias y son los elementos más definidores de la modernidad alimentaria.

5.1. Problemas con el cuerpo: género y dieta

El trabajo de Lupton en 1994 abre el campo de estudio de la alimentación y el cuerpo. En su trabajo *Food, memory and meaning. The symbolic and social nature of food events* emplea una técnica que denomina *memory-work;* una metodología cualitativa innovadora en la que se pide a estudiantes universitarios rememorar sus recuerdos de infancia. A través de estos relatos destapa el papel de la alimentación en la creación de relaciones sociales y el significado de la comida. Destaca en particular el interés que tienen las orientaciones sobre la salud en la alimentación y explora los factores que explican su trasgresión y su seguimiento acudiendo a los significados que los comensales atribuyen a la alimentación.

Germov y Williams, autores pioneros en la constitución de una Sociología de la Alimentación a partir de su libro *A sociology of food and nutrition. The social appetite* (2008) presentan en 1996 un trabajo titulado *The sexual division of dieting. Women´s voices* en el que exploran, con grupos de discusión, los discursos de las mujeres australianas que están a dieta. Muestran la forma en que el género influye

en las decisiones alimentarias y cómo el ideal de delgadez dominante es recreado por las propias mujeres para justificar sus prácticas alimentarias.

Regnier y Massullo (2009) en su trabajo *Obesity, taste and consumption* entrevistan a un importante número de mujeres francesas para explorar cómo se pliegan o reaccionan ante las normas. Plantean la diferencia de discursos en función de la clase social y constatan que las clases privilegiadas tienen integrados en sus discursos la norma de salud, como un comportamiento ascético, mientras que las clases populares elaboran respuestas más ligadas al gusto. Las limitaciones económicas, no obstante, no son las únicas restricciones que diferencian las orientaciones alimentarias entre las mujeres de diferentes clases sociales.

Algunos trabajos estudian por qué las mujeres no logran seguir las dietas contra el sobrepeso y la obesidad. Warin et al. (2008) analizan los discursos alimentarios de las madres en Australia para dejar en evidencia la relación entre la construcción de la maternidad y la obesidad. También en España, Martín Criado (2010) analiza la dificultad de las mujeres de clase baja para seguir una dieta. A partir de grupos de discusión y entrevistas muestra cómo la dificultad para hacer dieta está directamente relacionada con los papeles tradicionales de madres que impiden a las mujeres ocuparse de sí mismas. Se encuentra un resultado similar en mujeres marroquies obesas (Batnizky, 2008). Los roles domésticos en una sociedad con una fuertes división de género en el hogar están íntimamente relacionados con la salud de las mujeres e interviene en su mayor propensión a la obesidad.

Las cuestiones que vinculan alimentación y cuerpo son desarrolladas a través del análisis de la imagen corporal. Spurgas (2005) entrevista a mujeres universitarias de distintas razas para conocer la imagen que tienen de sus cuerpos y los factores que conforman estas imágenes. Los estudios que relacionan raza y cuerpo no parecen confirmar la relación entre estas variables y tanto las mujeres blancas como las de raza negra actúan de modo similar. Se ha demostrado, por ejemplo, a través de estudios cuantitativos, que las jóvenes adolescentes tienen una percepción similar de su peso y los factores psicosociales como la depresión o la inseguridad les afectan por igual en el desarrollo de conductas alimentarias patológicas (Haff, 2009). Pero la presión social que incide en las mujeres está presente en estos trabajos, como se ve también en la relación entre práctica deportiva y trastornos alimentarios. Crissey y Honea (2006), por ejemplo, explican la mayor propensión a cuidar el peso y actuar para reducirlo entre las jóvenes que practican deportes femeninos.

Las temáticas sobre el cuerpo se introducen en un tema tradicionalmente tratado por médicos y psicólogos: la anorexia. Fox et al. (2005) analizan las redes que animan a seguir estas prácticas alimentarias a quienes las sufren. Y exploran las páginas web denominadas en la jerga *ProAna*. Estos trabajos continúan con una orientación más centrada en los aspectos sociales que condicionan estas conductas, como los análisis realizados en mujeres jóvenes anoréxicas internadas en un centro británico (Rich, 2006) o la confirmación de la relación entre la clase social media y alta y la anorexia, mostrada a través de entrevistas a mujeres francesas por Darmon (2009).

En general estos trabajos se sustentan en orientaciones teóricas que exploran cómo se construye la identidad a través del cuerpo y tienen un marcado carácter psicosocial. Analizan la relación entre los desordenes alimentarios y las crisis de identidad que se producen en la adolescencia y explican los trastornos como reflejo de una autoimagen corporal negativa que busca soluciones a los conflictos de identidad a través de comportamientos alimentarios específicos. Estos trastornos son, como indican los analistas (Matthews et al. 2012), propios de personas insatisfechas con su vida y su imagen corporal. El elemento teórico común de estos trabajos relacionados con la salud y el género es su gran afinidad con las teorías de Bourdieu. Relacionan las elecciones con las formas en que se forja el gusto y la identidad a través de las prácticas alimentarias aprendidas en los grupos sociales de pertenencia.

6. Conclusiones

Algunos autores han justificado, desde diferentes posiciones, la existencia de un cuerpo científico con entidad propia dedicado al estudio sociológico de la alimentación. Esto ha cristalizado no solamente en libros dedicados a esta temática, sino en la incorporación en algunos manuales de Sociología General de capítulos dedicados a este campo de estudio (Macionis y Plummer, 2004). La perspectiva adoptada en este trabajo tiene también por objetivo averiguar si estamos ante un campo de estudio específico y lo hacemos a través del repaso de las publicaciones científicas que la Sociología internacional dedica a la alimentación. A la vista de los datos se pueden considerar algunas cuestiones de interés para tomar una decisión al respecto.

La evolución temática seguida por estos trabajos y el aumento creciente de artículos permite confirmar que la Sociología ha formulado y comprobado de manera sistemática hipótesis acerca de los aspectos sociales de la alimentación contemporánea. Se ha adaptado analizando las trasformaciones propias de la modernidad y, si bien ha iniciado su andadura con la exploración de los cambios en el sector agrario, ha derivado hacia el análisis de las problemáticas de un sistema agroalimentario de creciente complejidad y en el que no solo hay productores, sino también distribuidores, consumidores, comensales e instituciones. Los estudios desarrollados han puesto el acento en los efectos de la globalización alimentaria y la expansión del mercado mundial de alimentos. Se detecta una adecuación a las circunstancias cambiantes de las sociedades actuales y es claro el esfuerzo por comprender las dimensiones de estas transformaciones y de sus efectos sobre las sociedades y los individuos.

Al igual que sucede en otras disciplinas, el centro de atención de la Sociología hacia la alimentación se ha orientado, preferentemente, hacia las sociedades de sobreabundancia alimentaria, en las que viven y trabajan los investigadores, de ahí que los estudios tengan un cierto sesgo etnocentrista en sus temáticas. Sin embargo, el haber iniciado su andadura a través de la Sociología Rural, las problemáticas de los países en desarrollo han ocupado los primeros años, con una orientación más

centrada en la producción y menos en el efecto de las transformaciones sobre el ámbito no productivo. La Sociología del Consumo también ha contribuido al empuje de los estudios de los últimos años, aunque ambas perspectivas han contado con escasa conexión. Esto no ha impedido que los investigadores hayan analizado a fondo los factores de cambio, el carácter desestabilizador de las transformaciones, el papel de las instituciones como generadoras de relaciones de desigualdad y poder o el desequilibrio presente en sociedades de aparente estabilidad alimentaria.

Los trabajos tienen una clara orientación empírica y asumen un reducido número de teorías. La mayoría de los estudios tienen, además, una orientación inductiva; pasan de lo particular a lo general formulando hipótesis a partir de la observación y los datos. El resultado, más que teorías que logren continuidad, es un cúmulo de casos de estudio.

La metodología adoptada también aporta una explicación sobre este abordaje sociológico. Los trabajos que persiguen conocer los discursos que explican las acciones (sobre la tierra, sobre la compra, sobre la dieta, sobre los otros, ….) se apoyan tanto en el objeto como en el método; de hecho, la frecuente elección de la metodología cualitativa ha facilitado una orientación abierta ante la ausencia de una teoría que hubiera podido ayudar a entender y a analizar. Los trabajos cuantitativos contribuyen de otro modo a la creación de un cuerpo disciplinario propio. Plantean hipótesis precisas con el fin de alcanzar objetivos, y para ello se ven en la necesidad de operativizar la "globalización alimentaria", de ofrecer alguna de las múltiples dimensiones del concepto para su exploración.

Merece una atención especial la escasez de estudios comparados, pues con frecuencia los autores finalizan sus artículos recordando la necesidad de reproducir el estudio en otros contextos con el fin de testar su grado de generalización. Pero además, la comida ha tenido históricamente un fuerte anclaje cultural y solo los estudios históricos y comparados podrían decir si los cambios alimentarios trascienden el momento y el lugar. Además, las hipótesis derivadas de la estandarización de comportamientos alimentarios, como resultado de la globalización, requieren de comparaciones que lo verifiquen o lo desmientan para ver si el ritmo y las dimensiones de los cambios son o no coincidentes.

Los estudios que hemos revisado coinciden al intentar comprender los efectos provocados por la globalización alimentaria sobre el sistema agroalimentario. La evolución de la literatura sociológica sobre alimentación y su intensificación en los inicios del siglo XXI es un reflejo del rápido desarrollo del sector agroalimentario, pero refleja también su creciente problematización. Nuevas formas de organización productiva, nuevas formas de comercialización, nuevos agentes en la cadena agroalimentaria, nuevos valores de consumo, son parte de un mismo fenómeno: una producción intensiva de alimentos para un consumo alimentario de masas. Los analistas exploran estas nuevas situaciones en relación con la globalización alimentaria y vinculan su problematización a la creciente distancia entre productores y consumidores.

Los análisis sociológicos sobre la alimentación que exploran la situación de los países pobres coinciden al afrontar las trasformaciones de sociedades que sufren la

intensificación de una actividad agraria de carácter tradicional. La peculiaridad de estos estudios, frente a los estudios clásicos de la Sociología Rural, es que no se detienen en el análisis de los aspectos productivos, sino que afronta los efectos de las transformaciones agrícolas sobre la alimentación de los ciudadanos, en particular de sus dietas. Comienzan estudiando la desnutrición, siguen con la malnutrición, y finalizan analizando el sobrepeso y la obesidad como consecuencia del mismo fenómeno: la integración de la agricultura en el proceso de industrialización y de los alimentos en los mercados internacionales. En definitiva, narran el impacto de la globalización económica sobre los más pobres; la mayoría de los autores explican estos efectos sobre la producción y algunos lo hacen sobre la dieta.

En otros países se exploran también las consecuencias sobre las formas tradicionales de organizar la cadena agroalimentaria, propia de los pequeños productores, aunque en este caso se discute de manera más intensa acerca del proceso de convencionalización de la agricultura tradicional. Su estudio se ha desarrollado ampliamente en Europa, Australia y América del Norte, en menor medida en países latinoamericanos, y es casi inexistente la literatura en torno a la situación de los países africanos o asiáticos.

Para unos, las formas alternativas de producción resisten el impacto del cambio en el sistema agroalimentario bajo la lógica de ofrecer confianza y seguridad al consumidor a través de nuevas formas de comercialización (canales alternativos, producciones locales); para otros, no se sobrevive al impacto de la globalización alimentaria y es sólo cuestión de tiempo que toda la agricultura se adapte a un consumo alimentario de masas, cuya oferta estará dominada por las grandes corporaciones alimentarias. En medio de este debate se analiza el papel de los agentes de la cadena, la pérdida de poder del productor, el cambio de valores del consumidor, el aumento de la relevancia de los distribuidores y las industrias agroalimentarias o el papel regulador de las instituciones públicas (los Estados) y privadas (los grupos de acción).

Los investigadores estudian, en paralelo pero sin confluencias, el mundo productivo y el mundo del consumo. El análisis del mundo productivo pone en evidencia la disminución de la capacidad de control de los productores a favor de otros agentes. Los estudiosos del campo del consumo muestran la preocupación de los consumidores ante lo riesgos alimentarios. Algunos autores logran vincular ambos campos y aunque se sigue trabajando en el proceso de inserción de la agricultura en las lógicas del mercado global, ésta se relaciona con la comercialización de los productos y con las demandas de los consumidores. Además, aparecen nuevos valores que movilizan nuevas formas de producción con el fin de asegurar alimentos más sanos y respetuosos con el entorno.

Todos coinciden al analizar los efectos de la globalización sobre la alimentación, por lo que no cabe duda de que están claramente anclados en los problemas sociológicos actuales. Algunos de ellos presentan solamente resultados de carácter económico. Otros introducen una dimensión política al considerar la interacción entre los actores y el poder que ejercen en el sistema agroalimentario. Es habitual encon-

trar estudios en los que se plantea, desde la perspectiva del conflicto, una orientación crítica con los roles de los distintos agentes de la cadena agroalimentaria.

El desarrollo de la teoría del actor red (ANT) aplicada al análisis del cambio en la cadena agroalimentaria es el soporte teórico más elaborado. Se busca poner en evidencia el efecto del poder sobre los grupos más débiles y vulnerables de la sociedad. Esta perspectiva vincula sujetos y objetos (naturaleza y sociedad) y con ello permite ver el modo en que los actores de la cadena redefinen y transforman el alimento. Frente a las teorías clásicas de la acción racional, esta orientación va más allá de la explicación del cambio basada en la atribución de sentido a la acción. No se pretende solamente comprender las motivaciones de los consumidores hacia los productos alimentarios, sino también cómo los actores le dan (o le quitan) valor a lo largo de la cadena. En algunos casos se comprenden mejor los procesos y no solo los resultados, pero son pocos los que además de estas dimensiones, económica y política, incorporan la dimensión cultural al análisis.

Los debates sobre los efectos de la globalización son duales: por un lado, quienes afirman que la globalización llevará a la desaparición de las formas alternativas de producción; por otro lado, los que apuestan por una fragmentación de alternativas que conviven, con mayor o menor grado de éxito. Los estudios comparados ayudan a matizar la dualidad, pues en la medida en que los cambios se analizan en relación al contexto en el que se producen, las explicaciones sobre sus efectos son más amplias y abren opciones para comprender cómo afectan otras fuerzas (no solo las económicas). También deberían permitir conocer si la orientación y la intensidad de los cambios son similares en contextos distintos, aunque la escasez de trabajos no ayuda a clarificar con total satisfacción este aspecto.

A pesar de los intentos por unir producción y consumo el análisis "agroalimentario" se separa del análisis de los "hábitos alimentarios". El cambio dentro de los hogares es efecto del mismo proceso, de la globalización alimentaria, pero no sigue la misma lógica de análisis, pues no se estudian en relación con los cambios en la producción, y en algunos casos tampoco como efecto de la mercantilización de los alimentos. Son estudios heterogéneos, quizás por no compartir un marco teórico básico de análisis como sucede a los anteriores, aunque se pueden identificar orientaciones teóricas clásicas.

Los trabajos de Bourdieu son el soporte de muchos estudios que exploran las desigualdades y el cambio alimentario en el ámbito del consumo. Las teorías de la distinción de Bourdieu se confrontan con las propuestas sobre la onmivorosidad y la hibridación. Se argumenta si las elecciones alimentarias son una respuesta para mantener un status de diferenciación social que hace a ciertos grupos sociales adoptar hábitos que les diferencian de otros grupos sociales peor situados. Otras explicaciones se sustentan en la idea de que las fronteras culturales son cada vez más permeables y que es precisamente la erosión progresiva de las diferencias lo que hace que ciertos comportamientos alimentarios sean reflejo de la onmivorosidad cultural, es decir, de pautas alimentarias de apertura hacia formas de comer nuevas y propias de culturas diversas. En general, los estudios sobre las desigualdades sociales atraviesan los análisis del ámbito doméstico: desigualdades de salud, de

renta, de género, de raza, de lugar de residencia. Coinciden al mostrar el acceso desigual a los recursos y los efectos de la globalización alimentaria sobre los individuos más vulnerables.

La preocupación por el grado de estandarización de la alimentación y la pérdida cultural se focaliza en el estudio sobre la resistencia o la desaparición de la comida familiar. Esta dicotomía se asemeja a la resistencia o desaparición del productor alternativo seguida en los debates sobre la producción agraria, pero aquí se aplica al mantenimiento de los hábitos alimentarios y a la capacidad de resistencia de las culturas locales frente a los modelos alimentarios dominantes. Estos modelos difunden y potencian formas más homogéneas de actuación, propician elecciones alimentarias similares y con ello hacen descender las pautas alimentarias culturalmente diferenciadas. Se adoptan posiciones excesivamente dicotómicas, pues para unos la cultura global produce integración y para otros desintegra; y son escasos los trabajos que plantean que la globalización pueda generar fuerzas tanto unificadoras como fragmentadoras.

Los analistas han logrado unir producción y mercantilización en sus estudios, pero ambos campos se han mantenido al margen del ámbito no productivo de la alimentación: el hogar. Por ello es fácil diferenciar dos áreas de análisis: el mundo productivo y el mundo doméstico, ambos separados (o unidos) por el comprador. Los efectos de la globalización alimentaria se estudian en ambos, y se comparte la preocupación acerca de la homogeneización de comportamientos alimentarios. El comensal, y con él también la persona que transforma en el hogar el alimento, quedan fuera del análisis del ámbito no doméstico Sus decisiones parecen reducidas y asimiladas al rol de comprador: a sus actitudes, a sus preferencias, a sus valores; y se sobreentiende, erróneamente, que éstas son las mismas que las del comensal y las del cocinero.

Los estudios ligados al ámbito doméstico tienen un desarrollo paralelo al resto, pero no confluyen, y sus problemáticas se mantienen aisladas. Por un lado, la internacionalización de los alimentos en los mercados globales altera la producción, la distribución y la compra, por ello se estudia la resistencia o la desaparición de las formas alternativas de producir y de vender y el efecto que sobre ello tiene el cambio de valores de los consumidores. Los cambios alimentarios se ejemplifican a través de la demanda y la oferta de productos orgánicos. Por otro lado, la interconexión de las sociedades y la permeabilidad de las fronteras afectan a la forma en que se mantienen o se deterioran las prácticas alimentarias asentadas culturalmente. En particular, la desaparición o resistencia de la comida familiar. Pero en esencia, aún siendo dos áreas estudiadas por separado, en ambos casos se analizan como resultado del proceso de globalización alimentaria. Este es precisamente el marco común de análisis sobre el que se asientan los estudios de lo que deberíamos comenzar a llamar una Sociología de la Alimentación.

Más allá de los efectos de cambio alimentario, lo que se observa es el análisis de un proceso, la globalización alimentaria, que produce un entorno general de incertidumbre sobre el que se asientan las decisiones de los individuos. Decisiones sobre

qué producir, qué vender, qué comprar, qué comer o qué tirar, pero también cómo y por qué hacerlo.

La incertidumbre da lugar a comportamientos contradictorios: la fractura y la homogeneidad, la estandarización y la diversidad, son resultado de un mismo fenómeno. Así, aunque los analistas muestran los efectos de la globalización alimentaria, lo que vemos al mirarlo conjuntamente, es el entorno de trasformación sobre el que se están produciendo las complejas y diversas acciones humanas relacionadas con el alimento.

En definitiva, se emplean teorías y métodos de otros campos sociológicos para comprender la alimentación, al igual que sucede en otras muchas áreas de estudio. Pero no se trata tanto de orientaciones "prestadas" como de aplicaciones a un objeto de estudio que requiere de todo el instrumental sociológico para su comprensión. Aunque esta orientaciones tengan vías de mejora, tanto teórica como metodológicamente, se puede afirmar que en el estudio que realiza la Sociología sobre la alimentación se está produciendo un cuerpo teórico que sirve de orientación para la investigación futura, pues se cuenta con un soporte común de análisis que enmarca todos los trabajos en el campo teórico de la globalización alimentaria.

No se puede concluir este trabajo sin recordar las limitaciones de los registros utilizados: se trata de artículos en revistas de Sociología principalmente de lengua inglesa. Quedan fuera aquellos trabajos de otras lenguas y de otras disciplinas que complementarían, sin duda, lo que se ha visto en este trabajo. Cabe destacar, en particular, que no se han estudiado aquí las revistas de Antropología, disciplina cuyas fronteras con la Sociología, y más en los análisis de la alimentación, resultan muy difusas. Tampoco se han explorado los trabajos de las ciencias no sociales que cuentan con una amplia producción científica: las Ciencias de la Salud, en particular los estudios nutricionales y epidemiológicos, la Bioquímica o la Ingeniería Agrónoma, son tres disciplinas sin las cuales los estudios sociales no quedan completos.

Concluyendo, se puede decir que este recorrido por los textos sociológicos sobre la alimentación nos permite hablar de la *Sociología de la Alimentación* como la ciencia que analiza y explica los problemas derivados de la globalización alimentaria. La aportación más significativa de esta nueva disciplina científica es su capacidad para analizar los vínculos entre estructuras y acciones, entre objetos y sujetos, en definitiva, entre naturaleza y sociedad. Esto es posible gracias a la gran potencialidad del alimento y la alimentación para capturar la complejidad y la multidimensionalidad del mundo social.

Bibliografía

Alkon, A. H. y Norgaard, K. M. (2009) "Breaking the Food Chains: An Investigation of Food Justice Activism*"* *Sociological Inquiry*, 79: 289-305.

Batnitzky, A. (2008) "Obesity and household roles: gender and social class in Morocco" *Sociology of Health & Illness*, 30: 445-462.

Beardsworth, A. y Keil, T. (1997) *Sociology on the menu. An invitation to the study of food and society*, London y New York: Routledge .

Berg, L.; Kjaernes, U.; Ganskau. E.; Minina, V.; Voltchkova, L.; Halkier, B. y Holm, L. (2005) "Trust in food safety in Russia, Denmark and Norway" *European Societies*, 7: 103-129.

Bonanno, A.; Constance, D. y Hendrickson, M. (1995) "Global Agrofood corporations and the state-the Ferruzzi case" *Rural Sociology*, 60: 274-296.

Bonanno, A. y Constance, D. (2006) "Corporations and the state in the global era: The case of seaboard farms and Texas" *Rural Sociology*, 71: 59-84.

Brunori, G.; Rossi, A. y Guidi, F. (2012) "On the New Social Relations around and beyond Food. Analyzing Consumers' Role and Action in Gruppi di Acquisto Solidale (Solidarity Purchasing Groups)" *Sociologia Ruralis*, 52: 1-30.

Buck, D.; Getz, C. y Guthman, J. (1997) "From farm to table: The organic vegetable commodity chain of northern California" *Sociologia Ruralis*, 37: 3-20.

Campbell, D. J. (1999) "Response to drought among farmers and herders in southern Kajiado District, Kenya: A comparison of 1972-1976 and 1994-1995" *Human Ecology*, 27: 377-416.

Campbell, H. y Liepins, R. (2001) "Naming organics: Understanding organics standards in New Zealand as a discursive field" *Sociologia Ruralis*, 41: 1-21.

Che, D.; Week, A. y Veeck, G. (2005) "Sustaining production and strengthening the agritourism product: Linkages among Michigan agritourism destinations" *Agriculture and Human Values*, 22: 225-234.

Cheng, S. L.; Olsen, W.; Southerton, D. y Warde, A. (2007): "The changing practice of eating: evidence from UK time diaries, 1975 and 2000" *British Journal of Sociology*, 58: 39-61.

Clarke, S.; Varshavskaya, L.; Alasheev, S. y Karelina, M. (2000) "The myth of the urban peasant" *Work Employment and Society*, 14: 481-499.

Cleveland, M.; Laroche, M.; Pons, F. y Kastoun, R. (2009) "Acculturation and consumption: Textures of cultural adaptation" *International Journal of intercultural relations*, 33: 196-212.

Crissey, S. R. y Honea, J. C. (2006) "The relationship between athletic participation and perceptions of body size and weight control in adolescent girls: The role of sport type" *Sociology of Sport Journal*, 23: 248-272.

Darmon, M. (2009) "The Fifth Element: Social Class and the Sociology of Anorexia" *Sociology the Journal of the British Sociological Association*, 43: 717-733.

Davidson, R. y Gauthier, A. H. (2010) "A cross-national multi-level study of family meals" *International Journal of Comparative Sociology*, 51: 349-365.

Díaz-Méndez C. y García-Espejo, I. (2012) "Tendencias en la alimentación contemporánea: la homogeneización del gasto alimentario en España y Reino Unido" *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 139: 21-43.

Deemer, D. R. y Lobao, L. M. (2011) "Public Concern with Farm-Animal Welfare: Religion, Politics, and Human Disadvantage in the Food Sector" *Rural Sociology*, 76: 167-196.

Dietz, T.; Frisch, A. S.; Kalof, L.; Stern, P. C. y Guagnano, G. A. (1995) "Values and vegetarianism-an exploratory analysis" *Rural Sociology*, 60: 533-542.

Dupuis E. M. (1993) "Sub-national state institutions and the organization of agricultural resource use – The case of the dairy Industry" *Rural Sociology*, 58: 440-460.

Edin, K. (1991) "Surviving the welfare system – How AFDC recipients make ends meet in Chicago" *Social Problems*, 38: 462-474.

Fonte, M. (2008) "Knowledge, food and place. A way of producting, a way of knowing" *Sociologia Ruralis*, 49: 200-222.

Fox, N.; Ward, K. y O'Rourke, A. (2005) "Pro-anorexia, weight-loss drugs and the internet: an 'anti-recovery' explanatory model of anorexia" *Sociology of Health Illness*, 27: 944-971.

Gallegos, D.; Dziurawiec, S.; Fozdar, F. y Abernethie, L. (2011) "Adolescent experiences of 'family meals' in Australia" *Journal of Sociology*, 47: 234-260.

Garcia, H. y Lara, F. (2004) "Street food: urban informality and industrial modernity along Mexico's northern border" *Sociologie du travail*, 46: 42-53.

Germov, J. y Williams, L. (2008) *A sociology of food and nutrition. The social appetite*, Oxford: Oxford University Press.

Germov, J. y Williams, L. (1996) "The sexual division of dieting. Women´s voices" *Sociological Review*, 44: 630-647.

Germov, J. y Williams, L. (ed.) (2000) *A sociology of food and nutrition. The social appetite*, Oxford University Press

Goodman, D. (1999) "Agro-food studies in the age of ecology. Nature, corporeality, bio-politics" *Sociologia Ruralis*, 39: 17-38.

Goodman, D. (2004) "Rural Europe redux? Reflections on alternative agrofood networks and paradigm change" *Sociologia Ruralis*, 44: 3-16.

Guarnaccia, P. J.; Vivar, T.; Bellows, A. C. y Alcaraz, G. V. (2012) "'We eat meat every day': ecology and economy of dietary change among Oaxacan migrants from Mexico to New Jersey" *Ethnic and Racial Studies*, 35: 104-119.

Guthman, J.; Morris, A. W. y Allen, P. (2006) "Squaring farm security and food security in two types of alternative food institutions" *Rural Sociology*, 71: 662-684.

Gvion, L. (2006) "Cuisines of poverty as means of empowerment: Arab food in Israel" *Agriculture and Human Values*, 23: 299-312.

Haff, D. R. (2009) "Racial/Ethnic Differences in Weight Perceptions and Weight Control Behaviors among Adolescent Females" *Youth & Society*, 41: 278-301.

Hall, A. y Mogyorody, V. (2001) "Organic farmers in Ontario: An examination of the conventionalization argument" *Sociologia Ruralis*, 41: 399.

Heleski, C. R.; Mertig, A. G. y Zanella, A. J. (2006) "Stakeholder attitudes toward farm animal welfare" *Anthorzoos*, 4: 290-307.

Hendrickson, D.; Smith, C. y Eikenberry, N. (2006) " Fruit and vegetable access in four low-income food deserts communities in Minnesota" *Agriculture and Human Value*, 23: 371-383.

Holden, S. J.; Coppock, D. L. y Assefa, M. (1991) "Pastoral Dairy Marketing and household wealth interactions and their implications for calves and humans" *Human Ecology*, 19: 35-59.

Holm, L. y Halkier, B. (2009) "EU Food Safety Policy: Localizing contested governance" *European Societies*, 11: 473-493.

Hyers, L. L. (2006) "Myths used to legitimize the exploitation of animals: An application of Social Dominance Theory" *Anthrozoos*, 19: 194-210.

Inwood, S. M.; Sharp, J. S.; Moore, R. H. y Stinner, D. H. (2009) "Restaurants, chefs and local foods: insights drawn from application of a diffusion of innovation framework" *Agriculture and Human Values*, 26: 177-191.

Jehlicka, P.; Kostelecky, T. y Smith, J. (2013) "Food Self-Provisioning in Czechia: Beyond Coping Strategy of the Poor: A Response to Alber and Kohler's 'Informal Food Production in the Enlarged European Union' (2008)" *Social Indicators Research*, 111: 219-234.

Johnson, J. D. y Griffith, D. C. (1996) "Pollution, food safety, and the distribution of knowledge" *Human Ecology*, 24: 87-108.

Kalof, L.; Dietz, T.; Stern, P. C. y Guagnano, G. A. (1999) "Social psychological and structural influences on vegetarian beliefs" *Rural Sociology*, 64: 500-511.

Kenney, C. T. (2008) "Father doesn't know best? Parents' control of money and children's food insecurity" *Journal of Marriage and Family*, 70: 654-669.

Kobayashi, J. (2010) "Social Stratification and Food: Analyses of Effects on Health" *Sociological Theory and Methods*, 25: 81-93.

Koc, M.; Sumner, J. y Winson, A. (ed.) (2012) *Critical perspectives in food studies*, Oxford University Press.

Kortright, R. y Wakefield, S. (2011) "Edible backyards: a qualitative study of household food growing and its contributions to food security" *Agriculture and Human Values*, 28: 39-53.

Krueger, P. M.; Rogers, R. G.; Ridao-Cano, C. y Hummer, R. A. (2004) "To help or to harm? Food stamp receipt and mortality risk prior to the 1996 Welfare Reform Act" *Social Forces*, 82: 1573-1599.

Lockie, S.; Lyons, K.; Lawrence, G. y Mummery, K. (2002) "Eating green. Motivatins behind organic food consumption in Australia" *Sociological Ruralis*, 42: 23-40.

Lockie, S. y Halpin, D. (2005) "The 'conventionalisation' thesis reconsidered: Structural and ideological transformation of Australian organic agriculture" *Sociologia Ruralis*, 45: 284.

López Martín-Lagos, M. D. (2011) "Consumption and Modernization in the European Union" *European Sociological Review*, 27: 124-137.

Lupton, D. (1994) "Food, memory and meaning-The symbolic and social nature of food events" *Sociological Review*, 42: 664-685.
Lupton, D. (2000) "The heart of the meal: food preferences and habits among rural Australian couples" *Sociology of Health & Illness*, 22: 94-109.
Macionis, J. y Plummer, K. (2004) *Sociología.* Introducción a la sociología de la alimentación. De macro a micro, Madrid: Person Pentice Hall: 206-210
Marsden, T.; Banks, J. y Bristow, G. (2000) "Food supply chain approaches: Exploring their role in rural development" *Sociologia Ruralis*, 40: 424-438.
Martín Criado, E. (2010) "Las tallas grandes perjudican seriamente la salud: la frágil legitimidad de las prácticas de adelgazamiento entre las madres de clases populares" *Revista Internacional de Sociología*, 68: 349-373.
Matthews, M.; Zullig, K. J.; Ward, R. M.; Horn, T. y Huebner, E. S. (2012) "An Analysis of Specific Life Satisfaction Domains and Disordered Eating among College Students" *Social Indicator Research*, 107: 55-69.
McIntosh, A. (1996) *Sociologies of food and nutrition*, New York y London: Plenum Press.
Mennell, S.; Murcott, A. y van Otterloo, A. H. (1992) "The sociology of food: eating, diet, and culture" *Current Sociology*, 40, nº 2, International Sociological Association. Sage.
Mestdag, I. y Glorieux, I. (2009) "Change and stability in commensality patterns: a comparative analysis of Belgian time-use data from 1966, 1999 and 2004" *Sociological Review*, 57: 703-726.
Miele, M. y Murdoch, J. (2002) "The Practical Aesthetics of Traditional Cuisines: Slow Food in Tuscany" *Sociologia Ruralis*, 42: 312–328.
Morton, L. W.; Bitto, E. A.; Oakland, M. J. y Sand, M. (2005) "Solving the problems of Iowa food deserts: Food insecurity and civic structure" *Rural Sociology*, 70: 94-112.
Murdoch, J. y Miele, M. (1999) "Back to nature. Changing "worlds of production" in the food sector" *Sociologia Ruralis*, 4: 465-483.
Nygard, B. y Storstad, O. (1998) "De-globalization of food markets? Consumer perceptions of safe food: The case of Norway" *Sociologia Ruralis*, 38: 35.
Pallotta, N. R. (2008) "Origin of adult animal rights lifestyle in childhood responsiveness to animal suffering" *Society & Animals*, 16: 149-170.
Raynolds, L. T. (2002) "Consumer/producer links in Fair Trade coffee network" *Sociologia Ruralis*, 42: 404-424.
Regnier, F. y Masullo, A. (2009) "Obesity, taste and dietary consumption" *Revue Française de Sociologie*, 50: 747-773.
Rich, E. (2006) "Anorexic dis(connection): managing anorexia as an illness and an identity" *Sociology of Health and Illness*, 28: 284-305.
Roff, R. J. (2007) "Shopping for change? Neoliberalizing activism and the limits to eating non-GMO" *Agriculture and Human Values*, 24: 511-522.
Schafft, K. A.; Jensen, E. B. y Hinrichs, C. C. (2009) "Food Deserts and Overweight Schoolchildren: Evidence from Pennsylvania" *Rural Sociology*, 74: 153-177.

Shaw, A. (1999) "What are they doing to our food?: Public Concerns about Food in the UK" *Sociological Research Online*, 4: 258-271.

Schmeer K. K. (2005) "Married women's resource position and household food expenditures in Cebu, Philippines" *Journal of Marriage and Family*, 67: 399-409.

Smith, C.; Butterfass, J. y Richards, R. (2010) "Environment influences food access and resulting shopping and dietary behaviors among homeless Minnesotans living in food deserts" *Agriculture and Human Values*, 27: 141-161.

Smith, P. A. y Smith, R. M. (1999) "Diets in transition: Hunter-gatherer to station diet and station diet to the self-select store diet" *Human Ecology*, 27: 115-133.

Sonderskov, K. M. y Daugbjerg, C. (2011) "The state and consumer confidence in eco-labeling: organic labeling in Denmark, Sweden, The United Kingdom and The United States" *Agriculture and Human Values*, 28: 507-517.

Spurgas, A. K. (2005) "Body image and cultural background" *Sociological Inquiry*, 75: 297-316.

Starr, A.; Card, A.; Benepe, C.; Auld, G.; Lamm, D.; Smith, K, y Wilken, K. (2003) "Sustaining local agriculture: Barriers and opportunities to direct marketing between farms and restaurants in Colorado" *Agriculture and Human Values*, 20: 301-321.

Tomlinson, M. (2003) "Lifestyle and social class" *European Sociological Review*, 19: 97-111.

Tomlinson, I. (2008) "Re-thinking the transformation of organics: The role of the UK government in shaping British organic food and farming" *Sociologia Ruralis*, 48: 133-151.

Torres, R. (2002) "Linkages between tourism and agriculture in Mexico" *Annals of Tourism Research*, 30: 546-566.

Vinnari, M.; Rasanen, P. y Jokinen, P. (2013) "Attitudes towards Farm Animals as a Part of Belief Systems" *Anthrozoos*, 26: 111-123

Warde, A.; Cheng, S. L.; Olsen, W. y Southerton, D. (2007) "Changes in the practice of eating - A comparative analysis of time-use" *Acta Sociologica*, 50: 363-385.

Warin, M.; Turner, K.; Moore, V. y Davies, M. (2008) "Bodies, mothers and identities: rethinking obesity and the BMI" *Sociology of Health & Illness*, 30: 97-111.

Welch, J. R.; Ferreira, A. A.; Santos, R. V.; Gugelmin, S. A.; Werneck, G. y Coimbra C. E. A. (2009) "Nutrition Transition, Socioeconomic Differentiation, and Gender Among Adult Xavante Indians, Brazilian Amazon" *Human Ecology*, 37: 13-26.

Wimberley, D. W. y Bello, R. (1992): "Effects of foreign-investment, exports, and economic growth on third-world food consumption" *Social Forces*, 70: 895-921.

Food studies and the integration of multiple methods

Alan WARDE
University of Manchester
alan.warde@manchester.ac.uk

Recibido: 08-06-2013
Aceptado: 26-02-2014

Abstract
The study of food and eating draws evidence from many different disciplines using many different methods. This paper argues that this should be viewed positively; the idea that there is one best method, or suite of methods, to which every social scientist should be committed is at odds with both processes of knowledge formation and the complexity of alimentary life. Complex research questions necessitate multiple sources and methods, the greatest challenge being to fashion and to justify an integrated interpretation of different types of data. The paper examines these issues with reference to debates about the use of mixed methods, which have mostly focused on the reconciliation within a single study of quantitative and qualitative data. A broader remit is advocated, paying attention to protocols for integrating multiple methods. The argument is illustrated with reference to the design and analysis of a study which collected evidence about the activity of eating out. The paper speculates about whether deliberate and purposeful use of multiple methods may be a key to generating explanations, and ultimately theories, which transcend disciplinary boundaries.

Key words: eating out, food, integrative multiple methods, inter-disciplinarity, mixed methods

Referencia normalizada
Warde. A. (2014). "Food studies and the integration of multiple methods". *Política y Sociedad*, Vol.51 Núm. 1 51-72

Sumario: Introduction: food studies, theories and methods. 1.Disciplines, methodologies and methods. 2.An example: explaining eating out. 3.Discussion. 4. Conclusion. References

ISSN: 1130-8001
http://dx.doi.org/10.5209/rev_POSO.2014.v51.n1.42472

Introduction: food studies, theories and methods

This paper reflects on the status of methods in the social sciences with specific reference to the field of food studies. Developing new methods and refining old ones is obviously worthwhile, but I contend that social scientists when discussing methods pay too much attention to data collection and protocols for data manipulation and too little to procedures for interpretation and analysis. The consequence is a tendency to over-estimate the value of methodological purity. An alternative is purposefully to combine different types of method. This is the apparent objective of recent widespread advocacy of mixed methods. However, I express strong reservations regarding the codification of mixed methods as a new methodological paradigm, preferring greater flexibility in the pragmatic application of complementary methods. This can be especially valuable for food studies because of its multidisciplinary constitution. Also the social science of food and eating remains highly fragmented and consequently is theoretically weak. The field spans agronomy, chemistry, medicine, the physiology of taste, nutrition, marketing, logistics, culture, theology, hospitality, history and the social sciences. Probably no one has adequate command of all these areas, and thankfully few scientific questions would require the contribution of all, although perhaps an explanation of the spread of obesity might. However, many narrower questions would also benefit from insights from a range of perspectives and disciplines.

Explanations of patterns, changes and problems associated with food consumption require different types of expertise which are typically concentrated within the boundaries of different disciplines. But while the boundaries of disciplines serve usefully to protect and enhance scientific theory, they are often not helpful in explaining the sources of practical problems like obesity, taste or food choice. Such explanations will usually depend on the application of more than one method. My basic contention is that food studies can, and should, make deliberate and purposeful use of multiple methods and data sources. However, a major problem arises of how to devise suitable protocols for achieving a combined interpretation of data generated through different procedures theoretical and disciplinary traditions. At the extreme, this would apply to the union of experimental evidence in a psychologist's laboratory and the ethnographic fieldwork of the anthropologist, or perhaps the econometrician's equations and the interview transcripts of the sociologist. For the present, much less ambitiously, I explore merely types of research design which permit and encourage the coherent use of findings derived from more than one type of data.. However, that does not entail endorsement of mixed methods as currently discussed in the literature, even though the aspiration towards synthesis is most welcome.

The main illustration is an example of the use of multiple, complementary methods in an investigation of the practice of eating out which involved a research design employing quantitative and qualitative evidence. The example presents some previously unreported empirical findings relevant to a substantive interpretation of the phenomenon of eating out as well as illustrating some principles of method. One

implication is that greater benefit would be obtained from refining protocols for combining methods than from honing any single method or technical instrument.

Another implication is that interdisciplinary collaboration might best be enhanced through the alignment of different methods. Whether the existence of disciplines is a boon or an encumbrance is much disputed. Inter-disciplinarity is increasingly recommended. This is particularly the case when agencies commissioning research find themselves wishing to intervene to resolve practical problems – a not uncommon occurrence with respect to the sponsoring of food research. Policy-makers generally do not find it helpful, when for example they perceive a crisis of obesity, to be offered intelligence and advice in terms of mutually exclusive disciplinary perspectives. Yet they often are because disciplines have their own particular scientific agendas and foci of attention. Disciplines tend to be committed to incommensurable theories, which have been formed over time in relation to particular substantive interests. Their key concepts bracket out those forces, processes and facts which are of no theoretical interest. Disciplinary institutionalisation and rivalry militates against theoretical synthesis and results in high degree of concentration on explaining specific categories of phenomena. However, there appear to be fewer barriers to the sharing of social scientific methods. Social research methods texts and articles are rarely dedicated to the practices of specific disciplines. If methods travel better than theories they may provide grounds for convergence in explanation.

1. Disciplines, methodologies and methods

Disciplines typically favour some methodological techniques over others. Methods have typically been nurtured, invented and developed in relation to explanatory problems of interest to specific disciplines. Consequently a strong connection between method and theory is often apparent. Connectedness has sometimes been enunciated as an epistemological and methodological principle. In the last quarter of the 20th century it was maintained widely in the field of Social Research[1] that qualitative and quantitative methods were incommensurable because they did not share the same abstract ontological and epistemological assumptions about social action and social processes.[2] Thus were founded versions of methodological purism which rendered qualitative and quantitative approaches antagonistic and mutually

[1] I will refer to Social Research rather than Sociology since much of the debate revolves around investigations in now relatively autonomous sub-disciplinary specialisms like education, and health and illness.

[2] In turn, this can be tied back to long running disputes about the incompatibility of the humanistic and scientific approaches to Sociology (Lepenies, 1985).

exclusive. Disagreement was intense.[3] Morgan (2007) sketches the background as one where advocates of the qualitative, or 'metaphysical',[4] approach challenged the dominant positivistic and quantitative orthodoxy in social science methodology. Insistence on there being a radical disjuncture led to the formulation and promotion of a new 'paradigm', founded in the interpretivist tradition of social science and committed exclusively to qualitative methodology. Within the domains of research influenced by Sociology, researchers became attached to one or the other, almost entirely irrespective of the range of relevant research questions envisaged.

While methodological purism – the contention that there is a best method – remains surprisingly rife,[5] the climate of opinion has softened and there is probably a good deal of pragmatic acceptance, or at least tolerance, of mixing methods. Alan Bryman (2006b), a constant supporter of the judicious deployment of complementary methods, welcomed the cessation of hostilities in the 'paradigm wars' as the basis of a healthier climate for investigation. Claims to methodological exclusivity on grounds of ontology and epistemology are now rare. Indeed, methods seem very amenable to transfer across the boundaries of disciplines and theoretical schools. One reason is that methods have path dependent trajectories which are relatively autonomous of disciplines. This is itself probably a result of the specialisation of scholarship about methods; describing, developing and justifying procedures for data analysis has become a full-time occupational role. Focus on methodical procedures irrespective of substantive area or theoretical proclivity is demonstrated, for example, when methods textbooks draw examples from many different domains or disciplines. Whether researchers should allow methodologists to prescribe how to use methods is itself a debatable matter, but techniques of investigation have proved portable. So while imminent spontaneous convergence is to be expected neither over the questions that sociologists, economists and psychologists ask, nor over their core theoretical commitments, methods are inherently more susceptible to transfer. Perhaps, therefore, the relatively loose connection between theory and methods could be turned to advantage and in the case of food studies impetus

---

[3] The basis of the dispute was the view that studies of numerical distributions, often labelled positivism, and studies of expressions of meaning, interpretivism. There are both historical and philosophical grounds for asserting that version of positivism and interpretivism each adopt mutually incompatible accounts of structure and action at the level of abstract social theory. Whether they must be severed in the same way at the level of substantive explanation is much less certain. In relation to analysis in search of practical or policy interventions sociologists of different types and scholars from different disciplines are less argumentative.

[4] The label probably reveals aspects of Morgan's preferred understanding of the debate.

[5] The idea of a best method probably makes sense only on the basis of a prior theoretical commitment. Disciplines with greater theoretical consensus are likely therefore be most adamant about the superiority of their (currently) preferred methods.

toward synthetic explanations might come from better integrated use of shared methods.

Some of the associated issues have been explicitly addressed in discussions of 'mixed methods'. While it is now easy to find explicit advocacy of the use of mixed methods in research design only a quarter of a century ago their recommendation was considered highly controversial. Julia Brannen's (1992) *Mixing Methods*, for instance, was introduced against a backdrop of division and hostility between proponents of *either* qualitative *or* quantitative research. Mutual incompatibility was identified and defended at the levels of epistemology, middle-range theory, and methods and techniques (Brannen, 1992:3). The effects were momentous. Abbott (2001: xvi), illustrating fractal distinction and the principle of self-similarity in sociology joked:

> if we take any group of sociologists and lock them in a room they will argue and at once differentiate themselves into positivists and interpretivists. But if we separate those two groups and lock *them* in separate rooms, *those* two groups will each in turn divide over exactly the same issue'.

In doing so, while pointing to the widely advertised dispute between advocates of quantitative and qualitative approaches, he also suggested compatibilities. Currently, majority opinion rejects arguments for incommensurability. Symonds and Gorard (2012: 5-9), for example, argue plausibly that none of the elements of the research process – qualities of data, collection tools, sampling, data types, criteria of validity and bias, method of analysis – are exclusive to quantitative or qualitative paradigms. Examples abound of numerical data being analysed in an interpretative manner, as with Multiple Correspondence Analysis, and textual material with statistical algorithms, as with content analysis.

As confidence in the incommensurability thesis has declined, two positions have transpired.[6] One is the promotion of a new, transcendent, third way, a self-consciously constructed and promoted alternative research paradigm called variously 'mixed' or 'mixed methods' research (Johnson et al, 2007; Greene, 2008). Emerging in the 1990s, mixed methods has a variety of formulations but central to each is the transcendence of the division between qualitative and quantitative approaches. With a long history, one well known thread being reflection on the methodological virtues of triangulation, many contributions have attempted to formalise 'mixed' research (eg Cresswell and Plano Clark, 2007; Tashakkori and Teddlie, 2003). These have had impact to the extent that some commentators see mixed methods as not only highly fashionable but increasingly a new orthodoxy; Green and Preston (2005: 168) expressed disquiet that '"mixed method" strategies are

[6] The incommensurability argument has not been abandoned by all.

becoming a new professional ritual'.[7] The other position implicitly favours reliance on improvisation and invention of new research tools developed in the light of the desirability of incorporating multiple methods into research designs. However, the notion of a paradigm is rejected; the very idea of there being entities that could sensibly be deemed qualitative or quantitative 'paradigms' is deemed fallacious (Gorard, 2004; Morgan, 2007). Indeed, pretensions to paradigmatic status may be greeted with scepticism, as might suggestions that all research designs should deploy mixed methods; I would not recommend devoting much time to the gushing and babbling stream of methodological reflection which now surrounds the notion of mixed methods. However, the underlying imperative to consider carefully how to integrate findings generated by many different methods deserves very serious consideration. Sound reasons for mixing methods have emanated from the discussion.

Fielding (2012) considers that there are three principal reasons for mixing methods: 'illustration, convergent validation, and analytic density'. Illustration is a matter of embellishing accounts with data from different sources, which may be informative or decorative without being methodologically profound. Of the second he is very properly wary; he echoes criticisms of expositions of triangulation wherein a dubious capacity for mutual verification is attributed to the bringing of different methods together. The third is the most important and the basis for integration or synthesis:

> The really compelling argument for mixed methods designs remains their benefits for sophisticated analytical conceptualization. As Maxwell (2010) argues, the real quantitative/qualitative distinction is not between number and text but between understanding the world by a theory of variance featuring variables and correlations and understanding the world by a theory of process in terms of events and interactions. Put that way, it is clear that both are essential. Rather than mixing because there is something intrinsic or distinctive about quantitative data or qualitative data we mix so as to integrate the two fundamental ways of thinking about social phenomena.
>
> (Fielding 2012; 125):

He goes on to note, however, that demonstrations of *how to* integrate data are sparse.

---

[7] Since 2007 it has a journal devoted exclusively to it – *Journal of Mixed Methods Research*, whose inaugural editorial was entitled 'The new era of mixed methods' (Tashakkori and Cresswell, 2007), it is the subject of other special editions (eg Green and Preston, 2005), and there are handbooks of mixed method research which attend to procedure, design and analysis (eg Cresswell and Plano Clark, 2007; Tashakkori, A. and E. Teddlie, 2003). Fielding (2012: 124) quoting Ivankova and Kawamura (2010) note that articles featuring mixed methods, as reported in various bibliographic databases, increased from 10 in 2000 to 243 in 2008.

Tacitly, most explanations have always depended on multiple methods.[8] Multiple methods are implicitly endorsed when we accept, make appeal to or quote findings which derive from techniques and methods which we ourselves do not use – and in many instances would be incapable of using. Theories, concepts and established knowledge have been derived and crafted from research using multifarious methods with the circumstances and specific methods of their discovery being quite forgotten. For it is almost impossible to give a sociological analysis or interpretation of any phenomenon without referring to mundane schemes of classification, statistical distributions, social and institutional settings, practical understandings and common utterances. Nevertheless, only recently has the appropriate procedure for dealing with this attracted attention, and it has come in the wake of the promotion of research designs based on mixed-method strategy.

Bryman (2006a) conducted a content analysis of 232 social science articles, published between 1994 and 2003, which claimed to deploy mixed methods. Mixed methods clearly *were* becoming fashionable. This almost always meant the combination of quantitative and qualitative methods, which has been how methodology specialists have constructed the problem, although it seems to me that there are other possible combinations.[9] Combining surveys with interviews was the most common strategy. Bryman's review very usefully isolated a substantial number of different justifications for the use of mixed methods (pp.105-107), although he concluded that the studies reported very often did not proceed on the basis of the rationale announced. Justifications for adoption of mixed methods included triangulation, completeness, process, discovery, better explanation and credibility. Bryman proposed that mixed methods research strategies should be better clarified in advance of data collection, while also noting opportunistic benefits arising when 'researchers discover uses of the ensuing findings that they had not anticipated' (p.110). Overall he argues persuasively that while use of mixed methods has become fairly common, established criteria for good design or evaluation of quality are few.

Bryman found few convincing examples of applications of mixed methods.[10] In most instances the relationship between the findings were simply additive; viewing a multi-faceted reality from two or more angles, each method offers its particular

---

[8] This seems to be accepted by several of the more sanguine commentaries on mixed methods (Fielding, 2012; Howe, 2012; Morgan, 2007). The debate may well be seen in retrospect as much ado about very little.

[9] Other potential combinations include an author and the text that she has composed, the Key Informant and the minutes of the management meetings of his organization, a television programme and the audience at its viewing, food diaries and a medical examination, a comprehensive corpus of recipes and the particular selection in significant cookery books.

[10] It might be said that good examples might be uncommon in journal articles because lengthy reporting is required to give an adequate account of the results of mixed method investigations.

mode of understanding which is juxtaposed against the others, rather than being subjected to any form of technical integration. I will refer to this tentative distinction as one between 'additive' and 'integrated' multiple method designs. If few research projects have explicitly used *integrated* mixed method designs, they seem especially rare within food studies. In the absence of ready to hand examples of inquiries which draw evenly upon several disciplinary traditions and which might demonstrate the potentiality for integration of both theory and method, I will present an example from a study drawing upon recent developments in the sociology of culture, where exercises in the combination of qualitative and quantitative techniques have proved successful (Bennett et al, 2009; Elliott et al, 2010; Miles and Sullivan, 2013; Cveticanin, 2012; Warde et al, 2008). The example derives only from within a single discipline, Sociology, although it is a reasonable testing ground not only because it is *currently* comparatively undogmatic as regards theory or doctrine but also because many of its controversies find echoes between and within other social sciences. In Bryman's (2006) sample of articles in social science journals Sociology was the discipline most prevalent in claiming use of mixed methods (the next most common being Social Psychology and Management Studies) . I describe the experience of a modest use of multiple methods in a recent study which obtained data on eating out and hospitality in Britain. This introduces, as an example of *integrated* multiple method, some previously unreported data of substantive relevance to the understanding of eating out.

2. An example: explaining eating out

The increased incidence of eating out is one of the most significant trends in contemporary European foodways. Any answer to the question 'Why are people eating away from home more often than before?' will necessarily take account of many contributory factors. Urban concentration of populations makes them easier to provision. Greater affluence generates additional personal financial resources and increases the potential market for commercial hospitality. There is increasing range of provision in maturing service economies which employ sophisticated advertising techniques. More married women are in employment than earlier, which both increases income and reduces time available for domestic work. Some relationship exists between the distribution of cooking skills and propensity to purchase ready-made meals. A strong relationship exists also between levels of personal mobility – commuting to work, leisure travel, visiting distant kin – and the injunction to eat at regular intervals. Aestheticisation of daily life impacts upon the food sector and broadens the range and desire for new culinary experience. To enjoy eating, particularly in the company of others, without personal responsibility for maintaining a flow of food to the table, is both privilege and treat. All of these factors have some relevance. Some are matters of social structural change, others aspects of a personal calculus of individual well-being. The social scientific interest lies partly in weighing the relative importance of each, and partly in determining how they are config-

ured together. It seems incontrovertible that the necessary evidence can only be obtained from data collected and analysed in accordance with the procedures of several different methods. Yet there are few sources of authoritative instruction about how to draw these different types of findings together or about how to demonstrate their mutual compatibility.[11]

I want to report on a study which addressed the problem of combining the findings of different methods explicitly at the point of research design, where several methods were specified in the proposal and their mutual inter-linkage assured in a substantive manner. A study conducted with several colleagues, called 'Cultural Capital and Social Exclusion' (CCSE),[12] a partial replication of Pierre Bourdieu's *Distinction* (1984), went beyond multiple methods by obtaining data about the same subjects using two (occasionally three) different techniques (Bennett et al, 2009; also Silva 2005 and Thomson, 2004 for technical details). After having completed a random sample survey about cultural consumption and taste, some of the respondents were interviewed in much greater depth. By using the technique of Multiple Correspondence Analysis (MCA) to document the survey results, identifying symbolically significant cultural items along four principal axes of differentiation, a geometric representation of the probable coincidence of practices and tastes is obtained. Thereafter, using SPAD software, an identical space can also be drawn to position every respondent on each axis; technically referred to as the cloud of individuals, this located every individual in relation to all others by their possession of cultural capital. Individuals could thus be identified both within the population and within a structure of national taste using two methods, one typically considered quantitative, the other qualitative. Interviewing people who had already answered the survey gave the option of aligning the findings of two different methods using a single individual as the bridge between characteristic behaviours captured relative to a national population and the detail of personal tastes and practices.

The study paid relatively little attention to food habits, but the survey included questions about what restaurants people liked and disliked. In face-to-face semi-structured interviews everyone was asked to elaborate on their responses to those questions and how they entertained guests at home.

The MCA graphs showed that tastes in eating out contributed in moderate degree to variation across the sample. On each of the first three axes one or more item was significant (Bennett et al, 2009: 45-52 gives full details). The first axis (see Figure 1)[13] showed that those with greater volumes of capital ate out frequently,

---

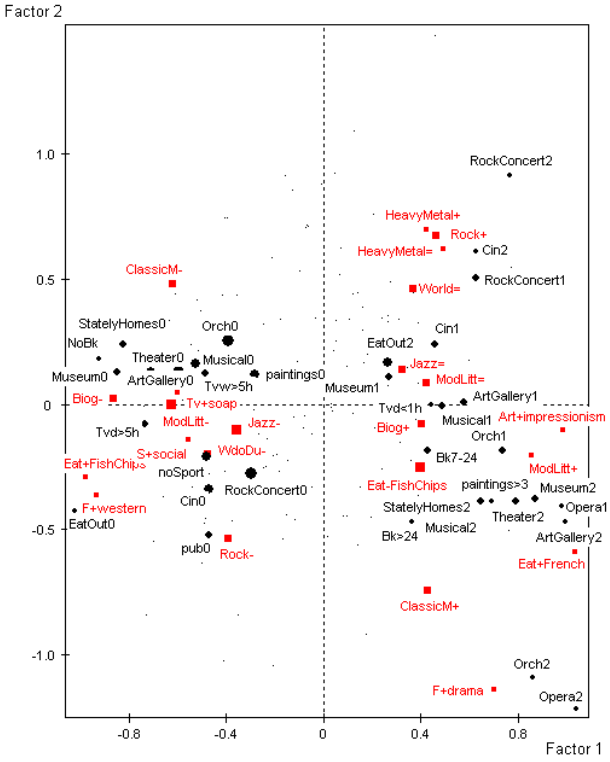
[11] There is on the other hand a strong pragmatic streak in the social science community which accomplishes this through its writing, where rhetorical strategies overcome, often by overlooking, the potential hazards.

[12] ESRC project *Cultural Capital and Social Exclusion: A Critical Investigation.*

[13] To read the figure, (black) diamonds refer to participation, (red) squares to expressions of taste. For participation suffix 0 means never or rarely, 2 means a lot, 1 sometimes. For

while those with little capital went to restaurants rarely. As regards taste, the former group were likely to name fish and chip restaurants as the least liked, while the latter were the most likely to nominate these as favourite. However the numbers offering these expressions of taste were small; MCA often isolates as significant items which are not very common. On the second axis, high significance attached to eating in French restaurants; younger people tended to like them least of all, and it was older people who were most likely to nominate them as favourite, although there was also a class dimension. The third axis, not shown here,[14] revealed that men were particularly attracted to Indian restaurants.)

Figure1: Multiple Correspondence Analysis, cultural tastes and participation of random sample of UK population, 2003 (N=1564): Axis 1 and 2, with variables contributing to axis 1 indicated.



tastes, + indicates like, - dislike, and = in between. The abbreviations refer to items within seven cultural fields including music, television and film as well as eating out. EatOut2 (a black diamond) identifies eating out at least fortnightly; Eat + Fish Chips means fish and chip restaurant is a favourite type; etc.

[14] See diagrams in Bennett et al (2009) p.124ff.

Occupational class positions were laid out monotonically along the first axis, and while restaurant preferences contributed only moderately to that axis, when cross-tabulated significant class differences were apparent (see Table 1). Thus for instance 14 percent of the professional-executive class nominated French restaurants as their favourite, compared with 3 percent of the working class. The equivalent figures for liking French restaurants least were 3 per cent and 7 per cent respectively.

Table 1: Type of restaurant liked most, by social class (percentages)

	Professional executive	Intermediate class	Working class	Never worked	all	sig
Café or teashop	2	3	6	7	4	**
Pizza house	2	1	5	11	3	***
Fast food	1	3	4	12	3	**
Fish and Chip	1	2	4	2	2	*
Pub/Wine bar/hotel	16	26	25	7	22	***
Indian	13	12	12	9	13	
Chinese/Thai	19	21	18	16	18	
Italian	23	14	9	16	14	***
French	14	9	3	5	7	***
Traditional steak house	4	8	10	2	8	**
Vegetarian	3	2	3	-	3	
None/Don't eat out	1	1	3	5	2	*
N=	361	449	710	43	1563	

Pearson Chi-Square *** <.001, ** <.01, * <.05

Note: For social class categorisation see LeRoux et al (2008). Class is allocated on the basis of respondent's current or most recent occupation.

Interviews reveal some reasons for these preferences and give additional confidence that French cuisine plays a symbolic role related to the possession of cultural capital and social distinction. Thus Jennie,[15] a woman in her 40s with a high volume of capital, talked about reasons for her liking of French restaurants. 'Well we lived in France, I like the rich sauces … I like my meat rare. She continued when asked 'was it living in France that … generated the interest in French cuisine or did it come before?' She continued:

> Well I grew up with quite a limited cuisine, and I think probably Italian would be the first influence and I don't mean pasta and pizza I mean again the good sauces, and the rich sauces and then I liked French as well and I like the fresh vegetables and so on. What came first? I think probably we watched some TV programmes, maybe found some, things like steak Diane, I mean

[15] Names are pseudonyms.

> these things were, that was supposedly French, whether it actually was or not I don't know. *Coq au vin*; I remember experimenting with *coq au vin* with one of my first cookery books so I think that interest came before we went to live in France. ... I think their approach to vegetables and fresh cooking, I like that. And wine as well, red wine.

Such opportunities for learning are rarely available to the working class, and in the absence of any personal experience, and in the light of the reputation of French restaurants, they may well nominate them as least favourite. One interviewee admitted as much. Having nominated French restaurants as his least favourite, in interview explained that he had never been to one: 'I'm not qualified really to say that to be honest, but I had to give an answer so I figured it's one, let me put one that I haven't been to'. Elaborating he said, 'there's no real reason, that's no reflection on the French or anything, purely because I'm not, again it's something that I've not been to enough to really make a judgement'. One source of the alignment between social position and taste is thus rendered meaningful.

In addition, interviews contributed to greater certainty about the role of cultural omnivorousness associated with patterns of consumption in the British middle class. Perhaps the most striking feature of Table 1 is the strength of preferences for 'foreign' cuisine among professionals, two thirds of whom selected one of the four non-British cuisines listed. Earlier research in the mid-1990s (Warde and Martens, 2000; Warde, Olsen and Martens, 1999) had shown a propensity for those in higher social class positions to like a wider *array* of foreign restaurants, a finding not inconsistent with Table 1, but not proven by it. Examining transcripts of interviews (and also of focus groups) confirmed that the quantitative evidence is neither random nor arbitrary. Not only did interviewees with high 'institutional cultural capital' (i.e. those with post-secondary school qualifications) very often select foreign favourites, and disproportionately French and Italian, but they also introduced other cuisines into discussion. Thus Maria explained, 'I love Spanish food. I adore Spanish food because I used to like French food but I've got food allergies and I can't eat cream and things like that and butter. So French food's out of the window unless I cook it myself, but Spanish food to me, they just take very natural, very wholesome ingredients and just turn it into a taste explosion.'

Evidence was also collected on dislikes. Table 2 shows evidence from the survey indicating a class distribution to dislikes, but here most opprobrium is attached to fast food and vegetarian restaurants. Those with high cultural capital amassed predictable widely-circulating arguments against fast food. The reasons for avoiding vegetarian restaurants were probably more interesting. Vegetarian food incites reference to a highly symbolic issue, the value of meat. Britain has a significant proportion of people who consider themselves vegetarian, surveys have been recording around 7 per cent during the last twenty years, although the definition of being vegetarian will often include eating fish and sometimes also everything except red meat. Eight interviewees pronounced themselves least inclined to go to a

vegetarian restaurant.[16] Vegetarian is an apparently acceptable thing to dislike irrespective of experience. Thus Hilda, a young working class mother, who registered vegetarian as the least attractive option, said:

> Agh I've never ate like quorn-mince or had tofu or soya or whatever. And I know its not, probably I wouldn't mind the taste of it in my mouth, but I don't know if it would be very nice

Table 2: Type of restaurant least liked, by social class (percentages, by column)

	Professional executive	Intermediate class	Working class	Never worked	all	
Café or teashop	3	3	2	-	2	
Pizza house	2	3	5	2	4	*
Fast food	52	44	29	19	38	***
Fish and Chip	6	7	4	7	5	
Pub/Wine bar/hotel	0	0	1	7	1	***
Indian	6	10	12	7	10	*
Chinese/Thai	3	6	8	5	6	*
Italian	0	2	2	-	1	
French	3	3	7	19	5	***
Traditional steak house	3	1	2	2	2	
Vegetarian	19	21	26	28	23	***
None/Don't eat out	3	1	2	5	2	
N=	361	449	710	43	1563	

Pearson Chi-Square *** <.001, ** <.01, * <.05

There is considerable nuance among the discursive responses and intimations that reasons of sociability might come before those of taste. So Terry (mid-30s, white, male, with two children, and having few educational qualifications) asked about his least favourite place said, 'It would have to be a vegetarian restaurant because I'm not a vegetarian. I love my meat. I love my meat', and as his preferred place to eat he nominated 'McDonalds, especially for the boys'. Nevertheless he added, 'if it's like everyone else was there and everyone else … to keep the peace then obviously you just follow along'. Edie, 29 years old and a clerk and recently a mother, said something similar. After saying that she and husband Joe didn't much like Indian restaurants (because they provided 'mushy food, with 'strong spices' and you couldn't 'see what's in it'), she identified the vegetarian restaurant as the least appealing, explaining 'We both like meat, I think every meal we have meat in some

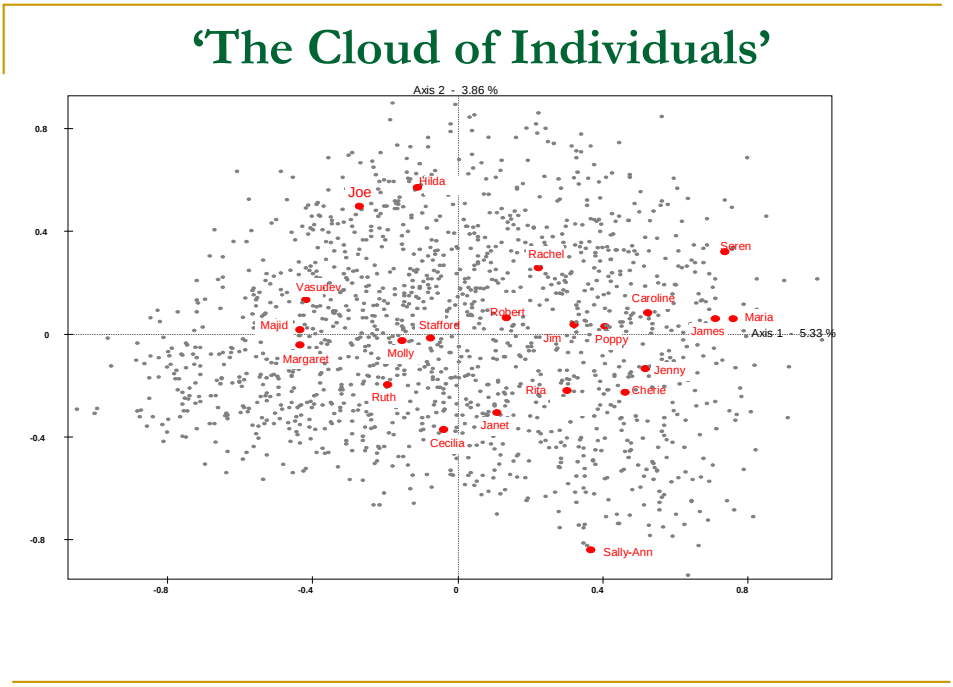
[16] Interviews were held with partners as well as survey respondents, amounting to 43 interviews in total. The proportion of interviewees liking vegetarian restaurants least was thus roughly similar to that for the nationally random sample surveyed.

form.' However, she continued, 'if some friends were going, we'd go along, but we wouldn't choose to go.

This preparedness by working class interviewees to go when with friends to a place otherwise unappealing and unattractive turned out to be an expression of distinctive patterns of sociability. A further demonstration related to entertaining at home. Generosity and conviviality were often in evidence among the working class respondents. They are least likely to stand on ceremony, perhaps helped by their propensity mostly to entertain other family members rather than friends or colleagues. Most, although not all, of the formal events reported were described by persons of high cultural capital. Those with low cultural capital were more prone to informal arrangements. Households of higher social status often took an aesthetic interest in food and its presentation, especially with reference to restaurants but also to some extent their domestic entertaining. Interestingly, there was no obvious compulsion for the middle class to entertain, formally or otherwise. Caroline, aged about 30, only invited people round for drinks and Seren, in her 50s and living alone, said 'I don't do that much cooking now, you know?', and describing the last time she had visitors she prepared steak, potatoes and vegetables but noted that she 'can't be arsed peeling vegetables these days'. By comparison, some working class respondents were much more generous, sociable, concerned to entertain, and even explicitly to impress, their friends. Hilda was not exceptional among working class women in describing elaborate but informal provision for family and friends, and Margaret (a working class mother of three, aged 30) said 'I like to impress' (Figure 2).

Although it is impossible to demonstrate systematically with the data to hand, it is reassuring when analysing the survey data to be able to visit different worlds of meanings and dispositions (apparent through detailed descriptions and justifications of conduct) among people located in different social positions in the space of lifestyles (see Silva et al, 2009). Conversely, social location and context adds to the richness of biographical accounts of individuals about their tastes. Eating preferences can be located in a wider cultural context and the inter-relationship of personal and social attributes can be determined. While homologies between tastes in eating and tastes in other cultural domains were not strong, the association in the space of lifestyles of French restaurants with a taste for opera, Impressionist painting and orchestral concerts (as shown in the lower right quadrant of Figure 1) does reveal a shared propensity for established culture among the richest and most highly educated sections of the population. At the same time it is worth remarking that the capacity to make sense of both individual testimonies and survey results in relation to the practice of eating out is in significant part the result of having worked through many other sources and many other interpretations which put this particular project, this modular investigation so to speak, in context of a more comprehensive programme of research. The degree of synthesis which has been accomplished depends on the fruits of many other modules of inquiry.

Figure 2: MCA: Social position of survey respondents in cultural space and identification of qualitative interviewees



3. Discussion

Most methodological literature focuses on the proper implementation of individual methods, with techniques for data collection and data manipulation attracting far more attention than interpretation and explanation of findings. Methods, no matter how rigorous, inventive or systematic, only take social science to a point prior to the formulation of descriptions and explanations. Social researchers typically expect too much of their methods. They also become unduly attached to their favourites. There are career, disciplinary and practical reasons for becoming highly attached to the invention, adoption, promotion and defence of familiar methodological instruments for dealing with particular types of data. The institutional practices of the scientific field and the imperatives of the scientific career are partly responsible. Many scientists make their reputations on the basis of studies using one particular method which they continue to use more or less exclusively throughout their active

careers. Attachment to methods may also be a weapon in the rivalrous promotion of disciplinary interests, with all that that means for the flourishing of professional associations and the allocation of research funding. Such aspects of the social organization of science militate in favour of the fetishisation of method and sanctification of methodological purism. Not, of course, that I am suggesting other than that appropriate, reliable, replicable and robust methodical procedures should be the platform upon which data analysis should be performed. Far from it. However, the problem seems not to be less a need for more or better methods than for better final analysis. I find the methods at my disposal mostly adequate to the types of question that I can imagine posing. What is lacking, rather, as a result of the impulse to specialise in single methods, is focused attention on their role in the explanation and interpretation of social phenomena. The real challenge for the sociology of eating is to clarify the processes appropriate to combining findings retrieved from different methods.

This should not be too daunting a prospect since for most of the time interpretation and explanation requires that we cite and integrate the results of several different methods. Methodological purism derives its plausibility from a specific model of scientific process, usually involving discrete experiments or focused tests of single hypotheses directed towards cumulative generalizable knowledge about discrete relationships between measured items or variables. Therein, the *ceteris paribus* clause plays a crucial role; that everything else be held equal is essential and is achieved by isolation of the minimum possible sources of variation, so as to be able to estimate the probability of a particular relationship holding between variables. Such a set of procedures is appropriate for relatively few explanatory puzzles. Sociology, or any other science of institutions, will rarely be able to do this, nor would it want to. Not many of the issues central to food studies are likely to be resolved in such a manner.

In one sense there was nothing very special about the use of a mix of methods in the CCSE study, for most studies use several methods simultaneously. Historical accounts, for instance, typically build up a composite descriptive picture from multiple sources of sequences of events and forces which condition and steer the actions to be accounted for. Many details, gleaned from multiple sources, are marshalled into as coherent and persuasive a story as possible. Whether they deserve the label 'mixed method' is debatable.[17] However, the decision to interview people who had already responded to a survey did give a valuable and rare option to align the findings of two different methods by way of a single individual. The bridge between methods in the study was the person whose characteristic behaviours were

[17] Mason (2006) identifies six different rationales for mixed methods which vary in the degree to which they *integrate* findings from different techniques. In her terms, weaker forms of integration are little more than an almost unavoidable use of evidence derived from different techniques which serve as background or illustration.

captured relative to a national population and who also reported in detail on their own tastes and practices. Starting interviews by asking what some of their survey answers meant to the respondent proved a neat point of entry to explore sense-making, reasons and justifications (as well as to evaluate the meaningfulness of answers recorded in the survey (Silva et al, 2008)). The capacity of the software to move back and forth between the space of lifestyles and the cloud of individuals permitted mutual illumination of patterned activity and personal reasoning. As Fielding (2012) describes, some new and valuable tools for data collection and processing have already built-in capacities for the combined analysis of information obtained from different methods. In the CCSE case, the degree to which an individual is typical of a social group or category (ie inhabitants of similar locations in social space) can be ascertained, as can their key differences from members of other groups. Sociologically it is possible to bring together persons, social positions and situations.

A primary feature of this inquiry was that a unit of analysis, identical in its characteristics, was 'measured' in more ways than one. Two different methods, tapping different properties, were applied to the same person. This is preferable to the more widely adopted procedure – often adopted for reasons of practicability or limitation of resources – of using separate instruments on separate samples.[18] In the latter instance the unit of analysis is similar, but not identical. The benefits of inquiring about an identical unit include: first, a more secure link between different levels of social order; second, a more thorough and rounded analysis of both the individual and the group; and third, a more thorough understanding of the practice involved because both distribution and process are examined. An account with 'analytic density' involves knowing about the social position and the situations in which performances occur.

My illustration employs individuals as the bridge between methods. It demonstrates the productive use of different types of data about the same person. This might be obtained either at different points in time or with respect to different facets of experience. However, not all schools of Sociology are prepared to take the individual as either the starting point or the end point of analysis. The logic would apply equally well to supra-individual entities, like organizations or even nation-states, agencies which establish their identities in juxtaposition against others of the same type but which nevertheless have specific characteristics not reducible to that relative position.

A yet more radical alternative is suggested by developments in the study of consumption where a theoretical commitment to employing practices as the principal unit of social analysis has begun to influence empirical research designs (Halkier et

[18] Note that such a procedure is unobjectionable, and in many instances it will be preferable to methodological purism. Often it will be the only option in some forms of sequential research design or where comparison with earlier investigations are required.

al, 2011; McMeekin and Southerton, 2012; Shove et al, 2012). In many ways such an approach, based on depicting differentiated and institutionalised practice, calls even more loudly for the integration of multiple methods. A thorough analysis of the practice of eating out (considered as a specific mode of the more general practice of eating) might be best served by explicit investment in a more systematic linking of sources of evidence about shared understandings, common procedures and standards of adequacy (see Warde, 2004). In such a venture the performance would serve as the bridge, the link between aggregate formations of custom and conduct and positioned instances of behaviour.

4. Conclusion

Complex research questions usually necessitate multiple sources and methods. The ensuing challenge is to fashion and justify an integrated interpretation of different types of data. As a matter of fact, most social scientific accounts employ several sorts of methods to process varied data. However, justifications of procedure and validity of explanations tend to be couched in terms of the correct implementation of a single method. The in-depth interview study brackets off as background the knowledge derived from surveys and descriptions of institutional settings and pays no respect to the methodological techniques upon which the latter rely. The predominant template of scientific procedure remains the isolated experiment that features in laboratory science.[19] Outside of the laboratory a highly restricted and limited focus is almost impossible to achieve, and explanation of observed events and processes usually depends upon bringing together relevant knowledge generated using different types of method. In this respect, descriptions of method often avoid discussing the most common and most problematic aspect of social scientific analysis.

The gist of this paper has been advocacy of research designs which explicitly seek to exploit the potential of multiple methods. Arguably there is no option. Multiple methods are always tacitly or implicitly in use – they are very normal. A broad and deep understanding of eating out would require much wider range of evidence than could be gleaned from the combination of Multiple Correspondence Analysis and some interviews. A thorough understanding would draw upon many sources of evidence – textual, numerical, testimonial and observational. My central example has been one where the detail of particular instances is located in the social aggregate, such that their mutual influence can be examined. This is helpful in

[19] The meaningfulness and efficacy of such experiments, where the sole focus of attention is precisely the minute details of whatever interaction is under the microscope, depend upon there having been a long series of similar investigations and a tradition of theory and interpretation, usually implicit, which gives meaning to the findings.

sociological explanation because it allows for mutual interaction between the individual and the aggregate level, seeing the aggregate level as an arena of social interdependence and inter-subjectivity which transpires only in part as emergent properties of individual action. This makes it possible to use the evidence of individual experience to give a meaningful foundation to prevalent, collectively orchestrated and collectively experienced, concurrent and sequential situations. Just as panel data is ideally to be preferred for explanatory purposes to repeated cross-sectional surveys, interviewing people who have been surveyed is more instructive than asking questions of subjects sampled independently. In both designs, then, a single person becomes the bridge that connects one data source to another. The particularity of the understanding and rationale for behaviour of an individual can be contextualised by the cultural characteristics of the social groups to which they belong;[20] and the shared experience that group membership and joint participation generate can be identified from the framing of a personal account. Designs which deal with the same individual, or other identical unit of analysis, across different time points and different types of experience are especially powerful.

Multiple methods are not always, and perhaps even not usually, necessary. My selective review of the burgeoning discussion of mixed methods would suggest that there is no advantage to according it paradigmatic status in the methodological pantheon. The virtues of mixing methods lie in their capacity to address explanatory puzzles more thoroughly, with greater breath and depth, to permit what Fielding (2012) called 'analytic density'. Indeed, progress in research technique appears to come more from adaptation and improvisation by researchers in response to problems of explanation than from grandiose formalizations of methodology-centred paradigms. Often this might be achieved without actually integrating methods – the perspectives afforded by findings from different methods may often be sufficient. This is largely because, in the generation of explanations, interpretation of evidence is more important than methodical procedures. What is mostly lacking in the literature on research process is extensive and helpful guidance about the transformation of reliable evidence into credible explanation.

It is no simple matter to extrapolate from the use of integrated mixed methods in Sociology to cross-disciplinary collaboration. All problems are magnified if viewed in an inter-disciplinary perspective. However, the points made might potentially be scaled up to address the bigger question of complementarity at inter-disciplinary level. The barriers between disciplines are higher, because of theoretical commitments and the specific intrinsic properties of the phenomena which constitute the primary substantive focus of each. Almost by definition inter-disciplinary projects do not share theories. To work from within the parameters of a theory may sometimes preclude some methods, but usually many alternative methods can be consist-

[20] The can also be positioned in relation to aggregates of population defined by socio-demographic characteristic

ently and productively applied to a given research question. Nonetheless, while some methods are more prevalent and more highly valued in particular disciplines (ethnography in Anthropology, or randomised control trials in Medicine), methods flow easily across disciplinary boundaries. The importation into a discipline of a new method often proves to be a primary source of innovation – social network analysis, sequence analysis and discourse analysis have circulated promiscuously in the recent past. Methods, it would seem, are not a principal barrier to inter-disciplinary understanding. The fact that disciplines are wedded less firmly to particular techniques than to their theories offers a promising point of leverage for progress in food studies. Greater tolerance for multiple methods might be a precursor or herald of a thawing of the more icy boundaries between disciplines. In principle, the logic of mixed methods should be transferable, resulting in better integrated explanations. In conclusion, I contend that the social sciences are generally very well equipped with methods for investigation of social phenomena, but are often deficient when it comes to delivering insightful explanation. Currently, innovation in technique and procedure is required less than explicit protocols for interpretation which come into effect *after* the empirical investigation of distributions, associations, discursive themes, clusters or structures has been completed.

Acknowledgements

I thank Jukka Gronow and Sue Scott for their helpful comments on an earlier draft of this paper. I also gratefully acknowledge the support of the ESRC (Award no. R000239801) 'Cultural Capital and Social Exclusion', and the contribution of my colleagues in that project – Tony Bennett, Mike Savage, Elizabeth Silva, David Wright and Modesto Gayo-Cal.

References

Abbott, A. (2001) *Chaos of Disciplines*, Chicago: Chicago University Press.

Bennett, T.; Savage, M.; Silva, E.; Warde, A.; Gayo-Cal, M. and Wright, D. (2009) *Culture, Class, Distinction*, London: Routledge.

Bourdieu, P. (1984 [1979]) *Distinction: a social critique of the judgment of taste*, London: Routledge.

Brannen, J. (1992) "Combining qualitative and quantitative approaches: an overview", in Brannen, J. (ed.) *Mixing Methods: qualitative and quantitative research*, Aldershot: Ashgate, 3-37

Bryman, A. (2006a) "Integrating quantitative and qualitative research: how is it done?" *Qualitative Research*, 6: 97-113.

Bryman, A. (2006b) "Paradigm peace and the implications for quality" *International Journal of Social Research Methodology*, 9: 111-126.

Creswell, J. and Plano Clark, V. (2007) *Designing and Conducting Mixed Methods Research*, London: Sage.

Cveticanin, P. (ed.) (2012) *Social and Cultural Capital in Serbia*, Nis: Centre for Empirical Cultural Studies of South-East Europe.

Elliott, J.; Miles, A.; Parsons, S. and Savage, M. (2010) "The design and contest of the "Social participation" study: a qualitative sub-study conducted as part of the age 50 (2008) sweep of the National Child Development Study" *Centre for Longitudinal Studies, CLS Cohort Studies*, Working Paper 2010/3, July.

Fielding, N. (2012) 'Triangulation and mixed methods designs: data integration with new research technologies" *Journal of Mixed Methods Research*, 6(4): 124-36.

Gorard, S. (2004) "Scepticism or clericalism? theory as a barrier to combining methods" *Journal of Educational Enquiry*, 5(1): 1-21

Green, A. & Preston, J. (2005) "Editorial: Speaking in Tongues - Diversity in Mixed Methods Research" *International Journal of Social Research Methodology*, 8(3): 167-171.

Greene, J. C. (2008) "Is Mixed Methods Social Inquiry a Distinctive Methodology?" *Journal of Mixed Methods Research*, 2(1): 7-22.

Halkier, B.; Katz-Gerro, T. and Martens, L. (2011) "Applying practice theory to the study of consumption: theoretical and methodological considerations" *Journal of Consumer Culture*, 11(1): 3-14.

Howe, K. (2012) "Mixed methods, triangulation and causal explanation" *Journal of Mixed Methods Research*, 6(2): 89-96.

Ivankova, N. and Kawamura, Y. (2010) "Emerging trends in the utilization of integration designs in the social, behavioural and health sciences", in Tashakkori, A. and E. Teddlie, (eds.) *The Sage handbook of mixed methods in social and behavioral research* 2nd edition Thousand Oaks, CA, Sage 581-611.

Johnson, R. and Onwuegbuzie, A. (2004) "Mixed methods research: a research paradigm whose time has come" *Educational Researcher*, 33(7): 14-26.

Johnson, R.; Onwuegbuzie, A. and Turner, L. (2007) "Toward a Definition of Mixed Methods Research" *Journal of Mixed Methods Research*, 1(2): 112-133.

Lepenies, W. (1985) *Between Literature and science: the rise of sociology*, Cambridge: Cambridge University Press

Le Roux, B.; Rouanet, H.; Savage, M. and Warde, A. (2008) "Class and cultural division in the UK" *Sociology*, 42(6): 1049-71.

McMeekin, A. and Southerton, D. (2012) "Sustainability transitions and final consumption: practices and socio-technical systems" *Technology Analysis and Strategic Management*, 24(4): 345-61.

Mason, J. (2006) "Six strategies for mixing methods and linking data in social science research", ESRC National Centre for Research Methods, *NCRM Working Paper Series*, 4/06.

Maxwell, J. (2010) "Using numbers in qualitative research" *Qualitative Inquiry*, 16 475-82.

Miles, A. and Sullivan, A. (2013) "Understanding participation in culture and sport: mixing methods, reordering knowledges" *Cultural Trends*, 21(4): 311-24.

Morgan, D. (2007) "Paradigms lost and pragmatism regained: methodological implications of combining qualitative and quantitative methods" *Journal of Mixed Methods Research*, 1(1): 48-76.

Shove, E.; Pantzar, M. and Watson, M. (2012) *The Dynamics of Social Practice: everyday life and how it changes*, London: Sage.

Silva, E. B. (2005) *Household Study: Technical Report*. CCSE document, http://www.open.ac.uk/socialsciences/cultural-capital-and-social-exclusion/project-publications.php

Silva, E.; Warde, A. and Wright, D. (2009) "Using mixed methods for analysing culture: the Cultural Capital and Social Exclusion project" *Cultural Sociology*, 3(2): 299-316.

Symonds, J. and Gorard, S. (2012) "The death of mixed methods: research labels and their casualties" The British Educational Research Association Annual Conference, Edinburgh.

Tashakkori, A. and Teddlie, E. (eds.) (2003) *Handbook of mixed methods in social and behavioral research*, Thousand Oaks, CA: Sage

Tashakkori, A. and Cresswell, J. (2007) "Editorial: The new era of mixed methods" *Journal of Mixed Methods Research*, 1(1): 3-7.

Thomson, K. (2004) *Cultural Capital and Social Exclusion. Technical Report*. London: National Centre for Social Research. http://www.open.ac.uk/socialsciences/cultural-capital-and-social-exclusion/project-publications.php

Warde, A. (2004) "La normalita del mangiare fuori', (The normality of eating out)" *Rassegna Italiana di Sociologia* (special issue on 'Sociology of Food', editor R Sassatelli), 45(4): 493-518.

Warde, A. and Martens, L. (2000) *Eating Out: social differentiation, consumption and pleasure*, Cambridge: Cambridge University Press.

Warde, A.; Olsen, W. and Martens, L. (1999) "Consumption and the problem of variety: cultural omnivorousness, social distinction and dining out" *Sociology*, 33(1): 105-27.

Warde, A.; Wright, D. and Gayo-Cal, M. (2008) "The omnivorous orientation in the UK" *Poetics*, 36 (2-3): 148-165.

Política y Sociedad

Vol 51, No 1 (2014)

Tabla de contenidos

Monografía

La mirada sociológica hacia la alimentación: análisis crítico del desarrollo de la investigación en el campo alimentario
Cecilia Díaz Méndez, Isabel García Espejo 15-49

Food studies and the integration of multiple methods
Alan Warde 51-72

Comer o no comer ¿es esa la cuestión?: una aproximación antropológica al estudio de los trastornos alimentarios
Mabel Gracia-Arnaiz 73-94

El papel de la información en las cogniciones y percepciones hacia nuevas tecnologías aplicadas a los alimentos
Elena Espeitx Bernat, Luis Cantarero Abad, F.Xavier Medina Luque, Juanjo Cáceres Nevot 95-120

"Consumocracia". El consumo político como forma de participación de la ciudadanía
Amparo Novo Vázquez 121-146

Miscelánea

Atemporalización y presentificación del mundo social en la sociología contemporánea
Ramón Ramos Torre 147-176

Los discursos sobre la modernización de los Servicios Públicos de Empleo: ¿hacia una nueva forma de gobernanza?
Carlos Jesús Fernández Rodríguez, María Paz Martín Martín 177-200

Complementación entre encuestas presenciales y telefónicas
Vidal Díaz de Rada Iguúzquiza 201-226

Las comisiones de diversidad funcional en el 15M español: poner el cuerpo en el espacio público
Miriam Arenas Conejo, Asun Pié Balaguer 227-245

Reseñas

SÁNCHEZ DE DIOS, M. (2012). Política comparada. Madrid, Síntesis.
Emanuela Lombardo 247-249

RENDUELES, César (2013): Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital, Madrid, Capitán Swing.
Sílvia Ferreira 251-255

PLATERO, Raquel (Lucas) (ed.), Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada, Bellaterra, Barcelona, 327 pags.
Alba Alonso Álvarez 257-260

Comer o no comer ¿es esa la cuestión?: una aproximación antropológica al estudio de los trastornos alimentarios

Mabel GRACIA-ARNAIZ
Medical Anthropology Research Center – Universitat Rovira i Virgili
mabel.gracia@urv.cat

Recibido: 08-06-2013
Aceptado: 26-02-2014

Resumen
En este artículo se plantea la pertinencia de aplicar una mirada socioantropológica en el estudio de los denominados TCA (trastornos de la conducta alimentaria) con el objetivo de explorar vías para comprender la trama social que sustentan prácticas alimentarias en apariencia singulares, y a menudo calificadas desde la biomedicina, de extremas e ilógicas. La mayoría de los trabajos realizados sobre los determinantes sociales de la salud y, en particular, sobre la influencia de éstos en el estado nutricional y/o psicológico de las personas son de carácter epidemiológico y, aunque han dado luz sobre la prevalencia y evolución de ciertas enfermedades, explican de forma simple o insuficiente las dimensiones socioculturales de los trastornos alimentarios, tanto en términos de causalidad como de alcance. En este sentido, el texto propone incorporar el enfoque etnográfico como recurso metodológico que permite articular subjetividades y contextos y, en esa medida, dar luz sobre las estrechas relaciones entre comida, género y cuerpo. Se muestra que la principal aportación de la etnografía al estudio de la anorexia nerviosa proviene de abordar de forma contexualizada y relacional las concepciones y experiencias de los diversos actores que intervienen en el proceso de salud/atención/enfermedad, así como las interacciones que se producen, particularmente, entre pacientes y profesionales sanitarios..
Palabras clave etnografía, enfoque relacional, anorexia nerviosa, cultura, género

To eat or not to eat, is that the question? An anthropological approach to the study of eating disorders

Abstract
This article presents an argument for the relevance of the anthropological gaze in the study of eating disorders. Anthropology offers ways of understanding the social forces underlying food and eating practices that defy convention and are treated as irrational in biomedical discourse. Most studies of the social determinants of health, especially those dealing with their influence on nutritional and/or psychological status, are epidemiological, and although they shed light on the prevalence and course of eating disorders, they tend to offer overly simplified or insufficient explanations of the sociocultural dimensions of the problem, in terms of both its causes and its consequences. This article offers a holistic approach to the analysis of eating disorders that joins subjectivity to context. The sources of data used to develop answers to the question of how food, the body, and women are linked in eating disorders are life stories, group interviews, Internet blogs, and direct observation. Ethnography's main contribution lies in its contextualized and relational approach to the conceptions and experiences of the

ISSN: 1130-8001
http://dx.doi.org/10.5209/rev_POSO.2014.v51.n1.42486

various actors involved in the health/illness/treatment process, especially in interactions between patients and health professionals.

Key words: ethnography, relational analysis, eating disorders, culture, gender

Referencia normalizada
Gracia-Arnaiz, M. (2014). "Comer o no comer ¿es esa la cuestión?: una aproximación antropológica al estudio de los trastornos alimentarios". *Política y Sociedad*, Vol.51 Núm. 1 73-94

Sumario: Introducción. 1.Una mirada distinta, pero no distante. 2.La cultura: una china en el zapato. 3.Conclusión. Bibliografía

Introducción

En campos como los denominados *trastornos de la conducta alimentaria* (TCA)[1], como sucediera hace un par de décadas en las drogodependencias (Romaní, 1995), se ha producido un fenómeno de medicalización, es decir, de inclusión en el modelo médico de determinados comportamientos, dándoles un estatus de enfermedad mental (Gracia y Comelles, 2007). Estas entidades clínicas son, junto a las adicciones a sustancias psicoactivas, unas de las que mayor alarma social producen en la sociedad española. Los trastornos alimentarios se conciben como psicopatologías caracterizadas por la alteración de la conducta en la ingesta y comportamientos de control de peso provocadas, principalmente, por el miedo a engordar. En la medida que afectan mayormente a mujeres jóvenes y que, en casos extremos, pueden ser graves e incluso causar la muerte, a lo largo de los últimos veinte años se han ido estableciendo criterios de asistibilidad en base a esta particularidad sintomática.

Sabemos, sin embargo, que las ideas respecto a lo que en un momento dado se concibe como enfermedad dependen de las experiencias e intereses de los distintos actores sociales y grupos dominantes, de tal forma que los significados dados y las interpretaciones hechas sobre las prácticas alimentarias y corporales son, en realidad, múltiples (Way, 1995). Conforman, ciertamente, una producción constante de categorías clasificatorias, de taxonomías y de descripciones de síndromes; también de procesos colectivos de toma de decisiones, de desarrollo de saberes y experiencias particulares que pueden ser transmitidos de una generación a otra y, en algunas sociedades como la nuestra, a profesionales especializados y dispositivos institucionales y modelos complejos de organización de la atención sanitaria (Comelles, 1988). En cierto modo los procesos de salud/enfermedad/atención son como los actores sociales *los ven, escuchan y viven*.

Este artículo tiene como objetivo principal mostrar la conveniencia de reconocer, precisamente, la diversidad interpretativa como medio para mejorar la comprensión y abordaje de los trastornos alimentarios. Para ello, en la primera parte del texto se propone aplicar una mirada distinta que no distante, planteando qué oportunidades de estudio proporcionan estas dolencias a la antropología y, al revés, qué puede ofrecer una aproximación holística, comparativa y diacrónica al conjunto de las disciplinas biomédicas que se han ido legitimando para atenderlas. La construcción de los TCA como enfermedades mentales ha implicado, a menudo, centrar la atención en la causalidad individual -factores biopsicológicos- en detrimento de las razones socioculturales, responsabilizando al sujeto de su aflicción y recuperación a menudo a través de actitudes monológicas (Martínez-Hernáez, 2008). Frente a un

[1] Aunque se ha criticado el uso antropológico de la etiqueta de TCA, en tanto que reproduce la clasificación psiquiátrica y la praxis médica, aquí se utiliza expresamente para destacar la presencia de unos diagnósticos que tienen efectos específicos en la problematización sanitaria y social de la alimentación.

modelo centrado en establecer qué síntomas son característicos de cada trastorno y qué rehabilitación psicológica y nutricional es la más adecuada para normalizarlos, la etnografía viene proponiendo desde hace años estudiar las prácticas alimentarias y corporales en apariencia extremas –comer mucho, poco o nada- dentro de las situaciones en que toman sentido (Prince, 1985; Lester, 1995; Counihan, 1999). Para ello, incorpora una doble mirada desde dentro y fuera de la red asistencial, así como instrumentos de análisis que permiten observar los diversos espacios de interacción, escuchar a los distintos actores sociales y articular subjetividades y contextos.

En la segunda parte del artículo, se muestra que algunas de las dificultades para tratar estas aflicciones son consecuencia de una comprensión reduccionista de los conceptos de cultura, género y alimentación. Con frecuencia, para la biomedicina los factores socioculturales se entienden sólo como agentes específicos causantes de enfermedad/muerte que pueden ser abordados aisladamente (Lupton, 1994). En el caso de la anorexia nerviosa se concretan, sobre todo, en las dietas restrictivas y una actividad física desmesurada con el objetivo de adelgazar o no engordar. Las razones culturales quedan definidas exclusivamente en torno a los apremios que la sociedad lipófoba exige a las mujeres para mantenerse en la delgadez corporal, y todos los esfuerzos terapéuticos, cuando se dan, están orientados a conseguir el normopeso, la incorporación de la dieta óptima y la modificación de los modelos de "belleza saludable". Apenas se consideran las experiencias contadas por las pacientes que se quedan al margen de razones identificables para el diagnóstico y que, sin embargo, también se canalizan a través de prácticas alimentarias y/o corporales particulares (Gracia-Arnaiz, 2013). Se defiende, finalmente, que esta desconsideración podría explicar, en parte, el bajo éxito terapéutico.

1. Una mirada distinta, pero no distante

Por sus múltiples dimensiones, el fenómeno de los TCA se ha convertido en objeto de estudio para numerosas disciplinas. La literatura médica es la que se ha empleado más a fondo en la definición clínica de estos trastornos ya desde el siglo XVII, y si algo ha dejado claro dicha literatura es que estamos ante enfermedades que se caracterizan por su gran maleabilidad, en el sentido de que las manifestaciones asociadas varían bajo la influencia de factores históricos o de circunstancias sociales cambiantes (Rusell, 1985). Esta constatación ofrece oportunidades de estudio también para las ciencias sociales.

1.1. De disciplinas y abordajes

Los trastornos alimentarios, aún reconociéndose su carácter histórico (Brumberg, 1988; Bell, 1985), se plantean como patologías relativamente "nuevas" donde la cultura adquiere un papel explicativo relevante. Se considera que el origen de la

anorexia o bulimia nerviosa, o mejor su incremento, está vinculado a determinados cambios sociales, económicos y políticos acaecidos en las sociedades occidentales contemporáneas. Dicha vinculación, lógicamente, ha favorecido en los últimos años nuevas oportunidades de estudio y un aumento de la literatura socioantropológica dando lugar a diversos abordajes analíticos. Aún tratándose de estudios con intereses dispares han servido, cuando menos, para relativizar el carácter anómalo de comer mucho/poco/nada, así como también para evidenciar que el cuerpo no es nunca simplemente biológico o social. Del mismo modo, ponen de manifiesto la necesidad de contextualizar la emergencia y la evolución de las enfermedades según las variables tiempo/espacio y, finalmente, son útiles para preguntarse por qué, en un momento dado, ciertos fenómenos se problematizan y otros no.

En base a esta literatura se pueden establecer cuatro tipo de aproximaciones dependiendo de los énfasis dados y los recursos teóricos y metodológicos empleados (Gracia-Arnaiz, 2012). En primer lugar, están aquellos trabajos que asumen los presupuestos epidemiológicos sobre el origen causal y la evolución de los TCA, aportando a la biomedicina técnicas de análisis utilizadas por las ciencias sociales para profundizar en lo que, desde este ámbito, se consideran factores sociales determinantes. Por otro lado, se encuentran las investigaciones que ponen énfasis en la comparación y el enfoque histórico, dedicándose principalmente a dar cuenta de la variabilidad de representaciones, significados y prácticas en torno al cuerpo y la comida en épocas y culturas distintas. En tercer lugar, están los trabajos que se han interesado en analizar, por una parte, la distribución desigual de la delgadez o de la gordura en función de variables como el género, la clase social o el origen étnico y en relacionarla, por otro, con los factores estructurales que afectan a los sistemas alimentarios, las relaciones de poder que determinan el acceso a la comida y las condiciones de vida de los grupos sociales. Y finalmente, tenemos aquellos estudios que abordan las concepciones biomédicas, las praxis clínicas y las políticas públicas sobre los trastornos alimentarios, analizando su relevancia sanitaria y social.

Estos últimos trabajos señalan que la investigación sobre TCA ha crecido sustancialmente de la mano de la medicina, en sus vertientes epidemiológica y clínica, y de la psicología. Del análisis de esta literatura, tan profusa como diversa, destacan varios aspectos. Por un lado, la virulencia del fenómeno. Habiendo ocupado más que un interés relativo en salud mental, los trastornos alimentarios se presentan desde los años ochenta como aflicciones que avanzan con rapidez: las tasas se duplican o triplican en numerosos países occidentales en apenas dos décadas (Gordon, 2000). Por otro, se destaca la casi total unanimidad mostrada por expertos y autoridades sanitarias a la hora de considerarlas enfermedades provocadas casi exclusivamente por el miedo a engordar. Sorprende, en tercer lugar, la incongruencia entre las principales causas apuntadas (cambios culturales) y las medidas adoptadas (modificación de conductas individuales). Y, finalmente, se constata una rápida medicalización: en los últimos treinta años se han multiplicado exponencialmente las actividades científicas (congresos, foros, revistas especializadas, organizaciones, investigaciones), los tratamientos clínicos y farmacológicos y los servicios sanitarios especializados.

Si bien la literatura biomédica es extraordinaria no ha resuelto, sin embargo, el problema de la causalidad (Gracia y Comelles, 2007), tan amplia como incierta. En un intento por eludir los modelos reduccionistas, los trastornos alimentarios se presentan como enfermedades psico-bio-sociales -en este orden-, cuya etiología no es fácil de establecer ni abordar. En ocasiones se explican por predisposición genética; otras veces, por falta de autonomía personal; otras por conflictividad familiar y, con mayor frecuencia, por seguir regímenes de adelgazamiento de forma incontrolada o irracional. De toda esta multicausalidad, la última es la que predomina. Quizá una parte de las dificultades por aclarar cómo interactúan los diversos factores señalados provenga de la misma construcción del concepto de TCA, traducido del término en inglés *eating disorders*, los cuales reducen clínicamente lo social y psicológico a conductas que, por alejarse más o menos de los patrones alimentarios aceptables, se etiquetan de desordenadas, extremas o irrefrenables y, por ello, directamente de patológicas. Esta ideación no sólo deja al margen los motivos estructurales relativos al género y la cultura que están detrás de estas prácticas y que originan las incertidumbres subjetivas, sino que determina los modelos de abordaje en la red asistencial. Esta cuestión es relevante porque con frecuencia los tratamientos -centrados en la restauración del peso, la rehabilitación nutricional y la reestructuración cognitiva- muestran un éxito más que relativo. Se han señalado no pocas dificultades para la valoración de la efectividad de las intervenciones terapéuticas, empezando por las críticas hechas al uso de términos como "abandono", "adherencia" o "cumplimiento" en tanto que muestran connotaciones pasivizantes sobre el papel que juegan las pacientes durante la intervención (Sirvent, 2009). Así, muchas veces la eficacia a la que alude la psicología clínica de corte cognitivo-conductual se basa generalmente en los pacientes que terminan el tratamiento sabiendo que, sin embargo, entre el 65% y el 80% de quienes lo inician no lo aceptan o lo abandonan (Bados López et al., 2002). En el caso de la anorexia nerviosa, el fracaso del tratamiento psicológico se ha cifrado entre el 25 y 40% (Bulik, 2007), lo cual explicaría, en parte, por qué muchas personas diagnosticadas buscan soluciones fuera del itinerario asistencial.

Al margen de la clínica, los trastornos alimentarios ponen en evidencia las paradojas asociadas al comer mucho, poco o nada, y proyectan de modo más transparente valores sobre ciertas formas de comportarse con la comida y con el cuerpo: la vida como un menú, el ayuno como autocastigo, el cuerpo como prisión… Por eso, cobra interés aplicar una mirada que aborde los sentidos dados a ciertas prácticas y que vaya más allá de considerarlas síntomas de enfermedades multicausales que responden arbitrariamente a un sinfín de factores biopsicosociales, muchas veces fáciles de formular pero menos de demostrar.

Como se ha señalado desde la antropología médica (Menéndez, 1990), el modo más elemental de conocer y analizar el proceso salud/enfermedad/atención pasa por su reconstrucción mediante la observación, el relato o la documentación de los procesos asistenciales o itinerarios terapéuticos de casos e individuos concretos. Esta es una metodología que utiliza la medicina desde la Antigüedad clásica y no es muy distinta de la que hemos elaborado los científicos sociales más recientemente

(Haro, 2000). Sin embargo, hay una diferencia sustancial entre la aproximación clínica y la de los antropólogos: a los clínicos actuales el contexto no parece decirles nada puesto que se rigen hoy por teorías de la causalidad individuales y biológicas, mientras que para los antropólogos el contexto es el que permite comprender, interpretar y aún explicar cuanto concurre en torno a una situación de enfermedad.

Es muy importante este punto, puesto que las herramientas puestas en juego para contestar a las preguntas que motivan los estudios socioantropológicos no se limitan a la curiosidad intelectual, sino a aplicar simultáneamente una doble mirada externa/interna mediante una aproximación metodológica específica. La distancia crítica es particularmente relevante cuando se manejan instrumentos cualitativos, y se refuerza, como es este el caso, mediante el empleo de metodologías comparativas que intervienen en distintos planos: la comparación entre afectados o afectadas de distintos síndromes dentro de la esfera de los TCA, entre instituciones de asistencia y profesionales del sector público y privado, entre las perspectivas de distintos profesionales: psiquiatras, psicólogos clínicos, trabajadores sociales, enfermeras y aun gestores y, finalmente, la comparación con los datos procedentes de la investigación clínica y socio-sanitaria internacional.

1.2. Aportaciones etnográficas para el estudio de los TCA

Como hemos apuntado con anterioridad en otros lugares (Gracia, 2002; Gracia y Comelles, 2007; Gracia, 2009), la antropología ha supuesto una aproximación diferente a un tema dominado en España por aportaciones principalmente procedentes de la psiquiatría, la psicología clínica y la nutrición, en general poco abiertas a las ciencias sociales. Decimos en España, puesto que en la literatura internacional las aportaciones interdisciplinares con participación de antropólogos o sociólogos son legión. Esto se refleja tanto en los diseños de investigación como en las metodologías empleadas. Por eso, el perfil de nuestros estudios no se aleja en exceso de las aportaciones anglosajonas a esta problemática (DiNicola, 1990; Katzman y Lee, 1997) pero difiere de los diseños clínicos o epidemiológicos publicados por investigadores españoles (Fernández y Turón, 1998; Chinchilla, 2003), más centrados en ofrecer información sobre detección y diagnóstico, instrumentos de cribado o tratamientos y menos afines al despliegue de análisis cualitativos.

La aproximación etnográfica trata de incorporar aquello que habitualmente se obvia en este tipo de estudios. La revisión bibliográfica se plantea como un punto de partida para conocer cómo las disciplinas construyen sus formas de saber y es imprescindible cuando se trata de entender qué se ha convenido sobre la emergencia de los TCA o su causalidad. Conviene, en este sentido, tener en cuenta no sólo lo que dice la literatura biomédica o psicológica acerca de la falta de apetito, el hartazgo, el vómito, la purga o la pérdida de peso como síntomas de enfermedad, sino también las aportaciones que las ciencias sociales han efectuado en los últimos veinte años acerca de los lenguajes del cuerpo y la comida y del *embodiment* de las experiencias culturales. Ello facilita una aproximación transhistórica que relativiza

el carácter enfermizo de ciertas prácticas, vislumbra el reduccionismo del discurso biomédico y descubre el papel de las lógicas culturales. Dentro de las técnicas de análisis cualitativas que permiten al etnógrafo aplicar una mirada en profundidad están las historias de vida (Giordiani, 2009; Moreno, 2010). Los relatos biográficos obtenidos en base a diversas entrevistas son herramientas muy útiles cuando lo que se persigue es conocer las experiencias y representaciones de personas diagnosticadas de una enfermedad que con frecuencia se cronifica y averiguar cómo éstas incorporan e interpretan sus padecimientos junto otros aspectos de orden contextual.

Considerar las experiencias de aquellas personas que han sido y son consideradas como anoréxicas o bulímicas es una vía privilegiada para tratar de comprender el porqué del autoayuno o el hartazgo y los límites del "retrato robot" con que la biomedicina homogeniza a menudo a sus pacientes. En el caso de los TCA, esta aproximación singulariza a las afectadas como mujeres adolescentes, de clase media, blancas, inteligentes, inmersas en ciertos tipos de familias (hiperprotectoras o conflictivas) y con perfiles psicológicos singulares (perfeccionismo, obsesión, autocontrol…). Sin embargo, aunque este retrato sirve para delimitar qué mujeres, de las que ayunan, están enfermas no deja nada claro por qué otras, que también apenas comen, no lo están. El modelo, arropado con todos sus instrumentos de detección, sirve para establecer quienes son *pre-anoréxicas* y decidir cuáles *son ex-anoréxicas* –una etiqueta que las perseguirá toda su vida- en base a la presencia o ausencia de síntomas concretos. Incluso, aunque con bastantes más dificultades clasificatorias, qué hombres sufren estos trastornos y cuáles no.

Todas estas consideraciones se manifiestan en las historias de vida. Los relatos bibliográficos muestran que algunas de pacientes se niegan a salir de su condición de anoréxica o bulímica, en tanto que interiorizan hasta tal punto su "trastorno" que evitan cualquier mecanismo de recuperación que pudiera extraerlas de su estatus de enferma: *"La anorexia es que dejas de comer cada vez más alimentos… Cuando se es anoréxica se te va la regla, te miras a un espejo y te ves gorda, te aterroriza saber lo que pesas… Soy anoréxica restrictiva, es una enfermedad muy grave y me puedo morir. Por eso aquí nos vigilan todo el día. Aunque no nos dejan que nos veamos fuera del hospital, yo me he hecho varias amigas de aquí. Tengo una amiga con bulímia y otra comedora compulsiva, yo ahora soy anoréxica purgativa…*" (MP, 17 Años). En el otro extremo, otras mujeres, una vez comprendida y reconocida la situación límite en la que se encuentran, buscan salida o se "dejan ayudar" no tanto a través de las instituciones de atención médica, en donde se resuelven los aspectos más formales del trastorno (ganancia de peso), como a través de sus propias redes sociales, las cuáles incluyen tanto a familiares, amigos y compañeros de estudio y trabajo, grupos de ayuda mutua, como a las propias amigas anoréxicas o bulímicas que, en mayor o menor medida, han superado las fases más críticas de la aflicción y han salido de la espiral en la que estaban: ""*Había una chica de 12 años que ya había pasado por el hospital 5 veces. Siempre le habían hecho el mismo tratamiento. Había estado tres meses, dos meses… Todo era salir de allá y volver… Yo tampoco tengo la solución de lo que hay que hacer, pero lo que sí que puedo decir es que ésta no es la solución. A mi tampoco me funcionó*

*especialmente bien, porque tuve una recaída y lo volví a pasar muy mal. Y mi miedo era que no me volviesen a encerrar allí… Yo creo que en estos casos lo más importante es hablar… que alguien te escuche, por eso el grupo de ayuda mutua fue mucho más útil" (*PCA, 43 Años). Ciertamente, las historias de vida muestran que una parte significativa de los mecanismos utilizados por las mujeres para superar estos malestares se generan al margen de las unidades de atención y en las redes sociales informales o se producen de forma espontánea. De ahí, que sea oportuno conocer cómo funcionan estas vías de apoyo y autoayuda.

El objetivo de una antropología relacional es conocer también cuáles son las opiniones de los equipos de expertos que tratan con las pacientes, cómo definen estas enfermedades y a sus enfermas, cómo valoran sus métodos de diagnóstico y sus tratamientos, sus éxitos o fracasos. De ahí que sea necesario indagar en la construcción de las propias categorías nosológicas y de los procesos asistenciales, y, como no, en las relaciones entre pacientes y terapeutas. Esto puede hacerse incorporando, a pesar de las conocidas dificultades para aplicarla en el ámbito asistencial, la observación directa o participante. Junto a los relatos biográficos, las entrevistas en profundidad, los grupos focales o el diario de campo, y complementándolos, la herramienta observacional se hace imprescindible para contrastar el contenido de las interacciones allí donde se dan, ya que permite contemplar las relaciones entre personas diagnosticadas, profesionales sanitarios o familiares en los espacios en los que se producen y toman sentido (la consulta, los comedores, los talleres, las asociaciones, etc.) y escuchar, en los distintos contextos, todas las voces: "*Observo que Judith no habla apenas y le cuesta separar la vista del plato. Tiene un trozo de calabacín y pescado, y se entretiene en quitarle el rebozado de harina y partirlo en trozos muy pequeños. Apenas se lleva el tenedor a la boca, y cuando lo hace tarda mucho en tragar. Al final se come el trozo de calabacín pero esconde parte del pescado debajo de la piel de la manzana que toma de postre. La otra enfermera está sentada a su lado. Se pone muy seria y se queda mirando fijamente el contenido de su plato cuando comienza a comerse la manzana, pero no le dice nada. Aparenta no darse cuenta. Cuando termina con la manzana, la enfermera retira la bandeja… Luego, en privado, habla con ella y me cuenta que la paciente tenía razón, que ha sido un fallo de la dietista o de cocina. No se han acordado del pacto que habían hecho con Judith. No le gusta nada, para nada la merluza"* (Diario de campo MB, comedor de un centro de día).

Para contextualizar la diversidad de discursos y experiencias hay que averiguar qué se está haciendo en las redes de atención sanitaria, tanto a nivel público como privado: si los criterios de diagnóstico se están o no diversificando, si se incluyen otras técnicas de tratamiento que vayan más allá de la farmacología o la terapia individual o grupal, si se están creando unidades de tratamiento diferenciadas de otros trastornos mentales y por qué. Sabemos, por ejemplo, que la terapia narrativa que se está aplicando en instituciones asistenciales de otros lugares del mundo apenas tienen presencia en la sanidad pública española. Solo algunos centros, la mayoría de orientación sistémica, han incorporado tratamientos que van más allá de hacer entrevistas terapéuticas individuales o familiares o prescribir fármacos. Nos

preguntamos si la razón de esta ausencia se debe, precisamente, a que es una herramienta que busca el acercamiento dialógico e interactivo de la terapia, y reconoce a los pacientes como personas expertas de su propia vida.

Para la etnografía, el análisis de los marcos interpretativos de los TCA, de sus síntomas y de su abordaje, se constituyen en un objeto de estudio relevante. Es muy interesante contrastar las ideas que unas y otros tienen del mismo problema. Para muchos clínicos "*una muchacha anoréxica es siempre una persona con caracteres anómalos, excesivamente perfeccionista, con una autoestima muy baja y con dificultades para las relaciones sociales. Sufre, es compulsiva. Son extraordinariamente mentirosas. Niegan la evidencia, que están obsesionadas por el peso"* (psicoterapeuta). La biomedicina es muy contundente a la hora de idear los "verdaderos" marcos interpretativos de estas aflicciones, pero dicha ideación se hace al margen de escuchar muchas voces disonantes: *"Son de los cuadros psiquiátricos más complejos que existen. Hay más de 40 factores implicados que predisponen, agravan o disparan la enfermedad. Todo empieza por un régimen… Cuando la posible víctima entra en una espiral de pérdida de peso; cuando es sorda a todo tipo de consejo familiar; cuando le desaparece la regla y cuando niega todo problema achacándolo a la percepción de los demás…"* (psiquiatra).

En relación con las mujeres diagnosticadas hay que saber si ellas perciben que están enfermas o no, cómo definen e interpretan su enfermedad, de qué modo les afectan los tratamientos administrados o si les alivian o agravan sus malestares: *"no había forma de que te visitara más de dos veces el mismo psicólogo. Cada dos por tres tenías que explicarte tu vida a un tío diferente. Te encuentras que si uno hace prácticas, que si otro rota… No siempre te apetece estar contando tus historias a un tipo o tipa que sabes que de aquí dos días si te he visto no me acuerdo. Esto no ayuda, al contrario*". Es relevante saber que, a pesar de los acuerdos con los profesionales sanitarios, las pacientes se saltan las normas e engañan a sus terapeutas: "*Hablé con Beatriz [psicoterapeuta] y me dijo que si quería vivir o morir y que si seguía perdiendo peso me iba a hacer la gráfica.. Me han hecho la gráfica y si bajo más peso me quedaré sin visitas el fin de semana y me lo tendré que comer todo a la fuerza…No he visto a mis padres porque estoy condicionada…He estado hablando con Beatriz sobre mi enfermedad y me ha dado unos tests para hacer, los de siempre, para ver si distorsiono la imagen… Me ha dicho que no le mienta" (*PM, 28 A, diario). En este sentido, hay que conocer cómo van posicionándose las mujeres y los expertos en toda esta caracterización, porque en numerosas ocasiones las visiones no siempre coinciden: *"nunca me he sentido como el común de las mujeres. Jamás en mi vida he ido a un gimnasio. No me depilo, no me maquillo, no uso tacones, no sé lo que es "arreglarse" si no es ponerse un par de pinches y un moño. No práctico ningún rito absurdo supuestamente necesario para vernos más bellas. Tampoco disfruto las reuniones femeninas en las que se termina hablando de hombres. Tampoco me considero una señorita. A ver si me lo aclaran. ¿Qué es ser femenina hoy en* día?" (M, bloguera).

El contraste entre las visiones de los profesionales de la salud y las de las pacientes evidencia las dificultades y las limitaciones que el modelo biomédico tiene para

interpretar la lógica que rodea a ciertas prácticas sociales. Esto da lugar a dificultades reconocidas por los clínicos para tratar a los pacientes y, lo que es más importante, para prevenir estas enfermedades. Por eso, una tarea por hacer es valorar las consecuencias de la falta de diálogo entre esas dos lógicas narrativas. A pesar de las limitaciones, hay que tratar de soslayar las visiones más estereotipadas y recurrentes que se ofrecen desde la literatura médico-psiquiátrica o psicológica, y buscar alternativas que den respuesta a los diversos porqués que rodean estas aflicciones. Y eso solo puede hacerse discutiendo acerca de los límites y ventajas que proporcionan ciertas herramientas como las entrevistas o la observación que todos los estudiosos usamos, aunque sea de muy distinta manera.

Si el trabajo etnográfico en instituciones especializadas, en asociaciones o grupos de ayuda o en pisos tutelados permite profundizar en la relación entre la contextualidad y la subjetividad, entre la realidad objetiva y su interpretación individual, otro espacio que para la antropología se presenta como una oportunidad irrenunciable es internet. Los foros y blogs dispuestos en la red recogen narrativas elaboradas por personas que se autodefinen como anoréxicas o bulímicas con reflexiones de extraordinario interés. Internet ha planetarizado la experiencia de la enfermedad en la medida que son infinitos los foros de discusión y la aportación de información sobre prácticamente todas las patologías y en todas las lenguas. Esto significa que el llamado proceso de globalización conduce a la posibilidad de compartir experiencias muy alejadas y de estructurar espacios micro-sociales virtuales. Al mismo tiempo ofrece un abanico relevante de recursos en los procesos de construcción y de deconstrucción de categorías y taxonomías nosológicas.

Por ello parece oportuno no sólo interpretar qué sucede con las nuevas formas de asociarse y participar que tienen las personas diagnosticadas de una enfermedad, sino conocer cuáles son los sentidos que estas relaciones generan, que características tienen los nuevos puntos de encuentro y cómo es el proceso de identidad que se forma entre los miembros. Las comunidades virtuales resultan un campo valioso para estudiar cómo se agrupan las personas en torno a las emociones, cómo desarrollan lenguajes y comunicaciones y cómo navegan sus relaciones entre la virtualidad y la realidad sin complicaciones: "*A mí, me gusta escribir para luego releerme. Veo más en frío las cosas. No me vale con pensarlas, es...distinto. El hacer público ese escrito es una mezcla de no querer seguirse ocultando, con buscar comprensión con tendencias de gremio, digo yo. Y con darle un rollo más "real", creo. Me gusta saber quiénes me leen (aunque no comenten siempre, claro). Y me gusta ver otras opiniones sobre los temas que yo hablo. Refunfuño ante los lectores anónimos. Pero no me quejo de que me lean. Me quejo de que me lean en silencio y no píen"* (A, bloguera).

Por otro lado, hay que considerar la comunidad virtual como un grupo de personas que no sólo se identifican por aquello que les une, en este caso los trastornos alimentarios, sino porque muestran formas de resistencia simbólicas, luchas contrahegemónicas y defensa de espacios culturales con autonomía relativa capaces de reivindicar la diferencia y de vivir como transgresores en las fronteras mismas de la marginalidad médica, negando la norma social en coherencia con las opciones

identitarias de sus vidas: *"Me pregunto porque mierda la gente piensa que uno hace esto enteramente por vanidad, si supieran la esencia de todo esto, esto es algo mío, tan mío, que voy a defenderlo con uñas y dientes, y si me cuesta la vida, me sentiré mas que recompensada (...) porque para mi la anorexia no es sinónimo de enfermedad, simplemente es una manera de vivir mi vida (...) jamás permitiré que se metan con algo enteramente mío como son mis ayunos, vómitos y dietas"* (I, bloguera.). Según Ledo (2013), el hecho de ser diagnosticada de anorexia o bulimia conlleva una condición en sí misma que –para las personas afectadas– tiende a tomar relevancia e imponerse como escenario de lo actual ocultando con frecuencia el problema raíz, que en muchos casos está lejos del eje central, desvirtuándose, e incluso permaneciendo oculto. Esta es la razón que hace que, en muchos casos, una persona escriba su diario y lo haga público como sucede en la blogosfera.

El auge de testimonios en la red coincide con el hecho que para el modelo hegemónico, y a diferencia de otros enfoques como el sistémico o el psicoanálisis, las pacientes apenas si tienen voz y sus narrativas orales y/o escritas no son para estos terapeutas primordiales aunque, en ocasiones, las inciten a escribir. Sus diarios son escritos para ser leídos por ellas mismas y para que eso les sirva de ejercicio autoreflexivo y menos para ser tomados como una herramienta interactiva en la terapia. Sin embargo, los relatos biográficos dispuestos en los blogs de Internet muestran claramente que estas mujeres tienen una necesidad de "hablar" con los demás, incluso con sus propios terapeutas a los que refieren a menudo: *"Extraño a mi primera psicóloga. No quiero volver a ninguna a excepción de ella (...) estuvo en el momento más importante de mi enfermedad: el principio...cuando yo NO era muy consciente y no sabía nada, en comparación a ahora. Momento clave, por cierto...si las 2 hubiésemos sabido lo que se venía se habría podido hacer mucho, mucho más! Era preciosa, siempre olía bien, su pelo era brillante y perfecto...su ropa tenía onda, siempre flaca, pero muy vital...Me dijo cosas que nunca he olvidado (a diferencia de la última que tuve y de mi psiquiatra que es una verdadera M-I-E-R-D-A...* (A, bloguera). Necesitan hablar fuera del espacio institucional, comunicar experiencias y emociones que raramente son explicadas en las sesiones terapéuticas. Las mujeres dicen que la red les otorga la libertad de expresión que no tienen o sienten en las consultas. Tal como plantea Ledo (2013), el análisis del mundo virtual permite descubrir aquello que es común, lo que resulta idéntico en todos los casos, no importa si es la auténtica realidad, si somos producto de una realidad virtual, o si es el producto de una computadora. En cualquier circunstancia, lo que es importante para el sujeto es el acto de la experiencia en sí misma. No podemos demostrar con toda seguridad "qué es real", pero si podemos descubrir cómo algo "llega a ser real" para nosotros. La etnografía virtual se fortalece precisamente por su falta de recetas (Hine, 2004:23).

2. La cultura: una *china* en el zapato

Si la aproximación etnográfica muestra la diversidad de las experiencias y significados construidos por los actores sociales, también permite reflexionar sobre el papel de la cultura en tanto que factor causal de los trastornos alimentarios. En la medida que la etnografía se define por el esfuerzo de desgranar las tramas de significación construidas entre sujetos y contextos a través del uso de herramientas cualitativas, podría convertirse en un recurso compartido entre quienes se dedican al estudio integral de los trastornos alimentarios. La minimización de lo cultural en ciertos modelos explicativos se debe a la desconexión entre las diferentes aproximaciones científicas, principalmente entre ciencias biomédicas y socio-sanitarias y, porque sólo las primeras pretenden estar legitimadas científicamente para definir y abordar las enfermedades y a sus pacientes. Nos preguntamos hasta qué punto los profesionales sanitarios pueden, deben o saben hacer diagnósticos sobre la realidad social y sobre su influencia en la emergencia de estas aflicciones, hasta qué punto los diagnósticos realizados sobre las causas culturales son acertados y hasta qué punto se ofrecen soluciones plausibles para su modificación.

2.1. De sujetos y contextos

Como señalábamos al principio, buena parte de los profesionales sanitarios reconocen unánimemente el papel de la cultura en la causalidad de los TCA (Garner y Garfinkel, 1980; Toro, 1996), pero de un modo que no puede emplearse como concepto analítico ni recoge su complejidad. Esto es así porque la concepción de cultura que maneja la biomedicina oscila entre un sinónimo de "educación" –de aprendizaje de competencias académicas o cívicas-, y una ingenua y anacrónica definición como conjunto de rasgos que, articulados unos a otros, etiquetan una determinada identidad "étnica" (*afro-americano*), o "cultural" (*francés*). Con dificultades para ir más allá, la retórica biomédica se fija en lo que conoce, las trayectorias clínicas, y desde la clínica valora la responsabilidad del paciente en su enfermedad.

En la actualidad, la tendencia a convertir en patología cualquier malestar, incluso banal, se explica en parte por el desmantelamiento de los sistemas de soporte social incompatibles con el individualismo del modelo societal en el que vivimos, y por la delegación sobre los profesionales (o expertos) de las responsabilidades de su gestión. Considerar patología cualquier forma de desviación o transgresión social exculpa de su causalidad a los agentes socioeconómicos o políticos, permite abordarla individualmente y culpabilizar a la víctima de su propio mal, unas veces por su constitucional vulnerabilidad, otras porque "se lo ha buscado". En las narrativas de los clínicos es muy común que se responsabilice al paciente o a su entorno más inmediato de sus males (Gracia-Arnaiz, 2013). Comer mucho o poco es una elección personal, hacerlo ordenada o desordenadamente también. Si enferman, es su responsabilidad: *"Se lo buscan ellas solitas. Todas empiezan igual. Se ponen a dieta, empiezan a pesarse cada día… hasta que pierden el control" (*psicoterapeuta).

Esta idea también es recurrente en los relatos de las mujeres que reciben tratamiento: "No sé cómo he llegado hasta aquí. Todo parecía un juego. Parecía tener el control, parecía que cuando yo deseara diría un "hasta luego" para aparcar mi lucha con la comida (...) Pero no es así." Las personas diagnosticadas se describen como sujetos que no saben que están enfermos hasta que el médico las diagnostica: "Aprendes a ser anoréxica. Los psicoterapeutas te dicen que estás enferma y que estás en un psiquiátrico y que vas a aprender a estar en él… Aprendí a desconectar. Me comportaba como se suponía que ellos querían que me comportase… Me pasaba el día en la cama, en cuclillas… llegué a creerme que era pequeña, una niña. También aprendes de tus compañeras, unas de las otras. Las que llevan más tiempo dentro te enseñan a esconder la comida, te dicen que has de hacer para que cuando te peses, peses más… Yo veía que sí, que hacía lo mismo que mi compañera que era anoréxica, vomitaba, la miraba a ella y yo hacía lo mismo…" (MA, 35A). A partir de aquí, una conciencia de anormalidad muy bien delimitada se instaura en sus vidas y el discurso de la enfermedad empieza a adquirir forma en su mente y en su cuerpo, hasta tal extremo que se buscan y se recrean en ella: sus dolencias están más o menos definidas clínicamente, y las consecuencias de la malnutrición aun mejor. También las vías para solventar sus problemas. La mayoría de sus agobios y manías se explican como consecuencia del no comer o del comer compulsivamente porque, efectivamente, tiene consecuencias devastadoras psíquicas y físicas. Y sobre estas consecuencias se actúa en la mayoría de consultas: "Piensa –le insistió su psicóloga- que te has de meter en la cabeza este régimen, con independencia de que tengas más o menos hambre, es muy importante no saltarte comidas. Para que te cures, la comida ha de ser tu prioridad, tan importante o más que las medicinas que te tengas que tomar" (piscoterapeuta).

El enfoque hegemónico se centra en el sujeto y en los aspectos físicos y psicológicos que deben ser tratados. Entonces establece los recursos terapéuticos mediante una combinación de rehabilitación nutricional, recuperación de peso y psicoterapia a largo plazo (Turón, 1996). Algunos centros se consideran ya efectivos si logran hacer que sus pacientes ganen peso y les dan alta cuando todavía siguen teniendo las mismas ideas sobre la comida o el cuerpo que antes de ingresar o iniciar la terapia. Lo único que las "saca" de su enfermedad y de su ingreso es el haber aumentado el peso hasta los límites de normalidad y demostrar que la distorsión de la imagen es menor que cuando empezaron el tratamiento: *"sólo querían que llegásemos al peso y ya está. Pura y simplemente eso. Cuando consideran que esa persona está en el peso, te daban el alta. Sin ninguna explicación de qué peso tienes, de qué peso has de tener, sin ninguna explicación. Simplemente, de tanto en tanto pasaba el médico y montaba el cirio. ¿Qué has hecho? ¿Por qué has bajado de peso?¿Cuándo vas a aprender a comer y a hacernos caso? Y te castigaban quitándote las visitas del fin de semana"* (BA, 27 años). No se consideran las relaciones entre los padecimientos subjetivos y el entorno más o menos inmediato. Si para un científico social ir del contexto al caso es relativamente fácil, al clínico le es muy difícil pasar del caso al contexto, puesto que los más carecen de los instrumentos metodológicos indispensables para *comprenderlo*. Por eso la biomedicina acepta esa con-

cepción difusa de "la sociedad" o "la cultura" como algo lejano, inconcreto, el argumento final cuando fallan las interpretaciones biológicas. Esa actitud impide un análisis profundo de los efectos del sistema sobre los individuos.

Cuando en las primeras décadas del siglo XIX los efectos colaterales del capitalismo eran la insalubridad, las enfermedades infecto-contagiosas, las enfermedades laborales o los accidentes de trabajo, la respuesta médico social fue asumir su responsabilidad para cambiar las condiciones de trabajo o de vivienda. Lo hizo meritoriamente (Comelles, 1988). En los siglos XX y XXI, esos profesionales tienen dificultades para reubicarse ante una demanda de enfermedades crónico-degenerativas o de malestares que responden más a una causalidad basada en la interacción entre los seres humanos y el entorno que a la biología. Articular la experiencia clínica con procesos estructurales y dinámicos vinculados a las desigualdades sociales y de géneros, la medicalización o la mercantilización del cuerpo y salud en tanto que estrategias a largo plazo del capitalismo es demasiado abstracto para un diagnóstico clínico y una orientación terapéutica sobre un paciente singular. No se comprende, por ejemplo, que tanto el comer hasta hartarse como el comer poco o nada revisten significados que van más allá de nutrirse. Para hacerlo, deberían tener en cuenta la polifuncionalidad de las prácticas alimentarias y ubicarlas en los contextos experienciales y emocionales en los que adquieren sentido, aquellos que Appadurai (2001) llama *etnoscapes* y que, lejos de ser rígidos y estables, son el producto de las permanentes hibridaciones culturales. Por eso asombra una sociedad opulenta en la que algunas personas deciden ayunar para tener una apariencia aceptable, o hartarse y luego vomitar o purgarse para lo mismo. Durante la actual fase de capitalismo post-fordista la biomedicina – y la psiquiatría-, se ven incapaces de analizar sus efectos colaterales puesto que en él son fundamentales la producción de bienes y servicios simbólicos, y no materiales como antes. Por eso hay una discrepancia profunda entre la actitud de la biomedicina ante las enfermedades de raigambre biológica, entre las que se siente segura, y su desconcierto ante las que solo parcialmente puede reducirse a ello.

Carecer de una mirada que permita una lectura global de los procesos implicados, y rechazar las teorías que lo hacen –como por ejemplo la psicoanalítica- por su carácter puramente especulativo, impide a la biomedicina dar cuenta de esta interacción. Atrapados por la lógica utilitarista del modelo médico y por una práctica, cada vez más basada en protocolos diagnósticos y terapéuticos rígidos, los discursos de psiquiatras, psicólogos y en general de los profesionales del "*psy*" deben formularse de modo aparentemente neutral y ser impermeables a los juicios morales y a los valores culturales y lo más próximos posibles a la lógica discursiva de la biomedicina (Martínez-Hernáez, 2008). Así pueden diseñarse protocolos afines, nutridos por un imponente dispositivo diagnóstico y terapéutico. Su inconveniente es que no tratan de comprender, sino solo de identificar para "tratar". Esto les exime de involucrarse en la subjetividad del paciente, de controlar las relaciones de intersubjetividad entre ambos y de cualquier forma de compromiso social o político con las condiciones o factores que pudieran producir esos malestares. No es necesario identificar las "circunstancias" del paciente en su vida cotidiana, solo etiquetarlas

desde fuera mediante proyecciones y valores comunes que los profesionales comparten, en buena medida, con el conjunto de la ciudadanía.

2.2. Una concepción limitada de la alimentación, el cuerpo y el género

El tipo de causalidad cultural que la biomedicina reconoce en los TCA se limita a reconocer factores que, como la lipofobia o temor a ganar peso, y la distorsión de la imagen corporal sostienen el edificio de la nosografía, ignorando los sesgos de género que han influido en ella. Se establece así un *feed-back* entre las categorías nosológicas construidas (los trastornos mentales) y la aceptación social de las enfermedades, reforzándose mutuamente. Si, como hicieron Bordo (1993) o Hepworth (1999), se analizaran los discursos sobre el género y las experiencias con la comida en las entrevistas clínicas, se podría observar cómo los hombres son candidatos menos probables a los TCA. De hecho, la literatura biomédica continua considerando los trastornos alimentarios como enfermedades de condición femenina. A menudo, los clínicos hablan de la anorexia masculina como mucho más severa, diferente a la femenina, a pesar de la similitud en los síntomas. Para ellos, la anorexia se explica como resultado de una malnutrición severa asociada a menudo a depresiones endógenas: *"Normalmente se trata de situaciones diferentes. Las chicas que nos llegan suelen ponerse a dieta porque quieren adelgazar y parecerse más a las modelos, el problema es que se pasan de rosca… Los chicos, sin embargo, suelen preceder la fase anoréxica o combinarla con algún otro trastorno psiquiátrico, como una depresión… Sí que pueden hacer referencia al deseo de querer pesar menos, pero no es tan obvio como en el caso de las chicas"* (psiquiatra). En cambio, la identidad de la mujer anoréxica o bulímica sería producto de una crisis perpetua, centrando el origen del conflicto en su inseguridad personal y su insatisfacción corporal. Aún así, estudios recientes señalan cada vez más causas "socioculturales" parecidas para ambos géneros, estableciendo como la más relevante la influencia mediática en la promoción de la delgadez (Toro et al., 2005).

Estas actitudes traducen, así, una concepción de cultura taxonomista que no tiene en cuenta los componentes estructurales y dinámicos de las prácticas alimentarias ni del sistema de género. Incluso las tesis culturalistas recogidas por la psiquiatría considerando que la cultura lipófoba tiene un papel precipitante o mantenedor de los TCA (Toro, 1996) son utilizadas, sobre todo, para "cerrar" las fronteras o los límites de los trastornos alimentarios, no sólo para ajustar unas taxonomías aparentemente neutrales, sino sobre todo, porque delimitando los síntomas únicamente a las sociedades "modernas" y "occidentales" y todos los "males" sociales en torno al desmesurado culto al cuerpo delgado se han podido perfilar mejor los factores y grupos de riesgo: *"muchas chicas hacen dieta porque en su familia hay conductas alimentarias atípicas y por las presiones recibidas durante la infancia-adolescencia que valoran excesivamente la delgadez"* (psicoterapeuta).

Estas tesis no han buscado, sin embargo, transformar las relaciones de poder y desigualdad que en estas sociedades se producen y que, en buena parte, podrían

estar explicando la incorporación (*embodiment*) de ciertas prácticas corporales (*dieting*) y ciertos consumos alimentarios (restrictivos), por otro lado muy generalizados entre las mujeres (Zafra, 2007; Bernal, 2011). Esta es una tarea difícil para la que el experto (psiquiatra, psicólogo, nutricionista) no está preparado, ni en términos de competencia profesional ni posiblemente social. Referirse al "entorno**"** significa, nada más y nada menos, que a la organización misma de una sociedad, es decir, a los condicionantes económicos, culturales y políticos, en este caso, de un capitalismo de consumo que afecta a todo y a todos: a las relaciones de género, a los valores que priman el individualismo y el consumo, a las estructuras familiares a las formas de entender la salud y la enfermedad, a la cosificación del cuerpo (Gracia-Arnaiz, 2010). Estas características son, en su totalidad, de un orden cultural muy específico: el que se va desarrollando en los países industrializados desde principios del siglo pasado y cuyo modelo, por otro lado, se ha ido extendiendo por todo el mundo acompañando el fenómeno de la globalización económica y cultural. El contexto, en consecuencia, puede explicar, al menos en parte, por qué las mujeres, por qué la comida, por qué determinadas profesiones, por qué a determinadas edades. Una visión más amplia del "entorno" (de la cultura) y un enfoque holista y comparativo (de las prácticas alimentarias y corporales) permiten constatar que ciertos síntomas, como el dejar de comer, restringir la comida o hacerlo hasta hartarse, no son sólo propios de las sociedades industrializadas, ni particularmente de las mujeres, sino adaptativos o simbólicos, según las circunstancias.

Señalar los límites interpretativos del modelo biomédico es relevante en cuanto que tras las prácticas de ayuno, atracón, vómito o purga no siempre hay un deseo de ser o permanecer delgada. Asociados principalmente a mujeres jóvenes en las sociedades modernas, los TCA unas veces se han explicado por su mayor dependencia personal y emocional, por su falta de autoestima, por su incapacidad de comunicarse, por su inseguridad en sí mismas y, otras, por su inclinación a acatar más estrictamente los dictámenes de *marketing* y la moda. En ningún caso, se definen esas pacientes por sus maneras de ser y entender la vida o por su capacidad de "usar" algo tan significativo, y con tanto valor económico y simbólico en nuestra sociedad, como el cuerpo y la comida en tanto que formas de resistencia, de contestación o de desacato ante la profusión de normas familiares, culturales y/o sanitarias. Hemos visto que las experiencias de las pacientes, sus narrativas *emic* de síntomas, tampoco caben en este modelo. Tanto se han regulado y minimizado las causas contextuales, que se evitan investigar, por ejemplo, los significados personales/sociales del "dejar de comer" o "del hacerlo en exceso.

Quienes padecen trastornos alimentarios acostumbran a tomar el cuerpo como expresión de aflicción y como vehículo para manifestar malestares de diferente índole: *De pequeña ya tengo un trauma con la comida porque a mí nunca me ha gustado nada y no tenía nunca hambre para comer, y la hora de la comida era para mí un infierno, ¡no quería! Ni sentarme a la mesa ni comer ni nada. Y todo obligadamente, todo muy mal, lo que eran las legumbres y muchas veces era comerlo y echarlo. No comía porque no me apetecía, no porque quisiera estar delgada ni nada. Siempre he sido muy rebelde y como mis padres son muy autoritarios, mi*

padre es muy autoritario, una manera de rebelarme era no comer. Cuando piensas cómo empecé con el trastorno alimentario, piensas: ¡pero si yo no he comido nunca! (BA, 27Años). Hay quienes dejando de comer pretenden borrar cualquier signo corporal de feminidad:*"...que horror, ya me están saliendo tetas de nuevo no puede ser, no quiero, quiero ser niña siempre, quiero mi cuerpo de niña siempre, no quiero crecer nunca, no quiero engordar, no quiero tener esas curvas de mujer, quiero ser como esas chiquitas de 8 años todas flaquitas y enclenques, con mis muslos tan delgados que parezcan que se van a romper..."* (internatua I). Pero también, de forma contraria, hacer dieta constituye un medio para ejercer una disciplina férrea sobre el cuerpo y la mente que produce enorme satisfacción (Van Dongen, 2000): "*Si soy capaz de dejar de comer, con lo que me gusta, puedo demostrarme a mí misma de lo que soy capaz. Sólo hago dieta unos días. Pierdo los kilos que quiero y vuelvo a comer. Para mi es un sacrificio pasajero. Cuando el pantalón se abrocha sin problema siento tanto placer como cuando me como un bocadillo de jamón de jabugo"* (CB, 30 años).

La extensión de estas aflicciones a otros tramos de edad no circunscritos a la adolescencia, a todas las clases sociales e incluso a sociedades no desarrolladas así como entre las mujeres inmigrantes de diferentes grupos étnicos obliga a reformular estas hipótesis vigentes. Las causas principales de los TCA tienen que ver con los sistemas de género que se han ido construyendo en la sociedad que se define con la hegemonía del capitalismo a partir de transformaciones de modelos de género que ya existían anteriormente, muy en particular, con la posición diferencial que las mujeres han ocupado respecto a los hombres en relación a la construcción de la identidad social y sexual, las imágenes corporales y, lo que es muy importante, en relación con las responsabilidades y valores asumidos respecto a la alimentación y las formas de ayuno.

Histórica y etnográficamente el ayuno femenino, en mayor proporción que el masculino, ha sido utilizado con diferentes finalidades: el no-comer, a menudo silencioso, para regular los recursos económicos del grupo, para socializar a sus miembros, para asegurar el control social. Cada una de estas finalidades tiene algún valor al describir una parte del todo. Cada una de ellas trabaja en un contexto elegido. La elección del contexto refleja los límites disciplinares o la ideología de los discursos dominantes. Lo que es definitivo para el autoayuno es el anteproyecto sociocultural cambiante en el que se produce. En nuestra cultura, las mujeres nutren, abastecen, educan, sirven… a los demás a través de la comida. Esta relación particular con la alimentación atraviesa el sistema de género, las relaciones interpersonales, la comunicación afectiva e, incluso, la aprehensión del riesgo, de tal forma que se convierte, si así se ha aprendido o se permite, en una herramienta con para expresar emociones, sentimientos y dificultades de índole diversa.

Por esta razón, el análisis de los trastornos alimentarios ha de hacerse desde la consideración de las diferentes formas que estas mismas mujeres practican el no comer o el hacerlo hasta no poder más. A muchas de estas mujeres les preocupa el peso o su cuerpo, como a la inmensa mayoría de mujeres, sin embargo no todas padecen trastornos del comportamiento alimentario. No para todas las mujeres el

cuerpo es su cárcel o están obsesionadas por mantener las formas definidas socialmente. La hegemonía del ideal de delgadez corporal puede explicar, también en parte, el incremento de estos trastornos, pero no sólo o no siempre. Aunque los profesionales también son "seres comientes" -no sólo biológica sino socialmente-, no piensan en esa posibilidad. Apenas hablan, de sabores, paladar, placeres de la comida, o de sus sinsabores. Sólo aluden a la comida desde la salud y la enfermedad, y sólo hablan de la dieta como medio para obtener salud o adelgazar. Por si fuera poco, en el tratamiento de los trastornos alimentarios, se limitan a proponer a las pacientes una rutina dietético-nutricional difícil de cumplir en un contexto donde la pluralidad de actividades y de horarios fragilizan el seguimiento de las rutinas dietéticas, olvidan que las comidas son también formas de sociabilidad o placer y que el rechazo a los alimentos, el ayuno voluntario o el atracón pueden tener significados distintos.

3. Conclusión

La etnografía muestra que el trasfondo psicológico y biológico de los síntomas descritos por la biomedicina respecto a los trastornos alimentarios no se pueden desligar del contexto en el que han sido elaborados. Así pues, hay que considerar la compleja encrucijada sociocultural en la que se sitúan estas aflicciones con el objeto de disponer de elementos de juicio distintos que permitan redefinir algunos campos de intervención tanto en la esfera de la promoción de la salud y en general de la prevención, como en la intervención terapéutica y el seguimiento. Es primordial comprender cómo las mujeres perciben e interiorizan la comida, el cuerpo, la identidad de género y por qué dicha percepción puede dar respuestas más o menos lógicas y previsibles a las exigencias del entorno a través de las prácticas alimentarias extremas. En las dificultades expresadas las mujeres responden a parámetros generados desde *fuera de ellas mismas, pero en relación con ellas mismas*. El contexto cultural genera presiones de gran intensidad para todas, aunque sólo una parte acaban desarrollando conductas definidas clínicamente como psicopatológicas. Las factores individuales, tanto biológicos como psicológicos, pueden explicar parcialmente esta variabilidad, por más que en la mayoría de casos depende de cómo las personas perciben e interpretan los mensajes y los discursos de su entorno y de cómo los conciben. El conjunto de ideas y pensamientos se construye de diferentes maneras y en diferentes momentos según la situación y según los actores. De ahí el valor de incorporar aproximaciones analíticas que permitan dar cuenta de las relaciones entre subjetividades y contextos, y reflexionar sobre ellos.

Agradecimientos

Agradecemos muy sinceramente los distintos apoyos institucionales para desarrollar esta línea de investigación dentro del grupo consolidado de investigación "Grup

d'Antropologia Social" de la URV. Han recibido financiación los siguientes proyectos: *La incidencia de los factores socioculturales en los trastornos alimentarios de las mujeres: el caso de la anorexia nerviosa* (2000-01). Instituto de la Mujer (61/00); *Ambigüitat discursiva en la contrucció social de la feminitat. Evolució de les imatges culturals de les dones a través de la publicitat* (2003). Institut Català de la Dona (U-4/03); Género, dieting y salud: una análisis transcultural de la incidencia de los trastornos del comportamiento alimentario entre las mujeres. Instituto de la Mujer I+D+I Exp. nº 87/2003-2005; *La cura del cos en cohorts de adolescents amb trastorn del comportament alimentari* (2005). Fundación VECTEM (T050755)); Un análisis transcultural de los trastornos alimentarios en Catalunya: prácticas alimentarias, imágenes corporales y representaciones sociales de género entre los jóvenes. Observatori Català de la Joventut (AJOVE2005); Joves grassos, pobres joves!: formes de discriminació i ressistència a l'entorn de l'obesitat (2008 AJOVE 00017) y La emergencia de las sociedades obesogénicas o de la obesidad como problema social (I+D: CSO2009-07683, 2010-2012).

Bibliografía

Appadurai, A. (2001) Après le colonialisme. Les conséquences culturelles de la globalisation, Paris: Payot.

Bados López, A. et al. (2002) "Eficacia y utilidad clínica de la terapia psicológica" Revista Internacional de Psicología Clínica y de la Salud, 2(3): 477-502.

Bell, R. (1985) Holy Anorexia, Chicago: The University of Chicago Press.

Bernal, M. (2011) Cuerpo, comida y migraciones: un análisis transcultural de los malestares alimentarios, Tarragona: Universitat Rovira i Virgili. Disponible en:http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/34759/Tesis.pdf?sequence=1

Bordo, S. (1993) Unbearable Weight: Feminism, Western Culture, and the Body, Berkeley: University of California.

Brumberg, J. J. (1988) Fasting girls: the emergence of Anorexia Nervosa as a Moderns Disease, Cambridge: Harvard University Press.

Bulik, C. et al. (2007) "Anorexia nervosa treatment: A systematic review of randomized controlled trials" International Journal of Eating Disorders, 40(4): 310–320.

Chinchilla, A. (2003) Trastornos de la conducta alimentaria. Anorexia y bulimia nerviosas, obesidad y atracones, Barcelona: Masson.

Comelles, J. M. (1988) La razón y la sinrazón. Asistencia psiquiátrica y desarrollo del Estado en la España Contemporánea, Barcelona: PPU.

Counihan, C. (1999) The anthropology of food and body. Gender Meaning, and power, Nueva York: Routledge.

Di Nicola, V. (1990) "Anorexia Multiforme: selfstarvation in historical and cultural context" Transcultural Psychiatric Research Review, 27: 245-286.

Fernández-Aranda, F. y Turón, V. (1998) Trastornos de la alimentación: Guía básica de tratamiento en anorexia y bulimia, Barcelona: Masson.

Garner, D. y Garfinkel, P. (1980) "Sociocultural factors in the development of anorexia nervosa" Psychological Medicine, 10(4): 647-656.

Giordani, R. C. (2009) "O corpo sentido e os sentidos do corpo anoréxico" Rev. Nutr. 22(6): 809-821.

Gordon, R. (2000) *Eating Disorders: Anatomy of a Social Epidemic*, Oxford: Blackwell Publishers.

Gracia, M. (2002) "Los trastornos alimentarios como trastornos culturales" en M. Gracia (comp.), Somos los que comemos, Barcelona: Editorial Ariel.

Gracia, M. y Comelles, J. M. (eds.) (2007) No comerás. Narrativas sobre comida, cuerpo y género en el nuevo milenio, Barcelona: Editorial Icaria.

Gracia Arnaiz, M. (2009) "Learning to eat: The establishment of dietetic normality on eating disorders" Food, Culture and Society, 12(2): 191-216.

Gracia-Arnaiz, M. (2010) "Fat Bodies and Thin Bodies: Cultural, Biomedical and Market Discourses on Obesity" Appetite, 55(2): 219-225.

Gracia-Arnaiz, M. (2013) "Thou shalt not get fat: Medical representations and self-images of obesity in a Mediterranean society" Health, 5(7): 1180-1189.

Gracia-Arnaiz, M. (ed.) (2012) Pobres joves grassos! L'obesitat en les trajectòries juvenils, Tarragona: Servei de Publicacions URV.
Haro, J. (2000) "Cuidados profanos: una dimensión ambigua en la atención a la salud" en E. Perdiguero y J. M. Comelles (ed.), Medicina y cultura. Estudios entre la antropología y la medicina, Barcelona: Bellaterra.
Hepworth, J. (1999) The social construction of anorexia nervosa, Londres: Sage Publications.
Hine, C. (2004) Etnografía Virtual, Barcelona: Editorial UOC.
Katzman, M. y Lee, S. (1997) "Beyond body image: the integration of feminist and transcultural theories in the understanding of self starvation" Int J Eat Disord, 22(4):385-94.
Ledo, J. (2013) Usuarias de la red y TCAs: una análisis antropológico de los espacios, usos y narrativas virtuales, en M. Gracia (dir.), Universitat Rovira i Virgili, Tarragona.
Lester, R. (1995) "Embodied Voices: Women's Food Asceticism and the Negotiation of Identity" Ethos, 23(2): 187-222.
Lupton, D. (1994) Medicine as Culture, Londres: Sage Publications.
Martínez-Hernáez, A. (2008) Antropología Médica, Barcelona: Anthropos Editorial.
Menéndez, E. L. (1990) Antropología médica. Orientaciones, desigualdades y transacciones, México DF: CIESAS.
Moreno, J. L. (2010) Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social, Madrid: CIS.
Prince, R. (1985) "The concept of culture-bound syndromes: anorexia nervosa and brain-fag" Social Science and Medicine, 21(2): 197-203.
Romaní, O. (1995) "Intervención comunitaria en drogodependencias. Etnografía y sentido común" Toxicodependencias, 2: 33-46.
Russell, G. F. M. (1985) "The changing nature of anorexia nervosa: An introduction to the conference", Journal of Psychiatric Research, 19: 101–109.
Sirvent, C. (2009) "Fracaso, abandono y cumplimiento terapéutico" Norte de Salud Mental, 33: 51-58.
Toro, J. (1996) El cuerpo como delito, Barcelona: Editorial Ariel.
Toro, J. et al. (2005) "Assessment of sociocultural influences on the body shape model in adolescent males with anorexia nervosa" European Eating Disorders Review, 13(5): 351-359.
Turón, V. J. (1996) Trastornos de alimentación: anorexia nerviosa, bulimia y obesidad, Barcelona: Masson.
Van Dongen, E. (2000) "La forza dell'anoressia. Resistenza, energia e controllo" Revista della Società italiana di antropología médica, 9-10: 59-80.
Way, K. (1995) "Never Too Rich… Or Too Thin: The Role of Stigma in Social Constructions of Anorexia Nervosa", en D. Maurer y Sobal, J. (eds.), Eating Agendas, Nueva York: Aldine de Gruyter.
Zafra, E. (2007) Aprender a comer: procesos de socialización y trastornos del comportamiento alimentario, Barcelona: Universidad de Barcelona. Disponible en:http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803

El papel de la información en las cogniciones y percepciones hacia nuevas tecnologías aplicadas a los alimentos

Elena ESPEITX BERNAT
Universidad de Zaragoza
eespeitx@unizar.es

Luis CANTARERO ABAD
Universidad de Zaragoza
lucan@unizar.es

F. Xavier MEDINA
Universitat Oberta de Catalunya
fxmedina@uoc.edu

Juanjo CÁCERES NEVOT
Universitat Oberta de Catalunya
jjcaceres@uoc.edu

Recibido: 08-06-2013
Aceptado: 26-02-2014

Resumen
En las últimas décadas se han desarrollado un gran número de tecnologías aplicadas a la alimentación, que han dado lugar a diversas innovaciones: alimentos modificados genéticamente, alimentos funcionales, nuevas tecnologías de conservación (por irradiación, por altas presiones, por campo eléctrico pulsado, etc.) o nuevas aplicaciones basadas en la nanotecnología. Se trata de novedades respecto a las cuales una gran parte de los consumidores, aunque no dispongan más que de una vaga idea de sus características, pueden posicionarse adoptando conductas de rechazo. El desarrollo constante de nuevos procesos y técnicas que incorporan beneficios diversos a los productos alimentarios no siempre es percibido ni bien valorado por los consumidores, en un contexto en que existen percepciones negativas hacia los procesos de industrialización de la producción agroalimentaria. La información que se recibe y los conocimientos que se adquieren sobre las nuevas tecnologías alimentarias se han considerado un factor clave en la formación de actitudes hacia las mismas. Por ello, presenta un gran interés examinar como varían dichas percepciones y actitudes, en función de la información que se recibe y de cómo ésta es interpretada. En el estudio que aquí se presenta, se ha analizado el cambio en percepciones y actitudes en un conjunto de consumidores a los que se ha proporcionado información sobre dos tipos de tecnología agroalimentaria: biotecnologías y tecnologías de conservación. Para ello, se ha identificado previamente cuales eran las percepciones, conocimientos y actitudes preexistentes. Posteriormente, se ha distribuido información escrita y audiovisual y se han examinado la modificación del conocimiento previo, la fiabilidad atribuida a las fuentes y los procesos de integración de la nueva información en los conocimientos y creencias preexistentes.
Palabras clave Tecnologías alimentarias, biotecnología, actitudes, información, conocimientos, consumidores

ISSN: 1130-8001
http://dx.doi.org/10.5209/rev_POSO.2014.v51.n1.42482

The influence of information on cognitions and perceptions towards new food technologies

Abstract
In recent decades, new food technologies have been developed, resulting in several innovations, for instance: genetically modified foods, functional foods, conservation technologies (by irradiation, high pressure, pulsed electric field, etc...) and new applications based on nanotechnology. A large part of consumers don't have more than a vague idea of the characteristics of food technologies, but they often show rejection behaviors. The development of new processes and techniques incorporating benefits to food products is not easily perceived and valued by consumers, in a context where negative perceptions towards the industrialization of food production exists. Nevertheless, specific knowledge about new food technologies should be considered a key factor in attitudes shaping. In consequence, how these perceptions and attitudes vary when knowledge changes must be examined. We have analyzed this process in a set of consumers who have been transferred accurate information about two groups of food technologies: biotechnology and conservation technologies. Previously, have been investigated preexisting perceptions, knowledge and attitudes. Subsequently, written and audiovisual information have been distributed and discussed. As a result, the perception of change of prior knowledge, the reliability attributed to sources and integration of new information into existing knowledge and beliefs have been deeply investigated.

Key words: Food technologies, biotechnology, attitudes, knowledge, consumers

Referencia normalizada
Espeitx Bernat, E., *et.al*. (2014). "El papel de la información en las cogniciones y percepciones hacia nuevas tecnologías aplicadas a los alimentos". *Política y Sociedad*, Vol.51 Núm. 1 95-120

Sumario: Introducción. 1.La investigación sobre percepciones de la biotecnología alimentaria y las altas presiones. 2.Información, conocimiento y cambio de actitudes. 3.Orientación metodológica. 4.Información y actitudes hacia las nuevas tecnologías alimentarias. 5. Conclusiones. Bibliografía

Introducción

A lo largo de las últimas dos décadas, la investigación científica relacionada con la alimentación ha permitido el desarrollo de nuevos productos y nuevas tecnologías utilizables en la producción y la distribución de alimentos. La diversidad de nuevas técnicas y nuevos procesos es amplia. Entre las mismas deben tenerse en cuenta la biotecnología vegetal y animal, las aplicaciones de la radiación ionizada, los nuevos sistemas de conservación de alimentos (altas presiones hidrostáticas, campo eléctrico pulsado…), los tratamientos con láser ultravioleta, los alimentos funcionales y también todas las aplicaciones que se enmarcan dentro del campo de las nanotecnologías. Como resultado de todo ello, existen actualmente en el mercado europeo todo un conjunto de alimentos, ingredientes alimentarios y materiales en contacto con alimentos que han sido obtenidos mediante la aplicación de algunas de estas técnicas, así como una gran variedad de productos en desarrollo, que accederán en los próximos años a los circuitos de distribución.

Sin embargo, la introducción en el mercado de las innovaciones obtenidas mediante todo este abanico de tecnologías se encuentra sometida a un proceso de evaluación por parte de los consumidores. En principio, su uso se asocia a la incorporación de nuevas características que confieren a los alimentos diferentes valores añadidos que los consumidores podrían en principio apreciar, ya sea mayor seguridad alimentaria, mayores beneficios nutricionales, menor consumo energético y de recursos en su producción, nuevas características sensoriales o mayor durabilidad, entre otras. Pero al mismo tiempo, los riesgos que pueden atribuirse a estas tecnología y la incertidumbre que suscita su utilización son susceptibles de parecer más relevantes que sus beneficios a la ciudadanía y desencadenar actitudes de rechazo. Es por este motivo que se ha señalado que las actitudes que los consumidores expresen sobre cada una de estas tecnologías puede determinar su acogida en el mercado y los riesgo que los consumidores asocien a las mismas significarse como el principal freno para la difusión de los productos en que se hayan utilizado (Cardello et al., 2007).

Así lo indica, por ejemplo, el grado de oposición que todavía suscita entre la ciudadanía europea la biotecnología aplicada a la alimentación. Según los datos recogidos en el conjunto de países de la Unión Europea, el rechazo alcanzaría a tres cuartas partes de la población. Lo mismo sucede con la utilización de la clonación animal para la obtención de productos alimentarios, que genera la oposición de más del 80% de la población (European Commission, 2010). Ante este escenario, existe un interés creciente desde las ciencias sociales en identificar los factores que suscitan actitudes de aceptación y rechazo en cada tipo de tecnología aplicada a los alimentos. La investigación en este ámbito se enfrenta al reto de analizar cual es el grado de aceptación o rechazo de cada una de las nuevas tecnologías, el grado de variabilidad existente en las actitudes ciudadanas hacia las mismas, los factores que intervienen en la generación de estas actitudes y también otra cuestión importante, la influencia de los conocimientos y del procesamiento de nueva información sobre las mismas en la modificación de dichas actitudes.

En este último aspecto se centra nuestro estudio: en el análisis de los cambios experimentados en las actitudes hacia las nuevas tecnologias alimentarias motivados por la recepción de nueva información. Hasta la actualidad, si bien se ha desarrollado cierta investigación sobre los efectos de la información emitida a los consumidores sobre beneficios y riesgos de las nuevas tecnologías, apenas se ha empezado a abordar la forma como la sopesan y la interiorizan (Popa y Popa, 2012). Nos hemos centrado en dos tipos de tecnologías: las nuevas biotecnologías alimentarias y la tecnología de conservación por altas presiones hidrostáticas. Mientras la primera corresponde a todas las aplicaciones de la modificación genética en el ámbito alimentario, la tecnología de las altas presiones hidrostáticas forma parte de las denominadas tecnologías de conservación por inactivación, un conjunto de técnicas que tienen como objetivo la destrucción bacteriana mediante varios procedimientos que, al mismo tiempo, permiten preservar las cualidades organolépticas de los productos y presentarlos en formatos que permitan una fácil manipulación.

El artículo se estructura en tres partes: en un primer apartado se presenta un estado de la cuestión sobre la investigación realizada alrededor de la aceptación social de las nuevas tecnologías aplicadas a la alimentación, con el fin de describir las principales líneas de trabajo e introducir los hallazgos realizados sobre la formación de actitudes, con especial énfasis en la influencia de la información y el conocimiento sobre la transformación de estas últimas. Posteriormente se expone nuestra propuesta metodológica, con objetivos, hipótesis de partida y técnicas utilizadas. El trabajo finaliza con una discusión sobre los resultados obtenidos.

1. La investigación sobre percepciones de la biotecnología alimentaria y las altas presiones

La investigación internacional sobre aceptación social de las nuevas tecnologías alimentarias se remonta fundamentalmente a la década de 1990, cuando se realizaron las primeras aproximaciones a los riesgos percibidos en la comercialización de alimentos modificados genéticamente y en la utilización de la irradiación en la industria alimentaria. Parte de los enfoques teóricos sobre los que se basaron estos trabajos se sustentan, además, en estudios precedentes de caracterización de la percepción del riesgo por parte de los consumidores y particularmente de los riesgos relacionados con los alimentos (Oser, 1978; Slovic, Fischoff y Liechtenstein, 1985; Slovic, 1987). Posteriormente, ha sido la biotecnología agroalimentaria la que ha acaparado la mayor parte del esfuerzo investigador, en parte a causa de los debates sociales que ha suscitado (Cáceres, 2010), evidenciándose que la aceptabilidad de la modificación genética es mayor en productos no alimentarios que en productos alimentarios (Christoph et al., 2008; European Commission, 2010). Sobre este tema en concreto, la literatura existente en el ámbito internacional es muy abundante y sobre la misma se han llevado ya a cabo numerosas revisiones y meta-análisis (Bredahl et al., 1998; Lusk et al., 2005;

Costa Font et al., 2008). La investigación se ha ampliado también a un gran número de tecnologías emergentes, con especial atención a las nanotecnologías. En cuanto a las tecnologías de conservación, las más estudiadas son las radiaciones ionizantes, pero la comercialización de productos en los que se han utilizado altas presiones hidrostáticas ha propiciado, estos últimos años, el incremento del interés por explorar cómo éstas son valoradas por la ciudadanía.

Actualmente, a pesar de la diversidad de trabajos ya realizados, las líneas de investigación existentes pueden estructurarse en tres grandes grupos: percepción de riesgos y beneficios, análisis de factores sociodemográficos y actitudes ciudadanas. A continuación haremos una introducción a algunos de los hallazgos obtenidos en las dos primeras líneas, para pasar después a exponer con más detalle la tercera línea de trabajo, en la cual se enmarca nuestro análisis y sobre la que se fundamentan las hipótesis de trabajo.

1.1. Percepción de riesgos y beneficios

La primera línea de investigación abarca aquellos trabajos que indican que la disposición a adquirir alimentos genéticamente modificados estaría directamente relacionada con la percepción de riesgos y beneficios (Siegrist y Cvetkovich, 2000; Magnusson y Hursti, 2002; Chen y Li, 2007) y sus hallazgos señalarían algunos conocimientos claves que deben tenerse en cuenta para analizar el cambio de actitudes tras recibir nueva información. Así, entre los beneficios, se ha destacado la importancia de los asociados a la salud y el medio ambiente y la necesidad de que los consumidores perciban beneficios tangibles en esos ámbitos, insistiendo en que cuando los beneficios son conocidos, la aceptación es mayor (Christoph, 2008; DeSteur et al., 2010). Por el contrario, la ausencia de beneficios percibidos conduciría mayoritariamente a cuestionar la necesidad y la utilidad de las innovaciones tecnológicas, así como a acentuar el riesgo percibido y las inquietudes morales (Gaskell, 2000; Butz et al., 2003).

1.2. Factores sociodemográficos

La segunda gran línea de investigación ha examinado qué factores sociodemográficos pueden poner de manifiesto diferencias en el grado de aceptación de las nuevas tecnologías alimentarias. Uno de los aspectos estudiados han sido las diferencias en función de género y edad: así, las mujeres aparecerían como más preocupadas, con actitudes menos favorables y con menor probabilidad de percibir sus beneficios mientras que los jóvenes manifestarían percepciones más positivas de las biotecnologías (European Commision, 2005). Otras variables identificadas como influyentes por algunos estudios han sido el nivel socioeconómico, el nivel de ingresos y nivel educativo, mostrando que en los niveles superiores de dichas variables existiría mayor aceptación (Ronteltalp et al.,

2007), pero otros estudios no han identificado diferencias significativas en función de las mismas (Teisl et al., 2009), por lo que la relevancia de estas diferencias se encuentra actualmente bajo discusión. Del mismo modo, se han observado diferencias apreciables entre población experta y población no experta (Savadori et al., 2004; Hall y Moran, 2006). También se ha subrayado la existencia de diferencias entre países en cuanto a la aceptación de los alimentos modificados. En el caso de Europa, los eurobarómetros han reflejado esa diferencia y sus variaciones a lo largo del tiempo: se ha distinguido, por ejemplo, un cierto apoyo en el sur de Europa en contraste con una actitud negativa en los países nórdicos o Polonia (Costa Font et al., 2008). En Estados Unidos la aceptación ha sido también mayor que en Europa a lo largo del tiempo (Gaskell, 2000). En otros grandes países como China, estos productos contarían también con una aceptación amplia (Huang et al., 2006). Así pues, este conjunto de observaciones mostraría que, en efecto, existen diferencias entre grupos sociales y entre países en cuanto a la aceptación de las nuevas tecnologías, cuya explicación sigue siendo objeto de estudio y debe interpretarse con el apoyo de los hallazgos realizados en las otras dos líneas de investigación.

1.3. Las actitudes de los ciudadanos

En esta línea de investigación se enmarca nuestro trabajo sobre el cambio de actitudes asociados a la recepción de información. Se han definido las actitudes como la predisposición adquirida hacia un determinado objeto, concretada en términos de creencias positivas o negativas sobre éste. Estas creencias dependen de las experiencias previas con el objeto de la actitud y de la información externa que se haya recibido, interpretado e interiorizado sobre éste, así como de las habilidades cognitivas, la motivación y el estado emocional del individuo que experimenta la actitud (Jonassen, 1991). Y, añadiríamos, del entramado sociocultural en el que estas actitudes adquieren sentido y son vivenciadas. La forma como las actitudes se construyen y se modifican –el cambio actitudinal-, mediante qué procesos y bajo la influencia de que factores, ha sido objeto de interés continuado y de estudio por parte de diferentes disciplinas de las ciencias sociales y varios autores han propuesto en los últimos años que la comprensión de la aceptación o el rechazo de las nuevas tecnologías alimentarias y particularmente de los alimentos modificados genéticamente debe partir del concepto de actitudes como marco de análisis.

Se considera, así, que entre los diferentes factores que influyen en la aceptación y rechazo de las mismas, las actitudes de sus potenciales consumidores son relevantes y pueden ser en ciertos casos decisivas, particularmente en la elección y compra de algunos productos que se presentan como alternativos a los convencionales: alimentos modificados genéticamente, alimentos ecológicos o alimentos funcionales (Popa y Popa, 2012). En el estudio de las actitudes hacia la biotecnología aplicada a la alimentación se ha tendido a agrupar éstas en tres grandes grupos: positivas, negativas y ambivalentes, aunque otros autores

consideran que hay que ampliar la clasificación con una cuarta tipología: las actitudes indiferentes (Poortinga y Pidgeon, 2005). Además, dichas actitudes se enmarcarían en un sistema general que incluiría actitudes hacia la naturaleza, la tecnología o el mercado, profundamente arraigadas y difícilmente modificables, y que solo serían cambiables mediante la experiencia en el uso y aportando beneficios claros a los consumidores (Grunert et al., 2003).

Otros autores han puesto el énfasis en el componente afectivo de las actitudes, señalando que éste puede tener un papel destacado en la percepción del riesgo y han introducido el modelo del riesgo como sentimiento, modelo muy aplicable y aplicado en la percepción del riesgo alimentario. Combinando también las emociones con la percepción de riesgo, Slovic y otros proponen atender a la importancia del efecto heurístico (Peters, Burraston y Mertz, 2004; Slovic et al., 2002). Paralelamente, se ha examinado la utilidad de la escala de neofobia alimentaria (Pliner y Hobden, 1992) para examinar la disposición de los consumidores a consumir productos asociados a nuevas tecnologías alimentarias, sin que se hayan apreciado relaciones consistentes entre neofobia y rechazo (Siegrist, 2008). Por este motivo, recientemente se ha construido un nuevo instrumento psicométrico: la escala de neofobia hacia la tecnología alimentaria (Cox y Evans, 2008).

También algunos trabajos han examinado cómo influye la confianza en las instituciones en la actitud hacia las nuevas tecnologías. En unos casos, se han evidenciado relaciones entre confianza en las instituciones relacionadas con el desarrollo de estas tecnologías y la atribución de más beneficios que riesgos (Tanaka, 2004), si bien se ha matizado que no todas las instituciones son relevantes para conseguir un impacto directo en la aceptación (Siegrist et al., 2007). Se ha observado también que la aceptación pública está influenciada por la credibilidad percibida de los datos disponibles, el rigor de las políticas regulatorias, la actuación imparcial de los reguladores y por la responsabilidad demostrada de la industria (Bruhn, 2008). En el caso de la biotecnología, se ha comprobado que las actitudes generales hacia los científicos y la confianza en las instituciones científicas se asocia positivamente con la percepción de beneficios en sus aplicaciones (Chen y Li, 2007) y que la falta de confianza en las organizaciones con más recursos y responsabilidades para garantizar la seguridad alimentaria de los organismo genéticamente modificados aparece como el principal obstáculo para su aceptación (Lang et al., 2005). La confianza en las instituciones públicas y en la industria alimentaria también tendrían un papel influyente en la generación de confianza en los ciudadanos hacia las nuevas tecnologías en general (Ronteltap et al., 2007). Por el contrario, la percepción de ocultación de incertidumbre por parte de las instituciones reguladoras incrementaría la percepción de riesgo (van Kleef et al, 2006).

Se ha señalado como una de las carencias de la investigación en este ámbito el problema de la consistencia entre el comportamiento prospectivo que se deriva de las actitudes (el que se declara que se haría) y el que se daría en una situación real, en la medida que si bien la relación entre actitudes y comportamiento prospectivo

resulta fuerte, no lo es tanto cuando se relacionan actitudes con el comportamiento real. Para explicar esta diferencia y comprender el comportamiento resultante se ha insistido en la necesidad de atender el resto de factores que influyen en la decisión, tanto factores externos (económicos, marco familiar, norma social…) como internos (valores, actitudes, creencias, posiciones morales…) (Lyndshurt, 2009).

2. Información, conocimiento y cambio de actitudes

Un aspecto clave del estudio de las actitudes es el análisis del cambio de actitud que se produce a raíz de la recepción de información nueva. En este sentido, las teorías sobre influencia social, entre ellas la de la persuasión, han proporcionado un marco teórico sobre el que sustentar dicho análisis. Así ha sido también en el estudio del tema que nos ocupa, el de la aceptación o rechazo de las nuevas tecnologías alimentarias (Frewer 2003). Estas teorías se han manifestado particularmente útiles cuando se trata de información persuasiva, que es la que nos encontramos en buena parte de los mensajes sobre este tema, tanto si la finalidad de la comunicación consiste en advertir de sus riesgos como en tranquilizar sobre su seguridad.

La teoría de la persuasión, en concreto, se centra en las variables que median el impacto de la comunicación sobre las actitudes y creencias. Hovland ya señaló en su momento (1959) que el cambio de actitud no se produce automáticamente, de manera lineal y mecánica, tras la recepción de un mensaje. Para que se produzca, deben confluir todo un conjunto de condiciones previas, la primera de la cuales es que se atienda la información, y ésta no es siempre atendida, como es sabido. En realidad, en nuestro contexto cultural saturado de mensajes, a menudo sucede más bien lo contrario, es decir, que la parte de mensajes desechados –no atendidos- supera en mucho a la parte que se atiende, es decir, que aquella que recibe algún tipo de procesamiento y que puede, por tanto, llegar a ser interiorizada. En primer lugar, porque los mensajes, para ser atendidos, deben ser previamente percibidos como relevantes por el receptor y esto muy a menudo no sucede. Para que se produzca algún cambio de actitud como resultado de la comunicación es también preciso que el mensaje sea comprendido, que el sentido que le ha querido atribuir el comunicador sea el mismo –o más o menos equivalente- que el que le atribuye la persona que lo recibe. Y esto tampoco sucede siempre, sobre todo cuando se trata de comunicar sobre cuestiones sobre las que el receptor tiene pocos conocimientos previos, como en el caso que nos ocupa.

En un estudio anterior, centrado en problemáticas medioambientales (Espeitx, 2010), se evidenció con toda claridad la importancia y frecuencia de errores de comprensión de mensajes persuasivos. Entre otras actividades, se presentaba a los participantes un vídeo producido por una asociación ecologista, el objetivo del cual consistía en alertar de los riegos de la energía nuclear. Se trataba de un mensaje de carácter claramente persuasivo, que intentaba incidir en las actitudes, no mediante argumentos complejos, sino mediante imágenes impactantes. A pesar de la aparente simplicidad del mensaje, más de un tercio de los participantes en el estudio no

entendieron su significado, por lo que su eficacia fue nula. También se observaron errores de interpretación de mensajes escritos, incluso aquellos presentados en un díptico, formato que premia la brevedad y la simplicidad por encima de la profundidad de las explicaciones. Los errores podían llegar al extremo de interpretar justamente lo contrario de lo que se proponía (para más detalles, ver Espeitx 2010).

Otra condición para que un mensaje pueda acabar generando un cambio de actitud es que se le dedique un procesamiento activo (Petty y Cacioppo, 1986), pero este procesamiento de la información es costoso y no se realiza en primera instancia si no se percibe como realmente necesario. La mayoría de las veces no se lleva a cabo el esfuerzo requerido para procesar de manera eficaz la información y se recurre a atajos que facilitan la tarea, permitiendo un tratamiento de la información rápido y poco exigente en esfuerzo. Se utilizan de manera recurrente heurísticos para interpretar de manera rápida los mensajes, se emplean analogías más o menos pertinentes o se emplea el recurso de la afinidad o la credibilidad del comunicador como mecanismo de evaluación fácil de contenido del mensaje. Este último mecanismo ha sido ampliamente analizado. Se ha destacado que la afinidad con el comunicador y la credibilidad que se le atribuye propician una evaluación positiva del mensaje (Eagly y Chaiken, 1984), del mismo modo que la ausencia de afinidad y de credibilidad dan con frecuencia lugar a una evaluación negativa. En el caso que nos ocupa, un mensaje positivo sobre la seguridad de la modificación genética, emitido por un comunicador percibido como creíble, para un receptor con una actitud previa favorable, puede bastar para generar confianza y aceptación hacia las nuevas biotecnologías.

Igualmente debe tenerse en cuenta que el desacuerdo frontal ante los contenidos de un mensaje puede derivar en un procesamiento elaborado de la información y realizarse un esfuerzo considerable para confrontarla con las ideas previas, pero esto no quiere decir que se vaya a producir un cambio de actitud, al contrario, puede reforzar la ya existente. En efecto, existe evidencia de que si una persona percibe las nuevas biotecnologías como peligrosas, se puede amplificar su actitud desfavorable hacia éstas si interpreta la información como sesgada en una determinada dirección (Frewer et al, 1999).

Estos fenómenos limitan la eficacia de las estrategias más comúnmente empleadas para persuadir. Buena parte de los proponentes de las nuevas tecnologías alimentarias parten del supuesto de que, si se quiere modificar las actitudes de rechazo y convertirlas en aceptación, basta con proporcionar al público reticente más información sobre éstas. Muy en particular, si se trata de información técnica y experta, y centrada en la presentación de los beneficios que pueden reportar. La idea subyacente es que la gente necesita ser “educada” sobre los beneficios de la tecnología (Doubleday, 2001). Desde esta perspectiva, las actitudes de reserva o de rechazo ante las nuevas tecnologías alimentarias serían el resultado de un déficit de información y sobre todo de formación, por lo que bastaría con suplir este déficit.

Pero, como se ha señalado, diferentes estudios han puesto en entredicho esta asunción (Teisl et al., 2009). Los frenos que se acaban de señalar en relación a la

atención y procesamiento de los mensajes serían parte de la explicación, pero no toda. Por un lado, ya que, como destaca Frewer (2003), la perspectiva experta de la gestión técnica del riesgo no tiene por qué ser la perspectiva más relevante para los ciudadanos no expertos. Por el otro, porque pueden no convencerlos de que los contenidos de estos mensajes no vienen determinados por los intereses de los actores directamente implicados o interesados en la promoción de estas tecnologías.

Así, la capacidad de los mensajes sobre nuevas tecnologías de influir en las actitudes depende, en primera instancia, de cómo se atienden, se interpretan y se interiorizan estos mensajes y esta interpretación está fuertemente mediada, no solo por la credibilidad que se otorga a los mensajes, sino también a los mensajeros. En este sentido, son relevantes los intereses y motivaciones atribuidos a estos últimos, que se suelen identificar como actores implicados de manera más o menos directa con estas tecnologías (administración, empresas promotoras, científicos responsables de sus desarrollos). Esta observación no es nueva, sino que las perspectivas teóricas sobre el potencial impacto de la fuente de credibilidad en las reacciones ante la información tiene ya una larga tradición: la importancia de las características de la fuente se encuentra ampliamente reconocida en los modelos de comunicación y de cambio de actitud (McGuire, 1985). Pero conviene mucho no olvidarlo cuando se analiza el efecto de la información en las actitudes, muy en particular cuando, como sucede en el caso que nos ocupa, la carencia de conocimientos sólidos y basados en experiencia sobre el tema incrementa la dependencia de estos criterios a la hora de evaluar los mensajes. Si, además, el formato en el que se presenta el mensaje es percibido como publicitario, la interpretación que se hace de sus contenidos está filtrada por esta percepción, disminuyendo aún más su credibilidad.

Otro aspecto que se ha destacado es que los determinantes de la confianza pueden ser distintos de los determinantes de la desconfianza (Frewer et al., 1996). La confianza suele relacionarse con la percepción de competencia, conocimiento e interés por el bienestar público del que emite el mensaje, mientras que la desconfianza se relaciona con la percepción que la fuente de información está distorsionando deliberadamente la información, promoviendo visiones sesgadas de la realidad, en el peor de los casos ocultando datos o incluso mintiendo. Si se percibe que una fuente sirve a los intereses de actores concretos, la credibilidad que se le otorga puede disminuir drásticamente. Y este tipo de atribución se hace con una gran facilidad, y de manera extensa, como hemos podido observar en nuestro estudio. En nuestra sociedad la desconfianza generalizada hacia los agentes implicados en cualquier cuestión, y la atribución de intereses poco claros y de motivaciones inconfesables parece estar cada vez más extendida, e impregna de manera en absoluto superficial las actitudes hacia la información que se recibe. En mucha mayor medida cuando la información hace referencia a un tema polémico que confronta opiniones divergentes.

Si el efecto de la desconfianza en la fuente sobre la interpretación del mensaje es bien conocido, no lo es tanto el efecto de la confianza en la fuente cuando ésta proporciona información sobre riesgos específicos. Se ha sugerido que la confianza

en la fuente, cuando se informa sobre un riesgo, podría ser un determinante destacado de la respuesta pública a esta información, pero la evidencia empírica que daría apoyo a esta información ha sido, hasta el momento, equívoca. Según Frewer (2003), la confianza en la fuente solo es realmente influyente cuando las personas ya tienen actitudes favorables hacia ese riesgo en concreto. En estas circunstancias, las personas están más dispuestas a atender la información que corresponde con su opinión previa. En caso contrario, modifican su opinión ante la fuente antes que cambiar de actitud ante el riesgo. También se había sugerido que la información alarmante no influiría en la percepción de riego, si esta procedía de una fuente en la que no se confía. Pero el trabajo empírico (Eiser et al., 2002) ha evidenciado que la confianza no influye directamente en la percepción de riesgo. Confianza y riesgo percibido influirían de manera independiente en las actitudes de la gente antes las nuevas tecnologías. Según Frewer (2003), este proceso generaría una retroalimentación positiva que explicaría la estabilidad y resistencia al cambio de las actitudes de la gente ante un riesgo particular, cuando las actitudes están ya bien establecidas.

La pregunta que surge a continuación es ¿cómo y por qué se establecen actitudes negativas tan robustas, en relación a un objeto, como el de las nuevas tecnologías alimentarias, sobre el que se tienen conocimientos fragmentarios, en el mejor de los casos, y escasa experiencia personal? La respuesta, o como mínimo una parte de la respuesta, reside en el hecho de que los mensajes que advierten sobre riesgos se atienden en mucha mayor medida que aquellos que se refieren a ventajas o potenciales beneficios, se perciben mucho más relevantes y condicionan en mucho mayor grado las actitudes (Hayes et al., 2002). En el caso de la alimentación, dada su centralidad en el bienestar físico y la supervivencia de los individuos, esta tendencia se manifiesta con mayor acuidad. Una vez se ha generado una percepción de riesgo, o de mera incertidumbre, sobre alguna cuestión alimentaria (un producto, una forma de producción, una técnica culinaria, etc.) resulta muy difícil de disipar.

Una última cuestión que debe tenerse en cuenta en el análisis de los efectos de la información en el cambio de actitudes hacia las nuevas tecnologías alimentarías es que éstas son, mayoritariamente, actitudes secundarias. Es decir, que se engloban en sistemas de actitudes más amplios, que no son específicos de estas tecnologías, en los que se integran y a los que se asimilan por analogía o afinidad. Como se señaló en un estudio anterior (Espeitx y Cáceres, 2012), en el caso que nos ocupa, entre los principales sistemas de actitudes primarias se encontrarían la actitud hacia la ciencia y la tecnología, la actitud hacia la seguridad alimentaria y la industrialización alimentaria y la actitud hacia los diferentes agentes sociales. Por este motivo deben enmarcarse también en las actitudes hacia estas cuestiones.

3. Orientación metodológica

3.1. Objetivos

El objetivo de nuestro trabajo, como se ha señalado en la presentación, consiste en analizar el cambio de actitudes hacia las nuevas tecnologías alimentarias a raíz de la recepción de nueva información sobre éstas. Esto supone focalizar la atención en la interpretación de los mensajes, por un lado, y en cómo esta interpretación puede afectar –o no- las actitudes, por el otro.

Es innecesario destacar que la información específica sobre nuevas tecnologías –y cómo ésta se procesa- es solo una parte del complejo proceso de generación y modificación de actitudes en relación a éstas. Hemos dejado fuera de nuestro análisis el procesamiento posterior, en el que intervienen otras variables que pueden potenciar, eliminar o cambiar de dirección la modificación de la actitud. Hemos abordado solo parcialmente el sistema de actitudes primarias y secundarias en el que adquieren sentido las actitudes hacia las nuevas tecnologías alimentarias, y excluido del estudio todas las experiencias previas individuales y los condicionantes sociales y culturales en los que se imbrican y que dan sentido a estos sistemas de actitudes. Y esto solo para referirnos a las relaciones entre recepción de información y actitudes. Como se ha expuesto en el apartado anterior, para abordar la construcción, mantenimiento y cambio de las actitudes, es preciso contemplar también la dimensión comportamental, que supone la existencia de algún tipo de experiencia con el objeto de la actitud. En las conductas relacionadas con aquella, se pueden reflejar las actitudes previas, reforzándolas, pero estas mismas conductas, la experiencia repetida con el objeto de la actitud, pueden modificarla a su vez. Es decir, las actitudes no son determinantes exclusivos de las conductas, en ocasiones apenas las afectan. Es sabido que las relaciones entre unas y otros no son en absoluto lineales ni mecánicas: una actitud favorable o desfavorable hacia las nuevas tecnologías alimentarias no se traduce en conductas de consumo o de compra o de rechazo de éstos de manera automática. Al contrario, puede modificar la actitud previa, en la dirección de acomodarla a la conducta realizada, pero en este trabajo no se aborda esta relevante relación entre actitudes y comportamientos. Sin olvidar que las relaciones entre actitudes y conductas están mediadas por todo un conjunto de factores (accesibilidad, precio, conveniencia, cualidades organolépticas…) y sus complejas interacciones, que pueden modificar en direcciones opuestas esta relación, incluso cortocircuitarla, y estos factores tampoco se incorporan al presente análisis. No incluir todos estos aspectos ha sido una elección deliberada, una opción escogida por los motivos que se exponen a continuación.

Parece poco discutible que una comprensión cabal del fenómeno exige tener en cuenta todas las dimensiones señaladas, contemplar todas las variables intervinientes (tanto individuales como sociales, psicológicas como culturales) y no de manera aislada, cada una de manera independiente, sino en sus múltiples y

complejas interacciones mutuas, yendo desde el individuo a la sociedad en la que piensa y actúa, y desde la sociedad en su conjunto al individuo que la vivencia y encarna. Y esto exige un modelo integrador y comprensivo, que permita interpretar todos los datos y hacer predicciones fecundas. Pero para que un modelo explicativo integrador sea potente, es preciso conocer con la máxima precisión posible como interviene cada uno de los factores en juego, mediante qué procesos y con qué consecuencias. A pesar de todas sus limitaciones, las aportaciones parciales, como la del presente estudio, son necesarias para el análisis pormenorizado de cada uno de los factores intervinientes. Desmenuzar el fenómeno, para comprender mejor cada una de sus partes, es un paso previo indispensable, aunque en un paso posterior, igualmente ineludible, los resultados deben integrarse de nuevo en el conjunto, encajarse en las interacciones de todos los elementos en acción. En definitiva, los análisis parciales, y los resultados que éstos proporcionen, deben contribuir a la construcción de un modelo general con potencia explicativa. Es éste el sentido y la dirección de la propuesta: contribuir a comprender mejor una de las dimensiones del fenómeno, la relativa a los efectos de la información y el cambio de actitudes. Porque no basta con decir que información y actitudes están relacionadas, sino que es preciso establecer en qué medida, de qué forma, mediante que procesos y por qué vías lo están.

3.2. Hipótesis

Para alcanzar este objetivo se ha pretendido contrastar las hipótesis que se presentan más adelante. Las hipótesis se sustentan en una serie de supuestos, establecidos por la literatura sobre el tema comentada en apartados anteriores y por los resultados de estudios previos realizados por nuestra parte. Por un lado, se ha considerado que las actitudes previas deberían afectar la interpretación de la nueva información. Esta influencia de las actitudes preexistentes se manifestaría en la atención prestada, la interpretación del mensaje, la credibilidad del mensaje, la credibilidad del mensajero y el grado de procesamiento del mensaje. La existencia de las actitudes negativas previas correlaciona con el hecho de que éstas hayan sido objeto de debate, de controversia pública o no. Por este motivo, una de las tecnologías seleccionadas ha sido la biotecnología aplicada a la alimentación y el resultado de ésta, los alimentos genéticamente modificados, que ha sido objeto de controversia pública, y la otra, la de las altas presiones hidrostáticas aplicadas a la alimentación, que no ha generado ningún tipo de debate público. Por otro lado, se ha partido de la premisa que no solo se atendería con mucha más atención los mensajes que advierten de riesgos que los que se refieren a beneficios, sino que los mensajes negativos que se hayan escuchado anteriormente se recordarían mucho más que los positivos y generarían actitudes más robustas y más difíciles de modificar. Se ha tomado en consideración el hecho de que los mensajes negativos sobre los alimentos genéticamente modificados, advirtiendo sobre riesgos de distinta naturaleza, han sido abundantes, mientras que sobre la utilización de presiones

hidrostáticas en la industria alimentaria han sido prácticamente inexistentes. Sobre estas premisas, basadas en los resultados de los estudios presentados en el apartado anterior, se han planteado las siguientes hipótesis de trabajo:

Hipótesis 1: La existencia o inexistencia de controversia pública sobre una determinada tecnología afectará la atención prestada y el procesamiento de los mensajes relativos a ésta. La predicción es que en el caso de los mensajes relativos a la tecnología de presión hidrostática la interpretación de los mensajes se hará en clave más neutra que en el caso de las biotecnologías. Se otorgará mayor credibilidad a los mensajes y a los mensajeros y se mostrará mayor disposición a atender los argumentos de los proponentes sobre sus beneficios

Hipótesis 2: La existencia de actitudes negativas previas hacia una determinada tecnología incidirá en la actitud ante los mensajeros. La predicción es que en el caso de haberse manifestado actitudes previas negativas hacia los alimentos genéticamente modificados -recogidas en los cuestionarios implementados antes de las sesiones grupales- se otorgará un mayor número de segundas intenciones y de voluntad de sesgar/ocultar o deformar la realidad a los mensajeros

Hipótesis 3: las actitudes hacia las nuevas tecnologías alimentarias son actitudes secundarias, dependientes de otras actitudes principales. Su intensidad y consistencia, y la consiguiente mayor resistencia al cambio, dependerá de la intensidad y consistencia de las actitudes primarias en las que se imbrican. La predicción es que los participantes que manifiesten actitudes robustas ante las cuestiones consideradas clave (ciencia y tecnología, agentes responsables del desarrollo, implementación y control de las nuevas tecnologías) también mostrarán actitudes más intensas y consistentes antes las nuevas tecnologías alimentarias.

3.3. Diseño del estudio

Se ha seleccionado a los participantes en el estudio en función de una serie de criterios (sexo, edad, nivel de formación, ocupación) con el objetivo de diversificar la muestra. La mitad de los informantes son hombres y la mitad mujeres. Se les ha distribuido en las diferentes sesiones en grupos de edad (18-24, 25-30, 31-40, 41-50, 51-65), buscando un equilibrio de género, intentando que en ningún grupo fueran mayoría hombres o mujeres. El número de integrantes de cada grupo ha oscilado entre 6 y 8. En total se han configurado 10 grupos, dos por cada grupo de edad. Un criterio fundamental en la elección de los informantes ha sido que no estuvieran implicados, desde ninguna perspectiva, en las nuevas tecnologías objeto de estudio, y que no ostentaran conocimiento experto sobre éstas.

En cada una de las entrevistas grupales se han realizado dos sesiones, con un intervalo entre éstas de aproximadamente cuatro días. El objetivo inicial de que el intervalo entre sesiones fuera mínimo era reducir la posibilidad de que los participantes realizaran búsquedas intensivas sobre los temas tratados, sin que se pudiera conocer las fuentes utilizadas y controlar, por lo tanto, esta nueva

información. Asimismo se pretendía minimizar las ocasiones en que los participantes pudieran hablar de los temas tratados con otras personas ajenas a los grupos. Esto solo se ha conseguido con una parte de los participantes. El desarrollo y los contenidos de las sesiones son los que se detallan a continuación:

Sesión 1. En esta sesión se abordan las representaciones y actitudes generales sobre las nuevas tecnologías aplicadas a la alimentación. En primer lugar, antes de iniciar la discusión, se pide a los participantes que cumplimenten dos cuestionarios donde, además de los datos sociodemográficos básicos, se les pregunta por: a) hábitos informativos, b) actitudes relativas a la ciencia y la tecnología. Estos dos cuestionarios se habían ya utilizado en un estudio anterior (Espeitx y Cáceres, 2008) Ante de su utilización se contrastaron las dificultades de comprensión con un grupo de personas de diferentes edades y nivel de formación, y se eliminaron aquellas preguntas que despertaban dudas o que eran susceptibles de ser interpretadas de formas distintas. Después de su aplicación en el estudio, se observó que la información que proporcionaban era consistente y complementaria con la que proporcionaban los informantes en las entrevistas grupales, y que servían a su objetivo, que era establecer correlaciones ente hábitos informativos, actitudes relativas a la ciencia y la tecnología y actitudes ante nuevas tecnologías alimentarias, por lo que se han vuelto a aplicar sin ninguna modificación en el presente estudio. Después de rellenar los cuestionarios, se inicia la entrevista grupal. La primera cuestión que se introduce es la dimensión social de la ciencia y la tecnología, sus beneficios y sus riesgos, sus potencialidades y sus limitaciones. Cuando todos los participantes han intervenido y han intercambiado opiniones y valoraciones, el moderador/a introduce específicamente el tema de nuevas tecnologías aplicadas a la alimentación (alimentos genéticamente modificados, alimentos funcionales…) en el caso que no haya surgido espontáneamente antes. Para acabar la sesión, se plantean un conjunto de preguntas sobre los alimentos genéticamente modificados, con el objetivo de identificar actitudes y representaciones sobre éstos, antes de tratar otras tecnologías que no han recibido tanta atención mediática y pueden, por ello, ser menos conocidas. Al final se vuelve a pedir a los participantes que, en silencio y de manera individual, vuelvan a cumplimentar el cuestionario sobre actitudes ante la ciencia y la tecnología.

Sesión 2. Esta sesión se focaliza en otras nuevas tecnologías y se realiza en cuatro etapas. En la primera, los participantes rellenan de nuevo dos cuestionarios: uno sobre actitudes ante las nuevas tecnologías alimentarias en general y sobre biotecnologías y nuevos métodos de conservación en particular, y otro cuestionario de conocimientos sobre estas tecnologías y sobre fuentes de información sobre éstas. Cuando todos los participantes han rellenado ya los cuestionarios se presentan tres tecnologías de conservación (irradiación, campo magnético y altas presiones hidrostáticas). Se trata de una presentación neutra, en la que no se habla de beneficios o de riesgos, ni de aplicaciones concretas. Posteriormente se inicia la discusión sobre éstas, a fin de recoger las primeras valoraciones, antes de aportar información con una mayor carga evaluativa. A continuación se presentan ejemplos de productos existentes en el mercado, en la producción de los cuales se utiliza

alguna de estas nuevas tecnologías, y se recogen las valoraciones que los participantes hacen sobre éstos. La fase siguiente consiste en el visionado de un documento audiovisual en el que se presentan las características técnicas de la alta presión hidrostática y sus ventajas en la conservación de los alimentos. Se trata de un documento comercial, con fines publicitarios. También se proyecta en la pantalla un documento breve y con ilustraciones en el que se explica las características técnicas de esta tecnología y sus aplicaciones. Después se comentan estos dos documentos y se recogen las valoraciones que los participantes hacen tanto de estas tecnologías como de los documentos presentados. La última fase de esta sesión se inicia con el visionado de un documento audiovisual en el que se presentan intervenciones de diferentes agentes implicados en el debate sobre las nuevas biotecnologías, en las que exponen sus diferentes posicionamientos y argumentaciones. A continuación se retoma el debate, pero esta vez poniendo el énfasis en la valoración de los agentes y en los argumentos que éstos presentan. Al finalizar se vuelven a pasar los dos cuestionarios que los participantes habían cumplimentado al inicio de la sesión y de manera individual.

La interpretación de la información recibida y el cambio de actitudes se evalúa por dos vías distintas: a) mediante las respuestas a los cuestionarios, comparando las respuestas de los que se han pasado antes de la discusión (fase pre) y los que se han pasado al final de cada sesión (fase post); b) mediante el análisis de las transcripciones de los grupos de sesiones, centrando la atención en los cambios actitudinales manifestados a lo largo del desarrollo de éstas y en los argumentos y las interacciones sociales que parecen generarlos.

3.4. Justificación del diseño

En relación al cambio actitudinal, el planteamiento propuesto permite identificar modificaciones en las actitudes declaradas por los participantes, establecer la dirección de los cambios y relacionarlos con algunas de las variables incluidas en las hipótesis de partida (credibilidad de la fuente, afinidad, actitudes previas). Asimismo permite identificar algunos factores que favorecen la estabilidad de las actitudes. Por lo que respecta a la comprensión, interpretación e interiorización de la información, el cuestionario pre-post de conocimientos permite evaluar en qué medida la información se ha procesado y se ha convertido en conocimiento o no, y, muy importante, qué elementos de los mensajes han despertado mayor atención y, por tanto, han sido más procesados, cuáles menos, y cuáles, incluso, han sido del todo desatendidos. El análisis de las entrevistas grupales, por su parte, permite detectar frenos en la comprensión de la información, errores de comprensión –y ante que mensajes se producen más a menudo éstos- e identificar algunos de los mecanismos que se ponen en marcha a la hora de procesar los mensajes.

Ahora bien, al lado de estas fortalezas, también hemos detectado limitaciones que deberemos tener en cuenta en futuros trabajos. Reseñar éstas no es un ejercicio gratuito, sino que puede considerarse como parte de los resultados sustantivos del

estudio. Abordar fenómenos sociales complejos dista mucho de ser fácil, sobre todo si se quiere evitar un reduccionismo empobrecedor. Exige, además, de un notable esfuerzo teórico, un constante trabajo de mejora de las técnicas de análisis. Por ello, una reflexión posterior sobre las técnicas utilizadas y los resultados obtenidos con éstas no solo es deseable, sino que es, a nuestro entender, absolutamente necesario. Señalaremos a continuación brevemente algunas de las limitaciones observadas.

En primer lugar, aunque se recogen datos sobre los tipos de actitudes que manifiestan los participantes hacia las nuevas tecnologías después de las sesiones, no se establece la intensidad y la consistencia de éstas, ni tampoco de las expresadas previamente en los cuestionarios. Como se ha señalado anteriormente, intensidad y consistencia son dimensiones clave de las actitudes, y cuando éstas son poco consistentes y de baja intensidad son más fácilmente modificables. En el caso que nos ocupa, dado los escasos o inexistentes conocimientos en los que se apoyan, y la débil o inexistente percepción de experiencia personal con el objeto de la actitud, se podría presuponer que son de baja consistencia e intensidad en la mayoría de los participantes. Pero como ya se ha señalado antes, en el caso de las biotecnologías, de los llamados "alimentos transgénicos" se pueden haber adquirido actitudes de rechazo muy consistentes, robustas, por diferencias vías (consumo de productos ecológicos, pertenencia a asociaciones ecologistas, militancia o intensa afinidad ideológica con partidos políticos que se han manifestado abiertamente en contra…). Por lo tanto, resulta muy conveniente introducir previamente alguna medida de intensidad de las actitudes, ya que categorizar bajo la misma etiqueta –de rechazo de o de aceptación- actitudes muy robustas y actitudes notablemente frágiles proporciona una imagen como mínimo sesgada de la realidad.

Otra cuestión que se plantea es hasta qué punto los cambios actitudinales detectados son el resultado momentáneo de la discusión que se ha generado, y de las interacciones sociales que han tenido lugar, y que luego pueden desvanecerse rápidamente o modificarse en otra dirección, a raíz de otras interacciones sociales. Por un lado, por los procesos de influencia social –conformidad, deseabilidad, etc.- que se ponen en marcha en la entrevista grupal, que no deja de ser una situación de interacción social. Todos estos procesos determinan en buena manera el curso -y los contenidos- de las entrevistas grupales. Aunque probablemente es imposible neutralizarlos del todo, no basta con saber que se producen sino que es conveniente buscar mecanismos para incluir su impacto como variable a contemplar en el análisis. En cualquier caso, no pueden ignorarse a la hora de presentar los resultados. Otra cuestión que debe tenerse en cuenta es que las sesiones de entrevista grupal, tal y como se proponen, fuerzan de alguna manera a adoptar una actitud hacia las nuevas tecnologías, y las cuestiones que van surgiendo –desde los cuestionarios hasta los tópicos tratados, pasando por los documentos audiovisuales- canalizan la forma que va a adoptar estas actitudes. No debe olvidarse que, como se ha señalado anteriormente, las actitudes hacia la biotecnología o la técnica de alta presión no son solo positivas, negativas o indiferentes. Pueden ser también inexistentes. Un buen número de los participantes en nuestro estudio no se habían detenido nunca antes a pensar en las técnicas que se utilizan para conservar los alimentos, por poner

un ejemplo, y no se posicionaban de ninguna manera ante éstas. En qué medida, y con qué consecuencias, la misma investigación es generadora de determinados resultados, es algo que debe ser tenido en cuenta tanto antes, en el momento de diseñar la investigación, como después, a la hora de analizar los resultados.

4. Información y actitudes hacia las nuevas tecnologías alimentarias

Se van a presentar a continuación los resultados del estudio. Se introducen algunas citas literales de los participantes con una finalidad únicamente ilustrativa de lo que se señala. En primer lugar, es preciso destacar que los conocimientos de los participantes sobre las tecnologías tratadas son mayoritariamente escasos o, en el mejor de los casos, fragmentarios, y en este sentido no se observan diferencias significativas en función de la edad o del sexo. La única excepción son personas que por afinidad con asociaciones eclogistas, o por ser consumidoras de productos ecológicos, habían recibido un mayor número de mensajes negativos sobre las nuevas biotecnologías en particular y sobre la industrialicación de la alimentación en general. Esta situación de bajo conocimiento no es irrelevante, ya que condiciona en gran medida como se atiende y se interpreta la información. El uso de heurísticos, de analogías y de aproximaciones por afinidad es predominante y generalizado, lo que hace que las actitudes sean altamente subsidiarias de los factores incluidos en las hipótesis de partida.

El bajo nivel de conocimientos incide también, como se ha dicho, en las actitudes. La autopercepción de que se sabe poco sobre un determinado fenómeno puede traducirse en una actitud indiferente –"no tengo elementos para posicionarme, así pues me desentiendo"- o en una actitud altamente dependiente de lo que opinen al respecto los "expertos". La tendencia a delegar en la opinión que se considera experta es ubicua en nuestra sociedad, en la que estamos permanentemente confrontados a fenómenos sobre los que tenemos un conocimiento insuficiente. Los expertos pueden ser los agentes implicados de algún modo con las nuevas tecnologías (proponentes y oponentes), pero la relación con éstos suele estar mediada por los medios de comunicación. Como la atención que se presta a los medios no siempre es elevada y tampoco suele serlo el procesamiento de sus mensajes, el resultado puede ser la generación de impresiones vagas y frágiles. En este sentido se han manifestado algunos participantes, aduciendo, por un lado, falta de recursos para posicionarse, y por el otro, señalando que sus opiniones se basaban en lo que les parecía haber oído decir o que les "sonaba" de los medios, pero sin saber ubicar con precisión la fuente de la información y, muchísimo menos, los argumentos del debate. Pero los expertos no son únicamente los que aparecen en los medios. Mucho más significativa parece ser la influencia de los "líderes de opinión" cercanos (amigos, profesores, pareja, hijos...). En un estudio anterior (Espeitx y Cáceres, 2012), ya se observó que el papel del "líder de opinión" cercano era determinante, cuando la persona en cuestión se consideraba poco competente, insuficientemente informada. En el presente estudio se ha vuelto a observar el

fenómeno. En este caso, la persona influyente era el participante en el grupo que mostraba un mayor nivel de conocimientos y/o de contundencia en la presentación de los argumentos.

En relación a la primera hipótesis, los datos recogidos van en la dirección esperada y los resultados son consistentes con la literatura previa: la interpretación de los mensajes sobre alta presión hidrostática y la interpretación de los mensajes sobre alimentos modificados genéticamente difieren de manera notable. Y esta diferencia no puede explicarse por el hecho de la alta presión hidrostática sea poco conocida ya que, como se acaba de señalar, también lo son las nuevas biotecnologías. Lo que se sabe de éstas, en realidad, es que han sido objeto de debate. La controversia pública generada alrededor de los alimentos modificados genéticamente y su consiguiente asociación con la noción de riesgo hace que los mensajes y los mensajeros sean interpretados en clave altamente crítica, despertando desconfianza y recelo, mientras que en el caso de la alta presión hidrostática, y en ausencia de debate público al respecto, mensajes y mensajeros son interpretados en una clave más neutra.

Del documento sobre alta presión hidrostática se identifica y se señala de manera inmediata su carácter publicitario, por lo que se le atribuye un sesgo claramente favorable a la información presentada, pero sin que se generen reacciones de clara desconfianza o de abierto rechazo, como sí se observa cuando se trata de las nuevas biotecnologías alimentarias. Dicho con otras palabras, en un caso se interpreta que "nos están vendiendo sólo la ventajas", mientras que en el otro la interpretación es "nos ocultan los riesgos" y el matiz es importante. Debe destacarse el hecho de que presentar biotecnologías y alta presión hidrostática en un mismo espacio hace que, en algunos casos, se empiece a asociar esta última con la noción de riesgo. Los participantes que muestran de entrada una actitud más negativa hacia las biotecnologías son los que establecen de manera más rápida e intensa esta asociación. Las actitudes negativas hacia las nuevas biotecnologías no indican un mayor conocimiento sobre éstas, sino un mayor rechazo ante la industrialización alimentaria en general.

Por lo que respecta a la segunda hipótesis, nuestros resultados dan apoyo a la consideración de que las actitudes previas negativas son canalizadores potentes de la interpretación de los mensajes. Los participantes que, en los cuestionarios rellenados antes de la discusión, habían manifestado intensas reservas o abierto rechazo hacia las nuevas tecnologías, son también los que, ante nuevos mensajes, se han centrado más en los aspectos negativos y se han mostrado más reticentes a aceptar los argumentos favorables que se presentaban. Los resultados de los grupos de discusión, en este sentido, darían apoyo a la hipótesis de que se otorgaría un mayor número de segundas intenciones y de voluntad de sesgar, deformar u ocultar la realidad a los emisores de los mensajes cuando las actitudes previas eran ya desfavorables: "*Yo después de ver esto, me quedo igual… A ver, igual no, porque sabemos más cosas, pero… Yo creo que sigue siendo malo…que no nos dicen toda la verdad*". Además, se ha evidenciado que las actitudes negativas previas también pueden afectar la comprensión de los mensajes. Se han detectado no solo

comprensiones erróneas de la información presentada en los documentos audiovisuales, al no encajar ésta con las ideas previas -fenómeno éste ampliamente documentado-, sino también que las actitudes negativas previas pueden obstaculizar la comprensión de los mensajes positivos.

Como ya se ha señalado repetidas veces, la mayor parte de nuestros informantes tenían escasos conocimientos sobre las tecnologías tratadas y sus opiniones y actitudes dependían de actitudes primarias sobre otras cuestiones y de impresiones generadas por información insuficientemente procesada, procedentes sobre todo de los medios de comunicación. Se ha constatado, sin embargo, que los ciudadanos no integran pasivamente esta información. Si bien se confirma que los mensajes que advierten de riesgos arraigan con más fuerza y generan una impresión más intensa que aquellos que hablan de beneficios, los individuos son también perfectamente capaces de reconocer el origen – y a veces la fragilidad – de sus actitudes: "*Transgénicos para mi es sinónimo de algo que no es bueno…. De algo que puede tener ventajas según los científicos pero que al final puede acabar empeorándolo todo…Tengo la sensación de que los medios de comunicación y algunos grupos de presión nos han machacado tanto que al final lo ves como algo negativo*."

Cabe destacar que los medios de comunicación también han vehiculado a menudo los mensajes positivos de los proponentes, pero estos argumentos favorables parecen haber hecho mella, en general, en mucha menor medida que los desfavorables, lo cual da apoyo al supuesto de que se presta mayor atención a los mensajes que advierten de riesgo que a aquellos que hablan de beneficios potenciales. Cuando se les preguntaba, la mayor parte de los participantes afirmaban que en los medios nunca aparecían valoraciones positivas sobre los "transgénicos". Pero también debe destacarse que, en algunas ocasiones se ha observado el mismo fenómeno, pero en sentido contrario. Los participantes que se manifestaban más tecnoptimistas en los cuestionarios, es decir, los que mostraban una actitud altamente favorable hacia la tecnociencia, también eran los que recordaban argumentos favorables sobre los "transgénicos" aparecidos en los medios. Es decir, su actitud previa favorable había sesgado la atención y el procesamiento de la información a favor de los argumentos positivos.

Conviene también señalar que, aunque la desconfianza hacia los agentes sociales ya se había mostrado elevada y extendida en estudios anteriores (Espeitx y Cáceres, 2008 y 2012), ésta parece haberse incrementado en los últimos tiempos. Tendencia a la que no es ajena la doble crisis -económica y de descrédito de los agentes políticos y económicos- que se ha desencadenado en nuestra sociedad estos últimos años, tal y como han verbalizado los participantes. Aunque puede aducirse que los casos de corrupción y las nuevas biotecnologías son cuestiones muy distintas, aparecen estrechamente interconectadas o incluso profundamente imbricadas, cuando se habla de actitudes ante fenómenos que dependen de las dinámicas sociales que se generan entre agentes con intereses diversos: "*Es que no te fías, no te fías de la administración, no te fías de los grupos de presión que actúan solo por intereses económico y en todo esto, nosotros solo somos conejitos de indias. Y la*

gente, a veces equivocadamente, pero a veces acertadamente, tenemos mucho olfato para esto".

Nuestra tercera hipótesis plantea que las actitudes hacia las nuevas tecnologías alimentarias son actitudes secundarias, dependientes de otras actitudes principales y que su intensidad, consistencia y resistencia al cambio dependerá de la intensidad y consistencia de las actitudes primarias en las que se imbrican. Entre los sistemas de actitudes primarias se había incluido las actitudes hacia la ciencia y la tecnología y tanto en los cuestionarios como en los grupos de discusión se han recogido datos sobre éstas. Como en estudios anteriores, se ha observado que si bien una pequeña parte de los participantes mostraba actitudes abiertamente tecnopesimistas, y otra parte más o menos equivalente se manifestaba resueltamente tecnoptimista, la mayoría expresaba actitudes ambivalentes y matizadas. La percepción prevalente parece ser que la innovación tecnocientífica puede ser en muchos casos portadora de beneficios tangibles y de potenciales progresos, pero también puede acarrear efectos indeseables y ser fuente de potenciales riesgos. Y también, como indican otros estudios y habíamos observado anteriormente, los aspectos más positivamente valorados son los relacionados con la salud, por un lado, y los relacionados con las mejoras en las comunicaciones, por el otro. Las diferentes actitudes ante la ciencia y la tecnología afectan de manera clara y bastante directa las actitudes de los tecnoptimistas –a favor- y de los tecnopesimistas –en contra- pero no inciden de manera tan simple y mecánica en la gran mayoría, aquellos que manifiestan una actitud ambivalente. En la actitud ambivalente parece prevalecer una valoración "caso por caso", poniendo en cada lado de la balanza beneficios y perjuicios percibidos. Lo que sí parece claro es que los argumentos relativos a la salud (perjuicios o potenciales beneficios para la salud) son los que canalizan con mayor fuerza las actitudes hacia un polo u otro.

5. Conclusiones

Como se ha dicho en la introducción, la información que se recibe y los conocimientos que se adquieren sobre las nuevas tecnologías alimentarias se han considerado un factor clave en la formación de actitudes hacia las mismas. Pero las relaciones entre actitud hacia las nuevas tecnologías alimentarias y la recepción de información sobre éstas distan de ser simples y directas. Un argumento favorable presentado por un proponente, por ejemplo, no suele ser ineficaz a la hora de generar una actitud favorable, pero también puede llegar a reforzar una actitud desfavorable. La nueva información no se integra en una página en blanco, sino que es selectivamente atendida y ampliamente reinterpretada en función de factores tanto contextuales –marco socialmente interactivo de la comunicación- como de los esquemas previos –tanto relativos a conocimientos como a actitudes- de quién recibe la información. Y estos esquemas previos resultan de la confluencia de representaciones sociales, configuraciones culturales y experiencias individuales previas.

Partiendo de esta premisa se han recogido datos de las actitudes primarias previas de los participantes, para ver si estas canalizaban la información nueva, y en qué medida lo hacían. Los resultados obtenidos nos obligan a plantearnos si las actitudes ante la ciencia y la tecnología, consideradas relevantes por la literatura, son, en realidad, las actitudes primarias en las que más conviene centrar la atención en este caso. Se ha observado que centrarse en otros sistemas de actitudes, como las relativas al comportamiento de los agentes económicos y políticos, puede ser más pertinente y evidenciar una mayor potencia explicativa para abordar las relaciones entre información y cambio de actitud. Quizás más que sobre la ciencia y la tecnología, lo que debería contemplarse es la actitud ante las conductas de los agentes sociales, entre ellos los científicos, como individuos con intereses y motivaciones específicas. Y esto es así porque, cuando se trata de alimentación, de un hecho central para la supervivencia y ante el cual, por nuestra condición de omnívoros, tenemos eficaces mecanismos de alerta, las actitudes se matizan. Se puede manifestar una actitud abiertamente favorable ante la tecnociencia y al mismo tiempo proclamar que, cuando de alimentos se trata, más vale ser conservador.

Lo reconocido como "natural", que en definitiva suele asociarse con lo avalado por años de experiencia, es percibido como más seguro que lo nuevo, que es por definición más incierto, ya que aún no ha probado su inocuidad: "*Yo cuando hablaba de natural me refería a los alimentos. Pero todo esto, la investigación para ordenadores, chips, envases… Todo esto me parece muy bien. Todo esto son avances, estoy muy a favor, no podemos parar la técnica, no podemos parar la investigación. Pero si se trata de un tomate ya es otra cosa…"*. Desde esta perspectiva, la confianza en quien debe garantizar la inocuidad de los alimentos resulta determinante. Al tratarse de alimentos, por otro lado, el hecho de que el acceso a éstos esté garantizado al conjunto de la población, en cantidades suficiente y con la regularidad requerida, es también percibido como crucial. Ésta característica, en absoluto marginal, de los productos alimentarios, hace que se esté en general dispuesto a asumir un coste en efectos indeseados y a asumir riesgos, siempre que no se perciban como desmesurados.

Los resultados permiten también concluir que las actitudes ante las nuevas tecnologías, tanto las favorables como las de rechazo, se ven afectadas por la recepción de información nueva, pero no tanto por los contenidos de esta información, los argumentos desplegados o los datos aportados, sino por todos los mecanismos que se activan para dar sentido e integrar esta información. Mecanismos que son individuales y sociales a un tiempo, puesto que se activan en el individuo pero desde y en la interacción social dentro de un entramado cultural dado. Concretamente, en relación con la cuestión que nos ocupa, el procesamiento de la información aparece como superficial, en términos generales, y altamente subsidiario de los esquemas que se aplican para analizar otras cuestiones que se conocen mejor. Así, la carencia o insuficiencia de conocimientos sobre los temas tratados se traduce en la no existencia de actitudes previas sobre éstos y si las actitudes sobre un determinado objeto son inexistentes, parecen activarse las

actitudes hacia otro objeto con el que se perciben analogías. Esto es así porque se trata de un tema sobre el que los participantes se autoperciben como poco competentes.

Por otro lado, a mayores conocimientos previos, mayor atención se presta los contenidos de los mensajes y mayor es el procesamiento de la información, pero debe destacarse que, en nuestro estudio, mayores conocimientos previos no se relacionan de manera directa y lineal con nivel de formación, sino más bien con afinidad hacia emisores y canales por los que circula información (desde asociaciones ecologistas a revistas de divulgación sobre alimentación y salud). Es decir, aquellos que han estado más a menudo en contacto con los emisores de mensajes –sobre todo oponentes- más conocimientos consideran tener y mayor atención prestan a los nuevos mensajes, pero también es mayor el grado de sesgo en su interpretación e interiorización, al partirse de una posicionamiento previo que favorece la selección de aquello que concuerda con esta posición y la omisión de lo que no encaja.

Finalmente, por lo que respecta al diseño metodológico, a pesar de las limitaciones que se han señalado, consideramos que tiene el interés añadido de ser aplicable a otros temas de estudio, es decir, en todos aquellos casos en los que el cambio de actitud como resultado de la recepción de información nueva sea un factor relevante. Trasladarlo a otras temáticas no solo es posible sino deseable, por varias razones. Por un lado, puede permitir identificar qué procesos operan siempre de la misma manera y qué efectos se producen de manera recurrente, con independencia del tema tratado. Se trataría de claves básicas del cambio actitudinal derivado de la recepción de información. Por el otro, puede permitir identificar diferencias en función de la cuestión tratada, lo que cual puede resultar aún más interesante.

Bibliografía

Bredahl, L.; Grunert, K. G. y Frewer, L. J. (1998) “Consumers attitudes and decision-making with regard to genetically engineered food products. A review of the literature and a presentation of models for future research” *Journal of Consumer Policy*, 21: 251-277.

Bruhn, C. M. (2008) “Consumer acceptance of food innovations” *Innovation: management, policy and practice*, 10: 91-95.

Butz, P.; Needs, E. C.; Baron, A.; Bayer, O.; Geisel, B.; Gupta, B.; Oltersdorf, U. y Tauscher, B. (2003) “Consumer attitudes to high pressure food processing” *Journal of Food, Agriculture and Environment*, 1 (1): 30-34.

Cáceres, J. (2010) “Els debats sobre les aplicacions alimentàries de la biotecnologia: una perspectiva estructural” en F. X. Medina, *Reflexions sobre les alimentacions contemporànies. De les biotecnologies als productes ecològics*, Barcelona, UOC.

Cardello, A. V.; Schutz, H. G. y Lesher L. L. (2007) "Consumer percepcions of foods processed by innovative and emerging technologies: a conjoint analytic study" *Innovative Food Science and Emerging Technologies*, 8 (1): 73-83.

Chen, M. F. y Li, H. L. (2007) "The consumer's attitude toward genetically modified foods in Taiwan" *Food Quality and Preference* 18, (4): 662-674.

Christoph, I. B.; Bruhn, M. y Roosen, J. (2008) "Knowledge, attitudes towards and acceptability of genetic modification in Germany" *Appetite*, 51 (1): 58-68.

Costa Font, M.; Gil, Trail, J. M. y Bruce, W. (2008) "Consumer acceptance, valuation of and attitudes towards genetically modified food: Review and implications for food policy" *Food Policy*, 33 (2): 99-111.

Cox, D. N. y Evans, G. (2008) "Construction and validation of a psychometric scale to measure consumers' fears of novel food technologies: The food technology neophobia scale*"* *Food Quality and Preference*, 19: 704–710.

De Steur, H.; Gellynck, X.; Storozhenko, S.; Liqun, G.; Lambert, W.; Van Der Straeten, D. y Viaene, J. (2010) "Willingness-to-accept and purchase genetically modified rice with high folate content in Shanxi Province, China" *Appetite*, 54 (1): 118-125.

Doubleday, R (2001) "Knowledge and the governance of biotechnology" *Politeia*, 17: 22-33.

Eagly, A. H. y Chaiken, S. (1984) "Cognitive theories of persuasion" en Berkowitz, L. (ed.), *Advances in experimental social psychology*, New York, Academic Press, 268-359.

Eiser, R. J., Miles, S. y Frewer, L. J. (2002) "Trust, perceived risk and attitudes toward food technologies" *Journal of Applied Social Psychology*, 32 (11): 2423-2433.

Espeitx, E. (2010) *Joves, mediambientalisme i participació*, Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Espeitx, E. y Cáceres, J. (2008) *Informació i coneixements sobre la seguretat alimentària entre els consumidors catalans: exploració de formes comunicatives generadores de confiança i bones practiques*, Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Espeitx, E. y Cáceres, J. (2012*) Les noves tecnologies aplicades a l'alimentació: factors d'acceptació i rebuig a Catalunya*, Barcelona: Generalitat de Catalunya.

European Commission. (2005) *Social values, science and technology*, Special Eurobarometer 225, Brussels.

[http://ec.europa.eu/public_opinion/archives/ebs/ebs_225_report_en.pdf] (Última consulta: 5 de febrero de 2013)

European Commission (2010) *Europeans and Biotechnology in 2010. Winds of change*, Brussels.

[http://ec.europa.eu/research/science-society/document_library/pdf_06/europeans-biotechnology-in-2010_en.pdf] (Última consulta: 5 de febrero de 2013)

Frewer, L.; Howard, C.; Hedderley, D. y Shepherd, R. (1996) "What determines trust in information about food-related risks? Underlying psychological constructs" *Risk Analysis*, 16: 473-486.

Frewer, L.; Howard, C.; Hedderley, D. y Shepherd, R. (1999) "Reactions to information about genetic engineering: impact of source credibility perceived risk immediacy and persuasive content" *Public Understanding of Science*, 8: 35-50.

Frewer, L. (2003) "Societal issues and public attitudes toward genetically modified foods" *Trends in Food Science & Technology*, 14: 319-332.

Gaskell, G. (2000) "Agricultural biotechnology and public attitudes in the Europe Union" *AgBioForum*, 3 (2&3): 87-96.

Grunert, K. G.; Bredahl, L. y Scholderer, J. (2003) "Four questions on European consumers' attitudes toward the use of genetic modification in food production" *Innovative Food Science & Emerging Technologies*, 4(4): 435-445.

Hall, C. y Moran, D. (2006) "Investigating GM risk perceptions: A survey of anti-GM and environmental campaign group members" *Journal of Rural Studies*, 22: 29-37.

Hayes, D. J.; Fox, J. A. y Shogren, J. F. (2002) "Experts and activists: how information affects the demand for fod irradiation" *Food Policy*, 27: 185-193.

Hovland, C. I. (1959) "Reconciling conflicting results derived from experimental and survey studies of attitude change" *American Psychologist*, 14: 8-17

Huang, J; Qiu, H; Bai, J. y Pray C. (2006) "Awareness, acceptance of and willingness to buy genetically modified foods in Urban China" *Appetite*, 46(2): 144-151

Jonassen, D. H. (1991) "Objectivism versus constructivism: Do we need a new philosophical paradigm?" *Educational Technology Research and Development*, 39: 5-14.

Lang J. T. y Hallman, W. K. (2005) "Who does the public trust? The case of genetically modified food in the United States" *Risk Analysis*, 25(5): 1241-1252.

Lusk, J.; Jamal, M.; Kurlander, L.; Roucan, M. y Taulman, L. (2005) "A meta analysis of genetically modified valuation studies" *Journal of Agricultural and Resources Economics*, 30: 28-44.

Lyndhurst, B. (2009) *An evidence review of public attitudes to emerging food technologies*, London, Food Standard Agency/Social Science Research Unit.

Magnusson, M. y Hursti, U. (2002) "Consumer attitudes toward genetically modified foods" *Appetite*, 39(1): 9-24.

McGuire, W. J. (1985) "Attitudes and attitude change" en G. Lindzey y E. Aronson (ed.), *The handbook of social psychology*, New York: Random House: 233-346.

Oser, B. L. (1978) "Benefit/risk: Whose? What? How much?" *Food Technology*, 32 (8): 55-58.

Peters, E. M.; Burraston, B. y Mertz, C.K. (2004) "An emotion-based model of risk perception and stigma susceptibility: Cognitive appraisals of emotion, affective reactivity, worldviews, and risk perceptions in the generation of technological stigma" *Risk Analysis*, 24: 1349-1367.

Petty, R. E. y Cacioppo, J. T. (1986): *Communications and persuasion: central and peripheral routes to attitude change*, New York: Springer.

Pliner, P. y Hobden, K. (1992) "Development of a scale to measure the trait of food neophobia in humans" *Appetite*, 19: 105-120.

Poortinga, W. y Pidgeon N. F. (2005) "Trust in risk regulation: cause or consequence of the acceptability of GM food?" *Risk Analysis*, 25(1): 199-209.

Popa, M. E. y Popa, A. (2012) "Consumer Behavior: Determinants and Trends in Novel Food Choice" en A. McElhatton y P. J. A. Sobral (ed.), *Novel Technologies in Food Science*, Springer: Springer Science+Business Media, LLC.

Rontentalp, A.; van Trijp, J. C. M.; Cotton, Ay Evans, G. (2007) "An adaptation of repertory grid methodology to evaluate Australian consumer's perceptions of food products produced by novel technologies" *Food Quality and Preference*, 18: 834-848.

Savadori, L.; Savio, S.; Nicotra, E.; Rumiati, R.; Finucane, M. y Slovic, P. (2004) "Expert and public perception of risk from biotechnology" *Risk Analysis*, 24(5): 1289-1299.

Siegrist, M. y Cvetkovich G. (2000) "The influence of trust and perceptions of risks and benefits on the acceptance of gene technology" *Risk Analysis*, 20: 195-203

Siegrist, M.; Cousin, M.; Kastenholz, H. y Wiek, A. (2007) "Public acceptance of nanotechnology foods and food packaging: The influence of affect and trust" *Appetite*, 49: 459-466.

Siegrist, M. (2008) "Factors influencing public acceptance of innovative food technologies and products" *Trends in Food Science & Technology*, 19(11): 603-608.

Slovic, P.; Fischoff, B. y Liechtenstein, S. (1985) "Characterizing perceived risks" en Kates, R. W.; Hohenemser, C. y Kasperson, J. X. *Perilous progress: Managings hazards of technology*, Boulder and London: Westview Press: 91-125.

Slovic, P. (1987) "Risk perception" *Science*, 236: 280-85.

Slovic, P.; Finucane, M. L.; Peters, E. y MacGregor, D. G. (2002) "Rational actors or rational fools? Implications of the affect heurist for behavioral economics" *Journal of Socio-Economics*, 31: 329-342.

Tanaka, Y. (2004) "Major psychological factors affecting acceptance of gene-recombination technology" *Risk Analysis*, 24: 1575-1583.

Teisl, M. F.; Fein, A. B. y Levy, A. S. (2009) "Information effects on consumer attitudes toward three food technologies: Organic production, biotechnology and irradiation" *Food Quality and Preference*, 20: 586-596

Van Kleef, E.; Frewer, L. J.; Chryssochoidis, G. M.; Houghton, J. R.; Korzen-Bohrd, S., Krystallisb, T.; Lassen, J.; Pfenning, U. y Rowe, G. (2006) "Perceptions of food risk management among key stakeholders: results from a cross-European study" *Appetite*, 47: 46-63.

“Consumocracia”. El consumo político como forma de participación de la ciudadanía

Amparo NOVO VÁZQUEZ
Universidad de Oviedo
anovo@uniovi.es

Recibido: 08-06-2013
Aceptado: 26-02-2014

Resumen
El consumo político o political consumerism es una forma de participación en la que la ciudadanía utiliza el mercado para expresar sus preocupaciones políticas. Realizar la compra de un producto (buycott) o no (boycott) es una decisión personal justificada, basada en valoraciones éticas, medioambientales o políticas que se hacen de los procedimientos realizados por las empresas o los gobiernos. Las nuevas tecnologías y los distintos medios de difusión informativa influyen en el alcance de este tipo de movilización política dada la importancia creciente de las redes sociales transnacionales y las comunidades en línea, las cuales contribuyen a la formación de opinión de la ciudadanía y a su participación en un nuevo espacio “sub-político”. De tal forma que interesa tanto el consumidor crítico o consciente que convierte su hábito de compra en hábito político como el contexto a través del que obtiene la información, y los distintos actores -los activistas o movimientos sociales- con los que participa, convirtiendo el mercado en arena pública y objeto de reivindicaciones para la práctica de la democracia. Este artículo tiene como objetivos: conceptualizar la participación del consumidor desde la perspectiva de las teorías sociológicas de la modernidad, presentar algunas de las metodologías utilizadas para medir y evaluar la influencia de los consumidores políticos y ver en qué medida su empoderamiento a través del mercado podría acercarse a una “consumocracia’’.
Palabras clave consumocracia, consumo político, acción colectiva individualizada, participación política y ciudadanía

“Consumecracy”. Political Consumerism as a way of citizen participation

Abstract
Political consumerism is a form of participation in which citizens use the market to express their political concerns. Making the purchase of a product (buycot) or not (boycott) is a justified personal decision based on ethical values, environmental or political concerning the procedures performed by companies or governments. New technologies and different information media affect the scope of this type of political mobilization given the growing importance of transnational social networks and online communities, which contribute to the formation of the public opinion and to the participation in a new "sub-political" space. So we are interested in: a) critical or conscious consumers transforming their purchase habit in political habit, and b) the context through which they obtain the information, and the different actors, activists and social movements with which they participate, transforming the market into a public arena and a subject of claims for the practice of democracy. This article therefore

ISSN: 1130-8001
http://dx.doi.org/10.5209/rev_POSO.2014.v51.n1.42481

aims to: conceptualize consumer involvement from the perspective of sociological theories of modernity, present some of the methodologies used to measure and evaluate the influence of political consumers, and see to what extent their empowerment trough the market might approach a "consumecracy".

Key words: consumecracy, political consumerism, individualized collective action, political participation, citizenship

Referencia normalizada
Novo Vázquez, A. (2014). ""Consumocracia". El consumo político como forma de participación de la ciudadanía". *Política y Sociedad*, Vol.51 Núm. 1 121-146

Sumario: Introducción. 1.Conceptos y teorías del consumo político. 2.El campo del consumo político: repertorios de participación y actores. 3.El estudio del consumo político: encuestas internacionales y nacionales. 4.Consumidores políticos y estilos de vida. 5."Cosumocracia" o el empoderamiento de los consumidores ante el mercado

Introducción

Como resultado de los cambios trascendentales del sistema capitalista y, en particular, de la globalización, en los últimos tiempos los límites de la esfera política tienden a diluirse, con el surgimiento de nuevos actores como grupos de interés, movimientos sociales transnacionales, redes sociales online, así como de nuevos repertorios de acción que dan lugar a una "reinvención del activismo político" (Norris, 2002: 6). De esta manera surgen nuevas formas de participación, como el voluntariado, que se convierten en formas alternativas de participación política (Putnam, 2000; Norris, 2001). Además, si a esto unimos el alcance de Internet (van Laer y van Aeslt, 2009) tanto para apoyar los viejos repertorios de acción (envío de correo electrónico a un representante político) como para acciones que solo se pueden realizar vía web (plataformas para promover el cambio social como Change.org) se puede determinar que estamos ante un nuevo contexto social global en el que la ciudadanía utiliza nuevas vías para ejercer sus derechos de implicación política en las democracias representativas.

De las distintas alternativas de participación ciudadana se va a estudiar el consumo político o *political consumerism*. La ciudadanía a través del mercado elige a productores y productos en función del bienestar individual o familiar o de las valoraciones éticas y políticas que se hagan de los procedimientos realizados por las empresas y los gobiernos (Andersen y Tobiasen, 2001; Micheletti, 2002; 2003; Micheletti, Follesdal y Stolle, 2003). Diversos estudios apuntan la importancia de los factores contextuales, como la globalización, la economía, las instituciones políticas y la cultura para explicar el consumo político (Beck, 2001; Micheletti y Stolle, 2005; Neilson y Paxton, 2010; Koss, 2012).

En este trabajo se pretende dar respuesta a preguntas tales como de qué manera se puede conceptualizar la participación de los consumidores conectando los paradigmas de Giddens y Beck. También se quiere saber de qué forma puede influir su participación en los comportamientos de otros actores políticos como las multinacionales o los gobiernos. Cómo puede ser medida y evaluada la influencia de los consumidores políticos o qué factores se asocian con el éxito de su participación. En definitiva se va a comentar qué significa el consumo político, qué se ha hecho hasta el momento y cuáles son los principales horizontes de análisis. Es preciso apuntar que hasta la fecha no se ha realizado una sistematización relativa a las principales metodologías de esta forma de participación.

En las líneas siguientes se va a exponer en primer lugar lo que se entiende por consumo político y algunos de los conceptos vinculados a esta forma de acción política, asimismo se hará una descripción de las teorías y cuáles tomamos como referencia para enmarcar este nuevo tipo de reivindicación. En segundo lugar, las formas de consumo político propuestas por Micheletti y Stolle (2004) se relacionarán con dos tipologías actuales: una elaborada por Ekman y Anna (2009) de repertorios de participación política con la intención de ver de manera más gráfica los diferentes contextos de actuación; y otra la tipología de van Laer y van Aeslt (2009) de acción colectiva online de los movimientos sociales. También se realizará una

breve descripción de quienes son los principales actores involucrados en este tipo de participación política. En tercer lugar, se expondrán las principales encuestas internacionales y nacionales realizadas hasta el momento, para ello se ha seleccionado además de otras investigaciones aquellas que citan el artículo de mayor repercusión de Dietlind Stolle, Marc Hooghe y Michelle Micheletti (2005) "Politics in the Supermarket: Politics Consumerism as a Form of a Political Participation". En esta misma sección se presentan algunas de las investigaciones que han utilizado metodología cualitativa con el objetivo de conocer cuáles son las variables independientes que determinan el consumo político. En un cuarto apartado se indicarán los perfiles de los consumidores políticos y cuáles son sus estilos de vida. Y, para finalizar, se realizarán unas reflexiones que nos permitan definir el concepto de "consumocracia".

1. Conceptos y teorías del consumo político

Realizar la compra de una mercancía (buycott) o no (boycott) es una decisión personal justificada a la que Micheletti (2003, 2010: 25-29) ha denominado "acción colectiva individualizada". Es decir, los ciudadanos responsables construyen espacios cotidianos de acción individual o colectiva para hacer frente a problemas que afectan al bienestar común. Al sentirse alejados de las formas tradicionales de participación, los responsables políticos no son vistos como capaces de percibir los riesgos creados por las empresas y en última medida por determinadas políticas públicas, de tal forma que crean un espacio diferente y alternativas de participación.

Ante este nuevo contexto social y político las teorías sociológicas de la modernidad vinculan la globalización con la política de la vida cotidiana (Siim, 2003: 4-5), de tal forma que las personas se ven inmersas en un proceso de "desvinculación y revinculación hacia nuevas formas de vida en la sociedad industrial en sustitución de las antiguas, en donde de manera individual tienen que producir, representar y continuar sus propias biografías" (Beck et al 2001: 28).

Se produce, en palabras de Beck et al (2001 [1997]) el paso de una sociedad moderna a una reflexiva cuyo escenario de participación se expresa ahora fuera de la esfera tradicional. En el marco de la teoría de la modernización reflexiva acuña el concepto de "sub-política" que hace referencia a la vía alternativa de intervención pública de personas, actores sociales y colectivos de hacer política, con la intención de influir en la "autoorganización de lo político" (Ibid: 33). Ahora, "los consumidores son actores sub-políticos en el sentido de que perciben la política como un sistema de gobernanza (más que en el sentido de gobierno) en donde ellos mismos juegan un papel activo y asumen una responsabilidad para hacer frente al riesgo de una manera reflexiva" (Tobiasen, 2004: 142). Esto puede considerarse el paso del gobierno a la gobernanza (Todt y González, 2006).

Por otro lado, Siim (2003: 4-5) considera que los paradigmas de Giddens y Beck son interesantes desde la perspectiva de género ya que ambos hablan de una nueva dimensión de la política que al menos potencialmente conecta con temas de la vida

cotidiana así como la participación de la ciudadanía fuera de las clásicas instituciones políticas (Beck, Giddens y Lasch, 2001 [1997]). En este nuevo espacio en el que se usa el mercado para transmitir las preocupaciones éticas, medioambientales o políticas, las mujeres, las personas jóvenes y las de mayor nivel educativo, como se verá más adelante, tienen una presencia importante. Por este motivo parece interesante la aportación desde la perspectiva de la teoría feminista del concepto de Iris Marion Young (1990) de la "política de la diferencia" o la transformación de la política "desde abajo" ya que sirve de referencia para enmarcar también teóricamente el consumo político. Los diferentes estudios realizados hasta el momento dan cuenta de que es una forma de participación realizada en algunos países mayoritariamente por mujeres y en otros, sus acciones tanto individuales como colectivas (asociaciones voluntarias, cooperativas o movimientos sociales) son más que significativas en comparación con otras formas de acción política más tradicionales. En muchas ocasiones las mujeres han hecho uso del poder del consumo para cambiar la sociedad (Young, 1994).

Pero si bien estructuramos nuestro argumento bajo el paraguas de ambas teorías no podemos obviar que también desde la teoría del capital social se ha analizado este tipo de activismo. En este caso parten del supuesto de que si las personas consumidoras son miembros de asociaciones voluntarias esto les provee de competencias para desenvolverse en el entorno de la acción colectiva (Hooghe y Stolle, 2003; Putnam 1993, 2000), así se puede decir que pertenecer a redes facilita ser consumidor político. A este respecto, suscribimos la crítica a este marco teórico basada en que en la mayoría de las sociedades occidentales el incremento del nivel educativo de las mujeres (a veces superior al de los hombres) y su incorporación al mercado laboral tiene un "efecto positivo en la pertenencia a asociaciones voluntarias y en el interés político, sin embargo, la mayor participación de las mujeres rara vez es reconocido en la literatura sobre el capital social", a causa de una orientación unilateral hacia las estructuras formales de participación (Micheletti y Stolle, 2003: 2).

El proceso de modernización y los valores postmaterialistas como la preocupación por el medioambiente, la búsqueda de la igualdad, la inclusión de las minorías, el respeto a los derechos humanos o el desarrollo sostenible, preocupa a una mayoría considerable que plantea demandas acordes con los nuevos valores, motivo éste por el que surgen nuevos espacios de acción política en donde expresarse (Inglehart, 1997). El postmaterialismo y el sentimiento de obligación moral con el medioambiente o los derechos humanos está muy próximo a lo que Bennett (1998) denominó "lifestyle politics" o política del estilo de vida (Shah et al 2007: 219).

2. El campo del consumo político: repertorios de participación y actores

2.1. Tipologías de repertorios de participación

La expansión de las actividades consideradas como participación política se produce en los años noventa. A partir de entonces se realizan importantes estudios que avanzan nuevas tipologías. Así entre otros, se pueden destacar el de Parry et al. (1992) que comprueban el carácter multidimensional de la participación política y descubren alternativas de acción que se resumen en seis grandes tipos: voto, campaña de partidos, acción colectiva, contactos, acción directa y violencia política. También Verba et al. (1995: 72) presenta una tipología en la que reducen la participación política a cuatro actividades principales: voto, campaña, contacto con los funcionarios públicos y actividades comunitarias o cooperativas.

En la actualidad, las investigaciones se dirigen no sólo al estudio de la participación política sino también a otras formas en las que se incluyen las actividades que se refieren al compromiso cívico. A este respecto es interesante considerar la "nueva tipología" de Ekman y Amna (2009, 2012). Según estos autores, la distinción entre formas de participación, latentes y manifiestas es fundamental, además hay que añadir que pueden ser realizadas individualmente o colectivamente. Como se puede observar en la tabla 1, dentro de las formas de participación cívica (política "latente") se encontraría la *implicación social* (atención) -interés en la política, pertenencia a un grupo con fines sociales o identificación con una ideología o partido- y el *compromiso cívico* (acción) -discutir temas sociales o políticos con amigos o a través de Internet, actividades con organizaciones de base comunitaria o leer periódicos y ver en la televisión programas sobre temas políticos-. Por lo que respecta a la participación política "manifiesta" se encontrarían la *participación política formal* (voto, actividad en un partido, un sindicato o contactar con representantes políticos o civiles) y la *participación política extraparlamentaria* a través de acciones legales (consumo político, firma de peticiones o participación en protestas) o acciones ilegales (ocupación de edificios, ataques contra la propiedad o desobediencia civil).

Según esta clasificación, la acción individualizada que realizan los consumidores se enmarca en lo que denominan participación política "manifiesta", extraparlamentaria, realizada a través de acciones legales: a través del buycott (consumo positivo), cuando se dejan guiar por los sistemas de etiquetado como puede ser la compra de productos de comercio justo, y del boycott (consumo negativo) o no comprar ciertos bienes por razones éticas, medioambientales o políticas. De manera colectiva, se puede realizar a través de la participación en nuevos movimientos sociales o participación en protestas o huelgas.

Tabla 1. Tipología de repertorios de participación política

	No-participación política (manifiesta)		**Participación cívica (falta de compromiso)**		**Participación (política latente)**		
	Formas activas (antipolitica	Formas pasivas (apolíticas)	Implicación social (atención)	Compromiso cívico (acción)	Participación política formal	Activismo (participación política extra-parlamentaria) Acciones legales ilegales	Acciones
Formas individuales	-No voto -No leer o ver noticias sobre política -Evitar hablar de política. -Percepción desagradable de la política Desafección política	-No voto -Política no interesante ni importante -Pasividad politica	-Interés en la política y la sociedad. -Percepción de la política como importante	-Escribir a un editor. -Donar dinero caridad. -Discutir temas sociales o políticos con amigos o Internet. -Leer periódicos y ver la Tv sobre temas políticos. -Reciclar	-Votar en elecciones y referendos. -Promover abstención o voto en blanco. -Contactar con representantes políticos o civiles. -Presentarse candidato. -Donar dinero a partidos políticos o asociaciones.	-Buycotting, boicot y consumo político. -Firmar peticiones -Reparto de panfletos políticos	-Desobediencia civil. -Ataques contra la propiedad políticamente motivados.
Formas colectivas	-Estilos de vida deliberadamente no políticos, por ejemplo hedonismo, consumismo. En casos extremos brotes de violencia no política que reflejan frustración, alienación o exclusión social	-Estilos de vida no políticos "no-reflejados"	-Pertenencia a un grupo con fines sociales. Identificación con una ideología o partido. -Estilo de vida relacionado con la participación: música, identidad de grupo, etc.	-Voluntariado social. -Trabajo de caridad o comunitario. -Actividades con organizaciones de base comunitaria	-Miembro de un partido político, organización o sindicato. -Actividad en un partido, una organización o un sindicato (trabajo voluntario o asistiendo a reuniones).	-Participación en nuevos movimientos sociales. Participación en huelgas, protestas y otras acciones	-Acciones de desobediencia civil. -Sabotajes u obstrucción de carreteras o vías de tren. -Ocupación de edificios -Participación en demostraciones violentas o acciones relacionadas con los derechos de los animales. -Enfrentamiento violento contra opositores o la policía.

Fuente: Enkma y Anna (2009)

La última década se ha caracterizado por la presencia y el papel de Internet en la vida de una mayoría significativa de personas en prácticamente todas las sociedades. La expansión revolucionaria de las tecnologías de la información y comunicación ha puesto a nuestra disposición nuevos recursos. Así, a través del uso de los emails, blogs u otros sitios webs de publicación, un número creciente de personas está utilizando la red difundiendo información, interactuando e involucrando a diferentes públicos, ahora en un nuevo contexto, el "online". Los principales actores en este ámbito son las personas jóvenes que se desvinculan de las formas tradicionales

de la política invirtiendo su tiempo en otras formas de participación más dinámicas en función de intereses transitorios.

Ahora se presenta, de manera resumida, la tipología elaborada por van Laer y van Aeslt (2009: 5-18) de los "repertorios online" de acción colectiva de los movimientos sociales, con la intención de ver de qué manera las personas pueden participar y de conocer los nuevos espacios de acción de los consumidores políticos. Esta clasificación cuenta con dos dimensiones como se puede observar en la figura 1:

1. Acciones que se apoyan en Internet versus acciones que solo se pueden realizar a través de Internet. Hace una diferenciación entre "viejos" repertorios que se apoyan en Internet (envío de correo electrónico a partidos políticos o a miembros de un gobierno, o a una empresa) y "nuevos" tipos de acción basados en Internet como pueden ser un email bomba o una petición online.
2. Umbrales bajos en comparación con umbrales altos. Algunas formas de acción conllevan más riesgo y un mayor coste o compromiso que otras. Dentro de los umbrales bajos estaría la firma de peticiones, las manifestaciones legales, y, dentro de los umbrales altos, las manifestaciones ilegales o las acciones violentas.

A continuación se enumeran distintas posibilidades de acción para ello se estructuran en 4 cuadrantes teniendo en cuenta las dos dimensiones señaladas con anterioridad:

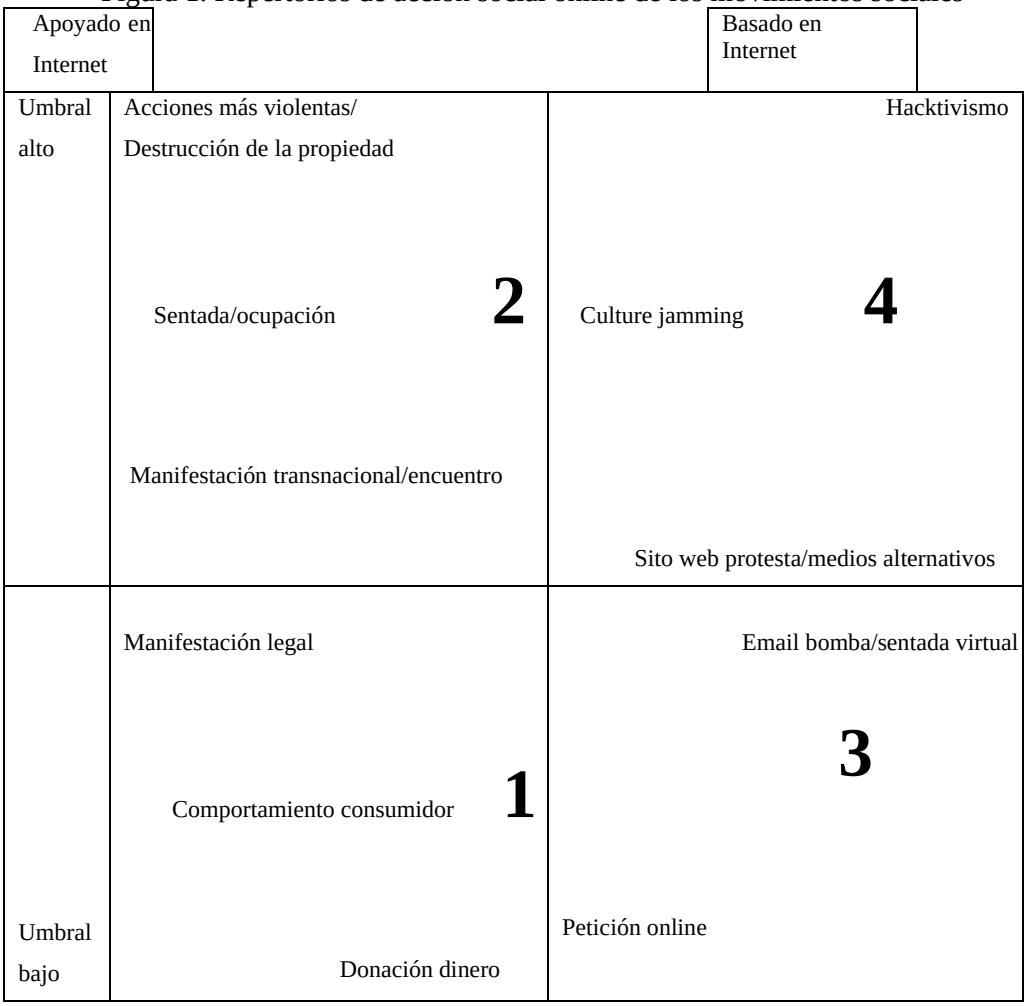
1º cuadrante: *acciones apoyadas en Internet con umbral bajo.* Donar dinero, ser consumidor activo consciente (por ejemplo, eBay, Would of Good Development), participar en manifestaciones legales a nivel transnacional.

2º cuadrante: *acciones apoyadas en Internet con umbral alto.* Manifestaciones trasnacionales, la participación en foros transnacionales (Foro Social Mundial o el Foro Europeo), el bloqueo y ocupación de calles o la destrucción de la propiedad.

3º cuadrante: *acciones basadas en Internet con umbrales bajos* de participación. Peticiones en línea (Facebok, Actuable.com o Change. com…), emails bomba/sentadas virtuales; envíos masivos a un Ministerio o dirección general; recepción de información masiva de un sitio web de tal forma que el servidor no pueda hacer frente.

4º cuadrante: *acciones basadas en Internet con umbrales altos*. Sitios web protesta, medios de comunicación alternativos, interferencia cultural o *culture Hamming* (por ejemplo, alteración de logos corporativos) y hacktivismo (denegación del servicio (DoS), ciberterrorismo).

Figura 1. Repertorios de acción social online de los movimientos sociales



Fuente: Elaboración a partir del cuadro realizado por van Laer y van Aeslt (2009: 5)

Internet ofrece ventajas a la hora de difundir información, no sólo facilita la conexión entre productores y compradores conscientes, sino también posibilita la comunicación o la transmisión de campañas tanto de boicot como de buycott iniciadas por los movimientos sociales.

Y para finalizar esta sección es imprescindible señalar la clasificación elaborada por Micheletti, Stolle y Berlin (2012: 146) en donde identifican cuatro formas de participación: 1) boycotts o no comprar un producto o marca de manera consciente; 2) buycotts o comprar un producto o marca tomando como referencia la etiqueta; 3) las acciones discursivas o valoraciones críticas sobre las prácticas corporativas o

difusión de opiniones sobre consumo, y 4) elección del estilo de vida o las decisiones personales basadas en valores sobre cómo orientar los propios recursos.

2.2. Actores involucrados en los contextos de participación

En los diferentes contextos de participación se ven implicados diversos actores políticos que interesa identificar y saber cuáles son los posibles efectos de sus comportamientos. Por un lado, el consumidor consciente que de forma individual expresa sus valoraciones a través del mercado. Sus acciones pueden ser medidas a través de encuestas, de este modo se puede observar esta nueva forma de compromiso cívico (Kelley, 1899/2008; Hertz, 2001; McGregor, 2002) y político. En este caso, los actores políticos tradicionales, partidos o gobiernos, hacen uso de ellas percibiendo las demandas de la población que, en algún caso, se integrarán en las agendas institucionales.

Por otro lado, los activistas, actores políticos imprescindibles que a través de la cooperación colectiva promueven reivindicaciones como la desaprobación ante determinadas prácticas ética o políticamente cuestionables efectuadas por corporaciones, empresas o gobiernos (Clarke et al, 2007). Así, los activistas canalizan de esta forma los conflictos de intereses entre los distintos agentes involucrados en el mercado de producción, distribución y consumo de alimentos con el fin de llegar a establecer las agendas públicas tanto de los consumidores como de los gobiernos. En este terreno los medios de comunicación juegan un papel fundamental transmitiendo a la opinión pública las quejas formuladas, lo que sin duda puede afectar tanto económicamente a las empresas como poniendo en cuestión las políticas de los gobiernos.

Por tanto, la acción conjunta de ambos actores políticos (consumidores conscientes y activistas) puede llegar a alterar las agendas políticas de los gobiernos a nivel local, nacional, regional y mundial; de este modo "no es una exageración afirmar que los grupos de iniciativas ciudadanas han adquirido poder político" (Beck et al, 2001: 33-34).

Realizar la compra en el mercado y recibir el ticket puede ser interpretado simbólicamente como el acto de votar, de tal forma que a través del "voto" de los consumidores en las cajas, las empresas sienten que tienen que rendir cuentas (Jacobsen y Dulsrud, 2007; Johnston, 2008). Así "en el momento en que se usa el mercado como forma de acción política, la empresa ha de actuar en consecuencia y asumir el papel de actor político. Las razones de que las empresas se conviertan en actores políticos son: en primer lugar, el hecho de que las decisiones y acciones que ejecutan influyen irremediablemente en la realidad social, económica, política, cultural o medioambiental; en segundo lugar, cada vez más se requiere de su participación y colaboración en la búsqueda de soluciones a problemas políticos; y, por último, son actores políticos ya que se espera que tengan una participación en la responsabilidad social corporativa" Rask Jensen (2001: 5).

La importancia política de las corporaciones se puede medir "por un lado, porque tienen efectos sobre las condiciones de vida de las personas, desde la creación de empleos y la reducción de la degradación del medio ambiente, estas son consecuencias de una sub-política pasiva ya que su significado se construye desde afuera, pero también es activa a través de las diversas formas en que las empresas pueden tratar de influir en el proceso político formal a través de los grupos de presión, por ejemplo. También implica la interacción de su negocio con el entorno social más amplio ya que las empresas buscan legitimar sus acciones" (Holzer y Sorensen, 2003: 87). Así, a través de las prácticas de responsabilidad social corporativa (RSC) las empresas reinvierten parte de sus beneficios en el desarrollo de aspectos humanos, sociales y medioambientales (Blanco, 2006). La absorción parcial de las responsabilidades sociales por las empresas implica una percepción más débil del poder del Estado frente a las grandes corporaciones y empresas. Los recursos financieros invertidos por éstas en programas de desarrollo comunitario implican una nueva forma de activación de la ciudadanía (Echegaray, 2010).

En definitiva, el impacto de las acciones de los consumidores, las corporaciones, movimientos sociales, empresas y asociaciones se refleja en la agenda política de los gobiernos lo que hace pensar en un cambio en el funcionamiento del sistema político ahora más global, en donde los diferentes actores involucrados juegan un papel importante de colaboración, dando lugar a una gobernanza orientada hacia objetivos específicos.

3. El estudio del consumo político: encuestas internacionales y nacionales

Es preciso señalar que el consumo político no es un fenómeno nuevo; los boycotts se remontan al siglo XIX y eran los movimientos sociales los principales agentes de difusión de las campañas. Existen diferencias con los "nuevos movimientos sociales" que se basan en la "identidad política" de personas que se movilizan buscando objetivos diferentes en torno a valores personales relacionados con estilos de vida (Bennet, 2012); en este caso el objetivo es empoderar a la sociedad frente al mercado. A lo largo del tiempo, los movimientos sociales han tratado de concienciar a los consumidores en asuntos como el respeto a los derechos humanos, la difusión del comercio justo, el consumo sostenible o el cumplimiento de las diferentes normativas (Dubuisson-Quellier, 2010: 1865). De esta forma se ha ido expandiendo la conceptualización del consumo político desde los primeros estudios sobre boycotts (Inglehart, 1997: 313, Andersen y Tobiasen 2003, Norris 2002: 198) o buycotts - comprar productos en atención a la información que aparece en el etiquetado, si son productos ecológicos o de comercio justo- (Micheletti, 2003).

En los años setenta se realizan los primeros estudios sobre consumidores conscientes, término utilizado para definir a aquellas personas socialmente responsables que entre sus metas está el lograr cambios (Webster, 1975). A partir de entonces nociones como consumo ético, consumo social consciente o consumo sostenible entre otros forman un concepto ampliado según el cual la ciudadanía se convierte en

consumida crítica y consecuentemente en agente de cambio social (Micheletti, 2003). No es suficiente comprar o no un producto, el consumidor toma sus decisiones bien siguiendo una campaña ética, política o medioambiental determinada, bien consultando la información que aparece en las etiquetas de los productos que desea comprar e incluso no acudiendo a un establecimiento por razones fundamentadas. Es preciso señalar que entre las diferentes motivaciones, las relacionadas con el nacionalismo cobran importancia en esta forma de participación política. Este es el caso de no comprar o comprar un producto porque procede de determinado país o de una Comunidad Autónoma.

El consumo político por tanto se convierte en una forma de participación política cada vez más importante en la práctica ciudadana de las democracias occidentales (Inglehart 1997: 313; Norris 2002; Boström et al. 2005; Dalton 2008; Strømsnes 2009), y de forma especial, en los países escandinavos. Es por ello que las investigaciones más completas han sido las elaboradas por científicas y científicos sociales de estos países, además de ser los precursores como ya se ha visto en su conceptualización (Micheletti, 2003; Boström, 2003 y Klintman y Böstrom, 2004). Sin embargo, es necesario señalar que los estudios sobre la acción colectiva individualizada (boycott y buycott) y sobre la acción colectiva (movimientos sociales) en torno al consumo político aún son escasos tanto a nivel internacional como en España.

Para analizar el consumo político hay que tener en cuenta tres condiciones (Stolle, Hoghe y Micheletti, 2004: 254-255): el comportamiento (comprar o no ciertos productos); la sensibilización y motivación de los consumidores (ética, política o medioambiental) y la frecuencia y hábito (pauta de comportamiento).

En este trabajo, se pretende describir algunas de las investigaciones más sobresalientes, tanto cuantitativas como cualitativas, con la intención de observar cómo ha evolucionado esta nueva forma de participación, su repercusión y cómo se ha estudiado hasta este momento.

En el estudio realizado por Barners y Kaase (1979) aparece por primera vez la pregunta sobre boycott (Michelletti y Stolle 2012: 146). Las investigaciones de Andersen y Tobiasen (2003) Inglehart (1997: 313); Norris (2002: 198) demuestran a través de evidencias empíricas que el boycott es una práctica que va en aumento (Micheletti, 2005:1). Entre febrero de 2002 y julio de 2005 se realiza un estudio panel en EEUU en el que se analiza la relación entre el consumo político y el uso de los medios de comunicación (Shah et al., 2007). También hay que destacar la encuesta nacional *Citizenship*, *Involvement*, *Democracy* (CID) realizada por el Democracy and Civil Society at Georgetown University (Howard, Gibson, y Stolle, 2005) de 1001 entrevistas cara a cara en EEUU (16 de mayo a 16 de julio) con una tasa de respuesta del 40%.

Además se han realizado encuestas monográficas en Suecia: *Swedish National Survey* (SOM 2003) en el marco del proyecto Political Consumption: Politics in a New Era and Arena (Stolle y Micheletti, 2005) o *Consumption and Societal Issues Survey* realizada en Suecia en 2009 a 1053 personas, enviada por correo a unas 3000 personas con una tasa de respuesta de 35% diseñada para estudiar: hábitos de consumo, participación política, ideal de ciudadanía, valoración de políticas me-

dioambientales o confianza en las instituciones (Berlin, 2011). La encuesta llevada a cabo a la población danesa durante el verano de 2004 (Tobiasen, 2005) o la encuesta piloto a una muestra de 1015 estudiantes en Canadá, Bélgica y Suecia (Stolle, Hooghe y Micheletti, 2005). Y, para finalizar, el estudio panel nacional *Cooperative Campaign Analysis Project* (CCAP) de seis olas de diciembre de 2007 a noviembre de 2008 a una muestra de 1191 votantes registrados (Gotileb y Wells, 2012).

En el contexto online, es interesante destacar la encuesta realizada a 1215 jóvenes en el marco del proyecto de ámbito europeo llamado CivicWeb. Saber la naturaleza, características, producción y uso e interpretación de los sitios web cívicos y políticos era su objetivo basado en la producción, la naturaleza y características de los sitios web cívicos y políticos y los usos e interpretaciones de estos sitios por las personas jóvenes (Vaar y Vreese, 2011: 404).

De carácter más general incluyendo mayor número de países está el Eurobarómetro, la Encuesta Europea de Valores, y la Encuesta Mundial de Valores en las que solo se les pregunta por acciones de boicot. Hay que señalar que en la primera ola de la Encuesta Social Europea (ESE) realizada durante 2002-2003 se incluyeron las dos preguntas que permiten el estudio del consumo político; en las siguientes olas sólo se introduce la cuestión de boicot a productos o empresas.

Parece oportuno reseñar algunos resultados de la primera ola de la ESE para observar las acciones de compra o boicot en 21 países europeos durante el período de 2002-2003. En Suecia o Suiza más del 30% de la población ha boicoteado en los últimos doce meses, en el caso de España sólo un 8% afirma haberlo realizado. En el caso de la compra de productos Suecia, Suiza, Dinamarca y Finlandia más del 40% de la población lo practica, en España es el 12%. Como señala Ferrer (2010: 250) existen diferencias entre países en las dos pautas de comportamiento siendo más significativa en el caso de la compra.

A partir del año 2002 algunas de las encuestas elaboradas por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) relativas a temas de ciudadanía, representación o participación (ver tabla 1), introducen las preguntas de boicotear y comprar productos por cuestiones políticas, éticas o medioambientales; ya en 2006 se incluye un bloque de cuestiones a través de las que se puede estudiar el consumo como forma de participación política. Se ve un incremento importante de más de 15 puntos porcentuales, en algunos casos, en nueve años.

En España, el estudio *Ciudadanía, Participación y Democracia*, nº 2450 del CIS de 2002, se incluyen las dos preguntas. En ese momento sólo un 6% decía que había boicoteado en los 12 últimos meses y comprar productos por razones éticas, políticas o medioambientales, lo habían realizado un 12% de la muestra.

En el año 2004 en el estudio nº 2575 *Ciudadanía y participación* un 13% dice que lo había practicado durante el año anterior. En el 2005 en el estudio nº 2588 *Representación y Participación política en España* aparecen ambas preguntas unidas y el porcentaje de españoles que responden que han realizado boycott o buycott se elevaba al 18%. En este mismo año se realiza el estudio nº 2606 *Globalización y relaciones internacionales* y ante la pregunta de si ha boicoteado o com-

prado ciertos productos por razones políticas, éticas o para favorecer el medio ambiente el 14 de la población manifiesta haberlo practicado.

En el estudio nº 2632 *Ciudadanía y participación* de 2006 se introduce por vez primera un bloque de preguntas específico sobre consumo político. Así, en el último año, el 14% de la población española dice haber realizado boycott y un 18% practicó buycott sin que haya diferencias apreciables por cuestión de sexo. Al ser preguntados por las causas que les llevaron a realizar el boycott un 49% respondió que sus motivos eran el no respeto al medioambiente y un 33% porque se utilizaba el trabajo infantil. Por otro lado, los motivos del buycott fueron para el 65% porque respetaban el medio ambiente; el 35 % por ser productos del tercer mundo (comercio justo, etc) y un 32%, por apoyar a pequeños productores (cooperativas o pequeños agricultores). Un 72% de los españoles conocía la existencia en algunos establecimientos de productos de comercio justo, de hecho, el 26% los había adquirido alguna vez. Por otro lado, el 46% recordaba alguna campaña de boicot a productos o empresas en España, más los hombres (54%) que las mujeres (38%); el 61% citan al cava y el 35% productos y empresas catalanas, la diferencia entre hombres y mujeres no es significativa. El 84% se enteraron a través de los medios de comunicación; el 77% a través de la tv, radio 44%, prensa escrita 38% e internet el 13%.

En el estudio nº 2736 de 2010 *Internet y participación política* se pregunta si en los últimos doce meses compró ciertos productos por razones políticas o para favorecer el medio ambiente, un 25% de la muestra afirma que lo ha realizado, un 27% de mujeres frente a un 24% de hombres; Boicoteó o dejar de comprar ciertos productos por razones políticas, éticas o para favorecer el medio ambiente lo han realizado un 20% de la muestra 21% de mujeres frente a un 19% de hombres.

En el estudio nº 2860 de 2011 sobre *Preferencias sobre los procesos de toma de decisiones políticas* se les preguntaba si habían boicoteado o dejado de comprar ciertos productos por razones políticas, éticas o para favorecer el medio ambiente un 17% del total de la muestra respondió afirmativamente el 18% mujeres frente al 16% de los hombres.

Estudios del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) que incluyen preguntas sobre consumo político individual	TOTAL
Estudio nº 2450 Ciudadanía, Participación y Democracia (2002)	
Boicotear o comprar productos por razones éticas, políticas o medioambientales	6%
Comprar productos por razones éticas, políticas o medioambientales	12%
Estudio nº 2575 Ciudadanía y participación (2004)	
Boicotear o comprar ciertos productos por razones políticas o para favorecer el medioambiente	13%
Estudio nº 2588 Representación y Participación política (2005)	
Comprar o dejar de comprar ciertos productos deliberadamente por razones políticas, éticas o medioambientales	18%
Estudio nº 2606 Globalización y relaciones internacionales (2005)	
Boicotear o comprar ciertos productos por razones políticas, éticas o para favorecer el medio ambiente	14%

Estudios del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) que incluyen preguntas sobre consumo político individual	TOTAL
Estudio nº 2632 Ciudadanía y participación (2006)	
Boicotear o dejar de comprar ciertos productos por razones políticas, éticas o para favorecer el medio ambiente	14%
Comprar ciertos productos deliberadamente por razones políticas, éticas o para favorecer el medio ambiente	18%
Recordaba alguna campaña de boicot a productos o empresas en España	46%
Se enteraron a través de los medios de comunicación	84%
Estudio nº 2736 Internet y participación política (2010)	
Compró ciertos productos por razones políticas o para favorecer el medio ambiente	25%
Boicoteó o dejar de comprar ciertos productos por razones políticas, éticas o para favorecer el medio ambiente	20%
Estudio nº 2860 Preferencias sobre los procesos de toma de decisiones políticas (2011)	
Boicoteado o dejado de comprar ciertos productos por razones políticas, éticas o para favorecer el medio ambiente	17%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del CIS.

En España, el consumo político ha tenido una evolución progresiva en los últimos doce años. Según la tabla 1, se puede observar que el buycott es practicado por un mayor número de personas, como ocurre en el resto de los países. Así, en el año 2002, el 12% de la ciudadanía lo había practicado, y, en 2010 la cifra se eleva al 25%. Por otro lado, un 6% de la población afirmaba haber realizado boycott en 2002, mientras que, en 2010 el porcentaje se eleva al 20%. Según estos datos, parece que la ciudadanía ha encontrado un nuevo espacio para expresar sus opiniones acerca de las políticas que llevan a cabo tanto los sucesivos gobiernos como las prácticas de las empresas o multinacionales.

En el marco del estudio de acción colectiva, la encuesta *Actitudes, opiniones y comportamiento de la población andaluza en materia de consumo*, realizada por el IESA – CSICE de Andalucía en 1998 aborda cuestiones de defensa de los consumidores. En ella se utiliza el concepto de "consumerismo" o la dimensión pública de la relación que mantiene la ciudadanía con la defensa de sus derechos como consumidores" (Ramírez, Navarro y Trujillo, 1999: 147; Moyano y Navarro, 1999; Navarro y Ramírez, 2000). Se analiza actitudes y comportamientos consumeristas de la población andaluza, perfil social del consumerismo, presencia social de las asociaciones de consumidores y el ciclo de protesta para ejercer sus derechos como consumidores. De las conclusiones del estudio, interesa saber que, el grupo que ha mostrado un nivel más alto en valores, conocimiento y comportamiento consumeristas responde al siguiente perfil: tener una ideología de izquierdas, identificarse con los valores postmaterialistas, ser joven o de edad madura, poseer un nivel alto de estudios y residir en hábitats urbanos, preferentemente en lugares donde hay OMIC (Ramírez, Navarro y Trujillo, 1999: 169).

Otro estudio destacable es la *Encuesta de hábitos alimentarios, seguridad e innovación alimentaria* (Díaz, 2013) realizada a 1504 personas a nivel nacional, a través del sistema CATI, donde entre otros temas se analizan la participación social de los españoles en relación a la alimentación, etiquetado, confianza y riesgo alimentario. Así un 33% hace un especial esfuerzo por comprar a empresas que apoyan causas sociales y un 66% firmaría para apoyar la protesta de asociaciones o grupos de consumidores.

4. Consumidores políticos y estilos de vida

Se puede decir que la mayoría de los estudios realizados hasta el momento se han interesado por el comportamiento individual y por conocer quiénes son y qué características tienen los consumidores que adoptan un estilo de vida en función de valores solidarios, de respeto a los derechos humanos o de protección al medioambiente (Stolle, Hooghe y Micheletti, 2003; Stolle y Micheletti, 2003; Forno y Ceccarini, 2004; Gould y Tobiasen 2004; Ferrer, 2004, 2006, 2010; Ferrer y Fraile, 2006, 2013).

Desde los primeros estudios clásicos sobre participación política (Lazarsfeld, et al 1948; Berelson, et al 1954; Milbrath y Goel, 1977; Barnes y Kaase, 1979) hasta la actualidad (Putnanm 2000; Norris, 2001, 2002, 2007; Ekman y Amna 2009, 2012) se ha demostrado que factores tales como los recursos individuales, las redes sociales, el grado de implicación con la política, sentimientos de eficacia o capacidad para influir sobre el sistema político y el contexto político e institucional son fuente de motivación para la participación de los ciudadanos.

A la hora de estudiar el componente político del consumo conviene tener en cuenta que está influido por una serie de variables de tal manera que es más probable allí donde se dan las siguientes características: ser mujer; joven; mayor nivel educativo; niveles de ingresos altos; pertenecer a asociaciones de nueva política; participación en manifestaciones o protestas; interés por la política; mayor cosmopolitismo y aceptación de la diversidad; mayor eficacia política interna y externa o sentir desconfianza hacia las instituciones (de acuerdo con la primera ola de la ESE realizada durante el período 2002-2003 y elaborada por Mariona Ferrer (2010: 246-254). En casi todos los trabajos se confirman las mismas relaciones entre variables, aunque cabe señalar que difieren en función del país y que en ninguno de ellos se han establecido comparaciones que permitan ponderar el efecto diferencial de estas variables en distintos contextos.

Kosss (2012:12) en su investigación a través de la ESS ha demostrado la importancia que tienen las oportunidades económicas y las instituciones políticas de los países europeos a la hora de influir en el comportamiento de consumo político de la ciudadanía. Por un lado, países económicamente prósperos permiten una mayor autonomía a los ciudadanos para decidir acerca de la adquisición o no de productos en el mercado. Por otro lado, una sociedad civil fuerte influye en una actitud activa hacia esta forma de participación.

Según Newman y Bartels (2010) en EEUU es un fenómeno no muy estudiado y su trabajo ha sido el primero en analizar a nivel teórico, basándose en la perspectiva de la "lifestyle politics", y empírico, a través de la encuesta nacional *Citizenship, Involvement, Democracy (CID)* realizada por el Democracy and Civil Society at Georgetown University (Howard, Gibson, y Stolle, 2005) los factores que favorecen que a nivel individual los ciudadanos participen en esta nueva forma de participación extra-electoral. Newman y Bartels encuadran el estudio del consumo político en el marco más general de la participación política, a partir de una triple distinción: 1) si la participación es institucional o no institucional; 2) si la participación es individual o grupal y 3) el nivel de iniciativa ciudadana requerida para participar. Se basan en la 'lifestyle politics" (teoría de la política del estilo de vida de Lance Bennet) para entender la dinámica causal a nivel individual del comportamiento del consumidor político. Concluyeron que es una forma de participación que se situaría en una dimensión institucional/no institucional (entre el voto y la protesta) en comparación con las tradicionales; el perfil del consumidor: nivel de educación alto, fuerte sentido del deber ciudadano, interés político, pertenencia a grupos, los más jóvenes y los que sienten desconfianza política y descontento sobre la situación actual de la vida (2010: 4-12).

Además, se han realizado estudios específicos que analizan el efecto de alguna de las variables que influyen en el consumo político. Ferrer y Fraile (2006) estudian los determinantes sociales del consumo político en Europa occidental a través de la ESE y demuestran, como pauta general, que los ciudadanos con mayores recursos, los de mayor nivel educativo, los estudiantes, empleados, los de mediana edad y los del sector servicios son más propensos a comportarse como consumidores políticos. En 2013 y a través también de la Encuesta Social Europea realizan una investigación sobre clase social y consumo político en los países de Europa occidental, los datos demostraron que la clase social influye y mucho en la probabilidad de participar en el consumo político (Ferrer y Fraile, 2013). Por otro lado, Llopis-Goig (2011: 93) realiza un estudio sobre consumo político y cosmopolitismo, tomando como base de datos el estudio nº 2606 del CIS, en donde uno de los principales hallazgos es que "el consumo político es una forma de acción a cuya génesis podría estar contribuyendo el cosmopolitismo". También Neilson (2006: 37-38) elabora un estudio a través de la ESE (2002-2003) en el que concluye que no sólo el capital social individual presenta una asociación positiva con el consumo político. El efecto que el capital social de una región podría ejercer se basaría en la relación mediada entre la participación en asociaciones, la confianza generalizada y los valores sociales. Este estudio muestra que el boicot está menos relacionado con el capital social individual que la compra de productos. Parece que ésta puede estar más influenciada por las relaciones interpersonales o el intercambio de información.

El descontento hacia instituciones de la democracia representativa incrementa el activismo vinculado a la red (Dalton, 2004; Putnamm, 2000; Dalton y Wattemberg, 2000) con la intención de influir en acontecimientos sociales, económicos y políticos. Son los más jóvenes los que han adoptado un nuevo rol "online" con el interés de influir en cierta medida en la realidad política activa.

Así, en el contexto online, el estudio cuantitativo realizado a 1215 personas en el Reino Unido mediante una encuesta a través de Internet en el marco del proyecto CivicWeb encontró una relación positiva entre el consumo con conciencia social y la participación online y la participación cívica offline; sin embargo, esta relación desaparece con la participación política offline (Vard y Vreese, 2011: 410).

También es relevante reseñar algún trabajo realizado en torno a la acción colectiva de esta forma de participación. A este respecto, la investigación de Nelson, Rademacher y Paek (2007) se basa en los motivos para unirse al grupo internacional freecycle.org que se caracteriza por facilitar el libre intercambio de mercancías de segunda mano en la web. Entre sus intereses estaba el ver de qué forma se involucran en formas tradicionales y no tradicionales de participación política y tienden a practicar el consumo político (boycott y buycott) y explorar y revisar lo que significa ser cívica y políticamente comprometido en nuestra sociedad. Concluyen que las nuevas formas de consumo se pueden considerar como un tipo nuevo de compromiso cívico.

Otra investigación significativa es la de Francesca Forno (2007) que explora la estructura social de la movilización en Italia a través de la web para ilustrar algunas de las relaciones, los roles y las alianzas estratégicas que se han construido dentro de y en torno a las organizaciones facilitando la difusión del consumo político. Para realizar el rastreo de las webs relacionadas con este tipo de acción política se usó una herramienta desarrollada por Richard Rogers (2001) llamada ICrawler a través de la que se descubre la red anti-consumista italiana de los consumidores políticos. Sin lugar a dudas es un interesante método para identificar y visualizar esa red invisible de la comunicación interpersonal y organizacional (2007: 15).

Pero también se han realizado investigaciones cualitativas. La técnica de la entrevista en profundidad es la más usada entre los estudiosos de este fenómeno (Atkinson, 2013; Barnard, 2011). Así interesa destacar el trabajo de Lindén (2004) en el que elabora un estudio piloto con el objetivo de desarrollar una comprensión teórica de cómo los consumidores utilizan el etiquetado en función de sus valores y cómo determinan sus actitudes ante el consumo de alimentos o cuáles son las estrategias que usan los consumidores para influir sobre el mercado, sobre otros consumidores y sobre las políticas. Se utilizan las entrevistas en profundidad a 2 consumidores interesados, 5 vegetarianos y 2 veganos. También en la investigación de Connolly y Prothero (2008) se utilizaron entrevistas en profundidad a consumidores ecológicos. Para su selección se utilizó el método de muestreo estratégico de Mason, según el que se asigna un número a cada unidad de población y se extraen unidades de muestra de una tabla de números aleatorios. A través de su estudio se obtuvo una mayor comprensión de por qué la gente cree que como individuos puede llegar a solucionar un problema ambiental global, de hecho sentían que tenían la obligación de actuar en consecuencia.

De especial interés es el estudio sobre normalización de la protesta o la participación en manifestaciones de grupos heterogéneos de personas realizado por van Aeslt y Walgrave (2001). Utilizaron tres métodos de investigación de la acción colectiva: las encuestas de población, análisis de un evento de protesta y entrevistas

con participantes en las manifestaciones. La conclusión de su investigación es que se ha producido una "normalización del manifestante con tal motivo deducen que se deben aceptar las recomendaciones de Tilly de que sería conveniente utilizar la investigación sobre acción colectiva como barómetro político (…). Sin embargo, la escasa representación de personas con nivel educativo y de ingresos bajo nos impide hablar de una verdadera democratización de la protesta en la calle" (íbid: 482).
Y para finalizar, en el contexto "online" el estudio realizado por Janelle Ward (2008) presenta los resultados de una serie de entrevistas en profundidad con los encargados de la gestión de contenidos de páginas web de organizaciones juveniles con sede en Reino Unido. Parten del supuesto de que el consumo individual está ligado al concepto de ciudadanía, así examinan cómo las organizaciones utilizan Internet para dirigirse al joven ciudadano-consumidor. Una de las conclusiones a las que llega es que el consumo político es una nueva vía de acción de la ciudadanía.

5. "Consumocracia" o el empoderamiento de los consumidores ante el mercado

En la estructuración de este artículo se ha querido dar cuenta de los estudios más recientes relativos al consumo político. Según las teorías posmodernas que enlazan el mundo global con las nuevas formas de acción colectiva individualizada en el mercado, se abre ahora un nuevo espacio público en el que expresar y reivindicar cuestiones consideradas de justicia social. Los espacios participativos se amplían del mismo modo que nuevos actores políticos se incorporan a la vida democrática.

Así, al margen de la participación política tradicional, diariamente se toman decisiones motivadas como puede ser comprar café de comercio justo, o no comprar un alimento determinado de forma consciente, que tienen consecuencias políticas. De este modo se puede afirmar que es probable que el consumo de alimentos se haya politizado y cada vez más personas tomen decisiones cotidianas de consumo teniendo en cuenta cuestiones éticas como una mayor justicia social global, los derechos de las mujeres, la conciencia ambiental o los derechos de los animales.

La investigación futura debe identificar las conexiones entre el consumo con conciencia social y la ciudadanía democrática (Dulsrud y Jacobsen, 2007). En la actualidad, los debates teóricos giran en torno a la idea de que la búsqueda de un futuro más sostenible pasa por el "cambio de comportamiento" de un número importante de personas en la sociedad. Pese a las significativas conceptualizaciones entre las diferentes perspectivas teóricas, existe un consenso para determinar que el concepto de hábito es fundamental para poder entender los cambios en la conducta humana (Warde, y Southerton, 2012). Pero habría que señalar la necesidad de estudiar cualitativamente la autopercepción de la ciudadanía en relación a su hábito de consumo, para poder evidenciar la concordancia entre sus opiniones y sus acciones cívicas y políticas a través de las que incidir de manera consciente en el ejercicio democrático.

Por eso, parece conveniente partir de un modelo de ciudadanía activa en la que la participación democrática se materializa de un lado, a través de la "acción colec-

tiva individualizada" (boycott y buycott), asumiendo la responsabilidad individual de convertir los hábitos de compra en hábitos políticos; y, de otro, como activistas en las diferentes organizaciones como cooperativas, ONG o movimientos sociales que actúan como intermediarios entre la política parlamentaria (o los gobiernos) y la política de la vida cotidiana (Siim, 2003: 5). Este tipo de participación significa el empoderamiento de los consumidores frente al mercado y al sistema político tradicional, carente este último de las competencias para hacer frente a los riesgos globales emergentes. De tal forma que ahora los consumidores políticos en tanto que actores sub-políticos (Micheletti, 2003; Sørensen, 2001, 2004; Tobiasen, 2004) utilizan un nuevo espacio fuera de la esfera tradicional (Beck, 1994; 1997; Micheletti, 2003). En cierto sentido, "los consumidores a través de la compra de determinados productos y no otros en el mercado están eligiendo el tipo de sociedad de la que quieren formar parte" (Brinkman, 2004:133).

A tal efecto se podría denominar "consumocracia" al empoderamiento de los consumidores, siendo que por medio de sus hábitos de compra reivindican reformas de las políticas públicas, buscando que sea la justicia social el eje articulador de las mismas. Hablar de consumocracia nos lleva a pensar la relación estrecha entre el consumo consciente diario de la compra y el ejercicio de ciudadanía en un espacio público como es el mercado.

Bibliografía

Andersen, J.G. y M. Tobiasen (2001) Politisk forbrug og politiske forbrugere. Globalisering og politisk forbrug i hverdagslivet, (*Political consumerism and Political Consumers. Globalization and Political Consumption in Everyday Life*), Institut for Statskundskab, Aarhus.

Amnå, E., Ekman, T., y E. Almgren (2007) 'The end of a distinctive model of democracy? Country-diverse orientations among young adult Scandinavians" *Scandinavian Political Studies*, 30(1): 61-86.

Atkinson, L. (2013) "Buying In to Social Change: How Private Consumption Choices Engender Concern for the Collective" *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 644: 191-206.

Barnard, A. (2011) '"Waving the banana' at capitalism: Political theater and social movement strategy among New York's 'freegan' dumpster divers" *Ethnography*, 12 (2): 419-444.

Barnes, S.y Kaase, M.et al (1979) *Political Action: Mass Participation in Five Western Democracies* London: Sage.

Beck, U. (1997) *The Reinvention of Politics. Rethinking Modernity in the Global Social Order* Cambridge: Polity Press.

Beck, U., Giddens, A y S. Lash (2001 [1997]) *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno* Madrid: Alianza Universidad.

Bennett, W. L. (1998) "The uncivic culture: Communication, identity and the rise of lifestyle politics" *Political Science and Politics*, 31:741–61.

Bennet, L (2012) "The Personalization of Politics : Political Identity, Social Media, and Changing Patterns of Participation" *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 644: 20-39.

Berelson, B. Lazarsfeld, P. y W. Macphee, (1954) Voting. A study of opinion formation in a presidential campaign, Chicago, The University of Chicago Press.

Berlin, (2011) "Sustainable Consumers and the State: Exploring How Citizens' Trust and Distrust in Institutions Spur Political Consumption" *Journal of Environmental Policy & Planning* 13(3): 277-295.

Blanco, A (2006) "Responsabilidad social corporativa y desarrollo sostenible" *Dirigir personas*, 38: 36-40.

Boström, M. (2003) "Environmental organisations in new forms of political participation: Ecological modernisation and the making of voluntary rule", *Environmental Values*, 12:175-193.

Boström, M., Føllesdal, A., Klintman, M., Micheletti, M. y M. P. Sørensen (eds.), (2005) "Political Consumerism: Its Motivations, Power, and Conditions in the Nordic Countries and Elsewhere" [http://lib.icimod.org/record/12010/files/4048.PDF] (Ültima consulta: el el 25 de marzo de 2013).

Brinkman, J. (2004) "Looking at Consumer Behavior in a Moral Perspective" *Journal of Business Ethics*, 51:129-141.

Clarke, B., Barnett, C., Clocke, P., A. Malpass (2007) "Globalising the consumer: Doing politics in an ethical register" *Political Geography* 26: 231-249.

Connolly, J. y A. Prothero (2008) "Green Consumption Life-politics, risk and contradictions" *Journal of Consumer Culture*, 8 (1): 117-145.

Dalton, R. y M. Wattenberg (2000) *Parties without partisans. Political change in advanced industrial democracies* Oxford: Oxford University Press.

Dalton, R. (2004) *Democratic Challenges, Democratic Choices: The Erosion of Political Support in Advanced Industrial Democracies* UK: Oxford University Press.

Dalton, R. J. (2008) "Citizenship norms and the expansion of political participation" *Political Studies*, 56(1): 76-98.

Díaz, C., (coord.) (2013) *Hábitos alimentarios de los españoles* Madrid: Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente.

Dubuisson-Quellier, S. (2010) "From consumerism to the empowerment of consumers: the case of consumer-oriented movements in France" *Sustainability*, 2(7):1849-1868.

Echegaray, F. (2010) "¿Hacia la politización del consumo en Brasil? repensando el consumo ético desde la cultura política" *Ambiente &Sociedade*, 13 (2): 383-400.

Ekman, J. y E. Amna (2009): "Political participation and civic engagement: Towards a new typology" *Youth & Society*, YeS Working Paper (2).

Ekman, J. y E. Amna (2012): "Political Participation and Civic Engagement: Towars a New Tipology" *Human Affairs*, 22: 283-300.

Ferrer-Fons, M. (2004) "Cross-National Variation on Political Consumerism in Europe: Exploring the Impact of Micro-Level Determinants and its Political Dimension", *Paper presented at the ECPR* Joint Sessions, Uppsala, Sweden.

Ferrer-Fons, M. y M. Fraile (2006) "Exploring the social determinants of political consumerism in Western Europe" *Working Paper* 57/2006, Departamento de Ciencia Política, Universidad Autónoma de Madrid.

Ferrer-Fons, M. (2010) "El estudio del consumo político en Europa: ¿una forma de acción política de la ciudadanía del siglo XXI?" en Torcal, M. *La ciudadanía europea en el siglo XXI. Estudio comparado de sus actitudes, opinión pública y comportamientos políticos* Madrid: CIS, 237-264.

Ferrer-Fons, M y M. Fraile (2013) "Political Consumerism and the Decline of Class Politics in Western Europe" *International Journal of Comparative Sociology* 16. Doi:10.1177/0020715213516476

Forno, F., y L. Ceccarini (2006) "From the Street to the Shops: The Rise of New Forms of Political Actions in Italy" *South European Society and Politics*, 11(2): 197-222.

Forno, F. (2007) "Studying Political Consumerism on the Web", *Paper prepared for the 4th ECPR General Conference*, Pisa (Italy), 6-8 September, 2007 Section: "Emerging Patterns of Collective Action" Panel: PP1742 "The use of ICTs for innovative forms of participation".

Gould, A. y M. Tobiasen (2004) "Who are these political consumers anyway? Survey evidence from Denmark", en Micheletti, M, Follesdal, A. y D. Stolle

(eds.) *Politics, and Markets. Exploring political consumerism past and present* New Brunswick: Transaction Press.

Gotlieb, M. y C. Wells (2012) "From Concerned Shopper to Dutiful Citizen: Implications of Individual and Collective Orientations toward Political Consumerism" *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 644 (1): 207-219.

Halkier, B. (2004) "Handeling Food-related Risks: Political Agency and Governmentality" en Lien, M. y B. Nerlich, (eds.) *The Politics of Food* Oxford: Berg.

Hertz, N. (2001) "Better to Shop Than to Vote?" *Business Ethics A European Review* 10:190-193.

Holzer, B. y M. P. Sørensen (2003) "Rethinking Subpolitics: Beyond the `Iron Cage' of Modern Politics?" *Theory, Culture & Society* 20(2): 79–102.

Hooghe, M y M. Stolle (2012) "How to reach Members of Parliament? Citizens and Members of Parliament on the Effectiveness of Political Participation Repertoires" *Parliamentary Affairs* 66 (1).

Howard, M., Gibson, J y D. Stolle (2005) *The U.S. Citizenship, Involvement, Democracy Survey* Washington, DC: Georgetown University Center for Democracy and Civil Society.

Inglehart, R., (1997) *Modernization and postmodernization: Cultural, economic, and political changein 43 societies* Princeton, NJ.: Princeton University Press.

Jacobsen, E. y Dulsrud, A. (2007) "Will consumers save the world? The framing of political consumerism" *Journal of Agricultural and Environmental Ethics* 20: 469–482.

Johnston, J. (2008) "The citizen-consumer hybrid: ideological tensions and the case of Whole Foods Market" *Theory and Society*, 37(3): 229-270.

Kelley, F. (1899/2008) "Metas y principios de la Liga de Consumidores", Athenea Digital 14: 317-327,

[http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/585] (última visita: el 17 de mayo de 2013).

Klimtan, M. y M. Boström (2004) "Framings of Science and Ideology: Organic Food Labelling in the US and Sweden" *Environmental Politics* 13: 612–633.

Koos, S. (2012) "What drives political consumption in Europe? A multi-level analysis on individual characteristics, opportunity structures and globalization" *Acta Sociologica*, 55(1): 37-57.

Lazarsfled, P., Berelson, B. y H. Gaudet (1948) *The People´s Choice: How the Voter Makes Up His Mind in a Presidential Campaign* New York: Columbia University Press.

Lindén, A., (2004) "Private Food Strategies and Political Consumerism" en Boström, M., Føllesdal,A. Klintman,M., Micheletti, M. y Sørensen, M. (eds) *Political Consumerism: Its motivations, power, and conditions in the Nordic countries and elsewhere*. Proceedings from the 2nd International Seminar on Political Consumerism, Oslo August 26-29: 203-224.

Llopis-Goig, R. (2011) “Consumo político y cosmopolitismo. Un estudio de participación política postconvencional en Espana” *REIS* 135: 89-106.

Marien, S., Hooghe, M., y E. Quintelier, (2010) “Inequalities in non-institutionalised forms of political participation: A multi-level analysis of 25 countries” *Political Studies*, 58(1): 187-213.

McGregor, S., (2002) “Consumer Citizenship: A Pathway to Sustainable Development?” Presented at the International Conference on Developing Consumer Citizenship, April 2002, Hamar, Norway.

[http://www.consultmcgregor.com/documents/keynotes/norway_keynote.pdf.] (Última consulta: 9 de abril de 2013).

Micheletti, M., (2002) “Consumer Choice as Political Participation” *Statsvetenskaplig Tidskrift* 105 (3): 218-234.

Micheletti, M., (2003) Political Virtue and Shopping. Individuals, Consumerism, and Collective Action New York: Palgrave.

Micheletti, M., Follesdal, A. y D. Stolle (2003) *Politics, Products, and Markets. Exploring Political Consumerism Past and Present* New Brunswick, NJ.:Transaction Publishers.

Micheletti, M. y D. Stolle (2005) “Swedish political consumers: Who they are and why they use the market as an arena for politics” en Boström, A. F. M, Klintman, M., Micheletti, M. y M. P. Sørensen, (eds) *Political Consumerism: Its Motivations, Power, and Conditions in the Nordic Countries and Elsewhere* (Oslo: TemaNord): 145–164.

Micheletti, M., (2010) *Political virtue and shopping: Individuals, consumerism, and collective action*, 2nd ed. New York NY: Palgrave.

Micheletti, M. y D. Stolle (2012) “Sustainable Citizenship and the New Politics of Consumption” *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science* 644 (1): 88-120.

Micheletti, M., Stolle, D. y D. Berlin (2012) “Habits of Sustainable Citizenship: The Example of Political”.

[http://www.sustainablecitizenship.com/pdf/12_09_micheletti-stolle-berlin.pdf] (Úlitma consulta: 9 de abril).

Milbrath, L. y Goel (1977) *Political participation. How and why people get involved in politics* Chicago: Rand McNally.

Moyano, E., y C. J. Navarro (1999) *El movimiento de los consumidores en Andalucía*, Sevilla: Consejería de Trabajo e Industria de la Junta de Andalucía.

Navarro, C. J., y A. Ramírez (2000) “La defensa individual de intereses públicos. Propuesta metodológica para el caso de los consumidores” *Estudios sobre Consumo*, 55: 31-69, Instituto Nacional de Consumo.

Neilson, L. A. y P. Paxton (2010) “Social capital and political consumerism: A multilevel analysis” *Social Problems*, 57(1): 5–24.

Nelson, M., Rademacher, M. y H. Paek, (2007)“Downshifting consumer upshifting citizen? An examination of a local freecycle community” *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* 611: 141–56.

Newman, B. J., y B. L. Bartels (2010) "Politics at the checkout line: Explaining political consumerism in the United States" *Political Research Quarterly*, XX (X): 1-15.

Norris, P. (2001) *Digital divide? Civic engagement, information poverty and the internet worldwide* Cambridge: Cambridge University Press.

Norris, P. (2002) *La participación ciudadana: México desde una perspectiva comparativa* Cambridge: University of Harvard.

Norris, P. (2002) *Democratic Phoenix. Reinventing Political Activism* Cambridge: Cambridge University Press.

Parry, G., Moyser, G., y N. Day (1992) *Political participation and democracy in Britain* Cambridge: Cambridge University Press.

Putnam, R. (2000) *Bowline alone: The collapse and revival of American community* New York: Simon and Schuster.

Ramírez, A., Navarro, C., y M. Trujillo, (1999) "Consumerismo y movimiento de los consumidores Valores, actitudes y comportamiento consumeristas de la población andaluza" *REIS* 99 (02): 145-176.

Rask Jensen, H. (2001) "A Frame of Reference for Analyzing Political Consumption" Paper for the International Seminar on Political Consumerism, Stockholm, May/June.

Shah, D. V., McLeod, D. M., Friedland, L., y M. R. Nelson (2007) "The politics of consumption/the consumption of politics" *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 611(1): 6-15.

Siim, B. (2003) "Gender Equality, Citizenship and Globalisation", this paper is a revised version of the keynote speech "How to Achieve Gender Equality" for the COST A 13Conference Social Policy, Marginalisation and Citizenship, Aalborg University, Denmark, 2-4. November, 2001 to be published in J.G. Andersen, AM. Guillemard, Per H. Jensen y B. Pfau-Effinger (eds), Social Politics, Social Integration and Citizenship by Polity Press, book series.
[http://www.monnet-centre.uni-bremen.de/GenderGlobNet/Paper/PaperSiim1.pdf.] (Última consulta: el 20 de marzo de 2013).

Stolle, D, Hooghe, M. y M. Micheletti (2005) "Politics in the supermarket: Political consumerism as a form of political participation" *International Political Science Review* 26: 245–69.

Stolle, D. y M. Micheletti (2005) "What motivates Political Consumers?. For Online Forum: Politisierter Konsum – konsumierte Politik", first draft for the Special Issue on "The Underestimated Consumer-Power – Prospects for the New Consumer Movement" in "Forschungsjournal Neue Soziale Bewegungen" (No. 4, 2005)
[http://www.politik-konsum.de/pdf/fnsb_stolle_micheletti.pdf.] (Última consulta: el 28 de marzo de 2013).

Stolle, D., y M. Hooghe, (2011) "Shifting inequalities: Patterns of exclusion and inclusion in emerging forms of political participation" *European Societies*, 13(1): 119-142.

Strømsnes, K., (2009) "Political consumerism: A Substitute for or Supplement to Conventional Political Participation?" *Journal of Civil Society* 5(3): 3030–3031.

Tobiasen, M., (2004) Political Consumers in Denmark Paper for the ECPR Joint Sessions, Uppsala, Sweden

[http://lib.icimod.org/record/12010/files/4048.PDF] (Última consulta: 25 de mayo de 2013).

Todt, O. y M. I González (2006) "Del gobierno a la gobernanza" *Isegoría* 34: 209-224.

Van Deth, J. (2001) "Studying Political Participation: Towards a Theory of Everything? Introductory paper prepared for delivery at the Joint Sessions of Workshops of the European Consortium for Political Research. Workshop "Electronic Democracy: Mobilisation, Organisation and Participation via new ICTs". Grenoble.

Van Aelst, y S. Walgrave (2001) "Who is that (wo)man in the street? From the normalisation of protest to the normalisation of the protester" *European Journal of Political Research* 39: 461-486.

Van Laer, J. y P. Van Aelst (2009) "Cyber-Protest and Civil Society: the Internet and Action Repertoires of Social Movements" en Jewkes, Y. y Y. Majid (eds.) *Handbook on Internet Crime* Portland: Universia Press.

Verba, S., Schlozman, K. y H. BRADY (1995) *Voice and equality: Civic voluntarism in American politics* Cambridge: Cambridge University Press.

Ward, J. (2008) "The online citizen-consumer: Addressing young people's political consumption through technology" *Journal of Youth Studies*, 11(5): 513-526.

War, J. y C. de Vreese, (2011) "Political consumerism, young citizens and the Internet" *Media, Culture & Society* 33(3): 399–413.

Warde, A. Y D. Southerton, (eds.) (2012) "The Habits of Consumption" COLLeGIUM of Studies Across Disciplines in the Humanities and Social Sciences, Volume 12.

Webster, Jr., (1975) "Determining the characteristics of the socially conscious consumer" *Journal of Consumer Research* 2:188-96.

Young, I. (1990) *Justice and the Politics of Difference* Princeton N.J.: Princetong University Press.

Young, I., (1994) "Gender as Seriality: Thinking about Women as a Social Collective" *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 19: 713-38.

Atemporalización y presentificación del mundo social en la sociología contemporánea

Ramón RAMOS TORRE
TRANSOC-Universidad Complutense de Madrid
rrt@cps.ucm.es

Recibido: 03-06-2013
Aceptado con modificaciones: 15-01-2014
Aceptado: 31-01-2014

Resumen
La sociología contemporánea ha reconocido el papel relevante del tiempo en el análisis del mundo desbocado en que vivimos. Este interés creciente resulta, con todo, paradójico ya que el reconocimiento de la centralidad sociológica del tiempo va de la mano de la denuncia de su desaparición o, al menos, de su radical desestructuración y disfuncionalidad. Resulta así que ese tiempo reivindicado se convierte en un tiempo desaparecido. Este trabajo pretende reconstruir este diagnóstico paradójico en sus tres variantes fundamentales que se denominan de la atemporalización, la presentificación y la espacialización. Una vez analizadas en sus distintas manifestaciones, se procede a su crítica y al esbozo de una alternativa que no caiga en los errores detectados.
Palabras clave Sociología del tiempo, atemporalidad, presentismo, espacialización, aceleración

Atemporality and presentism of the social world in contemporary sociology

Abstract
Contemporary sociology has recognized the important role of time in the analysis of the runaway world we live in. This growing interest is, however, ironic because the recognition of the sociological centrality of time goes with the denunciation of its disappearance or at least its radical disorganization and disfunctionality. As a consequence claimed time turns into missing time. This paper seeks to rebuild this paradoxical diagnosis in its three core variants: atemporality, presentism and spacelization. After analyzing its various sociological manifestations, these are subject to criticism and an alternative that does not fall into the detected errors is outlined.

Key words: Sociology of time, atemporality, presentism, spacelization, acceleration

Referencia normalizada
Ramos Torre, R. (2014). "Atemporalización y presentificación del mundo social en la sociología contemporánea". *Política y Sociedad*, Vol.51 Núm. 1 147-176

Sumario: Introducción. 1.Espacialización, atemporalización y presentificación. 2.Sobre la atemporalización de la sociedad contemporánea. 3.Sobre la presentificación de la sociedad contemporánea. 4.Sobre la espacialización del mundo social y su ciencia. 5.¿Un tiempo enfermo?. 6.Conclusiones/remisiones. Bibliografía

Introducción

Desde su arranque a principios del siglo pasado, la empresa de la sociología del tiempo se ha desplegado en el interior de un círculo virtuoso en el que la tarea inicial de proceder a una socialización (y sociologización) del tiempo se vio prontamente acompañada por la inversa, aunque complementaria, de temporalizar lo social (y la sociología misma). Y así, la ambición inicial, tal como la expresó Durkheim (1968) y en parte Mead (1980), de rescatar de las manos de los filósofos el viejo problema del tiempo y ponerlo en manos de la ciencia social, fue pronto acompañada por una creciente atención por los aspectos puramente temporales de los fenómenos sociales, subrayando su relevancia para su cabal descripción y eventual comprensión-explicación. Esa alma doble se ha mantenido siempre viva, aunque sometida a tensiones y desequilibrios puntuales. Desde luego, persiste en la actualidad, como lo muestra fehacientemente la obra de Barbara Adam, interesada a la vez en fundamentar una aproximación sociológica al problema del tiempo (Adam 1990 y 2004) y en desarrollar una sociología profunda y explícitamente temporalizada (Adam 1995 y 1998).

El resultado alcanzado se puede retratar, utilizando las categorías propuestas en su momento por Herminio Martins (1992), como la conjunción de una doble temporalización: temática, por un lado; sustantiva, por el otro. De la primera da cuenta la presencia de la perspectiva temporal en el seno de las distintas sociologías especiales; de la segunda, la relevancia del tiempo en la constitución de la teoría sociológica contemporánea. Con todo, este retrato no es todavía suficiente para dar cuenta de la situación actual. Y es que, como es norma en las historias sustanciosas, ocurre que al final el éxito del tiempo ha desembocado en aparente derrota, de modo que ese mismo tiempo, atendido y subrayado como aspecto crucial del mundo social, se ha convertido en tiempo desaparecido[1].

En este trabajo voy a reconstruir las evidencias en las que cabe apoyarse para alcanzar un diagnóstico así, estableciendo como punto de arranque (1) el diagnóstico ejemplar de Fredric Jameson en la década de los ’80, y mostrando los variados diagnósticos sobre la actualidad que subrayan (2) la atemporalización, (3) la presentificación o (4) la espacialización del mundo social, para proceder a continuación (5) a su crítica y (6) a apuntar una alternativa.

---

[1] Lo anterior es un resumen comprimido de lo expuesto en Ramos (2009).Véase Ramos (1995 y 1998) para un resumen muy sintético de la estructura temporal del tiempo moderno con las referencias bibliográficas pertinentes.

1. Espacialización, atemporalización y presentificación.

Se puede utilizar el conocido trabajo de Fredric Jameson (1995) sobre la posmodernidad o la lógica cultural del capitalismo como origen y a la vez expresión del largo debate sobre el tiempo social en el mundo contemporáneo que pretendo reconstruir[2]. Aparecido en la *New Left Review* en 1984 y, en su versión definitiva en forma de libro, en 1991, puede considerarse como un diagnóstico ejemplar por su capacidad para concentrar en pocas páginas lo que serían más tarde líneas de análisis relativamente autónomas. En efecto, una lectura cuidadosa de ese trabajo permite detectar la copresencia de tres diagnósticos sobre la deriva cultural del espacio-tiempo del capitalismo contemporáneo, finisecular o posmoderno: un primero que destaca un cambio de época que invierte la temporalización del mundo característica del primer capitalismo o capitalismo clásico, convirtiéndola en una unilateral espacialización de la experiencia (Jameson 1995: 40); un segundo diagnóstico que desvela la caída en la atemporalización radical de la experiencia (ibid.: 52, 66); y un tercero que apunta hacia la presentificación de la realidad (ibid.: 64-6). Jameson presenta esos tres diagnósticos como caras o aspectos de un diagnóstico único:

> "Si el tiempo, en efecto, ha sido reducido a la *violencia más puntual* y al *mínimo cambio irrevocable* de una *muerte* abstracta, entonces podemos quizá afirmar que en lo posmoderno *el tiempo ha devenido de todos modos espacio*" (Jameson 2000: 32; cursiva mía).

Se fijan, pues, las tres caras de una misma realidad cultural –y los tres soportes de su crítica de la posmodernidad. Pero, como muestra la evolución posterior de ese debate, no es preciso que los tres vayan de la mano o sean aspectos de un diagnóstico único[3]. Podemos y debemos diferenciarlos. Por *espacialización* hay que entender el proceso de sustitución de las categorías temporales por las categorías espaciales, ya sea como vía única, ya como vía eminente, para dar cuenta de la experiencia socio-cultural de la (pos-, ultra-, sobre-, etc.) modernidad. Todo debate en el que se contraponga la categorización temporal a la espacial y se presente la primera como

---

[2] Jameson ha vuelto de forma directa al tema en un trabajo de publicación reciente (Jameson 2003), en el que reafirma su diagnóstico sobre la primacía del espacio y la finalización del tiempo en la fase posmoderna del capitalismo cultural. Agradezco a David Sánchez Usanos haberme llamado la atención sobre ese texto; véase Sánchez Usanos (2010).

[3] Jameson (2003) apunta también a la corporeización (o primacía y protagonismo creciente del cuerpo) como otro aspecto de la cultura tardo-capitalista que acaba con el tiempo y apuesta por el espacio. Sería interesante un estudio sistemático de la propuesta posmoderna sobre el complejo formado por la atemporalización, espacialización y corporeización de la ciencia social.

propia de un mundo social ya ido y la segunda como exigencia del mundo emergente o contemporáneo se sitúa en el plano de la problemática de la espacialización propuesto por Jameson. Por su parte, la *atemporalización* comporta simplemente la desaparición de la continuidad temporal, la duración, los intervalos ordenados y la sucesión, sustituidos por la fragmentación, la instantaneidad y el caos temporal. Por último, la *presentificación* no arrastra consigo necesariamente la espacialización o la atemporalización en los sentidos que se acaban de fijar, sino que se limita a centrar la atención en la reducción de la experiencia del tiempo a la de un presente (puntual o alargado, según se verá) desgajado de sus horizontes de futuro y pasado que o bien desaparecen, o bien se comprimen hasta el punto de perder toda extensión y significación.

En el marco de estas distinciones se puede hacer una incursión por el territorio académico poblado por las variadas propuestas sobre el destino del tiempo en la sociedad contemporánea, ya sean o no hijas de la influencia del diagnóstico de Jameson, y ya se aproximen mucho, poco o nada a la matriz marxista en las que inicialmente se generaron. Comenzaré por las que hacen mayor énfasis en la atemporalización, retengan o no las otras dos caras del diagnóstico de Jameson. Más adelante se abordarán las propuestas más centradas en (o relevantes para) la presentificación y la espacialización.

2. Sobre la atemporalización de la sociedad contemporánea.

En su conocido trabajo sobre *La Condición de la Posmodernidad* Harvey (1998)[4] asume y radicaliza el diagnóstico de Jameson. Supone, como éste, que nos hemos adentrado en la nueva época cultural de la posmodernidad y que para comprenderla es preciso atender a la lógica de reproducción ampliada del capital. Lo distintivo de la nueva situación sería una aceleración y radicalización del proceso de *compresión espacio-temporal* propio del capitalismo desde sus inicios históricos. Lo propio de ese mundo emergente es una catastrófica desestructuración de la realidad y la experiencia, que no sólo conlleva la atemporalización y la presentificación, sino también la ruina del espacio ordenado del primer capitalismo. De ahí la radicalización del diagnóstico de Jameson que comporta la tesis de la compresión espacio-temporal; a su entender:

> "la intensidad de la compresión espacio-temporal en el capitalismo occidental a partir de la década de 1960, con todos sus rasgos congruentes de *transitoriedad* y *fragmentación*, [...] parece revelar un contexto de experiencias que convierte a la condición posmoderna en algo especial. Pero si situamos esta

[4] Para una lectura alternativa de la obra de Harvey, en la que se desatienden como escasamente significativas las propuestas de *La Condición de la Posmodernidad*, véase Castree (2009).

> condición en su contexto histórico, como parte de una historia de *olas sucesivas de compresiones espacio-temporales* generadas por las presiones de la acumulación capitalista en su constante afán de *aniquilamiento del espacio por el tiempo* y la *reducción de los tiempo de rotación*, al menos podemos situar la condición de la posmodernidad en el espectro de una situación accesible al análisis y la interpretación materialista histórica" (Harvey 1998: 339; cursiva RR).

La compresión del tiempo significa el triunfo en todos los planos (no sólo en el económico) de la experiencia de lo transitorio, lo volátil, lo efímero, lo instantáneo, lo desechable, pero también la emergencia de un presente encerrado en sí mismo, la "sensación de horizontes temporales que colapsan" (ibid.: 321) y la consecuente "pérdida de un sentido de futuro" (ibid.; 322): caída, pues, en la atemporalidad y la presentificación extremas. Pero esta caída no va de la mano de una espacialización de la experiencia. El espacio del capital también colapsa, fragmentándose, horadando las fronteras que lo separaban y ordenaban y rompiendo las distancias: nada está aquí o allí, lejos o cerca, dentro o fuera. Genera así su paradoja central: el espacio fragmentado y destruido es sustituido por la relevancia del lugar en el marco de un capitalismo que genera un espacio económico altamente unificado:

> "cuanto menos importantes son las barreras espaciales, mayor es la sensibilidad del capital a las variaciones del lugar dentro del espacio, y mayor el incentivo para que los lugares se diferencien a fin de hacerse atractivos para el capital. El resultado ha sido producir una fragmentación, una inseguridad y un desarrollo desigual efímero en un espacio económico global altamente unificado de flujos de capital" (ibid.: 327).

Las propuestas de Castells en este campo de debates, aunque inspiradas entre otros en Harvey[5], son mucho más sosegadas, aunque no por ello analíticamente más claras o fundamentadas. En el marco de su diagnóstico sobre la emergencia de la sociedad informacional en red y las transformaciones profundas del capitalismo contemporáneo ligadas a la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación (TICs), Castellls opta por una variante del diagnóstico de Jameson. Por un lado, enfatiza el triunfo del espacio sobre el tiempo en una fórmula muy sumaria: "el espacio organiza al tiempo en la sociedad red" (Castells 1997: 410). Esta primera formulación es especificada en otra formulación muy cargada en términos jamesiano-historicista en la que se plantea que "en nuestra sociedad el espacio determina al tiempo, con lo que se invierte una tendencia secular: los flujos inducen el tiempo atemporal, los lugares se circunscriben al tiempo" (ibid.: 500). Hay, pues, una inversión secular (paso de la temporalización a la espacialización),

[5] Aunque también son relevantes las propuestas de Lash y Urry (1994) de quienes se recoge la distinción entre 'tiempo del reloj', 'tiempo instantáneo' (es decir, el 'tiempo atemporal' de Castells) y 'tiempo glacial', con el consiguiente esquema de periodificación histórica: sustitución del primero por los otros dos.

pero esa inversión todavía no se halla universalmente cumplida pues se mantienen enclaves todavía temporalizados: los lugares que subsisten en los intersticios de la sociedad-red. En cualquier caso, el nuevo espacio dominante, o espacio de los flujos (ibid.: 445), domina sobre el tiempo, eliminándolo o desestructurándolo en los ámbitos estratégicos que conforma. Surge así lo que Castells (ibid.: 499) denomina el "tiempo atemporal". Su semántica es básicamente la de la atemporalidad: apoteosis de lo instantáneo o del tiempo 'real', eliminación consecuente de la experiencia de la duración, simultaneización de la experiencia, desordenación de las secuencias temporales, reino de lo efímero que se convierte, además, en fuente paradójica de la experiencia de una eternidad ficticia (o "efimeridad eterna": ibid: 502). Triunfo, pues, rotundo de la atemporalidad con algún apunte sobre la emergencia de una cultura del acontecimiento y del presente encerrado en sí mismo y sin historia, si se atiende a las características de la realidad virtual que construyen los medios de comunicación (prensa, pero sobre todo TV) (ibid.: 496)[6].

Este diagnóstico, que enfatiza la desestructuración del tiempo roto y destruido por la experiencia del instante y el desorden de la sucesión, es reiterado en trabajos más recientes que analizan la nueva cultura de la comunicación por móvil: "*La comunicación móvil también potencia el tiempo atemporal entendido como la temporalidad que caracteriza la sociedad en red*" (Castells et al 2006: 268; cursiva Castells). Castells es, pues, claro y definitivo: sobre el nuevo mundo del capitalismo en red y de las TICs reina la atemporalidad; sólo en los viejos espacios de los lugares desconectados del espacio de los flujos sigue rigiendo un tiempo, el "tiempo del reloj", que dura, ordena y proporciona continuidad; y sólo en muy circunscritos medios sociales, donde surgen nuevos movimientos sociales en pos de la identidad, emerge un tiempo que va más allá de ambos, el "tiempo glacial" (Castells 1997: 502) –tiempo sobre el que Castells es más bien sobrio y poco expresivo.

El diagnóstico de la sociología crítica de Bauman sobre el mundo social del último capitalismo atiende también al tiempo, legándonos un relato de lo que parece una caída en los infiernos. Según propone, en el mundo del capitalismo posmoderno en que vivimos estamos abocados a "soportar una vida bajo un estado de incertidumbre que es permanente e irreductible" (Bauman 2001: 32). Nos arrastra en este sentido la desregulación, la volatilidad, la discontinuidad de las trayectorias vitales y laborales, la falta de asideros colectivos (comunidad, familia, barrio) que generen seguridad y el dominio de una cultura limitada a ser una "colección de instantáneas" administrada por "una identidad-palimpsesto" (ibid.: 36). Estamos en una sociedad de riesgo a la que corresponde una vida de riesgo. Es obvio que en ese entorno la experiencia temporal del mundo se convierte en un problema mayor.

Bauman (2000: 110) asegura que "la modernidad es el tiempo en el que el tiempo tiene una historia", lo que quiere decir que es entonces cuando hace su propio desplie-

---

[6] Para una reconstrucción y valoración crítica más sistemática de estas propuestas de Castells remito a Ramos (1999).

gue, diferenciándose del espacio propiamente y haciéndose progresivamente con la realidad hasta llegar a lo que parece su suicidio contemporáneo. En efecto, la revolución de los transportes, que viene de la mano de la revolución industrial capitalista, lleva a la separación del tiempo y el espacio: tal es el resultado firme de la nueva experiencia de la velocidad. Ambos, espacio y tiempo, están entonces ordenados, confiriendo un sentido de seguridad y permanencia a la primera modernidad burguesa de propietarios, Estados y fábricas. Todo esto se derrumba tras el paso a la nueva fase de la modernidad ligera, fase en la que el tiempo desatado acaba anulando el espacio:

> "El cambio en cuestión es la nueva irrelevancia del espacio, que se hace pasar por una aniquilación del tiempo. En el universo del *software*, el espacio puede ser atravesado literalmente en no-tiempo; la diferencia entre 'allá lejos' y 'justo aquí' queda cancelada. Y de este modo el espacio cuenta poco o no cuenta nada" (ibid.: 117).

Pero anulado el espacio (la distancia, la separación, la frontera), el tiempo acaba destruyéndose a sí mismo. La propuesta de Bauman retrata la caída de los modernos en la nada de la realidad. El discurso del último día hace su aparición:

> "El tiempo instantáneo, insustancial del mundo *software* es también un tiempo inconsecuente. 'Instantaneidad' significa realización inmediata, '*on-the-spot*', pero también consumación inmediata y desvanecimiento del interés. La distancia temporal que separa el comienzo del final se estrecha o desvanece; las dos nociones [...] han perdido mucho de su sentido [...]. Sólo hay 'momentos': puntos sin dimensiones. ¿Pero un tiempo así, un tiempo con la morfología de un agregado de momentos, sigue siendo tiempo, 'tal como lo conocemos'? La expresión 'momento de tiempo' parece, al menos en ciertos aspectos vitales, un oxímoron. ¿Quizás, tras haber matado al espacio como valor, el tiempo se haya suicidado? ¿No fue acaso el espacio la primera baja en la frenética carrera del tiempo hacia su auto-aniquilación?" (ibid.: 118-9).

¿Ya ha ocurrido ese suicidio? ¿Nos encontramos tras el colapso de la realidad, producto de la conspiración densa del capitalismo, la posmodernidad y la modernidad ligera? En realidad, todavía no: la condena queda aplazada hacia "el horizonte de desarrollo de la modernidad ligera" (ibid.: 119). Con todo, el dominio de lo ligero lleva a una entronización de lo móvil, rápido, volátil, momentáneo; a una estetización de la existencia de la mano del consumo; a la ruina del principio de dilación o procastinización que permitía el sacrificio del presente en aras de un futuro mejor; a una presentificación que rompe los horizontes temporales.

> "Los hombre y mujeres de hoy en día se distinguen de sus padres y madres por vivir en un presente que 'quiere olvidar el pasado y ya no parece creer en el futuro' (Guy Debord). Pero la memoria del pasado y la confianza en el futuro han sido los dos pilares sobre los que descansaban los puentes morales y culturales entre la transitoriedad y la durabilidad, la mortalidad humana y la inmortalidad de las realizaciones humanas, al igual que entre la asunción de responsabilidades y la vivencia del momento" (ibid.: 128-9).

Bauman participa, pues, del discurso de la atemporalización radical que se combina con argumentos sobre la desespacialización del mundo y la presentificación de la existencia. Sus propuestas se acercan a las de Richard Sennet, uno de sus autores favoritos y más citados (lo inverso también es cierto: Sennet y Bauman mantienen el viejo principio de reciprocidad). Pero esa proximidad no es identificación: donde Bauman se extrema hasta alcanzar el discurso de la atemporalización, Sennet se esfuerza en limitarse a un discurso en el que se enfatiza la problematicidad del tiempo del nuevo capitalismo, no su volatilización. Ya en *La corrosión del carácter*, sus espléndidos e imaginativos análisis de los relatos de vida de trabajadores conducían a la tesis general que desvelaba que "la ansiedad personal sobre el tiempo está profundamente entrelazada con el nuevo capitalismo" (Sennet 2000: 101). Esa ansiedad resulta de los tres rasgos propios del nuevo capitalismo que Sennet, a la sombra de Bauman, denomina ligero: la cultura del plazo corto, la relevancia del 'potencial' frente a la solidez del oficio y el protagonismo creciente del papel de consumidor frente al de productor-trabajador. Es evidente que ese tipo de sujeto que reclaman las nuevas instituciones económicas, orientado al corto plazo, amnésico, siempre dispuesto a pasar de una cosa a otra y destinado a una permanente frustración de expectativas, es un ser humano "poco frecuente" (Sennet 2006: 123), privado "del sentido de *movimiento narrativo*, lo que, en términos más simples, significa la conexión de los acontecimientos y la acumulación de la experiencia a lo largo del tiempo" (ibid.: 157). Que se carezca de capacidad de narrar no es cualquier cosa: supone estar incapacitado (o enfrentar dificultades casi insuperables) para interpretar la experiencia e integrar lo que ahora se hace con lo hecho en el pasado y lo por hacer en el futuro. Sennet roza el diagnóstico de la presentificación, pero no se deja atrapar en su vertiente más dramática. El tiempo no ha desaparecido; simplemente se ha hecho problemático, difícil de narrar. La experiencia sigue siendo temporal; lo que no está claro son los instrumentos institucionales y de sentido para asignarle sentido. Los personajes cuyas vidas retrata lo intentan –aunque fracasen o no lo logren plenamente.

3. Sobre la presentificación de la sociedad contemporánea.

La centralidad o relevancia del presente en la experiencia contemporánea del tiempo social ha sido destacada de forma reiterada y variada. Lo prueba la proliferación de adjetivos para retratar una experiencia que se considera novedosa (véase Ramos 2012: 65). Como diagnóstico de época, el presentismo ha sido propuesto por el historiador François Hartog. Según argumenta, a lo largo de la historia se han ido sucediendo distintos regímenes de historicidad que no son sino "maneras de articular pasado, presente y futuro –y darles sentido" (Hartog 2003: 118). Los regímenes anteriores articulaban la experiencia alrededor de una historia que parecía ser *Magistra Vitae*, o de un futuro en el que se confiaba como Progreso; el nuevo régimen se articula alrededor de la experiencia de un presente que tiene la pretensión de permanecer, se alimenta de acontecimientos que entretienen, se administra en

tiempo real, rinde culto a lo joven, blanquea la muerte, museifica lo que acaba de ocurrir, crea lugares triviales de una memoria ligera, etc. (ibid.: 126 ss.).

Surge así el Presentismo. No está claro en el análisis de Hartog si se afirma como un régimen cabal de historicidad-temporalidad, que resuelve realmente la integración en el presente del futuro y del pasado, o más bien como una forma degenerada o patológica que segrega el presente de sus horizontes temporales, encerrándolo en sí mismo. El debate sobre la muerte del tiempo que arranca de Jameson apunta más bien en esta última dirección. Voy a centrar la atención en esa variante de presentismo que, siendo experiencia epocal, más que estructurar un nuevo régimen de historicidad-temporalidad, lo hace imposible o harto problemático. Ya se configure alrededor de un presente instantáneo, achicado y huidizo, ya alrededor de un presente ensanchado y agrandado, lo relevante es que la presentificación comporte, como en el esquema original de Jameson, el colapso del presente sobre sí mismo, su encierro, y la consiguiente falta de conexión con los horizontes de pasado y futuro. Mostraré algunas variantes.

La sociología de la aceleración es una de las corrientes actuales que desemboca más naturalmente en la temática de la presentificación. Como tal, la aceleración está ligada a la modernidad; o, dicho en la forma lapidaria de Beriaín (2008: 108), "es la forma elemental de las estructuras temporales de las sociedades modernas". Al hilo de sus indagaciones sobre la semántica de los tiempos modernos, Koselleck (2007) ha mostrado cómo, en el marco de la apocalíptica de un cristianismo sobrepasado, se constituye la auto-conciencia moderna de vivir en un mundo acelerado. Las experiencias fundamentales las brindan las tres Revoluciones (Francesa, Industrial y de los Transportes) que marcan los inicios del XIX. Desde este punto de vista, venimos viviendo y pensando la aceleración desde hace al menos dos siglos, por lo que nada de novedoso parece esconder el diagnóstico que la presenta como rasgo de época. Y sin embargo, tiene razón Harmut Rosa (2003: 27) cuando sostiene que "la modernidad tardía no es sino la sociedad moderna acelerada (y desincronizada) más allá de una posible integración". Estamos, pues, ante un diagnóstico de la época que nos ha tocado vivir que utiliza el tiempo para indicar los problemas de integración no resueltos o irresolubles. Virilio, Rosa y Eriksen encarnan tres variantes de ese discurso que atiende a la aceleración y desemboca en la presentificación[7]. El complemento de este diagnóstico se puede encontrar en Connerton, que subraya la cara amnésica de ese presente triunfante.

La dromología de Virilio se ha configurado como un discurso centrado monográficamente en la velocidad y la aceleración como característica del mundo en que vivimos y fuente de todos sus males. Breuer (2009) ha mostrado la deriva del

[7] A estas tres variantes se puede sumar la que protagonizan los seguidores de MacLuhan. Véase el librito compilado por una de sus discípulos más activos, Derrick de Kerckhove (2003). Sus propuestas son muy cercanas a las de Eriksen. Sobre la experiencia social de la aceleración centran también sus análisis Baier (2002) y Leccardi (2009).

análisis dromológico de Virilio hacia una forma extrema de nihilismo posmoderno; Connolly (2000) ha llamado la tención sobre su unilateralidad, su incapacidad para detectar los efectos ambivalentes de la velocidad. Lo sustancial de su propuesta se puede reconstruir en pocas líneas. Para Virilio, la experiencia de la velocidad-aceleración lleva al "final del espacio […], de la geografía" (Virilio 1999 a: 17, 19). Desaparecidos el espacio y la geografía, parece quedar el asidero del presente, pues "a partir de ahora, el aquí ya no existe, todo es ahora" (ibid.: 130). Pero en ese ahora escaso, inasible, falsamente explosivo, muerto, se asiste a la destrucción de los horizontes temporales o a la imposibilidad de constituirlos. El presente-ahora queda segregado, encerrado sobre sí mismo, incapacitado para ser base de ninguna experiencia propiamente dicha, pues nada acontece y todo pasa sin dejar apenas rastro (ibid.: 27). Al final, lo único que puede certificar el analista es el "movimiento en nuestra cultura hacia la nada y la desaparición" (Virilio 1984: 31). El presentismo es, evidentemente, "el accidente de los accidentes, el accidente del tiempo" (Virilio 1999 b: 81); en definitiva, la tierra del mal[8].

La sociología de la aceleración de Harmut Rosa (2003) es extraña a esta inflación de imágenes, frase breves y rotundas aseveraciones sobre el final de los tiempos que dominan la prosa acelerada de Virilio[9]. No estamos ante la descripción de un descenso a los infiernos, aunque al final la patología temporal del presentismo haga acto de presencia. Para Rosa la aceleración es un rasgo de la modernidad que se hace todavía más vivo en su fase actual (o de la modernidad tardía). Se muestra en múltiples planos de la experiencia y responde a causas variadas. No se acomoda especialmente a ninguna de las macro-sociologías, pero es coherente con las fundamentales. Tampoco hay que magnificarla como experiencia, pues ni todo está acelerado, ni lo está en el mismo grado o de la misma manera.

Rosa destaca que, en términos temporales, la aceleración plantea dos grandes problemas. Uno es muy obvio: al desplegarse de forma desigual, genera el problema de la desincronización de los tiempos sociales de los subsistemas o de las instituciones. En el campo de la política esto es especialmente claro, como destaca Rosa (2003) en seguimiento de Scheuerman (2004): hay una preocupante desincronización de los distintos poderes políticos o una crítica desincronización entre las instancias políticas y las económicas, educativas, mediáticas, etc. El otro problema tiene que ver con una de las consecuencias típicas de la aceleración: la contracción o estrechamiento del presente. Rosa recoge la idea de Lübbe (2009) quien, por su parte, no hace sino explotar propuestas que ya estaban en Koselleck (1985). En efecto, en una primera aproximación, la contracción del presente no es sino el

---

[8] En Bertman (1998) se puede encontrar una versión más esperanzada de los 'males' contemporáneos de la velocidad, que concluye con una tabla de sus efectos ambivalentes y una optimistas propuestas de reforma social.

[9] En España, Josetxo Beriaín (2008) se ha convertido en el mejor receptor y continuador de las interesantes propuestas de Rosa.

resultado de una experiencia de cambio acelerado que genera la disociación entre el espacio de la experiencia y el horizonte de la expectativa[10]. Las cosas vividas y aprendidas no son base para generar expectativas plausibles ya que lo que ha sido válido ayer deja de serlo hoy y, con más razón, mañana. Como tal, esta disociación es constitutiva de la modernidad y, según ya mostró Luhmann (1976), está ligada al proceso de diferenciación temporal que historiza el pasado, puntualiza el presente y abre el futuro. La dinámica de la aceleración social no la crea; se limita a agudizarla. De ahí, la experiencia contemporánea de un presente que se contrae más y más, separándose progresivamente de un pasado que deja de serle instructivo y de un futuro dominado por una incertidumbre radical. En ese marco, es donde se produce una presentificación patológica que Rosa conceptúa como "situacionismo" (Rosa 2003: 19) y que tendría el efecto de provocar una "destemporalización de la vida". El argumento es como sigue:

> "la gente desarrolla una nueva perspectiva que extrañamente se ha denominado 'temporalización del tiempo': los lapsos temporales y la secuencia y duración de las actividades o compromisos ya no están planificados sino abandonados a su deriva. Esta temporalización del tiempo, sin embargo, es equivalente a la *destemporalización de la vida*: la vida ya no está planeada a lo largo de una línea que se alarga desde el pasado hacia el futuro; en vez de esto, las decisiones se adoptan de 'vez en vez' según los deseos y necesidades de las situaciones y contextos" (ibid.: 19).

Prima, pues, la lógica del momento, de la situación, del ahora; por lo tanto, la lógica de un presente cuyos horizontes han desaparecido y queda encerrado en sí mismo. Estamos ante la experiencia de un presentismo que destemporaliza la vida porque destruye el tiempo[11].

Próximos a estas conclusiones se despliegan los análisis de Eriksen (2001) sobre las implicaciones temporales de la sociedad de la información en la época de la aceleración. A su entender, un tiempo que se trocea, desmigaja y fragmenta en unidades cada vez menores deja de ser tiempo. Y lo mismo ocurre con un presente

---

[10] Lübbe (200) destaca también la emergencia de la experiencia de la contemporaneidad de lo no contemporáneo vivida al hilo de la coetaneidad de generaciones que han sido socializadas en mundos heterogéneos. Se trata de un tema que viene también de Koselleck (1985).

[11] El diagnóstico es aparece también en Leccardi (2009: 26 ss.). Por su parte, el filósofo Marramao llega a conclusiones muy semejantes sobre los efectos de la aceleración. "Vivimos una vida desencajada en relación al presente" dice Marramao (2008: 101), lo que se muestra, por un lado, en la experiencia de presentes contraídos o nulificados y, por otra, en lo que califica como delirio (vivido por neuróticos y algunos segmentos de jóvenes) de un presente falsamente eterno que no sabe salir de sí mismo. Estas propuestas de Marramao se sitúan en un punto (casi intermedio) entre los teóricos del presente contraído y nulo y los teóricos (Lipovetsky y Maffesoli) del presente eterno o de gozo.

que queda encerrado en su laberinto, sin capacidad para durar o para proyectarse en horizontes propios. El tono de Eriksen elude el dramatismo de Virilio; gran parte de sus tópicos sobre el tiempo de la sociedad de la información y el impacto temporal de las TICs no son sino variantes de las propuestas de Castells. Pero su énfasis en el sacrificio del tiempo encerrado en un presente aduracional es más claro. Un diagnóstico de conjunto permite comprobarlo:

> "el flujo sin trabas y masivo de la información en nuestro tiempo […] está llevando como consecuencia a una situación en la que todo amenaza con convertirse en *una serie histérica de momentos saturados sin un 'antes' ni un 'después', un 'aquí' y un 'allí' que los separen.* De hecho, incluso el 'ahora y aquí' están amenazados, pues los momentos se suceden tan rápidamente que *se hace difícil vivir en el presente*. Vivimos con la atención fijada firmemente en un punto que se adentra algo así como dos segundos en el futuro. Las consecuencias de esta extrema prisa son abrumadoras: *el pasado y el futuro, como categorías mentales están amenazadas por la tiranía del presente*" (Eriksen 2001: 2-3; cursiva RR).

La tiranía del presente comporta la destrucción del tiempo y, de su mano, una serie de efectos perversos que son recurrentes en la sociedad de la información: cotidianeidad dominada por la prisa, primacía de la urgencia en los procesos decisionales, amontonamiento (*stacking*) de asuntos a la espera de ser considerados, déficit de atención en los receptores de informaciones, problemas de selección de lo relevante, disolución del saber en una información desbordante e inasimilable, etc. (ibid.: 149-50).

Una escueta aproximación a las propuestas de Connerton (2009) permitirá completar el cuadro de desapariciones que son compañeras de la del presente. El tema de Connerton es la memoria/olvido. Lo peculiar de su análisis es su apuesta por conectar la preservación de la memoria con la del espacio. Siguiendo esta hipótesis, propone que, en el mundo actual dominado por el capital, el espacio se esfuma y con él la posibilidad de encontrar asideros para la memoria en sus distintas variantes (cognitiva, personal, habitual).

> "La creciente escala de los asentamientos humanos, la producción de la velocidad, y la reiterada destrucción intencional del entorno construido generan una difusa, aunque poderosa y omnipresente, amnesia cultural; y todos ellos, por su parte, son el producto del proceso capitalista de producción. La modernidad, o por lo menos su componente representado por la expansión económica del proceso capitalista de producción, produce amnesia cultural no casual, sino intrínseca y necesariamente. El olvido se engendra en el seno del mismo proceso de producción, incorporado en la experiencia corporal de sus espacios de vida [*life-spaces*]" (Connerton 2009: 125).

La cultura del capitalismo de la velocidad y la prisa, de la destrucción 'creativa' del espacio urbano y natural, es la cultura de una amnesia que lo domina todo, acortando y encerrando el presente, y que apenas encuentra compensación en la paradójica 'hipermnesia' que proporcionan las nuevas tecnologías de la información. La nues-

tra, concluye Connerton, es "una modernidad que olvida" (ibid.: 147), encerrada en un presente desgajado.

Al flanco de la sociología de la aceleración, y enfrentada a su orientación más bien denunciatoria y crítica, se encuentra otra sociología interesada en el presentismo cuyas conclusiones difieren tajantemente de las que se acaban de resumir. En esa variante de la sociología se asiste también a un diagnóstico de actualidad que insiste en el presentismo, pero reconstruido como una experiencia que, si bien encierra al sujeto en un ahora que se auto-contiene, no es evaluada como un menos, una pérdida o una degradación, sino como gozo o liberación. Una breve incursión por alguno de los temas de las sociologías del presente de Lipovetsky y Maffesoli permitirá dar cuenta de esta alternativa.

Es claro que los análisis de la modernidad que se han sucedido en la obra de Lipovetsky se resisten a la tentación del nihilismo y el descenso a los infiernos. Como sostiene en las páginas finales de uno de sus últimos libros sobre el tema:

> "La edad presentista no es en absoluto una edad enclaustrada, encerrada en sí misma, entregada a un nihilismo exponencial" (Lipovetsky 2006: 106).

Es esto firme y constante en su obra: las formas de la modernidad (post- e hiper-) que nos ha tocado vivir sucesivamente son presentistas, pero no malditas. Sobre este fondo surgen profundas diferencias en sus sucesivos escritos. Son las que separan las tesis del presentismo hedonista y despreocupado, que se hacían a la luz en *El imperio de lo efímero* (Lipovetsky 1990), de las tesis sobre el presentismo paradójico (entreverado de un futuro, indeterminado y anunciador de peligros, y de un pasado museificado y re-visitado) que aparecen en *Los tiempos hipermodernos* (Lipovetsky 2006) –y que denomina "presentismo de segunda generación" (Lipovetsky 2006: 66). Es evidente que en esta última obra su análisis alcanza una complejidad y riqueza mayores, esforzándose en dar cuenta, en sus múltiples matices, de una época que ama y teme el futuro y no puede encerrarse en el presente, aunque lo desee. Pero aquí me interesan más las propuestas de su primera obra. Ejemplifican una variante significativa del discurso de la presentificación como derrota (en este caso, gozosa) del tiempo. Las propuestas no son sólidas, parecen (al mismo Lipovetsky posterior, sin duda alguna) ingenuas, pero son ejemplo claro de un modo de concebir la presentificación.

En *El imperio de lo efímero* se diagnostica que vivimos bajo el imperio de la moda y, por lo tanto, de la novedad, lo efímero, lo que gusta pero no para siempre, lo que es fuente de gozo que será seguido por otra fuente insospechada. Esto supone el triunfo de una nueva temporalidad que sustituye a la tradición y al futuro como fuente de estructuración de la realidad, esa "temporalidad que desde siempre ha gobernado la moda: el presente" (Lipovetsky 1990:300). Se trata de un presente que queda afirmado en sí mismo, totalmente emancipado de un pasado que desprecia y que apenas se inquieta por un futuro que "aparece desvaído y abierto" (ibid.: 306). No es un presente de angustia, sino de gozo, dominado por un hedonismo que, a decir de Lipovetsky está a la "búsqueda de la salvación individual en las novedades como tantos otros estímulos y sensaciones propicios a una vida rica y plena" (ibid.:

305). ¿Qué ha quedado de aquella conjetura de Jameson (1995: 66) que, dando cuenta del presente esquizofrénico del capitalismo posmoderno, proponía un sujeto que podía oscilar entre la angustia y "la intensidad intoxicadora o alucinatoria de la euforia"? Lipovetsky destina la presentificación al gozo; su elogio del *carpe diem* no lo es de un refugio en el que guarecerse de sinsabores, sino de una vida plena y autoafirmativa[12].

Los análisis de Maffesoli sobre el mundo de la socialidad contemporánea proponen también un presentismo hedonista y despreocupado, que acepta y goza la heterogeneidad de la vida y se abandona en brazos de un ahora que se quiere eterno. Lo que llama la atención de Maffesoli es la relevancia contemporánea de un estar-juntos mediado emocionalmente que va más allá de, y no es reductible a, lo social basado en el entendimiento y el acuerdo entre partes. Lo llama lo trágico-dionisíaco[13] y constituiría el rasgo propio de los tiempos que contemplan el ocaso de los grandes proyectos, la ruina del sueño de la razón uniformante y, en definitiva, el declive de una modernidad cansada. En ese marco, lo que cuenta es el hedonismo del ahora, un abandonarse a "la calmada pasión del presente, el deseo de vivir sin preocuparse demasiado del provenir […]; lo que ocurra mañana importa poco desde el momento en que se puede gozar, aquí y ahora, de lo presente" (Maffesoli 2000: 57). La época que vivimos sería, según este diagnóstico, la del presentismo del gozo en busca del instante eterno que todo lo llena. Esto es lo nuevo y lo que desplaza a la vieja temporalidad volcada en la tarea absurda de dominar el futuro.

4. Sobre la espacialización del mundo social y su ciencia.

La propuesta de Jameson sobre la deriva espacializante del régimen de vida posmoderno ha conocido un destino paradójico en la ciencia social crítica. Tal como fue enunciada, pretendía denunciar una degradación de la vida social cuyas víctimas eran los sujetos que perdían la historicidad y la arquitectura temporal del mundo. Como ha puesto de relieve Doreen Massey (2005: cap. 7), ese diagnóstico-denuncia se asentaba en un dualismo implícito -fuertemente arraigado en la cultura crítica y denunciado en su momento por Foucault- que identificaba el tiempo con un más (la vida, lo creativo, la emancipación) y el espacio con un menos (la muerte, la repetición, la sujeción). La pérdida del tiempo y la caída en el espacio significaban, en

[12] Partiendo de presupuestos diferentes, Brodowsky et al (2008) llegan a tesis semejantes sobre la orientación a un presentismo de gozo de la subcultura gay.

[13] El recurso a lo trágico en este contexto de análisis en el que se intenta fundamentar la experiencia posmoderna del instante eterno me parece arbitrario, aunque es el resultado último de una línea de publicaciones emprendida por Maffesoli desde los años '80 (véase Maffesoli 1985 y 1996).

consecuencia, la ruina de la vida, la creatividad y la emancipación. El espacio era un infierno helado posterior al desastre de la historia.

El tópico ya había encontrado fuertes resistencias en la antropología, por lo menos desde los tiempos de Lévi-Strauss. Sus conocidas críticas del privilegio 'humanista' de la historia y su consecuente rechazo de la idea de los pueblos 'sin historia' (Lévi-Strauss 1962) engendraron múltiples variantes entre las que la más rotunda fue la de Fabian (1983) y su denuncia de la antropología como un saber alócrono[14] que expulsa a las otras culturas del presente en el que viven, para situarlas en algún pasado o en épocas históricas anteriores a las del antropólogo que las observa, describe y analiza. El infierno no tiene por qué ser el espacio o lo que se da a la vez, sino que lo puede ser el tiempo, es decir, lo que se presenta como sucesión e historia.

Este contra-tópico encontrará acogida y acomodo entre otros científicos sociales –y especialmente entre los geógrafos, los proponentes de los estudios culturales o los teóricos de la globalización. Es así como al legado de Jameson se le da, en una parte sustantiva, la vuelta: no sólo porque la denuncia de la espacialización se convierte en su elogio, sino también porque ese elogio se construye en contra de un tiempo que ha dejado de ser clave de la emancipación crítica. La publicación de *Geografías Posmodernas* de Edward Soja a finales de los '80 firma el acta de nacimiento de una nueva (en principio posmoderna) ciencia social que reivindica el espacio de una forma que, queriéndolo o sin querer, le da la vuelta a lo implícito en el argumento de Jameson. En efecto, donde había distanciamiento crítico, hay ahora aceptación; si el mundo está espacializado, la ciencia social crítica debe reconformarse en consecuencia:

> "la posmodernidad, la posmodernización y el posmodernismo parecen ser formas adecuadas de describir la *contemporánea restructuración cultural, política y teorética*, y de destacar la *reafirmación del espacio* que está entremezclada complejamente con ella" (Soja 1989: 5; cursiva RR).

Comienza así el 'giro espacial' en el que, a gusto o a disgusto, se ha venido instalando una parte importante de la ciencia social 'crítica' de las últimas décadas, sobre todo a raíz del éxito de los estudios culturales y del paso del debate de la posmodernidad al de la globalización (Featherstone & Lash 1995). La ventaja de recurrir a Soja es que en su obra está muy claro el programa que se quiere poner en marcha; se trata, dice, de:

> "la reafirmación de una perspectiva espacial crítica en la teoría y el análisis social contemporáneo. Por lo menos durante el siglo pasado, el tiempo y la historia han ocupado un lugar privilegiado en la conciencia teórica y práctica del marxismo occidental y de la ciencia social crítica. Comprender cómo se hace la

[14] El adjetivo alócrono es utilizado por Fabian (1983: 32) como antónimo de isócrono, significando lo que es de, o se sitúa en, otro tiempo; es la negación más rotunda de la coetaneidad o contemporaneidad.

> historia ha sido la fuente principal de las aproximaciones emancipatorias y de la conciencia política práctica […] Hoy, sin embargo, puede ser el espacio, más que el tiempo, el que atesora consecuencias para nosotros; la 'producción' [*making*] de la geografía, más que la de la historia, la que nos proporciona un mundo más revelador tanto en términos tácticos como teóricos" (ibid.: 1).

Queda bien claro qué se entiende por tiempo a abolir o circunscribir; se trata de un tiempo identificado con la historia, que no hace sino identificarla con la emergencia del cambio a partir de la praxis humana. En el marco de ese dominio de lo temporal, dar cuenta de un fenómeno social era tanto como situarlo en una historia contada o a contar. El tiempo es historia que narra los cambios que se suceden. Prescindir del tiempo o resituarlo es tanto como abolir el privilegio del relato histórico. ¡Una pobre concepción del tiempo, de la mano de una pobre concepción de la historia! Por eso se puede decir, sin pérdida alguna, que no se pretende la abolición de lo histórico-temporal, sino su conversión en un paisaje de fondo, obvio y aproblemático, sobre el que pintar un cuadro lleno de vida que dramatiza las relaciones espaciales.

> "Proponer que la historia es la materialización de la vida social provocaría escasa controversia, especialmente entre los marxistas. Es algo virtualmente axiomático para el análisis materialista histórico. Pero es en este nivel fundamental, axiomático y ontológico, en el que la espacialidad ha de incorporarse como una segunda contextualización/materialización del ser social. La constitución de la sociedad es espacial y temporal; la existencia social se hace concreta en geografía e historia" (Soja 1989: 127).

Todo vale y ha de conseguir su reconocimiento, pero es la geografía la que se llena de vida más allá de la historia-tiempo, obvia y dada por descontado. Lo que el nuevo giro quiere liberar es la "imaginación espacial" en un mundo en el que, según parece, el tiempo y la historia se han convertido en obstáculos para que surja. La espacialización siempre es ambivalente (espacio/tempo), pero no deja de marcar de forma diferente las dos caras que reconoce[15].

Esa ambivalencia se reafirma, por ejemplo, en la obra de Arik Darlik (2007). Propone la tarea de hacer una aproximación a la vez histórica y espacial a la modernidad global en la que vivimos, pero primando claramente la perspectiva espacial. Esta apuesta por el espacio se argumenta porque, en una reducción adicional del concepto de tiempo, lo identifica con su obsoleta versión historicista eurocéntrica, es decir, con un proceso unitario y universal de evolución socio-cultural que tiene su centro de irradiación en occidente y se desarrolla de forma continua y homogé-

[15] Algunos partidarios de los estudios culturales llevan su crítica a la modernidad=tiempo hasta el extremo de apostar por una lógica unilateral del espacio sin admitir la posible conciliación que supondría considerar el espacio-tiempo. Véase en este sentido las propuestas 'fuertes' de Grossberg (2003: 170-1).

nea por todo el planeta. De este modo, cada sociedad ocuparía un lugar más o menos cercano/lejano del origen o de la meta. En contra, Darlik objeta que el proceso de globalización, una vez alcanzada su actual fase, es un proceso sin dirección temporal universal prefijada que actúe de forma continua. Hay que describirlo mejor en términos espaciales –de ahí el '*spatial turn*'- en el marco de conceptos como *fragmentación, descentramiento, integración-homogeneización, separación-diversificación-diferenciación, pluralidad* de modernidades, etc. (Darlik 2007: 20 ss.). De este modo, lo importante no es la dirección en el tiempo de un proceso unitario, sino la distribución por el espacio de los elementos de un proceso heterogéneo. La globalización invita a pensar la contemporaneidad de lo heterogéneo, más que su sucesión en el tiempo. En concreto, "la modernidad global se caracteriza por la contemporaneidad temporal, lo que la distingue de la anterior modernidad eurocéntrica" (ibid.: 94-5). Y esto significa que no hay superiores/inferiores; que las diferencias no se pueden conceptuar en términos temporales (adelantados/retrasados); que, simplemente, coexisten en el espacio modernidades diferentes que se condicionan entre sí, dependen de, o se engendran, las unas a las otras sin que unas fijen el porvenir o futuro de las otras. Hay muchas tradiciones o legados que son compatibles con la modernidad en su fase actual de modernidad global –una modernidad sin teleología, puramente espacial.

De nuevo, el enriquecimiento del análisis espacial va de la mano del empobrecimiento del lenguaje temporal. El tiempo y la temporalización del ser que intentaron los modernos se identifican sin más con el monstruo que quitaba el sueño a Popper: el historicismo. El mundo de la ciencia social se concibe como un contenedor de escaso tamaño en el que si se mete mucho espacio hay que quitar algo de tiempo. Implícitos de este tipo se encuentran incluso en la obra de Doreen Massey que, como se hace evidente en sus escritos más allá de cualquier duda, aboga por la superación del dualismo espacio/tiempo y una convergencia de los respectivos saberes: hay que acabar con la guerra que enfrenta a *Kronos-kairos* y *Khora-topos*. Frente a esto, Massey (2005: 56) reivindica "la necesidad *mutua* del espacio y el tiempo. La vitalidad del mundo se apoya en ambos, necesariamente juntos". Más adelante habrá ocasión de volver sobre esta propuesta y reivindicar su pertinencia. Pero lo que todavía llama la atención en su argumentación es el implícito que enriquece el análisis espacial y empobrece el temporal, como si en el uno estuviera todo por decir o innovar y en el otro todo ya visto y dicho. El tiempo es el cambio; el espacio, por el contrario algo mucho más complejo y, desde luego, algo lejano de las ideas tópicas (lejos/cerca, dentro/fuera, al lado/separado de): una esfera en la que se entrelazan un mundo relacional, heterológico y simultáneo; o en una de sus formulaciones sintéticas una "simultaneidad de trayectorias múltiples" (ibid.: 61). Esa apuesta por el espacio, tendría, además, la virtud de desatar efectos emancipatorios:

> "la espacialización de la teoría social y del pensamiento político puede llevar a imaginar un más pleno reconocimiento de la simultánea coexistencia de los otros con sus propias trayectorias y sus propias historias que contar" (ibid.: 11).

No se entiende la razón por la que un análisis emancipatorio, atento a la simultaneidad, las trayectorias y las historias que lo heterogéneo ha de contar, es propiamente espacial y no más bien temporal o, en cualquier caso, espacio-temporal. ¡El espacio muerto ha resucitado para quedarse con la herencia crítico-emancipatoria de que un día disfrutara el tiempo! Afortunadamente, al final siempre llega un salvador; es cuestión de esperar despiertos.

5. ¿Un tiempo enfermo?

En las anteriores secciones se ha procedido a una lectura selectiva de una literatura desbordante. Se ha pretendido mostrar, centrándose en unos cuantos casos, de qué modo una mayor atención al tiempo, o una ciencia social temporalmente más reflexiva, desemboca en la paradoja de dar por muerto o seriamente enfermo aquello a lo que se parecía atender. Evidentemente, ese tiempo que se diagnostica enfermo (o de sobra o auto-contradictorio) se dice de muchas maneras, es decir, tiene una semántica compleja. No puedo aquí desentrañarla. Me limito a apoyarme en una tradición multisecular y rebosante de *auctoritas*, que ha sido reconstruida en los trabajos de referencia de Ricoeur (1983-5) o Blumenberg (1996). Esa tradición asegura que el tiempo se dice de dos maneras o como una combinación compleja de ambas: o es tenido por tiempo de la conciencia o de la vida, y se constituye en lo que McTaggart (1968) llamara la Serie A; o se presenta como tiempo del cosmos o del mundo, constitutivo de su Serie B. Sea lo uno, sea lo otro, sea la combinación de ambos, esa dualidad no se puede reducir a una de sus caras[16]. En consecuencia, todo lo que se diga sobre el tiempo social o se refiere a una de esas caras o a ambas a la vez. También lo que se diagnostica sobre sus enfermedades, auto-negaciones o desapariciones. La problemática de la atemporalidad atiende a la Serie B; la del presentismo a la Serie A; la de la espacialización a ambas a la vez. En el primer caso, se dice que el tiempo falta porque no dura, no está ordenado, es instantáneo, carece de dimensiones, no es continuo, etc.; en el segundo, su ausencia se marca por su reducción a uno de sus momentos, el presente; en el tercero, ya se pasa a decir sin más que el tiempo, todo el tiempo, o falta -porque el mundo se ha espacializado- o sobra -porque dificulta, o interfiere negativamente en, la descripción y el análisis de lo social.

No todos alcanzan estas conclusiones. Es muy obvio que la sociología temática y sustantivamente temporalizada de las últimas décadas no coincide universalmente en levantar el acta de defunción del tiempo. Pero siendo esto cierto, no lo es menos

[16] Una especificación de esta propuesto sobre la dualidad constitutiva del tiempo se puede encontrar en Ramos (1992). En un sentido cercano se puede atender a lo expuesto en Ramos (2006) y las referencias allí recogidas.

que tiende de manera suficientemente generalizada hacia ese diagnóstico. ¿Por qué y a qué precio?

Marx no era Dante; no le tentaba escribir el canto del infierno capitalista. A algunos de sus seguidores o, en términos generales, a los impulsores de una ciencia social crítica no les ocurre otro tanto. Una parte significativa de la ciencia social (sociología, antropología, historiografía, geografía, epistemología social) del tiempo aparece bajo el envoltorio de ciencia crítica y no ha sabido superar la tentación de presentar el mundo que analiza como 'tierra del mal'. Como tal, resulta una realidad infernal, poblada de demonios en la que todo lo que tiene valor está en ruina y entre esos bienes el que aquí interesa: la historia, el tiempo en su conjunto, la duración, el presente, el futuro o el pasado. Ya Adorno (1966 y 1985) fue víctima del fácil recurso a Satán: su sociología de la nueva música era la palanca para retratar la desaparición del tiempo, el acontecimiento, el futuro, la continuidad, como rasgos del mundo del capitalismo desaforado en que vivía. Desde entonces, este tema se repite. Lo que procediendo así se gana en términos de condena moral y tremendismo estético, se pierde en capacidad analítica. La crítica no debería ser ni angélica ni satánica; debería limitarse a ser analítica y pragmáticamente esclarecedora.

Pero no se trata tan sólo de los desvaríos de algunas variantes de la teoría crítica. En el fondo, la empresa de la sociología ha sido desde siempre una respuesta del *logos* a la percepción en términos de *pathos* del mundo contemporáneo. Su función –por lo menos una de las fundamentales- es alarmar. ¿Qué mayor alarma que la que dice que el tiempo y el espacio han desaparecido y lo demuestra con los datos en la mano? También Durkheim alarmaba diciendo que nos habíamos quedado huérfanos de normas y de dioses; o Weber, asegurando que estábamos encerrados en una carcasa de hierro que asfixiaba el sentido. No hay más que dar otro paso en la misma senda para alcanzar la conclusión de que el tiempo (y el espacio) también han desaparecido, y que somos huérfanos radicales, pues todo nos falta; en realidad, hincamos firmemente los pies sobre la nada.

No entro en la pragmática de la alarma o de la teoría crítica. No me interesa calibrar para qué y hasta qué punto sirven para enfrentar el mundo. Quiero únicamente someter a evaluación los fundamentos lógicos y empíricos de los diagnósticos reseñados. Esa evaluación conduce a proponer un conjunto de razones que fundamentan el rechazo de esa deriva de la sociología del tiempo. Enumeraré algunas.

Primera razón: el tiempo social no se puede reconducir a una matriz unitaria. El error de las sociologías del tiempo reseñadas radica en proponer un cambio en el tiempo social que se puede reducir a un modelo único o dominante. De este modo, tras un período (modernidad, primer capitalismo, sociedad sólida, etc.) en el que regía la disciplina temporal, el orden en las secuencias, el 'tiempo del reloj' y la futurización sistemática de los horizontes temporales, surgiría otro en que todo eso es sustituido total o sustancialmente por una temporalidad tan paradójica, que se niega a sí misma. La idea que informa esa propuesta es la de un tiempo unitario que domina cada estadio epocal del cambio social. Se enfrenta, como tal y sin ser plenamente consciente de ello, a la hipótesis de la pluralidad del tiempo social. Esa hipótesis es constitutiva de la sociología del tiempo: si el tiempo fuera siempre el

mismo (universal, necesario, absoluto) no tendría sentido construir una sociología que lo tematizara[17]. Esto ha sido afirmado desde la época de los durkheimianos y ha conocido múltiples maneras de concretarlo (véase Adam 1990 o Valencia 2007). Esa pluralidad es tanto diacrónica como sincrónica –y son ambas caras las que hay que considerar. Por un lado, va de la mano del cambio social. Esto es indudable: suponemos así que las transformaciones sociales producen, son soporte de y se estabilizan gracias a nuevas semánticas y prácticas temporales. De este modo, y tal como han hecho los historiadores, podemos dar cuenta del tiempo de la Iglesia, del mercader, del príncipe, de la fábrica, etc. (Le Goff 1983; Thompson 1979), como semánticas y prácticas temporales que se suceden y sustituyen en el devenir histórico. Ahora bien, sería un error pretender que las sociedades complejas se estructuran a partir de un único tiempo y que la historia no es sino el sucederse de mundos socio-culturales de prácticas y semánticas temporales unitarias. Por el contrario, basta con que se sobrepase un umbral mínimo de complejidad social para asistir a la coexistencia de tiempos distintos, cuyas relaciones pueden pensarse de maneras distintas[18], pero sin ceder a la tentación de reducirlos o derivarlos de una matriz unitaria. De ahí que la pluralidad sea diacrónica y sincrónica. El error de la sociología del tiempo analizada consiste en desconocer esto, forzando la universalización de tiempos particulares o de ámbito de pertinencia circunscrito. Lo que es *un* tiempo, con un ámbito de pertinencia a determinar, se convierte en *el* tiempo.

Segunda razón: El cambio no se puede confundir con la desaparición y el vacío. Tilly (1991) advirtió y criticó de manera ejemplar la tendencia de la sociología hegemónica del cambio social a identificar sin más el cambio con el desorden y el vacío, suponiendo que el cambio de algo (y tanto más si eso es de primer orden de importancia) comporta caída, vacío y desaparición -a la espera de que lo caído se alce, el vacío se colme y lo desaparecido reaparezca o sea sustituido por algo. De ahí esa tendencia a convertir la sociología del cambio en una sociología de la orfandad. La sociología del tiempo no ha sabido resistirse a esta tentación –tal vez en razón de su pasión por la alarma. En consecuencia, la aparición de una nueva experiencia de la simultaneidad o el acceso a una comunicación instantánea o la aceleración que estrecha el presente se han convertido en expresiones de un vacío que produce la desaparición del tiempo o su conversión en un oxímoro de difícil gestión. De un modo que no deja de sorprender, tales aseveraciones parecen desconocer lo que es obvio: que la simultaneidad es una relación ordinal temporal (tanto como la sucesión); que la instantaneidad es también una experiencia temporal; que el estre-

[17] Por lo demás, no hace falta situarse en la perspectiva sociológica (o de las ciencias sociales o humanas en general) para alcanzar esta conclusión. También las ciencias 'duras' lo proponen. Véase Fraser (1980).

[18] En Nowotny (1992b: 424), Wood (2008: 272-4) y Hutchings (2008: 166) aparecen tres formas distintas de concebir esas relaciones: como pura pluralidad, como jerarquía o como hibridación (heterotemporalidad).

chamiento o puntualización del presente es un tópico que ya se encuentra en Aristóteles y desde luego es central en S. Agustín, sin que por ello ni el uno ni el otro hayan concluido que el tiempo en la Grecia del siglo IV a.n.e., o en la Roma del siglo V, se hubiera hecho atemporal o hubiera desaparecido, sustituido o no por el espacio. En consecuencia, la sociología del tiempo debe ponerse a la tarea de desentrañar qué nuevas semánticas y prácticas temporales se ponen en marcha con la aceleración, la instantaneidad o la simultaneidad –por limitarnos a estos tópicos tan de esta época.

Tercera razón: El tiempo es constitutivamente problemático porque pone junto lo que es discordante o hasta contradictorio. No es posible desarrollar cabalmente esta tesis fuerte, pero cabe remitirse a los análisis de Ricoeur o de Marramao para encontrar los argumentos que la fundamentan. Marramao (2008: 89-94), en concreto, brinda una pista etimológica esclarecedora: el griego *kairos* y el latín *tempus* tienen un origen etimológico común cuya semántica es la de temperar, concordar, acordar, mezclar o poner juntos elementos diversos. De ahí las tensiones del tiempo (repetir/cambiar; perseverar/desaparecer, continuar/interrumpir; empezar/acabar, etc.) y su función de acordador de desacuerdos[19]. En razón de esto, a la hora de desarrollar una sociología del tiempo, hay que tomar en consideración las experiencias discordantes que el tiempo acuerda. Por lo tanto, el orden de lo efímero, lo fugaz o lo cambiante debe ser considerado en sus complejas relaciones con lo duradero, lo perenne o lo permanente. Si, como han destacado distintos analistas, las aceleraciones sociales comportan desaceleraciones (Rosa 2003), la inquietud quietudes (Bissell & Fuller 2009), las movilidades inmovilidades (Urry 2007), la amnesia hipermnesia (Connerton 2009), la destemporalización retemporalización (Leccardi 2009) y los contactos instantáneos, contratos y compromisos estables (Bressand & Distler 2003), entonces no parece sensato limitar el análisis y menos el diagnóstico final a uno de esos aspectos, por muy llamativo que sea, a costa de ocultar su compleja relación con los que lo niegan o atemperan. En consecuencia, el análisis que desvela la problematicidad del tiempo ha de abstenerse de identificarla sin más con su desaparición. Es innegable que la complejidad del tiempo lo hace siempre problemático –ya el proto-héroe Gilgamés, rey de Uruk, se quejaba de esto en una época tan remota como el 2650 a.n.e.-, pero esa complejidad, lejos de destruirlo, lo alimenta.

Cuarta razón: Carece de sentido afirmar que el tiempo sea atemporal. Si vamos más allá de las imágenes y reclamos publicitarios y nos atenemos a lo que podemos observar y analizar, entonces hemos de admitir que no es posible ningún mundo social (sea concebido como un sistema o como un entorno de la acción) en el que la complejidad no sea reducida en términos temporales, es decir, estableciendo secuencias, asignando duraciones, fijando principios y finales, acordando calendarios,

[19] En este plano es ejemplar la lectura de *Las Confesiones* agustinianas realizada por Ricoeur (1983: 19 ss.).

relojes y agendas (temporalización en términos de la serie B). Que esto no suceda siempre y en todo caso o de la misma manera, no supone que no ocurra nunca o que haya dejado de ocurrir en el campo fundamental de nuestra experiencia. De nuevo, hay que partir del reconocimiento de la complejidad y problematicidad de los acuerdos temporales. Ya hace muchos años Lewis y Weigert (1992) plantearon un esquema (jerarquía, encaje y sincronización temporales) para reducir esa complejidad, que sigue siendo operativo. Los resultados que se obtienen trabajando en ese marco analítico son superiores a los que se alcanzan postulando el hundimiento del marco temporal de la acción. En definitiva, el tiempo del entorno de la acción se configura de muchas maneras, pero no desaparece.

Quinta razón: el proceso de constitución del tiempo ocurre siempre partiendo del presente -lo que ni significa ni presupone que se quede encerrado en él. Mead (1980) lo destacó poderosamente. Deberíamos seguir sus indicaciones. El presente se puede constituir de muchas maneras. Ya se pudo atender anteriormente a la lista de sus adjetivaciones en la ciencia social contemporánea que, de alguna manera, denotan las múltiples conformaciones a que está abierto. Una de ellas es aquella que lo encierra en sí mismo, desgajándolo de sus horizontes temporales. Que eso sea para bien (el gozo del deslizarse por una realidad convertida en moda) o para mal (la angustia de no poder asir nada) es lo de menos. Lo relevante es que un presente así niega otras posibilidades que son tanto o más actualizables. Piénsese en una idea (muy cercana a ésta) propuesta por Helga Nowotny (1992): la idea de un presente extenso. En él, la primacía del presente como experiencia supone la inclusión en su ámbito de horizontes de futuro que tienen un estatuto ambiguo: son y no son de ahora; se sitúan más lejos del presente, pero ya están conformándose ahora. Es así como se reconstruye ese complejo trabajo con la crisis ecológica del futuro al que se asiste en la actualidad. En términos semejantes ha argumentado últimamente Barbara Adam en su libro conjunto con Groves (Adam & Groves 2007). Se trata sólo de un ejemplo, escogido por estar cerca de la idea de un presente encerrado en sí mismo. Más allá se sitúa lo que desde S. Agustín se ha venido pensando sobre la constitución de los horizontes temporales. El presentismo sólo hace referencia a la primacía del presente, no a la imposibilidad de constituir los horizontes del futuro y del pasado. Hay pues que atender a cómo se integran éstos en el presente y cómo se consolidan lo que, ya hace mucho, Nuttin (1985) denominó las actitudes, orientaciones y perspectivas temporales.

Sexta razón: el problema no es 'o tiempo o espacio'. Ni vivimos en la época del fin del espacio, ni en la del fin del tiempo, ni tampoco es preciso atender exclusiva o preferentemente a uno u otro para hacerla inteligible. Es, pues, estéril abordar el diagnóstico de nuestra época contraponiéndolos, como si estuviéramos ante una alternativa en la que hay que elegir[20]. En realidad, como propone Massey,

[20] Sobre el tema, la literatura y los debates sobreabundan. Como muestra, véanse Dodgshon (1999), Jessop (2009), Low & Barnett (2000), Massey (2005), Sheppard (2002).

> "el tiempo y el espacio no son reductibles el uno al otro; son distintos, pero están co-implicados. En el campo del espacio, hay una temporalidad integral de una simultaneidad dinámica. En el campo del tiempo, hay una necesaria producción de cambio a partir de prácticas de interrelación" Massey (2005: 55)

Esta mutua implicación se muestra de muchas manera: no hay más que pensar en el viejo arte de los *topoi* o *loci* de la memoria (Yates 1974) y en los resultados de la sociología de la memoria y del olvido de Connerton (2009) –que, como se apuntó antes, presenta el lugar como preservador y condición de la memoria. Esto es cierto, pero esta imbricación y mutua dependencia no ha de llevar a concebirlos como simples variantes de lo mismo o indiscernibles; son, en realidad, aspectos diferentes y no traducibles. De ahí que el *spatial turn* acabe desembocando en un *temporal return* (Jessop 2009: 135): ida y vuelta, vuelta e ida. Para algunos (Castree 2009), esta insustituibilidad significa que sólo se debería hacer análisis espacio-temporal o, lo que es lo mismo, que un análisis que atienda sólo al tiempo, o sólo al espacio, no sólo es insuficiente, sino además erróneo. No me convence esta propuesta. Si, como es obvio, no es necesario dar cuenta de todo para dar cuenta de algo, tampoco en este caso es necesario dar cuenta del espacio-tiempo en su conjunto para analizar y aclarar los aspectos temporales o espaciales de algo. El análisis espacial o temporal de los fenómenos sociales es más que legítimo, con tal de que no se pretenda agotador de su inteligilidad o suficiente. Lo que se debe intentar es hacer más complejo, rico y esclarecedor el uno y el otro. De nada vale una sociología pobre en términos temporales y sofisticada en términos espaciales; es preciso que lo sea en los dos planos. En consecuencia, nada hay que objetar a una sociología del espacio-tiempo, pero tampoco a una sociología del tiempo o del espacio.

Séptima razón: hay que dar por cerrada la *cibérbole* sociológica. El término lo ha propuesto, con ingenio y acierto, Woolgar (2006) y se refiere a la hipérbole cibernética. Llevamos ya dos décadas de alucinación sociológica con las TICs. Deberíamos ya celebrar sus funerales e invitar a sus mentores a un prudente retiro. La *cibérbole* ha sido especialmente perniciosa en los estudios contemporáneos sobre el tiempo social. Siguiendo un tópico sólidamente asentado en los *mass media*, se ha presentado el cambio tecnológico y especialmente la revolución cibernética como si comportara inmediatamente un cambio en la gramática del espacio-tiempo –un espacio-tiempo ya inscrito y prefigurado en sus tecnologías y tan sólo a la espera de la oportunidad de desplegarse. Las declaraciones programáticas en contra del tópico se han sucedido, pero acompañadas a renglón seguido de prácticas de construcción del conocimiento que lo entronizan. En esto no hemos hecho sino dejarnos seducir por la fantasía sobre los efectos espacio-temporales de las nuevas tecnologías del transporte y la comunicación que se disparara ya en el primer tercio del XIX, en los tiempos de la aparición del ferrocarril. Al poco de la inauguración de las primeras líneas, se sucedieron las advertencias sobre el asesinato del tiempo y del espacio (Koselleck 2007). Lo mismo ocurrió, a principios de siglo XX, tras el triunfo de la muy humilde bicicleta que, a decir de sus críticos, llevaba con su velocidad a la disolución de todos los lazos sociales (Kern 1983: 111-3). Como no

podía ser menos, también el telégrafo y el teléfono lo iban a cambiar todo (Marvin citado en Graham 1998: 169). Dejemos aquí los ejemplos que se podrían multiplicar sin tasa. Hablan de la alucinación tecnológica tan característica de la modernidad. En lo que a la *cibérbole* se refiere, no dudo de la relevancia de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Es muy obvia. Tampoco me parece objetable que la sociología esté atenta a sus impactos espacio-temporales. Lo que sí se puede exigir es un poco más de prudencia en los vaticinios y una mayor atención a lo que los actores sociales hacen realmente cuando las utilizan o se dejan utilizar por ella. Lo que parece apresurado e insostenible es proclamar a bombo y platillo que esas tecnologías hayan hecho, sin más y en unos pocos años, líquido lo sólido, instantáneo lo duradero, quebrado lo entero, desaparecido lo presente, muerto lo vivo y atemporal el tiempo. En contra de estos tópicos entre ingenuos y dogmáticos, hay que repetir lo que todos deberíamos saber y Wajcman (2008: 12), una buena estudiosa del tema, nos recuerda y es que "no hay una lógica temporal inherente en un artefacto que determine las prácticas temporales".

6. Conclusiones/remisiones.

Es obvia la conclusión que se alcanza. El destino de la sociología del tiempo puede eludir la paradoja que parece atenazarla. ¿Cómo? Evitando las síntesis de conjunto más bien apresuradas e invirtiendo preferentemente en la investigación empírica. Es justo reconocer que esto se lleva tiempo haciendo. Basta con considerar las investigaciones sobre el ciberespacio (Carter 2005, Graham 1998, Kitchin 1998, Pratt, 2000) o sobre la comunicación por medio de móviles (Green 2002, Licoppe 2004, Prasopoulou, Pouloudi &Panteli 2006; Wajcman 2008). Lo que alienta en esas líneas de investigación es que, para dar cuenta de las nuevas vivencias del espacio-tiempo o de cómo las tecnologías median nuestra relación con el mundo, se atiende, no a lo que supuestamente está ya inscrito en las tecnologías, sino a las prácticas de los actores. Es evidente que esas prácticas no son soberanas, pues el mundo no es una masa de plastilina moldeable a voluntad. Pero siendo esto cierto, y siendo muy prometedora la aproximación al estudio de estos fenómenos que siguen las indicación de la teoría del actor-red (Hörning, Ahrens & Gerhard 1999), no lo es menos que son los actores, haciendo y deshaciendo, los que resuelven los problemas de estructuración temporal que enfrentan –lo hacen, sepan o no lo que hacen. No se trata de un mundo intencional, sino práxico.

Pero, aunque necesaria, la investigación empírica no basta. Es preciso dar pasos en la teoría del tiempo social. No se pueden dar aquí, pero se pueden establecer orientaciones sobre su posible dirección. Hay que partir del reconocimiento de la dualidad constitutiva a la que se hizo referencia en páginas anteriores. En ese marco, se precisa, además, una teoría del tiempo social que resuelva un doble problema y la articulación de las respectivas soluciones. El primero se puede denominar problema de Ricoeur-Blumenberg y se define como el de la inserción del tiempo de la vida humana en el tiempo del cosmos externo (material, social). La pregunta estratégica

es: ¿Con qué recursos temporales cuenta un actor social, que es también tiempo incorporado, para lograr insertarse en el entorno temporal de horarios, plazos, secuencias, duraciones, etc.? El segundo problema es el de Agustín-Luhmann y hace referencia a la integración de los horizontes temporales en el presente de la acción. La pregunta estratégica se puede enunciar así: ¿Cómo se puede configurar y mantener en el presente de la acción un doble horizonte pasado-futuro que permita hacer plausible una identidad que se despliega en el tiempo? Estos son los dos problemas que ha de abordar la teoría del tiempo[21]. Sus respectivas soluciones deberán compatibilizarse.

[21] Sobre el significado del tiempo como 'recurso', como 'entorno', como "tiempo incorporado' y como 'horizonte', véase Ramos (2007 a y b).

Bibliografía

Adam, B. (1990) *Time and Social Theory*. Cambridge, Polity.

Adam, B. (1995) *Timewatch. The Social Analysis of Time*. Cambridge, Polity Press.

Adam, B. (1998) *Timescapes of modernity: the environment and invisible hazards*. London, Routledge.

Adam, B. (2004) *Time.* Cambridge, Polity Press.

Adam, B. y Ch. Groves (2007) *Future matters: action, knowledge, ethics.* Leiden, Hill.

Adorno, T. (1966) *Filosofía de la nueva música*. Buenos Aires, Losada.

Adorno, T. (1985) *Impromptus.* Barcelona, Editorial Laia.

Baier, Lothar. (2002) *Pas le temps!: traité sur l'accéleration*. Arles : Actes Sud.

Bauman, Z. (2000) *Liquid Modernity*. Cambridge, Polity Press.

Bauman, Z. (2001) *La posmodernidad y sus descontentos.* Madrid, Akal.

Beriain, J. (2008) *Aceleración y tiranía del presente.* Barcelona, Anthropos.

Bertman, S. (1998) *Hyperculture The human cost of speed.* Westport (CT): Praeger.

Bissell, D. & G. Fuller (2009) ""The revenge of the still" *M/C Journal* 12 (1) htpp://journal.media.culture.org.au/index.php/mcjournal/article/view/136

Blumenberg, H. (1996) *Tempo della vita e tempo del mondo.* Bologna, Il Mulino.

Bressand, A. y C. Distler (2003) "Il tempo dell'economia : collisioni di orizzonti o coerenze negoziate?" en D. de Kerckhove (ed.), *La conquista del tempo: società e democrazia nell'era della rete.* Roma: Editori Riuniti:61-74.

Breuer, Stefan (2009) "The nihilism of speed: on the work of Paul Virilio" en H. Rosa & W.E. Scheuerman (eds.), *High-Speed Society: Social Acceleration, Power and Modernity*. Pennsylvania, Pennsylvania State University: 215-41.

Brodowsky, G., Granitz, N. y B. Anderson (2008) "The best of times is now. A study of the gay culture's attitudes toward time" *Time and Society* 17 (2/3): 233-260.

Carter, Denise (2005) "Living in Virtual Communities: An Ethnography of Human Relationships in Cyberspace" *Information, Communication & Society*, vol. 8, no. 2, pp. 148-167.

Castells, M. (1997) *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen 1: La sociedad red.* Madrid, Alianza.

Castells, M, Fernandez-Ardevol, M, Qui, J.L. & A. Sey (2006). *Comunicación móvil y sociedad: Una perspectiva global*. Barcelona, Ariel.

Castree, (2009) "The spatio-temporality of capitalism" *Time & Society* 18, 1: 26-61.

Connerton,P. (2009) *How Modernity Forgets.* Cambridge, Cambridge University Press.

Connolly, William E. (2000) "Speed, concentric cultures and cosmopolitanism" Political Theory 28 (5): 596-618.

Dirlik, Arif 2007) *Global Modernity. Modernity in the Age of Global Capitalism.* Boulder: Paradigm Publisher.

Dodgshon, Robert A.(1999) “Human geography at the end of time? Some thoughts on the notion of time -space compression” *Environment and Planning D: Society and Space* 17: 607- 620.

Durkheim, E. (1968) *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. Paris, PUF.

Fabian, J. (1983) *Time and the Other. How Anthropology Makes his Object*. New York, Columbia University Press.

Featherstone M & S. Lash (1995) ``Globalisation, modernisation and the spatialisation of social theory: an introduction", in M Featherstone, S Lash, R Robertson (eds.) *Global Modernities* London: Sage: 1- 24.

Fraser, J.T. (1980) "Out of Plato's Cave: the Natural History of Time" *The Kenyon Review*, 2, 1: 143-162.

Graham, Stephen (1998) “The end of geography or the explosion of place? Conceptualizing space, place and information technology” *Progress in Human Geography* 22 (2): 165-185.

Green. N. (2002) “On the move: technologies, mobility and the mediation of social time and space” *The Information Society* 18: 281-92.

Grossberg, Lawrence (2003) “Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?” en S. Hall y P. du Gay (eds.), *Cuestiones de identidad cultural.* Buenos Aires, Amorrortu: 148-180.

Harvey, D. (1998) *La condición de la posmodernidad***.** Buenos Aires, Amorrortu.

Hörning, K.H., Ahrens, D. y A. Gerhard (1999) “Do technologies have time? New practices of time and the transformation of communication technologies” Time & Society 8 (2): 293-308.

Hutchings, Kimberly (2008) *Time and world politics. Thinking the Present.* Manchester, Manchester University Press. [UCM: Políticas].

Jameson, F. (1995) *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo***.** Barcelona, Paidós.

Jameson, F. (2000) *Semillas del tiempo*. Madrid, Trotta.

Jameson, F. (2003) “The End of Temporality” *Critical Inquiry*, Vol. 29, No. 4 (Summer): 695-718.

Jessop, Bob (2009) “The spatiotemporal dynamics of globalizing capital and their impact on state power and democracy” en H. Rosa & W.E. Scheurman (eds.), *High-Speed Society: Social Acceleration, Power and Modernity*. Pennsylvania, Pennsylvania State University: 135-158.

Kerckhove, Derrick de (ed.) (2003) *La conquista del tempo: società e democrazia nell'era della rete.* Roma : Editori Riuniti.

Kern, S. (1983) *The Culture of Time and Space, 1880-1918*. Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

Kitchin, Robert M. (1998) “Towards geographies of cyberspace” *Progress in Human Geography* 22, (3): 385-406.

Koselleck,R. (1985) *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*. Cambridge (Mass.), MIT Press.

Koselleck,R. (2007) "¿Existe una aceleración de la historia?" en J. Beriain y M. Aguiluz (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad*. Anthropos, Barcelona: 319-345.
Laïdi, Zaki. (2000) *Le sacre du présent*. Paris : Flammarion.
Lash S. y J. Urry (1994) *Economies of signs and space*. London, Sage.
Le Goff, J. (1983) *Tiempo, trabajo y cultura en el occidente medieval*. Madrid, Taurus.
Leccardi, C. (2009) *Sociologie del tempo*. Bari: Laterza.
Lévi-Strauss, Claude (1962) *La pensé sauvage*. Paris, Plon.
Lewis, J.D. y A.J. Weigert (1992)"Estructura y significado del tiempo social" en R. Ramos (comp.) *Tiempo y sociedad*, Madrid, CIS: 89-131.
Licoppe, Christian. (2004) "`Connected' presence: the emergence of a new repertoire for managing social relationships in a changing communication technoscape" *Environment and Planning D: Society and Space*, 22: 135 -156.
Lipovetsky, G. (1990) *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas.* Barcelona, Anagrama.
Lipovetsky, G. (2006) *Los tiempos hipermodernos.* Barcelona, Anagrama.
Low, M. y C. Barnett (2000) "After globalization" *Environment and Planning D: Society and Space* 18: 53-61.
Lübbe, Hermann (2009) « The contraction of present » en H. Rosa & W.E. Scheurman (eds.), *High-Speed Society: Social Acceleration, Power and Modernity*. Pennsylvania, Pennsylvania State University: 159-178.
Luhmann, N. (1976) "The Future Cannot Begin: Temporal Structures in Modern Society" Social Research 43: 130-52. (trad. en R. Ramos (comp.), *Tiempo y sociedad*, Madrid, CIS, 1992: 161-182).
Maffesoli, Michel (1985) *L'ombre de Dyonisos. Contribution à une sociologie de l'orgie.*Paris, Librairie de Méridiens.
Maffesoli, Michel (1996) *Eloge de la raison sensible.*Paris, Grasset.
Maffesoli, Michel (2000) *L'instant éternel. Le retour du tragique dans les sociétés postmodernes.* Paris, Denoël.
Marramao, Giacomo (2008) *La passione del presente.* Torino, Bollati Borringhieri Editore.
Martins, H. (1992) "Tiempo y teoría en sociología" en R. Ramos Torre (comp.), *Tiempo y Sociedad*. Madrid, CIS: 183-242.
Massey, Doreen (2005) *For Space*. London, SAGE.
McTaggart, J.M.E. (1968) "Time" en R.M. Gale (ed.), *The Philosophy of Time*, New Jersey, Humanity Press : 86-97.
Mead, G.H. (1980) *The philosophy of the present*, Chicago, Un. of Chicago Press (1º ed. 1932).
Nowotny, H. (1992) *Le temps à soi: génèse et structuration d'un sentiment du temps*. Paris, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
Nowotny, H. (1992b)"Time and social theory: towards a social theory of time" Time & Society 1 (3): 421-54.

Nuttin, J. (1985) *Future Time Perspective and Motivation. Theory and Research Method*. Louvain, Presses Universitaires de Louvain.

Prasopoulou, E.; Pouloudi, A. y N.Panteli (2006) "Enacting new temporal boundaries: the role of mobile phones" European Journal of Information Systems (2006) 15, 277–284.

Pratt, Andy C. (2000) "New media, the new economy and new spaces" *Geoforum* 31: 425-436.

Ramos Torre, Ramón (1992) "Introducción a R. Ramos Torre (compilador),*Tiempo y sociedad* CIS, Madrid vi-xxiii.

Ramos Torre, Ramón (1995) "Ocho tesis sobre la estructura temporal de las sociedades contemporáneas" *Papeles de la FIM* nº 3 (2ª época): 77-90

Ramos Torre, Ramón (1998) "El desvanecimiento de Cronos: aspectos de la temporalidad en las sociedades actuales" en AA.VV., *El malestar urbano en la gran ciudad*, Madrid, Talasa: 33-44.

Ramos Torre, Ramón (1999) "Red, identidad, espacio y tiempo: algunas observaciones sobre *La era de la Información* de Manuel Castells" *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 86: 379-386.

Ramos Torre, Ramón (2006) "Time's Social Discourses" *Kronoscope. Journal for the Study of Time.* 6 (2):231-247.

Ramos Torre, Ramón (2007a) "Metáforas sociales del tiempo en España: una investigación empírica" en Carlos Prieto (ed.) *Trabajo, género y tiempo social.* Editorial Complutense y Editorial Hacer: 173-204.

Ramos Torre, Ramón (2007b) "Presentes terminales: un rasgo de nuestro tiempo" en Juan A. Roche Cárcel (ed.), *Espacios y tiempos inciertos de la cultura.* Editorial Anthropos: 171-181.

Ramos Torre, Ramón (2009) "El tiempo en la sociología: del círculo virtuoso a la paradoja" en Guadalupe Valencia (coordinadora*), El tiempo en las ciencias sociales y las humanidades.* Universidad Nacional Autónoma de México. México: 99-120.

Ramos Torre, Ramón (2012) "A la contemporaneidad le falta el tiempo. Apuntes sobre la ciencia social actual y su retrato de lo contemporáneo" en J. Gandarilla, R. Ramos y G. Valencia (coordinadores), *Contemporaneidad(es).* Madrid: Sequitur: 63-76.

Ricoeur, P. (1983-5) *Temps et récit*. (vols. I, II y III) Paris, Seuil.

Rosa, Harmut (2003) "Social acceleration: ethical and political consequences of a desynchronized high-speed society" *Constellations* 10 (1): 3-33.

Rosa, H. y W.E. Scheuerman (eds.) (2009) *High-Speed Society: Social Acceleration, Power and Modernity*. Pennsylvania, Pennsylvania State University.

Sánchez Usanos. D. (2010) "Posmodernidad y experiencia temporal: Fredric Jameson" Cominucación presentada en el GT de Sociología del Tiempo. X Congreso Español de Sociología. Pamplona 2010.

Scheuerman, William. (2004) *Liberal Democracy and the Social Acceleration of Time*. Baltimore: John Hopkins University Press.

Scheuerman, William. (2009) "Citizenship and speed" en H. Rosa & W.E. Scheurman (eds.), *High-Speed Society: Social Acceleration, Power and Modernity*. Pennsylvania, Pennsylvania State University: 288-306.

Sennett, R. (2000) *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona, Anagrama.

Sennett, R. (2006) *La cultura del nuevo capitalismo.* Barcelona, Anagrama, 2006.

Sheppard, Eric (2002) "The spaces and times of globalization: Place, scale, networks, and positionalitity" *Economic Geography* 78 (3): 307-30.

Soja, Edward W. (1989) *Postmodern Geographies. The reassertion of space in critical social theory*. London. Verso.

Thompson, E. (1979) "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial" en E.P. Thompson, *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona, Crítica: 239-93.

Tilly, Ch. (1991) *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes.* Madrid, Alianza.

Urry, J. (2007) *Mobilities*. Cambridge: Polity Press.

Valencia, Guadalupe (2007) *Entre cronos y kairós. Las formas del tiempo sociohistórico.* Barcelona, Editorial Anthropos.

Virilio, Paul (1984) *L'horizon négatif : essai de dromoscopie.*Paris : Galilée.

Virilio, Paul (1999 a) *La bomba informática*. Madrid, Cátedra.

Virilio, Paul (1999 b) *El cibermundo, la política de lo peor. Entrevista con Philippe Petit*. Madrid, Cátedra.

Wajcman, J. (2008). "Life in the fast lane? Towards a sociology of technology and time" *The British Journal of Sociology*, 59, 1, 59-77.

Wood, Charles H. (2008) « Time, cycles and tempos in social-ecological research and environment policy » Time and Society 17 (2/3) : 261-82.

Woolgar, S. (2006) "¿Un Internet reflexivo? La experiencia británica de las nuevas tecnologías electrónicas" en M. Castells (ed.), *La Sociedad Red: una visión global.* Madrid, Alianza Editorial: 168-88.

Yates, F. (1974) *El arte de la memoria.* Madrid, Taurus.

Los discursos sobre la modernización de los Servicios Públicos de Empleo: ¿hacia una nueva forma de gobernanza?

Carlos Jesús FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ
Universidad Autónoma de Madrid
carlos.fernandez@uam.es

María Paz MARTÍN MARTÍN
Universidad Complutense de Madrid
paz.martin@egeco.es

Recibido: 08-05-2013
Aceptado con modificaciones: 16-12-2013
Aceptado finalmente: 20-01-2014

Resumen
Las transformaciones en el modelo organizativo e institucional de la administración pública, que se vienen produciendo en gran número de estados de bienestar europeos desde los años ochenta, han sido una de las respuestas más consensuadas para hacer frente a una supuesta crisis de la cuestión social en el seno de la Unión Europea. Esta reforma administrativa, apoyada sobre herramientas de definición teórica como la nueva gestión pública, la gestión por objetivos o el partenariado, entraña transformaciones semánticas ("reparto de responsabilidades", "coste efectivo" o la sustitución de la noción de ciudadano administrado por la de cliente) y políticas (predominio de la dispersión del poder e individualización de las responsabilidades) que operan en los marcos de actuación y relación cívica entre el Estado y el individuo. Los paradigmas de la activación y la flexiguridad albergan este proyecto de modernización de la administración. Esta apuesta por una nueva gobernanza de lo social tendrá importantes consecuencias para los fundamentos políticos y morales de la cohesión social. En el sistema de empleo español, como en otros de Europa, esta reforma se ha planteado en clave de "modernización" del servicio público de empleo. El presente trabajo pretende ahondar en las representaciones de "modernización" que se desprenden de los debates en torno a la reestructuración de los servicios de empleo, haciendo previamente alusión a la trayectoria que ha seguido el proceso de reforma administrativa de los servicios públicos de empleo desde su despegue en la década de los ochenta hasta el inicio de la crisis.
Palabras clave servicio de empleo, políticas activas, modernización, partenariado, flexiguridad, gobernanza

Discourses on Modernization in the Employment Public Services: Towards a New Form of Governance?

Abstract
The "crisis of the social issue" in the EU has led to a certain consensus in the need to renew the organizational and institutional model of public administration. The core of the reform implies important administrative changes in most of the European welfare states. Those changes are inspired on theories such as the new public management, management by objectives or partnership. Such changes involve both semantic ("sharing responsibilities", "effective costs", or the substitution of "citizen under an administration" by "consumer") and political (predominance of scattered forms of power and the individualization of responsibilities) transformations which operate in the framework of individuals and State relations. The paradigms of activation and flexicurity have been central in this public administration modernization project. This commitment with new forms of governance of social issues has important consequences for the political and moral foundations of social cohesion, and the Spanish case is not an exception. This paper aims at looking at those representations of "modernization" (as they appear in debates about the employment services restructuring policies) in detail as well as providing references to the trajectory of such reforms of public services since the early eighties to the beginning of the crisis.

Key words: employment services, active policies, modernization, partnership, flexicurity, governance.

Referencia normalizada
Hernández-Carr, A. (2014). "El salto a la nueva extrema derecha: una aproximación a los votantes de Plataforma per Catalunya". *Política y Sociedad*, Vol.51 Núm.1 177-200

Sumario: Introducción. 1.Flexiguridad y modernización de los servicios públicos de empleo en España. 2.El discurso de los actores sociales en torno a la modernización de los servicios de empleo. 3.Conclusiones. "Nos coordinamos entre nosotros": poder y responsabilidad en un contexto de cambio. Bibliografía.

Introducción: el advenimiento de nuevos modelos de gobernanza.

A lo largo de la última década, un conjunto de investigaciones académicas han hecho hincapié en las transformaciones que han sufrido las políticas sociales de empleo en la mayoría de los países occidentales a lo largo de las últimas dos décadas (por ejemplo, Sol y Westerweld, 2005; Serrano Pascual y Magnusson, 2007; Kallenberg, 2009; Landa Zapirain, 2009; Miguélez y Prieto, 2009). La Unión Europea ha seguido el hilo de estas transformaciones poniendo énfasis, en la actualidad, en un enfoque activo e individualizado del problema del desempleo. Esta nueva orientación ha permitido la consolidación de nuevos paradigmas en las políticas sociales de empleo actuales (a nivel tanto europeo como nacional) como son los de la activación y la flexiguridad, que se han convertido en eje de las estrategias europeas relacionadas con el empleo (Martín Artiles, 2002; Wilthagen y Tros, 2004; Keune & Jepsen, 2007; Serrano Pascual, 2009a). A partir de 2007, el concepto de flexiguridad recoge este otro de activación para hacerlo formar parte de una propuesta global de regulación del mercado de trabajo donde el significado de seguridad en el empleo y en desempleo se transforma en la dirección de la seguridad activadora o el auto-aseguramiento (Martín Martín, 2009 y 2013). De modo que, los paradigmas de la activación y la flexiguridad no sólo no han entrado en crisis durante estos últimos años, sino que se han reforzado.

La hegemonía actual de estos paradigmas no puede ser entendida sin tener en cuenta otros procesos de reforma administrativa que llevan desarrollándose en el mundo occidental desde hace más de tres décadas, como reacción a una situación de crisis del Estado del Bienestar, y cuya raíz común es la necesidad de dar respuestas a retos derivados de un escenario más complejo que aquel en el que actuaba el clásico Estado-Nación clásico. Si en el período keynesiano las políticas sociales se planteaban desde un marco institucional y burocrático nacional, en el que la negociación de actores sociales con intereses contrapuestos jugaba un papel fundamental en la definición de las mismas, el contexto actual nos remite a un entorno caracterizado por la globalización económica, una nueva economía del conocimiento basada en las nuevas tecnologías y la producción flexible, la emergencia de una sociedad de redes, la crisis fiscal del Estado y una fragmentación de las identidades colectivas (Alonso, 2007). Este aumento de la complejidad y el crecimiento de las relaciones interdependientes entre distintos actores sociales (con la consiguiente dispersión de poderes) ha favorecido la emergencia de una nueva forma de entender la administración: la denominada *gobernanza*. En nombre de la gobernanza se articulan nuevas vías de intervención de la administración pública en la gestión de sus administrados (Pollitt, 1993), definidas como “modernas” y “eficaces” en

contraposición a la gestión pública tradicional, tachada de ineficaz y excesivamente burocrática (Peters, 2005; Du Gay, 2012).

En este trabajo nos preguntamos por el carácter que el sentido de la reforma y la modernización adquiere en el contexto español de los servicios de empleo a la luz de los paradigmas hegemónicos de la activación y la flexiguridad. Para ello, indagamos en las transformaciones semánticas y políticas que traslucen los discursos de algunos de los actores políticos y sociales más representativos en el ámbito del empleo al respecto de dicha reforma o modernización (reestructuración de los servicios de empleo y sus modos de intervención), con el fin de conocer cómo interpretan la reforma y modernización del servicio de empleo los actores implicados en el mismo. El objetivo es el de describir estos discursos, representativos, de alguna manera, del imaginario social contemporáneo (Alonso y Fernández Rodríguez, 2013). Este análisis se complementa con una referencia previa a la trayectoria que ha seguido el proceso de reforma administrativa de los servicios públicos de empleo desde su despegue en la década de los ochenta hasta el comienzo de la crisis económica. Hemos optado por detener en ese momento nuestro análisis una vez que todo parece indicar que se está generando un escenario novedoso en lo concerniente a la articulación de la relación capital-trabajo a nivel de la UE (ver Alonso y Fernández Rodríguez, 2012; Laval y Dardot, 2013), cuyas consecuencias deben ser todavía valoradas con detenimiento en el caso español, una vez que estamos asistiendo a numerosos cambios, en buena medida, derivados de la profusión de reformas laborales desde la primavera de 2010 y que pueden tener una influencia en las percepciones sociales actualmente existentes en torno a las políticas de la UE y su imagen entre la ciudadanía.

El material empírico para este trabajo lo constituyen los datos cualitativos extraídos de un conjunto de entrevistas realizadas a diferentes actores sociales que participan o pretenden participar en la puesta en práctica de políticas activas de empleo, durante un período que se extendió desde octubre de 2008 hasta mayo de 2009. Las entrevistas se realizaron en el contexto de dos estudios de caso en las CCAA de Andalucía y Comunidad Valenciana; sobre los textos obtenidos se han aplicado técnicas propias de un análisis crítico del discurso (siguiendo a Fairclough, 1995; Wodak y Meyer, 2009)[1]. Así, la presente contribución se estructura en tres

[1] En esta investigación, se realizaron diecinueve entrevistas a diversos interlocutores sociales, entre ellos miembros de los sindicatos UGT y CCOO (a niveles tanto regional como nacional); representantes de la FEMP (Federación Española de Municipios y Provincias, también a nivel nacional y regional de las dos CCAA analizadas, Andalucía y Comunidad Valenciana); diversos trabajadores y gestores de políticas activas del INEM (Instituto Nacional de Empleo) y de los Servicios Andaluz y Valenciano de Empleo (SAE y SERVEF, respectivamente); y, finalmente, representantes tanto de la ONG Cáritas como de la Asociación de Grandes Empresas de Trabajo Temporal (AGETT), ambos a nivel nacional. Se incluye esta información en un anexo al final del artículo. Metodológicamente, las

secciones: la primera pone de manifiesto la relación entre las prescripciones del paradigma de la flexiguridad y sus orientaciones a favor de la activación y los postulados de la nueva gestión pública, ofreciendo posteriormente una aproximación al contexto español de reformas administrativas en el ámbito del empleo; la segunda se dedicará al análisis de los discursos de los diferentes actores que participan en la puesta en marcha de estas políticas con el fin de alcanzar una mayor comprensión del proceso/propuesta de "modernización", tal y como se construye políticamente desde las distintas perspectivas; la tercera concluirá con una discusión sobre los principales resultados de nuestra investigación.

1. Flexiguridad y modernización de los servicios públicos de empleo en España.

El conocido concepto (y estrategia política) de la flexiguridad, que trata de combinar armónicamente dos nociones contrapuestas tradicionalmente como flexibilidad laboral y seguridad, constituye una "categoría resumen" de un nuevo marco interpretativo y de intervención en relación al tipo de (des)equilibrio que ha de darse entre protección social/justicia social y desarrollo económico. Este concepto trata de dar entidad a un modelo de gestión en el que en complementación convivan las políticas activas (incluidas, la intervención individualizada y las políticas específicas) y un tipo de gestión basada en el "reparto de responsabilidades, colaboración, cooperación, negociación (*bargaining*), diálogo social, partenariado (*partnership*) entre actores sociales y niveles de gobierno" y reducción del gasto público (hacer los "costes efectivos"), en la línea de la Nueva Gestión Pública (Martín Martín, 2009). La flexiguridad contiene no sólo una descripción de los problemas y las soluciones sino que también integra una definición de los instrumentos y procesos adecuados para alcanzar tales soluciones. Integrado en este paradigma, la activación será uno de los ejes fundamentales de intervención, poniendo énfasis en la necesidad de intervenir en las competencias, motivaciones y actitudes individuales de los desempleados, entendidos como sujetos individuales.

La flexiguridad ha sido considerada como parte esencial de los nuevos modos de gestión y gobernanza (instrumentos, procesos y actores) que, a día de hoy, aparecen como referente de actuación para los distintos Estados de Bienestar europeos (Bonvin, 2004; Serrano Pascual, 2009a y 2009b) copando el terreno mismo de la propuesta de activación que constituye uno de los vértices del llamado "triángulo de oro de la flexiguridad" y dos (si no tres) de los cuatro pilares de la propuesta europea de flexiguridad misma (Tovar y Revilla, 2012; Martín Martín, 2009 y

---

entrevistas tuvieron una duración de una hora y contaban con un guión previo organizado en torno a cuestiones relacionadas con la gestión del servicio público de empleo. El desarrollo de las entrevistas ha seguido las pautas establecidas en trabajos clásicos como los de Silverman (1993), Kvale (1996) o Vallés (2002).

2013). Se ha identificado, por tanto, con una "modernización", en el sentido de evolución y mejora de los servicios. En las últimas décadas, la modernización se ha asociado a la puesta en práctica de los preceptos de la denominada Nueva Gestión Pública (*New Public Management*), cuyos principios afectan a tres aspectos constitutivos de la intervención administrativa, de manera complementaria: la financiación, el proceso de implementación y los actores que participan en dicha implementación. En términos de financiación, se tiende a adoptar una estrategia de gobierno favorable al recorte o contención del gasto social, adherida a la lógica "coste-beneficio". El proceso de implementación, antes ligado a los principios de orden, planificación y jerarquía propios del gerencialismo burocrático, va a ser desplazado por una nueva "gestión por objetivos" (MBO, *Management By Objectives*) en la que se enfatizan criterios propios de la gestión empresarial: entre ellos, los de eficiencia, evaluación y consecución de objetivos, con unos principios de actuación orientados en efectos y resultados; preferencia por estructuras organizacionales horizontales y autónomas, cuyas relaciones se rigen por contratos o cuasi-contratos; la multiplicación de procesos contractuales, de externalización y asociación; y un enfoque más individualista (Pollitt, 2003: 27-28). Finalmente, se produce una incorporación de nuevos actores a la implementación y gestión de las políticas sociales (empresas privadas, asociaciones, organizaciones no gubernamentales, sindicatos, etc.), que proveen servicios mediante contratos, acuerdos o negociaciones con las autoridades públicas, y que están sujetos a una auditoría de sus actividades.

Se configura, así, una estructura triangular en la provisión del bienestar, donde intervienen tres figuras relacionadas entre sí contractualmente: una parte principal (el Estado u otro organismo público), el agente contratado (ente privado u administración autonómica) y el cliente (el ciudadano). Esta dinámica contractual tiene, como efecto más destacado, una cierta difuminación de la labor del Estado como principal garante del bienestar social y, consecuentemente, plantea un importante riesgo de desmantelamiento de los marcos de responsabilidad colectiva, al surgir nuevos espacios simbólicos de negociación de las posiciones de los actores. Por otra parte, alimentando esta tendencia, la intervención más personalizada y adaptada a cada individuo abre la posibilidad de que una nueva versatilidad se instale en la relación entre implementador de la práctica política y el ciudadano, ya que deja de existir una norma rígida de intervención. Expresiones como las de "reparto de responsabilidades" o "gobierno a múltiples niveles" van a hacer referencia a una nueva tendencia de "gestión difusa", suponiendo la dilución de un referente público y la reinvención del rol del Estado.

Para entender el desarrollo de las reestructuraciones institucionales y nuevas lógicas de gobierno en el ámbito del empleo español, es preciso remitirse a los factores que están en la base misma de la instalación de un sistema de bienestar tras el franquismo. La institucionalización de dicho sistema, minimalista y tardía, tuvo un reflejo en las diversas medidas legislativas aprobadas en el período democrático en relación a las políticas de empleo, más orientadas a garantizar la convergencia económica con Europa que la social (Navarro, 2006). Así, en la primera etapa de la

democracia se mantiene una óptica keynesiana en lo que se refiere a la regulación del mercado de trabajo, en un contexto de graves problemas derivados de la crisis económica que había desnudado las debilidades del capitalismo tardío español (Koch, 2006; Alonso, 2007). La Ley Básica de Empleo (51/1980) establece la creación del Instituto Nacional de Empleo (INEM), como parte de la gestión estatal de la política de empleo. El INEM supone un modelo de intervención monolítica, al reunir en sí la gestión de las prestaciones por desempleo y los servicios de colocación y gestión de las subvenciones de contratación y la formación no reglada. Sin embargo, esta ley incluye además un tímido gesto de superación de la rigidez: se abre la posibilidad de que el INEM colabore con instituciones y entidades especializadas para la orientación, formación y empleo de grupos con especiales dificultades de colocación (artículo 14.2), y se contempla el establecimiento de conciertos con empresas privadas y públicas orientados a la colocación de trabajadores en desempleo (artículo 15).

Desde mediados de los ochenta hasta nuestros días, con los gobiernos del PSOE y del PP, se observa una tendencia hacia la flexibilización de la regulación laboral en la mayoría de sus dimensiones, con paulatinas restricciones en el acceso a la prestación por desempleo y un reforzamiento del impulso de las políticas activas, a través de varias reformas de la legislación laboral. Asimismo, una progresiva descentralización del servicio público de empleo hacia las CCAA tendrá lugar como resultado del traspaso de políticas activas, programas de autoempleo, ayudas a "minusválidos"[2] (asistencia) y formación profesional ocupacional. A este proceso se suman las modificaciones del sistema de empleo introducidas por la importante Ley 10/1994: legalización de las agencias de colocación privadas sin fines lucrativos y debidamente autorizadas; creación del sistema integral para el empleo (SIPE, regulado en el RD. 75/1995); legalización de las Empresas de Trabajo Temporal (las conocidas ETT), y consagración de la contratación directa por el empresario. Este proceso ha provocado que algunos autores hayan dado por sentada la sustitución de un modelo intervencionista (en el espíritu de la Ley 1943, que regía el sistema de relaciones laborales franquistas) por uno liberal, tendente a la mínima regulación pública[3]. Sin embargo, estos cambios no proceden sólo de la conciencia de su conveniencia por parte de los actores políticos e interlocutores sociales, sino que se han visto favorecidos, alentados y condicionados por la influencia de instituciones internacionales, como las recomendaciones y directrices de la Unión Europea (por ejemplo, European Comission, 2007) o los Convenios de la OIT.

---

[2] Mantenemos las denominaciones al uso en este momento, queriendo referir aquí "personas con diversidad funcional".

[3] Es importante señalar que otros autores consideran que el sistema nunca fue intervencionista, pues al estar demasiado burocratizado y contar con grandes vacíos legales, su capacidad de acción era más bien mecánica dejando un amplio margen de actuación a las empresas de selección privadas (Sobrino González, 2007).

El proceso de descentralización territorial (concluido en el año 2000, aunque quedando fuera del mismo País Vasco, Ceuta y Melilla) se materializa jurídicamente con la Ley de Empleo 56/2003. En esta, se establece y reconoce el nuevo Sistema Nacional de Empleo, en el que se integran un re-denominado Servicio Público de Empleo Estatal y los distintos Servicios Públicos de Empleo Autonómicos (LO 9/1992). A ellos van a ser cedidas las funciones del anterior INEM, bajo el amparo de una legislación básica estatal: así, se ocuparán de la gestión de las prestaciones por desempleo; intermediación; gestión de las subvenciones a la contratación; formación profesional no reglada; delineación de la estrategia en política de empleo más adecuada a las necesidades de la Comunidad, y realización de Convenios con agencias de colocación, así como prácticas de colaboración con entidades asociadas. Además, en esta ley se delimitan los agentes que pueden participar en la intermediación laboral: Servicios Públicos de Empleo, agencias de colocación no lucrativas, ETT y "entidades colaboradoras de los servicios públicos de empleo" (Pérez Domínguez, 2007).

El proceso modernizador de los servicios públicos de empleo en España ha seguido, por lo tanto, dos vías paralelas: por un lado, la descentralización autonómica, que dará lugar a *cuasi-contratos* internos entre distintos niveles administrativos; por otro, la que atiende al reconocimiento legal y regulación de otros agentes de carácter privado, y que se consagra en la Ley 10/1994 (abriendo el régimen legal de contratos entre agentes privados y AAPP, según procedimientos de autorización y concurso). No obstante, tras completarse las transferencias, se generará una verdadera "cascada contractual", pues las CCAA se convertirán en potencial "parte principal" de los contratos establecidos con proveedores (corporaciones locales y entidades privadas), al tiempo que serán "contraparte" con respecto a la "parte principal" estatal, con la que se iniciará una dinámica de suscripción de acuerdos de colaboración. Algunos autores han considerado que el funcionamiento de este entramado está lejos de representar algo que pueda calificarse de "gerencialismo", estando más cercano a un modelo burocrático tradicional en completa desorganización (Valdés Dal-Ré, 2006) que debe enfrentarse a problemas crónicos de elevado desempleo, sobre todo en la actualidad (Santos Ortega y Martín Martín, 2012).

Tenemos, así, un modelo de gestión de las políticas de empleo caracterizado por una enorme complejidad contractual, pretensiones de adaptación a los supuestos de la Nueva Gestión Pública y, por tanto, la participación de actores diversos que juegan un papel importante en la gestión de estos servicios. En la siguiente sección, analizando los discursos de estos actores, pretendemos desvelar los sentidos de esta reforma y modernización de la gestión de las políticas de empleo en España a finales de los años 2000, un momento de crecimiento espectacular del desempleo que, sin embargo, no parecía anticipar el escenario de austeridad y reformas en el que nos encontramos en el momento de redactar este artículo.

2. El discurso de los actores sociales en torno a la modernización de los servicios de empleo.

Una primera aproximación al discurso de los actores sociales parece mostrar la existencia de un acuerdo, prácticamente unánime, a la hora de diagnosticar la situación de los servicios públicos de empleo: todos parecen coincidir en que *no funcionan*. Los actores entrevistados manifiestan un aparente consenso en señalar los problemas del modelo clásico de intervención centralizada (cuya toma de decisiones se organiza jerárquicamente, siguiendo una estructura *top/down*), donde la gestión se llevaría directa y exclusivamente por parte de las administraciones públicas, y en donde los poderes centrales asumen la responsabilidad de diseñar políticas uniformes, inspiradas bajo un principio de igualdad de oportunidades y administradas burocráticamente. El análisis de los discursos revela que la modernización, para los entrevistados, estaría representada por la puesta en práctica de un modelo más dinámico, que podríamos definir como de *gobernanza a múltiples niveles*, en donde se reclama la voz y la participación de multitud de actores en diversas etapas del proceso de intervención (diseño, implementación, evaluación), y que es con matices el vigente en el período del trabajo de campo. A través de este modelo, los actores reivindican su participación y una mayor coordinación, aunque a la vez se objeta su carácter inconcluso y los obstáculos para una gestión de calidad que plantean las deficiencias existentes en su diseño. Sin embargo, y a pesar de este consenso que comulga con el discurso hegemónico de la modernización, existen algunos matices diferenciadores importantes entre actores, según su naturaleza, más social (sindicatos, ONGs) o más económica (ETTs) así como ambivalencias y contradicciones en el discurso de un mismo actor. Así lo comprobamos a través de los distintos ejes de análisis y ponemos de manifiesto en la sección conclusiva. Este nuevo modelo de gobernanza, basado en la lógica del contrato y del incentivo, es una herramienta que sirve a la implementación de políticas de activación, igualmente fundadas sobre la lógica del contrato -con el usuario, como forma de responsabilizarlo de su situación- y la lógica del incentivo -al trabajo, a través de una intervención personalizada, disciplinante y socializante-. Los recursos semánticos sobre los que se construyen estos discursos que justifican y *proyectan* la modernización serán analizados a continuación.

Hemos distinguido tres líneas discursivas (los antes mencionados “ejes de análisis”): la crítica al modelo burocrático anterior (1), la definición del nuevo modelo basado en la participación “equilibrada” de todos los actores, según dinámicas de partenariado y coordinación (2), y el carácter (los contenidos y los objetivos) de la intervención en materia de desempleo (la atención individualizada) que se pretende imprimir a las políticas a través de estos *métodos* descentralizados y contractuales (3). Tratamos así de deconstruir los términos en torno a los cuales se problematizan algunas cuestiones y se naturalizan otras, y donde, a un mismo tiempo, se expresan las interpretaciones hegemónicas acerca del funcionamiento de lo que deben ser las *instituciones modernas*, revisando las propuestas más discutidas sobre el aclamado *espíritu de la modernización*.

2.1. De la burocracia a la eficacia.

Los problemas del actual modelo de intervención se plantean, en los discursos de los actores, como problemas heredados de una cierta forma de intervención, no adaptada a los *nuevos tiempos*. En este sentido, en las entrevistas se hicieron referencias al desfase del modelo frente a la realidad actual, cambiante, que exigiría una intervención mucho más ágil y flexible, ya que el marco de las políticas activas de empleo está "muy desfasado con respecto a las necesidades de la gente", tal como afirma un responsable Técnico de la FEMP a nivel nacional. El Servicio Público de Empleo es, así, criticado por su falta de eficacia, que deriva de varios problemas: falta de recursos humanos y dotaciones; centralización de sus actividades y consiguiente *rigidez*; la falta de cercanía con la realidad del desempleo que repercute en una intervención insuficiente o inadecuada; exceso de burocracia. Tratando de contrarrestar estas deficiencias, los discursos de los actores insisten en que la intervención en una realidad social marcada por cambios veloces y constantes requeriría de otras virtudes, como la adaptabilidad o la flexibilidad.

Se observa en estos discursos una preferencia por intervenciones más descentralizadas, que tengan en cuenta la dimensión local (más cercana), y por la especialización técnica. De lo contrario, se generará esa rigidez que impide dar soluciones a los problemas *reales* de los desempleados. La intervención burocratizada es considerada como una estructura que impone modelos homogéneos a situaciones diversas, y que conlleva anquilosamiento y genera lentitud, encorsetamiento, falta de reacción ante los problemas y falta de calidad en el servicio, dentro de un discurso anti-burocrático similar al de los gurús empresariales (Alonso y Fernández Rodríguez, 2006; Fernández Rodríguez, 2007). En este sentido, las ETT encuentran su oportunidad para desarrollar un discurso legitimador de su intervención. Desde ellas, se redunda en apuntar una falta de calidad de lo público; frente a ello ofrecen las bondades de los servicios facilitados desde el mercado, por parte de empresas expertas. Su discurso deslegitimador de lo público se apoya sobre argumentaciones de carácter técnico más que ideológico, como que "no pueden" o "no tienen". Un ejemplo sería el siguiente:

> "Claro, y si no los buscamos, sobre todo ahora, antes nos demandaban, ahora hay que salir a buscarlos, hay que ponerse las zapatillas y recorrer, vamos Polígono Industrial tras Polígono industrial, cosa que el servicio público de empleo no hace, no porque no quieran sino porque *están completamente bloqueados de todo tipo de tareas* (…) y están haciendo una excelente labor pero es que *no pueden, no tienen* medios para hacerlo, o sea, es que necesitas … (...) con la descentralización de las políticas activas, *nosotros tenemos una unidad de mercado que los servicios públicos de empleo no tienen* (…)" (representante AGETT).

El discurso de las ETT (apoyado implícitamente por los responsables de los servicios de empleo) nos conduce hacia un nuevo paradigma donde la inflexibilidad, la centralización y la mala calidad de lo público se oponen a otro discurso, el de la

calidad del servicio. Éste defiende una nueva manera de gestionar y nuevas formas de gobernanza basadas en las *bondades del mercado* frente a los *fallos del Estado.* En la misma línea de proporcionar un servicio de calidad se sitúa el discurso de los servicios públicos de empleo. Éstos parecen defender la provisión de servicios "cercanos" y "adecuados" *a cualquier precio* de modo que los ciudadanos dentro de este esquema se presentan como meros consumidores de los mismos.

> "*Nuestro principio es acercar al ciudadano los servicios* ofreciéndole todos los servicios y dar el servicio más adecuado". (Jefe de servicio de gestión de la intermediación laboral SERVEF).

Por su parte, los actores sindicales, si bien están de acuerdo acerca de este mal funcionamiento de lo público, manifiestan un disenso respecto a los motivos de esta falta de calidad. Para ellos lo público no es esencialmente incompetente en la provisión de servicios, sino que se encuentra aquejado de problemas concretos y solucionables, como son la falta de financiación y la falta de personal. Para los sindicatos, la modernización sólo puede realizarse desde el ámbito público, cerrando la puerta a opciones re-mercantilizadoras, relacionadas con la participación de entidades privadas. La privatización de los servicios de empleo favorecería la marginalidad de los servicios públicos y, por tanto, una mayor fragmentación del mercado de trabajo: esta es una línea que, reiteran, no debe ser traspasada. En este sentido, hay una defensa del espacio público como lugar "legítimo" desde donde combatir el desempleo, si bien los criterios de legitimidad para este espacio público se remiten, en ocasiones, a términos procedentes del ámbito mercantil: eficiencia, rentabilidad, adecuados recursos humanos, etc. El problema para los sindicatos no se relaciona con la disyuntiva público-privado, sino con otra entre lo moderno y lo que ya no funciona. A través de esta última dicotomía se conceptualiza lo inadecuado de este tipo de intervención, evocando las disfunciones de una burocracia estereotipada (papeleo excesivo, lentitud, lejanía con los administrados, etc.).

> "El SPE necesita un observatorio potente del mercado de trabajo, así como ha de someterse a un proceso de *profesionalización y especialización*. Los mismos técnicos de desempleo atienden todo tipo de ofertas, de modo que es imposible que haya un *diálogo de verdadero entendimiento* entre el demandante y el desempleado. Además, *el servicio es obsoleto y rígido*, lo cual es fácil de comprobar en el anquilosamiento de las categorías profesionales" (representante de UGT, nivel confederal).

Los medios de la intervención clásicos se consideran, por parte de todos los actores en las entrevistas, como desfasados, de modo que se apuesta por un mayor uso de la tecnología (versus "burocracia") para hacer frente a la descompensación existente entre las "políticas/actuaciones" y la "realidad". El uso de las nuevas tecnologías en la administración por parte de los usuarios será un buen ejemplo de esta lucha contra la burocracia, facilitando la comunicación entre los participantes en las estructuras de gobernanza y los administrados: implica filtrar las demandas, dudas y

sugerencias de estos últimos, permitiendo, de nuevo, aumentar la tan ansiada eficacia a la vez que se consigue una mayor cercanía al ciudadano.

> "Reducimos la presencia física en la oficina y libera recursos para hacer cosas más interesantes… Este cajero (Autoservef) permite cambiar la programación de la formación. El cajero ha dado una opción al ciudadano le da muchas posibilidades". (Jefe de servicio de gestión de la intermediación laboral SERVEF).

En general, los actores sociales coincidirán en una apelación a modos de gobierno o a estrategias de intervención diferenciadas y flexibles frente a un referente de intervención "burocratizada, centralizada y uniforme", criticado por todos ellos. No obstante, cada uno de ellos arguye razones de base distintas a la hora de elaborar su crítica a la burocracia y defender una reforma modernizadora que aporte eficacia. Así, los actores locales se apoyan en la referencia a la "cercanía", lo más cercano es ser más ágil, flexible y mejor ajustado a la realidad; las ETTs se escudan en el "discurso experto" para deslegitimar la intervención pública y defienden la privatización como una descentralización eficaz; por su parte, los sindicatos parecen mostrar una posición de mayor ambivalencia ya que defienden lo público desde un discurso ético-moral y, sin embargo, en algunas ocasiones, achacan su ineficacia a un defecto de funcionamiento que se subsana a través de recetas propias del ámbito mercantil (principios de rentabilidad y eficiencia).

En cualquier caso, con independencia de las razones todos ellos apuestan por el cambio hacia un modelo de gestión que dará lugar a complejas y "modernas" interrelaciones entre ellos cuya forma dependerá del equilibrio de fuerzas entre todos los actores, y que generará un reparto de responsabilidades determinado. Todos los actores quieren comer del *pastel de la modernización* y encuentran en él una posibilidad de alcanzar mayor poder y representación a través de la negociación, la coordinación, etc., por lo que alabarán las bondades de la *participación*, como veremos a continuación.

2.2. Participación y paternariado.

La participación de diversos actores en el ejercicio del gobierno es una de las características más destacadas de los nuevos modelos de gobernanza, e implica el establecimiento de relaciones contractuales y de subordinación entre ellos. No obstante, el consenso sobre el modelo no significa que no existan tensiones en su definición. Como venimos señalando, cada uno de los actores va a connotar la noción de modernización con matices muy diferenciados: en parte por su particular posición en el proceso de intervención, pero también porque, además de dar significado a este proceso, están construyendo su identidad como entidad y están negociando su espacio simbólico en el "mercado de la inserción". Por otro lado, hay un acuerdo en que la solución al problema del desempleo pasa por una acción negociada entre distintos actores sociales, siguiendo los principios de los modelos

de *partnership* o *partenariado* (Stuart y Martínez Lucio, 2005). Se observa además una alusión a la búsqueda de estrategias de concertación y coordinación en los espacios de intervención, dentro de una lucha por la adquisición de competencias de gestión y, a la vez, con la idea de *sumar esfuerzos*. Dada esta multiplicación de actores, se critica la falta de un claro liderazgo, la fragmentación de lo público, su ausencia como "agente útil" en el nuevo panorama. Los actores sociales denuncian la escasa eficacia de las intervenciones de los servicios públicos, que más que aunar sus esfuerzos a fin de dar una respuesta adecuada a esta compleja situación les impelen a una situación de difícil competencia entre entidades. La fragmentación, más que colaborar al desarrollo de mecanismos para una adecuada inserción, parece dificultarla, perjudicando, en última instancia, al desempleado.

> "no hay una buena coordinación entre las administraciones estatales y las autonómicas (...) Lo principal sería trabajar de forma coordinada, con una participación de todos los interlocutores" (representante de Cáritas España)"
>
> "No se pueden atender políticas activas o fomento del empleo si no hay coordinación entre las tres administraciones" (Responsable técnico de la FEMP).

El requisito para que el modelo de partenariado funcione es la coordinación entre actores: a fin de favorecer una atención de calidad a la persona desempleada, han de comportarse como "colaboradores" (en lugar de como "contrarios" o "enfrentados"). Por tanto, se genera una retórica del consenso y del pacto, sostenida por todos los actores, y que lleva aparejado el reconocimiento de la necesidad de participación de diversos actores representantes de la sociedad civil, como ejemplo de una actuación responsable y moderna. La cuestión sería ahora hacia quién van dirigidas estas pretendidas *acciones coordinadas*, cuál sería el grupo referente para la recepción de estas políticas. La indefinición al respecto genera, a priori, una situación de competencia por los recursos. El espacio de la intervención se ha convertido en un lugar de pugna entre diversos actores sociales por acometer las labores que consideran de su atribución.

Los actores reclaman así, en las entrevistas, no sólo una participación en la implementación de las políticas sino también en su diseño, esto es, la participación en las distintas fases de la producción de la política (tanto en la definición de las categorías organizadoras del problema como en el reconocimiento de la autoridad política de sus representantes). Desde las ONG se fundamenta este "derecho a la participación" en su condición de *ámbito natural* para hacer frente al problema de la exclusión. En general, critican un sistema de intervención basado en subvenciones, estando más a favor de la *negociación desde arriba* que de la *suscripción de contratos de servicios de implementación con la administración* (hacer propuestas de políticas sociales y percibir subvenciones remiten a dinámicas contrapuestas entre sí). Mientras, los sindicatos tratan de legitimar su intervención desde aquello que consideran sus competencias: mencionan sus conocimientos especializados y experiencia, autoproclamándose en algunos de sus discursos como "los que entienden de empleo". Conocimiento, habilidades técnicas y experiencia avalarán

una intervención eficaz y de calidad. Los actores tratan siempre de hacer mención a su capacidad de gestión de programas, dentro de una óptica de *partenariado* y consenso con otros actores. Pero no todo es cultura de consenso, eficacia y participación. Hay unos límites claros que no se debe traspasar, y que tiene que ver con la externalización de ciertas actividades en manos privadas.

En contraposición, las ETT no sólo sostienen una legitimación de su actividad como "expertos en el mercado de trabajo" sino que además denuncian el problema de la rigidez legal como obstáculo a la libertad de elección. Se quejan de una situación de marginalidad que sufren especialmente en España, y que es considerada ilegítima desde instancias internacionales (citando a la Unión Europea). Como medio de superación de esa marginalidad, proponen formas contractuales de relación entre agentes de empleo basadas en "la libertad de elegir". A pesar de lo que podría parecer, en este clima dónde la participación y pugna por la intervención entre actores son los protagonistas, el Estado no queda completamente desbancado de su posición en calidad de actor. En su mayor parte, los actores (entre ellos, particularmente, los actores sindicales) no creen que el Estado deba desaparecer, sino que debe liderar el arbitraje de este conglomerado de actores y acciones.

> "Los desempleados no son nuestros, sino del gobierno autonómico y estatal: colaboramos en su inserción porque *estamos en la lucha contra el desempleo pero no es nuestra responsabilidad, que son los trabajadores*…..Sí participamos en los Pactos Territoriales y en la formación y acciones de orientación". (Representante de UGT de la Comunidad Valenciana)

En resumen, podemos decir que, de nuevo, aparece una defensa del espacio público como lugar "legítimo" desde donde combatir el desempleo; sin embargo, los modos de combatirlo están inspirados en lógicas del ámbito mercantil. Esta colonización de los discursos y argumentos del mundo empresarial explica que se construya y defienda una visión híbrida de lo público, en donde justicia social y eficacia técnica se presentan indisociables. Este es uno de los pilares desde el que se construye el argumento de la modernización, y en el que la imagen de una Europa capaz de conciliar eficacia en la lucha contra el desempleo y, a la vez, promoción de la justicia social, ha jugado un papel muy importante. Junto a este diagnóstico común, conviven, también en lo que se refiere al partenariado y la participación de los actores, distintas perspectivas y matices diferenciadores. Las ONGs fundamentan su legitimidad para la participación, en un escenario de actores interventores que se relacionan entre sí como interpares, en la especialización para hacer frente a la exclusión que acredita su bagaje; los sindicatos la fundamentan en sus competencias adoptando un discurso entre técnico y ético que, en todo caso, manifiesta oposición a la intervención privada; las ETTs refieren la calidad que como "expertos en el mercado de trabajo" ofrecen. A pesar de estas diferencias, a través de las que se tratan de reafirmar las identidades propias de cada actor, todos ellos presentan como último fundamento para el establecimiento de lógicas de gobernanza conforme al partenariado las recomendaciones de la Unión Europea.

2.3. Orientación y terapias individualizadas como estrategias realistas.

Los discursos de los actores sociales coinciden en que, en la actualidad, el nuevo escenario requiere dejar atrás los modos de intervención tradicionales, ligados, como se señaló antes, a las denominadas políticas pasivas, a su vez, consistentes en la transferencia de prestaciones económicas (seguro de desempleo). Los distintos actores expresan su oposición a las políticas pasivas a través de una retórica activa, basada en tres ejes: la individualización de las intervenciones, la contractualización de estas (y por tanto el énfasis en la participación y en los deberes del desempleado) y la revalorización del trabajo como fuente de ciudadanía (Serrano Pascual, 2007). Lo moderno va a ser promover las políticas activas, cuya base es la idea de atención individualizada y a la carta. Por tanto, es necesario que haya un técnico especializado acompañando la vida "pasiva" del desempleado para que, por sí mismo, se active y sea capaz de entrar en el mercado de trabajo. El papel de los orientadores y mediadores se aproxima bastante al de un psicólogo con su paciente; los registros de sentido con los que se busca legitimar su participación en este mercado de la intervención son fundamentalmente de corte moral, como por ejemplo, la apelación a la dignidad humana, que se hace sinónimo de participación laboral. La dignidad humana se encuentra, así, en la actividad.

> "Hay personas que nunca van a poder trabajar en el mercado normalizado por su situación personal pero que en un entorno de empleo protegido sí pueden hacer una aportación a la sociedad que *es mucho más rentable* que tenerlos pasivamente con unas rentas determinadas o incluso sin rentas (...) *tienen dignidad* como personas y a los que la sociedad tiene que ofrecer un *espacio de dignidad*". (Representante de Cáritas España).

La orientación de los usuarios se convierte en la punta de lanza de las políticas de empleo, cumpliendo un papel de intervención pública terapéutica para preparar las conductas de los individuos ante la crisis del trabajo ya comentada en otros trabajos (ver por ejemplo Serrano Pascual, Fernández Rodríguez y Artiaga Leiras, 2012). La función de los poderes públicos bajo esta perspectiva de "orientación" consistirá en facilitar que se descubra lo que aparece oculto, estimular que el sujeto se auto-ayude, se conozca y pueda desarrollar sus "oscurecidas" potencialidades. Participar más e involucrarse más es, asimismo, la cuestión esencial para las ETT, que consideran que pueden aportar mucho más que los servicios públicos de empleo. Desde su punto de vista, la falta de ofertas de trabajo de los servicios públicos de empleo (que sólo cuentan con desempleados registrados porque "se apuntan para conseguir la prestación") se debe no sólo a la falta de confianza de los empleadores en los desempleados, sino además a su escaso conocimiento del mercado real de trabajo. Los distintos actores van a tratar de suplir esas carencias de la administración pública con sus propias aportaciones, muy vinculadas a una cierta forma de entender las políticas activas. Los discursos de todos ellos están trufados de referencias a las virtudes de la orientación, de la flexibilidad, de la participación.

> "Si se le da la importancia que tiene que tener, y el mercado funciona como tiene que funcionar, la orientación no solamente es una herramienta para desempleados sino que permite que un trabajador pueda encontrar otro empleo o acceder a otra rama profesional. El orientador es un profesional que te puede asesorar para dirigir tu carrera profesional" (Responsable empleo UGT Valencia).

Por lo tanto, una cierta forma de combatir el desempleo fundamentada en las políticas pasivas ha finalizado, y "la realidad" está imponiendo un nuevo orden laboral en el que sólo las políticas activas pueden sostener una aproximación a la lucha contra el desempleo. La modernización se naturaliza y se presenta como un cambio irrefrenable del curso de las sociedades actuales. Incluso se utiliza el recurso de la personificación para mostrar que es *el actual mercado de trabajo* el que *exige* un cambio de paradigma y ante una alusión a la permanente crisis o estado de shock del mercado de trabajo español, se apela a la responsabilidad y el *esfuerzo* de las personas para garantizar el buen devenir de este nuevo modelo.

> "Este cambio de paradigma se justifica desde el actual mercado de trabajo, que exige por parte del desempleado un esfuerzo para adaptarse a un contexto laboral en continuo cambio, donde es fundamental formarse permanentemente para adecuarse a las necesidades de este mercado y buscar activamente empleo" (Consejero Técnico de la Subdirección General de Políticas Activas del INEM).

Desde los diferentes Servicios Públicos de Empleo se van a hacer referencias continuas a la necesidad de hacer una apuesta por las políticas activas, las únicas políticas "morales" frente al conformismo y falta de compromiso que han generado las pasivas.

> "El aumento del peso de las políticas activas de empleo sobre las pasivas… ha supuesto un acierto y se constituye en la base de toda política de empleo**.** La preparación del desempleado para poder desenvolverse en el mercado de forma autosuficiente es incuestionable…Las *políticas pasivas están superadas, no hay lugar para el debate respecto a este punto*, ambos interlocutores critican la implantación de determinados programas que suponen subsidios encubiertos; por definición, las políticas de empleo deben ser incentivadoras y no asistencialistas" (Área de fomento del empleo del SERVEF valenciano).

En este fragmento se percibe la rotundidad con que un nuevo tipo de seguridad activadora que permita "desenvolverse en el mercado de forma autosuficiente", la que entraña el concepto de flexiguridad europeo, es defendida por los propios servicios públicos. Se plantea, así, una *dicotomía clave entre lo activo y lo pasivo*. El impulso hacia la activación irá acompañado de una disminución en los esfuerzos dirigidos anteriormente a potenciar la protección social "pasiva", centrada en las prestaciones económicas para los desempleados. Así, se afirma que "*Tenemos que pasar de yo te doy políticas, te doy cursos, yo te voy dando…sino que tú te tienes*

que ir buscando cuál es tu desarrollo profesional…" (Servicio de Orientación, SAE). No hay cortapisas a la hora de reconocer que hay una apuesta clara por la asunción de responsabilidades por parte del desempleado, al que se busca "incentivar". La prestación económica ya no significa una compensación por los abusos y la relación de poder que existe sobre los trabajadores en el mercado de trabajo. Ahora constituye únicamente un apoyo para poder efectuar las transiciones entre un trabajo y otro, en un contexto de exaltación de la flexibilidad laboral externa. Se está alerta ante cualquier conducta que pueda ser considerada como fraudulenta (*te envían a gente que no quiere trabajar…*, SERVEF valenciano; *pensamos que todo el mundo es bueno, ¿eh? de entrada. Que todo el mundo quiere trabajar*; SAE Andalucía), y por tanto, se asume que se debe restringir el derecho a recibir la prestación por desempleo con su correspondiente sanción.

Ahora, el seguro de desempleo pasa a considerarse como una herramienta disciplinadora más (Martín Martín, 2013), ya que sólo debe corresponder a aquellos que ofrezcan una buena conducta y que puedan demostrar que tienen una actitud de *disposición a colaborar*, de encontrar trabajo sea como sea. La percepción de rentas está mal considerada durante la búsqueda de empleo, al no proceder estas de la relación laboral. Se desplaza la representación de estas rentas hacia la de *ayudas que desincentivan los esfuerzos para mejorar la empleabilidad y compromiso de activación de los parados*, expresado este último en la asunción de mayor responsabilidad respecto a uno mismo en la trayectoria laboral y formativa. Además, se considera, por parte de la mayoría de los actores, que las políticas activas deberían ir dirigidas sólo a las personas que realmente están motivadas, ya que sino es una pérdida de tiempo y de recursos.

> "…otros programas, son claramente *asistencialistas y desincentivadores*, como ocurre en el caso del pago al desempleado que participa en un IPI, no resuelven la situación del desempleado y premian económicamente su participación en acciones de empleabilidad que son de por sí, ya que se suscribe el compromiso de actividad, una obligación por definición…Colapsan la gestión y no son efectivas…" (SERVEF Valencia).

Este nuevo discurso que incide en la personalización de la intervención y el trabajo terapéutico con el desempleado se inserta en una lógica de incentivos y coacción, donde la vertiente coactiva aparece revestida de "compromiso" y "negociación", con un aparente interés en dotar de un rol participativo al desempleado ("colaborador") en su relación con los programas de empleo. Este tipo de lógica promueve, en el fondo, un nuevo régimen disciplinario que fomenta el autodisciplinamiento, según el cual, es el propio individuo quien tiene que abrazar un proceso de autoayuda individual. A los sujetos se les reclama poner en juego su subjetividad y voluntad en el proceso de inserción. Estas nuevas demandas implican así la construcción social de nuevos sujetos-trabajadores *no dependientes*, que deben actuar con autonomía y una alta cuota de responsabilidad (Crespo Suárez y Serrano Pascual, 2007). Y sobre todo, asumir, por parte de la fuerza laboral, que el mundo ha cambiado y que ahora los trabajadores deben estar siempre preparados

para un cambio, de carácter continuo, que les exige formarse y adaptarse a contextos caracterizados por la incertidumbre, la asunción de mayores riesgos, y nuevas oportunidades (Fernández Rodríguez, 2007). A este respecto, existe entre los distintos actores entrevistados una visión más o menos coincidente.

3. Conclusiones. "Nos coordinamos entre nosotros": poder y responsabilidad en un contexto de cambio.

Al analizar la lógica interna de las representaciones sobre la modernización se vislumbran distintas percepciones sobre cómo ha de ser entendida esta en relación a los servicios públicos de empleo, esto es, cómo se concibe su "deber ser". La referencia a la modernización entraña una transformación de los fundamentos políticos e ideológicos de la administración que, en parte, se construyen por oposición al modelo anteriormente vigente. En este proceso de "reinvención del gobierno" (Osborne y Gaebler, 1992) fundamentado en una serie de premisas básicas comunes destacadas a través de los ejes de análisis (sub-epígrafes de la sección tercera) pugnan fundamentalemente dos marcos discursivos que emanan de los discursos de diversos actores sociales: el enfoque neopúblico y la aproximación neoempresarial (Fernández Santos *et al.,* 2008). El enfoque neopúblico parte de un principio categorial basado en el reforzamiento de los valores de lo público, y en un *lenguaje ético*, en donde los principios de universalidad y equidad son nucleares, y en donde se cuestiona que todo se pueda externalizar. Este discurso es, en buena medida, el de los actores sindicales que, no obstante, reconocen una imposibilidad de resistirse a la oleada contractualista y descentralizadora ("es imposible volver al inicio") y reconocen en los métodos del partenariado y la coordinación alguna clase de *mal menor* ante la nueva realidad que se impone. Junto a los sindicatos, algunos organismos sin ánimo de lucro rescatan al Estado, desde su nueva posición de completa deslegitimación, como entidad de arbitraje en este clima de coordinación. Por otra parte, el discurso de otros actores, como los representantes de las ETT y los propios representantes de servicios públicos de empleo, es un discurso mucho más impregnado de un lenguaje privatizador, dirigido a reforzar la eficacia y eficiencia, y que adopta gran parte de los conceptos de la nueva cultura *managerial* presente en las empresas actuales (discurso "neoempresarial").

Ambos discursos responden a la crisis de legitimidad ante la que se ve expuesto el Estado en las últimas tres décadas, pero cada uno de ellos enfatiza distintos conceptos: si el primero se ampara en una ética redistributiva, el segundo se inspira en un modelo de acción racional que aboga, como principio de comportamiento, el cálculo cuantificable de costes y beneficios. Si en el primer caso el sujeto de referencia es un ciudadano, en el segundo se trataría de un cliente-consumidor enfrentado ante un "mercado de la inserción", y preocupado por una asignación eficiente de los recursos y la maximización de la satisfacción del cliente. En este último caso, se plantea una necesaria reforma de los mecanismos (y argumentos) de mercado en el seno de la gestión pública. Muchas de las técnicas de gestión

aplicadas en el ámbito empresarial, como son la demanda de flexibilidad, descentralización, evaluación, etc., son incorporadas en los discursos de los actores, participando así de una nueva "cultura de intervención".

En resumen, la descentralización y la participación múltiple, de un modo u otro, se presentan en los discursos de los actores sociales como realidad ineludible y situación de gobernanza irrevocable, con lo que el Estado se enfrenta, al final, a una tesitura de redefinición de su rol. La coordinación se torna la garantía de una atención adecuada al ciudadano, ya que "los instrumentos de coordinación**"** permiten "que la persona desempleada reciba esta oferta múltiple de forma ordenada y con sentido para su inserción laboral" (como señalaba un representante de CCOO a nivel confederal). La coordinación va a ser un potente referente legitimador de la gestión múltiple y multinivel: confiere a ésta el ideal de *buena gestión* al proporcionar coherencia a las intervenciones para/con el desempleado y genera alianza entre todos los actores neutralizando los conflictos de intereses. En la coordinación parece residir la esperanza del buen funcionamiento del nuevo sistema y su sola mención, como recurso político, es *obligada* y *suficiente.* El Estado ha de tener un rol más de árbitro que de actor participante. En cierto modo, el mensaje enviado desde los diferentes participantes en el proceso podría ser interpretado como el de un "tranquilos, ya nos coordinamos entre nosotros", apelando a la capacidad más que suficiente de los distintos actores para enfrentarse a la situación de desempleo, sin necesidad de engorrosos filtros y procesos burocráticos.

Concluiremos este trabajo señalando que la demanda de modernización de los servicios de empleo por parte de las instituciones europeas -con el fin de adaptarlos al nuevo paradigma de la activación y la flexiguridad- no ha caído en España, como hemos podido comprobar, en saco roto. Durante las dos últimas décadas se ha profundizado en un conjunto de reformas que han perseguido la adaptación del sistema de desempleo español a un marco basado en políticas activas, posteriormente absorbido por el de flexiguridad, si bien la cascada de cambios legislativos y reformas ha generado un modelo inestable, confuso y caracterizado por las contradicciones y los anacronismos. El resultado final parece que dista de satisfacer a los principales actores implicados en el desarrollo del mismo. El modelo se caracteriza, esencialmente, por una situación de confusión en la que el vacío de gobierno ha hecho presencia, al deslegitimarse fuertemente el modelo de intervención institucional sin haber asumido los actores participantes plenas responsabilidades para enfrentarse a un contexto en transformación. La modernización, además, se ha identificado con un rechazo a la burocracia pública, favoreciendo en su lugar intervenciones individualizadas y estrategias de concertación que, ante todo, implican una verdadera evacuación de *lo social* en las relaciones de empleo españolas.

Esto merece una detallada reflexión ética, política y sociológica, no solamente por cuanto supone la eliminación de unos elementos, los colectivos y sociales, que son la base de nuestro estatus como ciudadanos, sino porque esta visión de la modernización ha podido tener su influencia en el desarrollo de las políticas de empleo que se han comenzado a poner en marcha a partir del desplome de la

actividad económica y el empleo (por ejemplo, con el reciente desmoronamiento de la coordinación ante la fiebre reformista gubernamental). El interrogante que se abre ahora es saber, en un contexto de crisis profunda como el actual, cómo van a impactar las presentes y futuras reformas de los servicios públicos de empleo, y si van a existir cambios profundos y/o posibles disensos en la concepción de dicha modernización.

Bibliografía.

Alonso, L. E. (2007). *La crisis de la ciudadanía laboral*, Barcelona, Anthropos.

Alonso, L. E., Fernández Rodríguez, C. J. (2006). "El imaginario managerial: el discurso de la fluidez en la sociedad económica". *Política y Sociedad*, 43 (2): 127-151.

Alonso, L. E., Fernández Rodríguez, C. J. (Eds.) (2012). *La financiarización de las relaciones salariales: una perspectiva internacional*. Madrid: FUHEM / La Catarata.

Alonso, L. E., Fernández Rodríguez, C. J. (2013). *Los discursos del presente: un análisis de los imaginarios sociales contemporáneos*. Madrid: Siglo XXI.

Bonvin, J. M. (2004). "La rhétorique de l´activation et ses effets sur la définition des publics Cibles des politiques d´intégration sociale", en Serrano Pascual, A. (Ed.), *Activation polities for young people in an international perspective*, Bruselas, ETUI : 101-129.

Crespo Suárez, E., Serrano Pascual, A. (2007). "Political production of individualised subject in the paradoxical discourse of the EU institutions", en van Berkel, R. y Vankelburg, B. (Eds.), *Making it personal: Individualising Activation Services in the EU*, Londres, Policy Press: 107 -126.

Du Gay, P. (2012). *En elogio de la burocracia*, Madrid, Siglo XXI.

European Commission (2007). "Towards common principles on flexicurity: More and better jobs through flexibility and security", *Employment and Social Affairs*, Brussels, European Commission. Disponible en
http://ec.europa.eu/social/main.jsp?catId=117&langId=en [acceso 12/04/2013].

Fairclough, N. (1995). *Critical Discourse Analysis*, Londres, Longman.

Fernández Rodríguez, C. J. (2007). *El discurso del management: tiempo y narración*, Madrid, CIS.

Fernández Santos, Y., Fernández Fernández, J.M., Rodríguez Pérez, A. (2008). "Modernización de la gestión pública. Necesidades, incidencias, límites y críticas", *Pecvnia*, 6:75-105.

Kallenberg, A. (2009). "Precarious Work, Insecure Workers: Employment Relations in Transition". *American Sociological Review*, 74 (1): 1-22.

Keune, M., Jepsen, M. (2007). "Not balanced and hardly new: the European Commision's quest for flexicurity", en Jørgensen, H. & Kongshøj Madsen, P. (Eds.), *Flexicurity and Beyond*, Copenhague, DJØF Publishing.

Koch, M. (2006). *Roads to Post-Fordism: Labour Market and Social Structures in Europe*, Aldershot, Ashgate.

Kvale, S. (1996). *Interviews: an Introduction to Qualitative Research Interviewing*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Landa Zapirain, J. P. (Ed.) (2009) *Estudios sobre la estrategia europea de la flexiguridad: una aproximación crítica*, Albacete, Bomarzo.

Laval, C., Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona, Gedisa.

Martín Artiles, A. (2002). “"Flexeguridad": Tiempo de trabajo y empleo en los pactos de empresa”. *Sociología del Trabajo*, 46: 71-96.

Martín Martín, M.P. (2013). *Reinvención del gobierno del desempleo: Francia y España ante el marco referencial de la flexiguridad*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

Martín Martín, M. P. (2009). “Questioning the employment system: the European flexicurity approach”. *The journal of Industrial Relations and Human Resources*, 11(5): 95-114.

Navarro, V. (2006). *El subdesarrollo social de España: causas y consecuencias*, Barcelona, Anagrama.

Osborne, D., Gaebler, T. (1992). *Reinventing Government*, Reading, Mass., Addison-Wesley.

Pérez Domínguez, F. (2007). “Servicios privados de empleo: razones para una reforma”. *Documentación laboral*, 79: 95-138.

Peters, B. G. (2005). “Gobernanza y burocracia pública: ¿nuevas formas de democracia o nuevas formas de control?”, *Foro internacional*, 182: 585-598.

Pollitt, C. (1993). *El gerencialismo y los servicios públicos*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales.

Pollitt, C. (2003). *The essential public manager*, Maidenhead, Open University Press.

Miguélez, F., Prieto, C. (2009). “Transformaciones en el empleo, flexibilidad y relaciones laborales en Europa”, *Política y Sociedad*, 46 (1-2): 275-287.

Santos Ortega, A., Martín Martín, P. (2012). “La juventud española en tiempos de crisis. Paro, vidas precarias y acción colectiva”. *Sociología del Trabajo*, 75: 93-110.

Serrano Pascual, A. (2007). “Reshaping Welfare States: Activation Regimes in Europe”, en Serrano Pascual, A. y Magnusson, L. (Eds.), *Reshaping Welfare States and Activation Regimes in Europe*, Bruselas, P.I.E. Peter Lang: 11-35.

Serrano Pascual, A. (2009a).“The battle of ideas in the European field: The combat to defeat unemployment and the struggle to give it a name”. *Transfer*, 15 (1): 53-71.

Serrano Pascual, A. (2009b). “Regulación supranacional y despolitización del trabajo: el caso del paradigma de la activación”, en Crespo, E., Prieto, C. y Serrano, A. (Dirs.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía. Paradojas del empleo en una sociedad en transformación*, Madrid, Editorial Complutense / CIS: 259-290.

Serrano Pascual, A., Fernández Rodríguez, C. J., Artiaga Leiras, A. (2012). “Ingenierías de la subjetividad: el caso de la orientación para el empleo”, Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 138: 41-62. DOI:10.5477/cis/reis.138.41

Serrano Pascual, A. Magnusson, L. (Eds.) (2007). *Reshaping Welfare States and Activation Regimes in Europe*, Bruselas, P.I.E. Peter Lang.

Silverman, D. (1993). *Interpreting Qualitative Data. Methods for Analysing Talk, Text and Interaction.* Londres, Sage.

Sobrino González, G. (2007). *La política de colocación*, Albacete, Bomarzo.
Sol, E., Westerveld, M. (Eds.) (2005). *Contractualism in Employment Services. A new reform of welfare state governance*, La Haya, Llumer Law International.
Stuart, M., Martínez Lucio, M. (Eds.) (2005) *Partnership and Modernisation in Employment Relations*, Londres, Routledge.
Tovar, F.J. y Revilla, J.C. (2012) La institucionalización de la individualización del trabajo: el concepto de flexiguridad. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 30 (1): 235-258.
Wilthagen T., Tros, T. F. (2004). "The Concept of Flexicurity: A New Approach to Regulating Employment and Labour Markets". *Transfer*, 10 (2): 167-186.
Wodak, R., Meyer, M. (Eds.) (2009). *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa.
Valdés Dal-Ré, F. (2006). "Intermediación laboral: apuntes críticos de una reforma socialmente visible y normativamente provisional". *Relaciones laborales*, 19, editorial.
Vallés, M. (2002). *Entrevistas cualitativas*. Madrid: CIS.

ANEXO: Datos de las entrevistas.

Perfil de Entrevistados	Entrevistas
Representante de UGT a nivel nacional	1 entrevista
Representante de CCOO a nivel nacional	1 entrevista
Representante de UGT en la Comunidad Valenciana	1 entrevista
Representante de CCOO en la Comunidad de Andalucía	1 entrevista
Representante de Federación Española de Municipios y Provincias	1 entrevista
Representante de Federación Valenciana de Municipios y Provincias	1 entrevista
Representante de Federación Andaluza de Municipios y Provincias	2 entrevistas
Responsable políticas activas - INEM	1 entrevista
Responsable de políticas activas Servicio Andaluz de Empleo	3 entrevistas
Responsable de políticas activas Servicio Valenciano de Empleo y Formación	4 entrevistas
Representante de Cáritas a nivel nacional	1 entrevista
Representante de Asociación de Grandes Empresas de Trabajo Temporal a nivel nacional	2 entrevistas
TOTAL	**19 entrevistas**

Complementación entre encuestas presenciales y telefónicas

Vidal DÍAZ DE RADA
Departamento de Sociología - Universidad Pública de Navarra
vidal@unavarra.es

Recibido: 04-06-2013
Aceptado con modificaciones: 15-01-2014
Aceptado finalmente: 20-02-2014

Resumen
La mayor parte de las investigaciones sociales realizadas en España utilizan encuestas presenciales, mientras que la investigación comercial emplea fundamentalmente encuestas telefónicas. El mayor coste consecuencia del descenso de la tasa de respuesta está cuestionando el empleo de ambos modos de recogida de información. Debido a que cada modo tiene unas determinadas ventajas y desventajas la idea de utilizar los modos está adquiriendo una gran popularidad. Sin embargo, combinar diferentes modos de colección de datos puede afectar a la calidad de la investigación si determinados subgrupos responden de forma diferente en cada uno. Este trabajo presenta los resultados de una investigación que utiliza conjuntamente encuestas presenciales y telefónicas. Se analiza la diferente participación en cada modalidad y los cambios en las variables sustantivas de la investigación, considerando si éstas pueden explicarse por la modalidad elegida.
Palabras clave encuesta presencial, encuesta telefónica, modalidad de recogida de información, modos mixtos, no respuesta, aquiescencia, efectos primacía y recencia

ISSN: 1130-8001
http://dx.doi.org/10.5209/rev_POSO.2014.v51.n1.42431

Face-to-face interviews and telephone surveys as complementary research methods

Abstract
Most social surveys in Spain used face-to-face in order to collect data. However, in market research telephone survey is the most prevalent mode. But the cost of achieving a survey using both traditional modes is increasing and, at the same time, the response rates decrease. Because each mode has its own weaknesses and strengths, the idea of mixing modes of data collection is becoming more and more popular. Nevertheless, combining different modes of data collection may be problematic if people answer differently depending on the mode. This paper presents findings from an experimental study carried out in Spain to assess the impact a change in data collection mode from the current face-to-face interviewing to telephone might have on data quality and to study the likely causes of any observed mode effects.
Key words: face to face survey, telephone survey, mode of data collection, mixed modes, non response, acquiescence, primacy/recency effects

Referencia normalizada
Díaz de Rada, V. (2013). "Complementación entre encuestas presenciales y telefónicas". *Política y Sociedad*, Vol.51 Núm. 1 201-226

Sumario: Introducción. 1.Contextualización del objeto de estudio. 2.Aplicación a un caso: estudio sobre práctica deportiva en una ciudad de tamaño medio. 3.Diferencias/similitudes en las respuestas según el modo utilizado. 4.Conclusiones. Bibliografía.

Introducción

En este trabajo se analiza cómo el uso combinado de encuestas administradas con diferentes *modalidades* de recogida de información, en función del nivel de accesibilidad de cada estrato, logra un mejor conocimiento de la realidad objeto de estudio. Utilizando una encuesta aplicada en un ámbito urbano se demuestra que el empleo de la encuesta telefónica a una parte de la población –difícilmente accesible con una metodología presencial– logra mejores resultados que los conseguidos utilizando únicamente la modalidad presencial.

La reflexión sobre la información *complementaria* obtenida por una segunda modalidad tiene lugar en un momento sumamente *delicado* en la investigación con encuestas por la gran dificultad para conseguir muestras representativas de la población objetivo de estudio. Seguidamente se presentan las características de la investigación empírica, un estudio sobre práctica deportiva en una ciudad de alrededor de 100.000 habitantes situada en el norte de España[1] realizada conjuntamente con encuesta presencial y telefónica. La presentación de resultados analiza las diferencias en las variables de la investigación, considerando hasta qué punto éstas pueden explicarse por la modalidad elegida. Las escasas diferencias entre modalidades localizadas aquí, a diferencia de lo que sucede en la mayor parte de la investigación publicada, se explican aludiendo a la temática del cuestionario: comportamientos y ausencia de preguntas sobre actitudes u opiniones. Una segunda explicación podría venir de la forma de administrar el cuestionario, sin leer las categorías de respuesta (respuesta espontánea).

1. Contextualización del objeto de estudio

Volviendo al tema apuntado en el párrafo anterior, relativo a la dificultad actual de lograr muestra representativas, uno de los mayores expertos en este ámbito describe la situación actual como "tiempos turbulentos para la realización de encuestas" por las dificultades para contactar con la totalidad del universo objeto de estudio (Dillman *et al.*, 2009). La recogida de información con encuesta presencial se ve seriamente amenazada por el incremento del *vídeo-portero* y la presencia de urbanizaciones cerradas que impiden el acceso del encuestador a determinados ámbitos (estratos elevados). La encuesta telefónica presenta problemas derivados de la elevada cantidad de números telefónicos fijos no listados (fuera de las guías telefó-

[1] Los datos de este trabajo forman parte de una investigación para conocer la viabilidad de una infraestructura deportiva. El patrocinador de la investigación nos permitió utilizar esta información siempre que no sea posible identificar el municipio donde se realizó la investigación.

nicas) y la creciente sustitución del teléfono fijo por el móvil (que no dispone de directorios).

Una forma de solventar los problemas generados por esta situación es realizar diseños de investigación que combinen varias modalidades de encuesta con el fin de reducir la población no cubierta y aumentar la tasa de respuesta al menor coste (Dillman *et al.*, 2001; Dillman *et al.*, 2009; Jäckle *et al.*, 2006; Revilla, 2010; Sala y Lynn, 2005, 2009; Voogt y Saris, 2005). Esta estrategia, conocida en la literatura como *modos mixtos* (De Leeuw, 2005), busca *combinar* los aspectos positivos de cada modalidad para emplearla conjuntamente con otra, lo que precisa de una cuidadosa planificación porque introducir una segunda (tercer o cuarta) modalidad implica una mayor complicación, necesidad de más recursos económicos, más tiempo, y un complicado proceso de implementación y ajuste. La segunda (o tercera) modalidad pueden aplicarse al mismo tiempo que la primera (concurrente), o posteriormente (secuencial) tras considerar el número de elementos que no han participado en la investigación (De Leeuw *et al.*, 2008).

Otras posibles combinaciones pueden realizarse aplicando diferentes partes del cuestionario con diferentes modalidades[2], encuestar a la misma persona con diferentes modos en varios momentos temporales[3], y encuestar diferentes personas con diferentes modos basados en la premisa que personas que son diferentes tendrán también tasas de contacto –y disposición a responder– diferentes (Roberts, 2007; De Leeuw *et al.*, 2008; Dillman *et al.*, 2009). Las ventajas de este último están relacionadas con la reducción del error de cobertura y no respuesta, así como el importante descenso en el coste de la investigación, fundamentalmente cuando los modos se combinan secuencialmente, empleando en primer lugar los más económicos (Dillman *et al.*, 2009). De hecho, según Dillman y Messer (2010) se trata del modo mixto más frecuentemente utilizado. La mejora de la representatividad muestral debido al mayor número de población cubierta y el aumento de la tasa de respuesta es el motivo por el que ha sido utilizado en la presente investigación.

Ahora bien, no todo son ventajas en la combinación de modos produciéndose –en ocasiones– diferentes resultados producidos por tres factores (Dillman et al., 2009; Messer y Dillman, 2010): 1) Cercanía/lejanía del entrevistador (o incluso su desaparición en las encuestas autoadministradas) y su influencia en el ritmo de la entrevista (efectos orden de las preguntas, deseabilidad social, y aquiescencia); 2) impacto de la comunicación oral versus visual y su influencia en los efectos *prima-*

---

[2] Así procedía, por ejemplo, la Encuesta Social Europea cuando –tras responder el cuestionario– el encuestador dejaba en el hogar el cuestionario suplementario para que fuera enviado por correo (Cuxart y Riba, 2005).

[3] Desde el año 2005 (Ballano, 2005; García, 2005; INE, 2005) la Encuesta de Población Activa realiza la primera encuesta al hogar de forma presencial y las siguientes empleando el teléfono (en los hogares que lo tienen).

cía y *recencia*; y, 3) la necesidad de elaborar el cuestionario utilizando preguntas que puedan ser respondidas en todos los modos (modo unificado).

2. Aplicación a un caso: estudio sobre práctica deportiva en una ciudad de tamaño medio

La investigación se circunscribe a las personas mayores de 14 años residentes en el municipio, utilizando como universo el fijado por el último Padrón Municipal de Habitantes, ligeramente inferior a 100.000 residentes. Se consideró una muestra de 600 personas, 500 de las cuales fueron seleccionadas de forma proporcional en función de la población residente en los cuatro distritos en los que está dividido el municipio. Este tamaño muestral, con un nivel de confianza del 95% y p = q = 0,5 presenta un error muestral máximo para datos globales de ±4,08% en el supuesto del Muestreo Aleatorio Simple.

La estratificación en estas cuatro zonas se realizó considerando criterios socio-demográficos y de accesibilidad para el trabajo de campo. Tres distritos están formados –fundamentalmente– por *bloques* de viviendas a los que se accede a través de un portal con un portero (o portero automático), mientras que en el cuarto predominan viviendas unifamiliares (adosados, dúplex y urbanizaciones cerradas) construidas entre 1990 y 2010. Este distrito será definido a partir de ahora como *predominantemente unifamiliar* y se caracteriza por la juventud –y el alto nivel educativo– de la población residente.

Las viviendas de los tres primeros distritos no ofrecen –en principio– dificultades para acceder a los domicilios, mientras que el último supone grandes dificultades de acceso, fundamentalmente en las urbanizaciones cerradas y vigiladas. Teniendo esto presente, y considerando que la facilidad de *acceso* es una de las propiedades de la encuesta telefónica (Frey, 1989) se decidió utilizar encuestas presenciales en los tres primeros distritos y telefónicas en el cuarto, el *predominantemente unifamiliar*.

Se emplea un diseño mixto concurrente que utiliza dos modalidades –presencial y telefónica– para diferentes personas dentro de una misma muestra (De Leeuw, 2005); procediendo de forma similar a investigaciones recientes como el último Censo Americano (Martin *et al.*, 2007). Tal y como se ha señalado, se trata del modo mixto más frecuentemente utilizado por las mejoras en la representatividad muestral debido al mayor número de población cubierta, así como el aumento de la tasa de respuesta (Dillman y Messer, 2010).

La encuesta presencia utiliza el habitual muestreo polietápico estratificado por conglomerados, con distritos seleccionados aleatoriamente con probabilidad proporcional a su tamaño, selección de viviendas con rutas aleatorias, e individuos con cuotas de sexo y edad. Fueron definidas siete cuotas de edad, con una *amplitud* de 4 y 5 años en las dos categorías más jóvenes, y de 10 años a partir de los 25: entre 16 – 19 años, 20 – 24, 25 – 34, 35 – 44, 45 – 54, 55 – 64, 65 y más. Las encuestas telefónicas localizaron los entrevistados con un proceso de marcación aleatoria,

previa comprobación que los números seleccionados pertenecían a ese distrito. Uno de los objetivos de la investigación era obtener resultados representativos del distrito *predominantemente unifamiliar* porque el centro deportivo estaba situado más cerca de esta zona e investigaciones realizadas en otros contextos habían detectado una mayor práctica deportiva de ese colectivo. Estos motivos precisaban contar con una muestra suficiente, algo que no se consigue con el ajuste proporcional utilizado para distribuir la muestra en los cuatro distritos. Para ello se repartieron proporcionalmente 500 entrevistas entre los cuatro distritos, asignando 100 entrevistas adicionales al distrito *predominantemente unifamiliar*, consiguiendo un tamaño muestral de 219 entrevistas. Los datos, posteriormente, fueron ponderados para "compensar" la sobrerepresentación del distrito.

El cuestionario empleado comienza con una pregunta sobre práctica deportiva que divide la muestra en tres grupos: deportistas, ex deportistas y personas que nunca han realizado deporte. Cada uno de éstos responde una parte del cuestionario, aunque las preguntas son muy similares. El cuestionario para los deportistas y ex deportistas cuenta con 18 variables, mientras que los que nunca han realizado deporte responden 9 variables, considerando que a corto/medio plazo tendrían interés en practicar dos deportes (nadie declaró que en el futuro practicaría tres deportes). Por último, todos los entrevistados respondieron cinco variables sociodemográficas (sexo, edad, nivel de estudios, relación con la actividad y situación de convivencia).

3. Diferencias/similitudes en las respuestas según el modo utilizado

Dividiremos la exposición de resultados en dos partes: la primera sección está dedicada a sesgos muestrales, a la diferente participación (rasgos sociodemográficos), mientras que la segunda analiza los efectos de medición consecuencia de la modalidad utilizada, comparando las respuestas del cuestionario obtenidas por cada modalidad, y considerando también algunos *efectos* de respuesta específicos en las encuestas telefónicas.

3.1. Diferencias muestrales.

Hay un acuerdo unánime en que la encuesta telefónica consigue mayor colaboración de los colectivos jóvenes, las personas con altos niveles de estudios y elevados ingresos, así como en las zonas urbanas (entre otros Fowler, 2002: 66; Green *et al.*, 2001; Nicolaas *et al.*, 2000; Wert, 2000; Wessell *et al.*, 2000; Battaglia et al., 2008a); precisamente los colectivos más difíciles de localizar y entrevistar con la encuesta presencial (entre otros Dikema *et al.*, 2008; Lavrakas, 2008 y 2010). Esta diferente selección, ¿implicará diferencias en los rasgos sociodemográficos de la población entrevistada con cada modalidad?. Con objeto de responder esta cuestión se ha

llevado a cabo, en primer lugar, una comparación utilizando la información sociodemográfica disponible en el marco muestral.

El análisis de la tabla 1 muestra escasas diferencias entre la muestra obtenida y el universo. La comparación entre ambos desvela una ligera sobre representación en los menores de 35 años, mayor en el colectivo masculino, y una infra representación de los dos colectivos de más edad, fundamentalmente en el colectivo entre 56 y 65 años (y con mayor desequilibrio en el caso de las mujeres).

Tabla 1: Distribución de la muestra y del universo (porcentajes verticales)

Universo			
Edad	Hombres	Mujeres	Total
16-25 años	0,153	0,138	0,145
26-35 años	0,231	0,219	0,225
36-45 años	21,50%	21,60%	21,60%
46-55 años	15,30%	15,80%	15,60%
56-65 años	13,80%	14,30%	14,10%
66 y más años	11,00%	12,60%	11,80%
Total	100	100	100
Distribución muestral			
Edad	Hombres	Mujeres	Total
16-25 años	18,80%	16,30%	17,50%
26-35 años	26,00%	24,00%	25,00%
36-45 años	19,40%	19,60%	19,50%
46-55 años	12,80%	17,90%	15,50%
56-65 años	12,80%	9,90%	11,30%
66 y más años	10,10%	12,20%	11,20%
Total	288	312	600

Fuente: Datos padronales y encuesta de hábitos saludables del municipio, 2010.

Es indiscutible que es más interesante considerar la representación según modalidades de encuesta, siempre teniendo en cuenta que el bajo tamaño muestral recomienda interpretar los resultados con suma prudencia. De hecho, el escaso tamaño muestral de la modalidad entrevistada a través del teléfono nos ha llevado a llevar a cabo una agrupación de los grupos de edad en tres, tal y como se aprecia en la tabla 2.

Pese a la prudencia con la que deben interpretarse las diferencias debido al bajo tamaño muestral, la tendencia mostrada en la tabla 1 (sobre representación de los jóvenes e infra-representación de los mayores) es aumentada en la encuesta presencial al realizar una mayor selección de los menores de 35 años, que aumenta aún más en los hombres. Veámoslo en detalle: en la tabla 2 se muestra la distribución de

las edades conseguida por cada modalidad con el Padrón Municipal (marco muestral empleado). La comparativa de la distribución conseguida por la encuesta presencial desvela una diferencia de 22,74 puntos, producida fundamentalmente por la sobreestimación de los menores de 35 años (once puntos) y la infraestimación del resto de grupos de edad. El análisis diferenciado por sexos desvela una gran sobrerepresentación de hombres menores de 35 años e infrarepresentación de los hombres en los estratos siguientes, alcanzando mayor magnitud en el grupo de edad contiguo (36-55 años). En las mujeres la sobrerepresentación de las más jóvenes se corrige en gran medida con el último grupo de edad. Las mujeres consiguen una mejor representación que los hombres (suma de diferencias de 9,27 y 13,47 respectivamente).

La representación conseguida por la encuesta telefónica es ligeramente mejor, fundamentalmente por la menor sobrerepresentación del grupo más joven (diferencia de 10,06 frente a los 11,32 de la encuesta presencial). Las tendencias en el interior de la tabla son similares a lo señalado en la encuesta presencial, equilibrándose la selección muestral de los hombres con la infrarepresentación de los grupos de edad intermedios y, en menor medida, con los mayores. En ambas modalidades las mujeres corrigen la sobrerepresentación de las más jóvenes con una menor selección de los mayores de 55 años.

Tabla 2: Comparación entre la muestra y el universo en la distribución de edades y sexo. Porcentajes verticales y diferencias entre magnitudes (muestra menos universo[4]).

Encuesta presencial						
	Hombres		Mujeres		Total	
Edad	Porcent.	Dif.	Porcent.	Dif.	Porcent.	Dif. (*)
16-35	46,20%	6,7	40,80%	4,64	43,50%	11,32
36-55	31,30%	-4,7	35,90%	-0,05	33,70%	4,76

[4] La resta de la distribución porcentual del universo a la muestra implica que valores positivos deben interpretarse como sobrerepresentaciones muestrales. Las cifras negativas muestran estratos infrarepresentados en la muestra.

56 y más	22,40%	-2,1	23,30%	-4,59	22,80%	6,66
Nº casos	187		194		381	
Suma de diferencias (*)		13,47		9,27		22,74
Encuesta telefónica						
	Hombres		Mujeres		Total	
Edad	Porcent.	Dif.	Porcent.	Dif.	Porcent.	Dif. (*)
16-35	38,50%	5	38,80%	5,07	38,70%	10,06
36-55	36,60%	-3,7	43,30%	0,17	40,30%	3,85
56 y más	25,00%	-1,2	18,00%	-5,13	21,00%	6,35
Nº casos	96		118		214	
Suma de diferencias (*)		9,89		10,37		20,26

Notas: (*) Suma de las diferencias entre la muestra y el universo sin considerar los signos ("+" o "–")
Fuente: Datos padronales y encuesta de hábitos saludables del municipio, 2010.

Estas diferencias pueden explicarse considerando el método de selección de las unidades últimas, empleando cuotas de sexo y edad. Los grupos de edad considerados por el universo –el Padrón Municipal en este caso– terminan en 0 o en 5, mientras que las cuotas empleadas en la investigación comienzan en 0 y en 5 (20 – 24, 25 – 34, 35 – 44, 45 – 54, 55 – 64, 65 y más). El método de cuotas exige un número de entrevistas determinado en las cuotas, pero no *controla* la correcta distribución en el interior de cada cuota. Consideramos que la diferente distribución de entrevistas en el interior de la cuota explica las diferencias entre el universo y la muestra.

3.2. Diferencias en la medida en las variables *sustantivas* de la investigación.

Pese a las escasas diferencias localizadas en el apartado anterior, ¿existirán diferencias en las preguntas *sustantivas* del cuestionario, en la práctica deportiva de los entrevistados?. Cuando las respuestas varían en cada modalidad surge la pregunta de ¿cuál de las dos elegir?, ¿cuál presenta una información más veraz? (Díaz de Rada, 2011). Es un aspecto de suma importancia en la medida que puede invalidar los hallazgos de la investigación, y que permitirá poner de manifiesto cómo el uso de las modalidades aquí empleadas consigue un mejor conocimiento de esta realidad.

La pregunta planteada al principio del párrafo anterior se responde negativamente porque la mayor parte de las variables presentan la misma distribución independientemente de la modalidad de recogida. En la tabla 3 se presentan los valores chicuadrado de la relación entre la modalidad de recogida y las variables del cuestionario (excepto de la primera pregunta que es la que divide los colectivos en tres grupos). Obsérvese que tan sólo cinco presentan diferencias según la modalidad. De

éstas, cuatro tienen lugar en el grupo de los deportistas: compañía en la realización de la práctica deportiva, estar federado o no, pertenencia a una asociación deportiva, y gasto en deporte. Los entrevistados a través del teléfono practican deporte con amigos o compañeros de trabajo/estudio[5], duplican la tasa de federación, presentan mayor pertenencia a clubes y asociaciones deportivas, y son los que más dinero gastan en la práctica deportiva.

Pudiera ser que estas relaciones estuvieran provocadas por los rasgos sociodemográficos de los entrevistados, y no tanto por diferencias en el lugar de residencia /modalidad de recogida de la información. La utilización de la regresión logística permitirá delimitar con precisión la influencia de las variables sociodemográficas y la modalidad de administración del cuestionario en realizar deporte solo o acompañado, estar federado o no, pertenecer a una asociación deportiva, y gasto en deporte (variables con relación significativa en la tabla 3). Cada una de éstas será considerada como variable dependiente en la regresión logística, empleando como términos independientes el sexo, la edad, el nivel de estudios, la relación con la actividad, situación de convivencia y modalidad de administración del cuestionario. Con el fin de comprobar si la modalidad de encuesta afecta a unos determinados grupos sociales más que a otros serán introducidos también –como términos independientes– las interacciones entre modalidad y sexo, modalidad y edad, modalidad y nivel de educación, modalidad y situación de convivencia y, por último, modalidad y relación con la actividad.

Tabla 3: Diferencia en la distribución de las variables según modalidad: valores chi-cuadrado (y grados de libertad) obtenidos de la relación entre cada variable y modalidad.

Tema de la pregunta	Deportistas[1]	Ex deportistas	Nunca han practicado
Actividades deportivas que practica/ba/ría	4,094 (2)	0,724 (2)	0,516 (1)
Frecuencia de práctica de cada deporte[2]			
Lugar donde practica deporte.			
Motivos por los que practica/ba deporte[4]			
Primer motivo	5,389 (3)	0,872 (3)	0,820 (3)
Segundo motivo	4,804 (2)	2,126 (2)	4,200 (4)
Compañía en la actividad deportiva[5]	15,854 (4)**	13,069 (5)*	
Federado si /no	6,619 (1)*	0,579 (1)	
Pertenencia a club/asociación deportiva	19,514 (1)**	2,385 (1)	

[5] Esto se produce tanto en el grupo de los deportistas como en el de los ex deportistas.

Forma en la que hace deporte[6]	0,083 (1)	0,000 (1)	
Participación en competiciones	3,542 (2)	2,357 (2)	
Tiempo semanal dedicado a práctica deportiva	1,577 (3)	0,709 (3)	
Gasto en los deportes practicados	26,512 (3)**		
Preguntas específicas para ex deportistas y para los que nunca han hecho deporte			
Motivos por los que dejó de practicar deporte[7]		2,903 (3)	c.i.
Volverá a practicar deporte a corto o medio plazo		3,952 (3)	1,692(3)
Lugar donde cree que practicaría deporte		1,077 (2)	c.i.

Notas:

* Relación significativa 95%

** Relación significativa 95%

c.i. Insuficiente número de casos

[1]Tal y como se ha señalado, la primera pregunta del cuestionario divide la muestra en tres grupos según su práctica deportiva

[2]No se muestran los valores del Chi-cuadrado de esta pregunta por la complejidad que supone la presentación de las 38 variables donde se recoge la frecuencia en la práctica de cada deporte. Mucho más cuando, como tendremos ocasión de demostrar más adelante , ningún deporte presenta variaciones en su práctica según la modalidad.
Esto mismo explica la ausencia de valores en los lugares donde se practica deporte, donde sólo dos deportes (gimnasia de mantenimiento y natación) presentan variación según la modalidad. Éstos serán analizados con más detalle en la tabla 5.

[3]Tal y como se ha señalado, la primera pregunta del cuestionario divide la muestra en tres grupos según su práctica deportiva

[4] A los deportistas se les pregunta por los motivos por los que practican deporte, a los ex deportistas por los motivos por los que practicaban, y a lo no deportistas los motivos por los que no realiza ninguna actividad deportiva.

[5] Únicamente se ha considerado la primera respuesta por el escaso número de entrevistados que dieron dos. Se verá con más detalle en la tabla 7.

[6] Por su cuenta, actividad club, actividad centro estudio/trabajo, otra forma. Se han listado aquí las opciones disponibles porque es la única pregunta en la que son leídas al encuestado

[7] Únicamente se ha considerado la primera respuesta por el escaso número de entrevistados que dieron dos.

Fuente: Elaboración propia con la encuesta de hábitos saludables del municipio, 2010.

Tabla 4: Efecto de las variables sociodemográficas en realizar deporte solo/acompañado, estar federado o no, y pertenencia a asociación deportiva.

	Realizar deporte solo/acompañado 1 = Siempre o casi siempre solo	Federado/no federado 1 = Si	Pertenencia asociación deportiva 1 = Si

	0 = Con un equipo deportivo, amigos, familiares, etc.			0 = No.			0 = No		
	Coeficientes	Error estándar	Odds ratio	Coeficientes	Error estándar	Odds ratio	Coeficientes	Error estándar	Odds ratio
Modo de encuesta (referencia: presencial)	-0,255	0,35	0,775	0,867 **	0,437	2,381	1,412***	0,398	4,103
Sexo (referencia: mujer)	-0,351	0,293	0,704	1,346***	0,48	3,843	1,411***	0,413	4,101
Edad (referencia: 56 y más)									
18-35 años	-0,185	0,588	0,831	0,925	0,905	2,521	1,814**	0,846	6,133
36-55 años	-0,356	0,523	0,7	-0,034	0,854	0,966	0,868	0,791	2,383
Relación con la actividad (referencia: estudiante)									
Trabaja	0,049	0,576	1,051	-0,394	0,566	0,675	-0,154	0,542	0,857
Parado	0,69	0,693	1,994	-0,546	0,794	0,579	-0,384	0,746	0,681
Ama de casa	0	0,748	1	1,382	0,973	3,984	1,586	0,859	4,885
Pensionista	0,107	0,82	1,113	-19,12	6408,412	0	-0,501	1,181	0,606
Nivel de estudios (referencia: superiores)									
Menos de primarios y primarios.	-0,024	0,429	0,976	-1,05	0,712	0,35	-0,78	0,584	0,458
Secundarios	0,249	0,329	1,283	-0,212	0,422	0,809	-0,131	0,376	0,877
Situación de convivencia (referencia: solo con sus hijos)									
Solo	0,681	0,98	1,975	18,876	15561,109	1,58E+08	20,018	15630,895	4,94E+08
Con sus padres	-0,68	1,013	0,506	18,168	15561,109	7,76E+07	18,763	15630,895	1,41E+08
Con esposo/pareja	0,259	0,94	1,295	17,991	15561,109	6,51E+07	18,65	15630,895	1,26E+08
Con esposo/pareja e hijos	0,814	0,923	2,258	17,584	15561,109	4,33E+07	18,681	15630,895	1,30E+08
Constante	-0,561	1,229		-20,927	15561,109		-22,561	15630,895	
-2 log de Verosimilitud	202,95			201,318			250,579		
Pseudo R^2 (Nagelkerke)	0,228			0,254			0,267		
% casos correctos	71,5			83,4			78,6		
Número de casos	290			290			290		

Notas:

(*) Significación al 0,10.

(**)Significación al 0,05.

(***)Significación al 0,01.

Fuente: elaboración propia.

Los términos independientes han sido codificados considerando la última categoría como referencia y sus coeficientes se interpretan como el efecto que produce en la variable dependiente un cambio de una unidad en la variable independiente, manteniendo constantes todas las demás. La compañía en la realización de la práctica deportiva, diferenciando entre hacerlo solo o acompañado, no presenta relación significativa con ninguna de las variables sociodemográficas, tal y como se aprecia en la tabla 4. En el grupo de los ex deportistas (no se muestra) el sexo y la relación con la actividad presentan relación, destacando las mujeres –y los parados– por una mayor práctica deportiva en solitario.

En la pregunta sobre federación, y teniendo siempre en cuenta que tan solo un 16% de los entrevistados están federados, los varones y los que han sido entrevistado a través del teléfono destacan por su nivel de federación. Uno de cada cuatro entrevistados pertenece a una asociación deportiva, cifra que aumenta considerablemente en los menores de 35 años, en los varones, y en los entrevistados por teléfono. El gasto en actividades deportivas aumenta con el nivel de estudios y disminuye con la edad (tabla 4).

Analizaremos a continuación la práctica deportiva detectada por cada modalidad con el fin de mostrar hasta qué punto el uso de varias modalidades (encuesta presencial y telefónica) consigue un mejor conocimiento de esta realidad. Seleccionados los ocho deportes más practicados (tabla 5) sólo la gimnasia de mantenimiento y el pádel tienen más seguidores en la zona *predominantemente unifamiliar*; aunque las diferencias son pequeñas y no llegan a ser significativas. Realizar una regresión logística con los tres deportes más practicados desvela la influencia del nivel de estudios y el sexo en la gimnasia de mantenimiento, y el sexo y edad en el senderismo[6]. Las mujeres y los entrevistados con estudios universitarios destacan por una elevada práctica de gimnasia, siendo las mujeres de más edad las que más practican senderismo. En el caso de la natación es el nivel de estudios y la relación con la actividad las que presentan mayores influencias, seguido del modo de administración. Las personas con estudios universitarios, estudiantes y entrevistados con encuesta presencial son los que en mayor medida practican natación. Obsérvese que el modo de administración del cuestionario únicamente presenta influencia en practicar natación, lo que implicaría que –de no haber introducido la modalidad telefónica– los niveles de práctica hubieran sido mayores.

Tabla 5: Diferencias entre modalidades en preguntas sobre práctica deportiva.

[6] Con el fin de dar más fluidez a la exposición se han colocado estos resultados en el anexo.

	Encuesta presencial	Encuesta telefónica	Toda la muestra
Deportes practicados (multirespuesta)			
Ciclismo	7%	3%	6% (n 18)
Footing	7%	1%	5% (n 15)
Fútbol	17%	10%	15% (n 44)
Gimnasia de mantenimiento	23%	29%	25% (n 74)
Musculación	10%	2%	8% (n 23)
Natación	21%	9%	18% (n 53)
Padel	1%	19%	6% (n 19)
Senderismo	24%	8%	19% (n 58)
Deportes que practicaba (multirespuesta)			
Baloncesto	9%	14%	9% (n 17)
Ciclismo	10%	0%	9% (n 17)
Fútbol	26%	14%	25% (n 46)
Gimnasia de mantenimiento	26%	14%	25% (n 46)
Natación	16%	14%	15% (n 28)
Deportes que practicaría en caso de hacer deporte (multirespuesta) Solo se obtienen 28 respuestas en 9 deportes.			

Fuente: Elaboración propia con la encuesta de hábitos saludables del municipio, 2010.

Los deportes más practicados por los que han abandonado la práctica deportiva (ex deportistas) son fútbol, gimnasia de mantenimiento, natación, baloncesto y ciclismo; y en este caso no hay diferencias significativas en la frecuencia de práctica ni en el lugar donde se realiza el deporte. El bajo número de no deportistas que responden a la pregunta sobre deportes que practicarían en caso de que decidiera realizar algún deporte (28 personas) impide analizar los deportes más elegidos.

3.3. Calidad en la respuesta.

Expuestas las similitudes entre las modalidades es el momento de estudiar la calidad de la respuesta, analizando la aplicabilidad de algunas investigaciones que han dado cuenta de la escasa calidad de las respuestas obtenidas por las encuestas telefónicas (Ellis y Krosnick, 1999; Green *et al.*, 2001; Krosnick, 1999). Según Voogt y Saris (2005) las diferencias entre modalidades aumentan cuando las investigaciones incluyen preguntas con opciones de respuestas *socialmente deseables*

(De Leeuw, 1992; Presser y Stinson 1988; Tourangeau et al, 2000), y cuando se incluyen *temas sensibles* (Rasinski et al 1994; Tourangeau et al, 2000).

Además de esta explicación, la mayor parte de expertos (entre otros Groves, 1989 ; De Leeuw, 1992; DeLeeuw y Van der Zouden, 1988; De Leeuw, 2008; Dillman *et al.*, 2009) atribuyen estas diferencias entre modalidades a investigaciones realizadas hace años, cuando el teléfono no era un modo habitual de comunicación y –utilizando investigaciones recientes– señalan que actualmente apenas hay diferencia entre modalidades en tasa de no respuesta parcial (preguntas sin responder), diferente selección de opciones de respuesta (primacía o recencia), aquiescencia, diferenciación en las escalas, respuestas más extremas en las escalas, y deseabilidad social.

Tabla 6: Diferentes indicadores de calidad en la respuesta (porcentajes verticales).

No respuestas	**Encuesta presencial**	**Encuesta telefónica**	**Toda la muestra**
Cero	92%	92%	92%
Una	7%	8%	7%
Dos	2%	1%	1%
Total	481	119	600
Chi cuadrado = 0,318; (3 g.l.). Signif 0.957			
¿Cómo realiza su actividad deportiva?	**Encuesta presencial**	**Encuesta telefónica**	**Toda la muestra**
Por su cuenta	82%	86%	83%
Actividad de un club, asociación deportiva, federación, etc.	15%	14%	15%
Como actividad del centro de enseñanza o empresa o institución en la que estudia/trabaja	2%	0%	1%
De otra forma	0%	0%	0%
No contesta	1%	0%	1%
Total	210	86	296
Chi cuadrado = 3,020; (3 g.l.). Signif 0.389			
¿Cómo realizaba su actividad deportiva?			
Por su cuenta	79%	86%	80%

Actividad de un club, asociación deportiva, federación, etc.	13%	14%	13%
Como actividad del centro de enseñanza o empresa o institución en la que estudia/trabaja	4%	0%	3%
De otra forma	0%	0%	0%
No contesta	4%	0%	4%
Total	167	14	181
Chi cuadrado = 1,174; (3 g.l.). Signif 0.759			

Fuente: Elaboración propia con la encuesta de hábitos saludables del municipio, 2010.

El estudio de la no respuesta parcial en la presente investigación desvela un similar número de no respuestas, así como ausencia de efecto recencia en la única pregunta cuyas respuestas fueron leídas al entrevistado (tabla 6). Obsérvese que se trata de una pregunta muy larga, no muy apropiada para una encuesta telefónica (De Leeuw, 1992; Frey, 1989), pero que funcionó perfectamente cuando fue aplicada en la presente investigación. Tampoco se ha detectado una mayor aquiescencia en la encuesta telefónica. El único aspecto destacable (tabla 7) es que la encuesta presencial recoge *más respuestas* en *todas* las preguntas multirespuesta, tanto en el número de deportes que practica[7] como en los motivos por los que hace deporte, llegando a duplicar el número de respuestas en numerosas ocasiones. En conclusión, de nuevo destacar la escasa diferencia entre modalidades.

Tabla 7: Presencia de otros efectos de respuesta: número de respuestas en preguntas multirespuesta (números absolutos).

	Encuesta presencial	**Encuesta telefónica**	**Diferencias (presencial-telefónica)**	
	n	**n**	**n**	**dif. %**
Deportistas: 296				
p.3 Número de deportes que practica				
Un deporte	210	86	124	1[1]59%
Dos	74	22	52	70%
Tres	16	2	14	87%
p.5 Motivos por los que hace deporte				

[7] El escaso número de respuestas entre los que nunca han realizado deporte impide sacar conclusiones representativas.

Un motivo	210	86	124	59%
Dos motivos	132	48	84	64%
p.6 Personas con las que hace deporte				
Una respuesta	210	86	124	59%
Dos respuestas	18	10	8	44%
Ex deportistas: 181.				
p.14 Número de deportes que practicaba				
Un deporte	167	14	153	92%
Dos	56	4	52	93%
Tres	17	2	15	88%
p.16 Motivos por los que hacía deporte				
Un motivo	167	14	153	92%
Dos motivos	78	5	73	93%
p.17 Personas con las que hacía deporte				
Una respuesta	167	14	153	92%
Dos respuestas	13	1	12	92%
Nunca han practicado deporte: 123.				
p.14 Número de deportes que practicaría				
Un deporte	24	5	19	79%
Dos	2	2	0	
Tres	0	0	0	
p.26 Motivos de nunca ha practicado deporte				
Un motivo	104	19	85	82%
Dos motivos	45	7	38	84%

Fuente: Elaboración propia con la encuesta de hábitos saludables del municipio, 2010.

4. Conclusiones

El empleo de una encuesta telefónica en una zona de la ciudad, caracterizada por mayor presencia de viviendas unifamiliares con difícil acceso, ha permitido mejorar la información recogida respecto a lo que habría sucedido de haber optado únicamente por utilizar la presencial. Esta *doble fotografía*, o esta fotografía desde dos ángulos, ha permitido conocer con más precisión los hábitos deportivos en esta zona y detectar hasta qué punto éstos difieren del resto del municipio. Tal y como se ha señalado a lo largo del trabajo apenas existen diferencias en la práctica deportiva

cuando se analiza por separado cada una de las modalidades utilizadas para responder, obteniendo resultados parecidos a las pautas de actividad físico-deportiva observadas en otros estudios similares. Tampoco otras consideraciones relativas a factores o circunstancias que pudiesen afectar al comportamiento de los encuestados, como la temática de la encuesta o las preguntas del cuestionario (semejantes en ambas modalidades de entrevista) generan conductas diferenciales en las dos submuestras. Los encuestadores tampoco presentan rasgos personales diferenciales que pudiesen explicar distintos comportamientos respondientes de los encuestados.

Son resultados similares a los localizados en otros contextos (De Leeuw, 1992; Galán *et al.*, 2004; Salinas *et al.*, 2004; Martin *et al.*, 2007; Dykema *et al.*, 2008; Dillman *et al.*, 2009; Dillman y Messer, 2010; Holmberg *et al.*, 2010; Rao *et al.*, 2010; U.S. Census Bureau, 2012; Bethlhem et al., 2011). Pese a ello, tenemos algunas dudas sobre la generalización de estos resultados a otras investigaciones realizadas en nuestro país por la particularidad en la forma de administración del cuestionario, sin leer las categorías de respuesta a los entrevistados, que precisan de un menor esfuerzo cognitivo por parte de los entrevistados a través del teléfono. Un segundo factor está relacionado con el tema de estudio, hábitos deportivos que son perfectamente conocidos por los encuestados, en lugar de opiniones y actitudes que pueden ser más influenciables por el modo de recogida de información.

La encuesta telefónica ofrece similares valores tanto en las variables sociodemográficas como en las específicas de la investigación (variables de contenido) y, muy importante, un coste notablemente inferior. La similitud de resultados en ambos cuestionarios y el menor precio de la encuesta telefónica supone una gran adecuación de ésta para la realización de estudios basados en hábitos. Es preciso indicar también que este estudio cuenta con una limitación, cual es la imposibilidad de comparar la información obtenida en el distrito *predominantemente unifamiliar* con información obtenida con una modalidad presencial. Esta es, in duda, una de las más importantes limitaciones de utilizar un método que *encuesta diferentes personas con diferentes modos*, partiendo de la premisa que personas que son diferentes tendrán también tasas de contacto –y disposición a responder– diferentes (Roberts, 2007; De Leeuw *et al.*, 2008; Dillman *et al.*, 2009). Ahora bien, se trata de tipo de modo mixto que haya sido utilizado en ocasiones por el equipo del Censo de los Estados Unidos (Martin *et al.*, 2007[8]) tanto para la realización del Censo como para otras investigaciones. Ahora bien, y pese a las escasas diferencias entre modalidades, especificar qué parte es explicada por la especificidad del distrito y cuál por la modalidad de encuesta requeriría de un diseño de investigación de tipo experimental que permitiera controlar *a priori* el efecto de estos factores (Pasadas del Amo, 2011).

---

[8] Esta forma de proceder ha contribuido notablemente a la exactitud del Censo del año 2010; uno de los mejores censos nunca realizados, con un error inferior al 1% (Mule, 2012).

Pese a estos "buenos" resultados conseguidos por la utilización conjunta de ambas modalidades, tres grandes problemas acechan a las encuestas telefónicas (Blumberg et al., 2008; Tucker y Lepkowski, 2008). En primer lugar la gran utilización del marketing a través del teléfono, y el consiguiente hastío en la población (Gwartney, 2007; Couper, 2005) que genera –en numerosas ocasiones– en un elevado número de encuestas telefónicas interrumpidas (Battagglia et al., 2008b).

A estos problemas hay que añadir la gran cantidad de números telefónicos fuera de las guías telefónicos y otros directorios (Link et al., 2008), que complica sobremanera la localización de la población objeto de estudio y "obliga" al empleo de métodos de números aleatorios, que normalmente presentan un mayor número de incidencias, o al empleo de varios marcos muestrales (Brick y Lepkowski, 2008; Terhanian y Bremer, 2012). Una estimación realizada por Pasadas del Amo y Trujillo Carmona (2013) desvela que la guía telefónica Infobel, una de las más empleadas, muestra que en Andalucía –pese a tener casi tres millones[9] de hogares)– incluye 1.379.545 teléfonos, de los que únicamente 1.079.361 son exportables.

Un último problema, más importante, es la expansión de la telefonía móvil y la sustitución de la fija. En el año 1999 se consigue la mayor tasa de penetración de telefonía fija, presente en el 87% de los hogares (Díaz de Rada, 2001; Peleteiro y Gabardo, 2006), y a partir de ese momento la población cubierta telefónicamente aumenta debido al gran crecimiento de la telefonía móvil; llegando al 99,3% en el año 2013 (Instituto Nacional de Estadística, 2013). Otra información interesante a considerar a la hora de llevar a cabo una encuesta telefónica es que en el año 2013 hay un 21% de hogares que sólo disponen de teléfono móvil, lo que implica que realizar una investigación únicamente a números fijos dejaría fuera al 1/5 de los hogares, porcentajes que aumentan considerablemente en determinadas comunidades autónoma como Murcia (41,5% de los hogares con sólo móvil), Comunidad Valenciana (32,6%), Extremadura (19,5%) y Andalucía (27,3%).

Más que el crecimiento de uno u otro equipamiento, este fenómeno es importante por las diferencias existentes en los colectivos que disponen de cada uno. Varias investigaciones han señalado las enormes diferencias entre la población *cubierta* por uno u otro tipo de teléfono (Pasadas del Amo et al., 2004; Peleteiro y Gabardo, 2006; Gabardo, 2013). Así, Peleteiro y Gabardo (2006) señalan que los que no tienen teléfono fijo en el hogar son más jóvenes que el promedio de la población, hay un mayor número de solteros y divorciados, forman parte de la población activa en mayor medida que el resto, y uno de cada cuatro es extranjero. Utilizando datos del año 2004 referidos a la población andaluza, Pasadas del Amo et al (2004) señalan que –en el año 2004– un 23% de los hogares andaluces disponen únicamente de teléfono móvil; y que estos hogares se caracterizan por ser de reciente creación, estar formados por personas jóvenes en situaciones laborables inestables o en periodo de transición (estudiantes en pisos compartidos, trabajadores en prácticas,

[9] Exactamente 2.966.000.

etc), en línea con los hallazgos constatados en otros países (Tucker y Lepkowski, 2008; Kennedy, 2010; Lynn y Kaminska, 2010). Cuando se analizan específicamente los hogares formados por personas jóvenes en situación de independencia se produce una gran sustitución del teléfono fijo por el móvil: "casi uno de cada dos hogares formados por jóvenes menores de 35 años carece de teléfono fijo" (Pasadas del amo et al, 2004). Una de las investigaciones más recientes localiza evidencias de la relación del equipamiento telefónico y la pertenencia a una clase social, al tiempo que destaca cambios en los comportamientos (en relación al consumo de medios de comunicación) según el tipo de teléfono utilizado (Gabardo, 2013).

De las informaciones anteriores se desprende que el ámbito de las encuestas telefónicas está cambiando drásticamente y que deben plantearse nuevas estrategias con el fin de cubrir a toda la población. No se trata de una situación exclusiva de España, sino que se ha producido en todos los países de nuestro entorno (Kuusela, Callegaro y Vehovar, 2008; Vicente y Reis, 2009; Vicente, Catarina y Reis, 2013). La solución, ahora mismo, pasa por contar con una base muestral mixta compuesta por un marco de números fijos y otro de teléfonos móviles, tal y como se viene haciendo en otros países (entre otros Tucker y Lepkowski, 2008; Pasadas del Amo et al., 2011; Gabardo, 2013).

Agradecemos las sustanciales mejoras aportadas por dos evaluadores anónimos, así como por el Consejo Editor de *Política y Sociedad*.

Bibliografía

Ballano, Carlos (2015): "La recogida de datos de la EPA 2005", Índice, revista de estadística y sociedad 11: 6-10.

Battaglia, Michael P. Michael W. Link, Martin R. Frankel Larry Osborn y Ali H. Mokdad (2008a): "An Evaluation of Respondent Selection Methods for Household Mail Surveys". Public Opinion Quarterly, 72 (3): pp. 459-469.

Battaglia, Michael P. et al. (2008b): "Response rates: how have they changed and where are they headed?", en J.M. Lepkowski et al. (eds), Advances in telephone survey methodology, New York: Wiley, pp. 529-560.

Bethlehem, Jelke; Fannie Cobben y Barry Schouten (2011): *Handbook of Nonresponse in Household Surveys*, Nueva York: Wiley.

Blumberg, S.J.; Luke, J.V.; Cynamon, M.L. and Frankel, M. (2008): "Recent trends in household telephone coverage in the United States", Lepkowski, J.M.; Tucker, C.; Brick, J.M.; de Leeuw, E.D.; Japec, L.; Lavrakas, P.J.; Link, M.W. y Sangster, R.L. (Edts). Advances in telephone survey methodology. Nueva York: Wiley, pp. 56-86.

Brick, J.M. y Lepkowski, J.M. (2008): "Multiple mode and frame Telephone surveys", Lepkowski, J.M.; Tucker, C.; Brick, J.M.; de Leeuw, E.D.; Japec, L.; Lavrakas, P.J.; Link, M.W. y Sangster, R.L. (Edts). Advances in telephone survey methodology. Nueva York: Wiley, pp. 149-169.

Couper, Mick P. (2005): "Technology Trends in Survey Data Collection", Social Science Computer Review, 23 (4): 486-501.

Cuxart, Anna y Riva, Clara (2005): "Aspectos metodológicos de la Encuesta Social Europea", en M. Torcal, España: sociedad y política en perspectiva comparada, Valencia: Tirant lo Blanch, pp. 21-40.

De Leeuw, Edith D. (1992): Data Quality in Mail, Telephone and Face to Face Surveys, TT-Publikaties, Amsterdam.

De Leeuw, Edith (2005): "To mix or not to mix data collection modes in surveys", Journal of Official Statistics 21: 233-255.

De Leeuw, Edith (2008): "Choosing the method of data collection", en E.D. de Leeuw, J.J. Hox y D.A. Dillman (eds.), International Handbook of Survey Methodology, Nueva York: Lawrence Erlbaum Associates y Asociación Europea de Metodología, pp. 113-135.

De Leeuw, Edith D. y Joop J. Hox (2008): "Self-administered questionnarires: mail surveys and other applications", en E.D. de Leeuw, J.J. Hox y D.A. Dillman (eds.), International Handbook of Survey Methodology, Nueva York: Lawrence Erlbaum Associates y Asociación Europea de Metodología, pp. 239-263.

De Leeuw, Edith y John Van Der Zouwen (1988): "Data quality in telephone and face to face surveys: a comparative meta-analysis", en R.M. Groves, Paul P. Biemer, L.E. Lyberg, J.T. Massey, W.L. Nichols II, y J. Waksberg (eds.), Telephone Survey Methodology, Nueva York: Wiley, pp. 283-298.

Dykema, Jennifer; Basson, Danna y Schaeffer, Nora Cate (2008): "Face to face surveys", en Wolfgang Donsbach y Michael W. Traugott (eds), The SAGE Handbook of Public Opinion Research, Thousand-Oaks, LA: Sage, pp. 240-248.

Díaz de Rada, Vidal (2011): "Utilización conjunta de encuesta presencial y telefónica para un mejor conocimiento del objeto de estudio", en Revista Internacional de Sociología 69: 393-416.

Díaz de Rada, V. (2001): "Problemas de cobertura en la encuesta telefónica", Revista Española de Investigaciones Sociológicas 93: 133-164.

Dillman, Don A., Jolene Smith y Leah Melani Christian (2009): Internet, Mail and Mixed-Mode Surveys: The Tailored Design Method, 3rd ed. Nueva York: John Wiley

Dillman, Don A. y Messer, Benjamín L. (2010): "Mixed mode surveys", en P. Marsden y James Wright, Handbook of Survey Research (segunda edición), Bingley (Reino Unido): Emerald Group Publishing Limited, pp. 551-574.

Ellis, Charles H. y Krosnick, Jon A. (1999): *Comparing telephone and face to face surveys in terms of sample representativeness: a Meta-Analysis of Demographics Characteristics*. Ann Arbor, Universidad de Michigan: NES (National Election Studies) Technical Reports. www.umich.edu/~nes/resources/papers/papers.htm. Acceso 1 de marzo de 2005.

Frey, James H. (1989): Survey Research by Telephone. Londres: Sage (Edición original 1980).

Fowler, Floyd J. (2002): Survey Research Methods, Londres: Sage.

Gabardo Vallejo, José Andrés (2013): Las ventajas de los estudios con más de una metodología de realización de entrevistas**,** 1st Southern European Conference on Survey Methodology (SESM) and VI Congreso de Metodología de Encuestas, Barcelona 12th -14th December.

Galán, Inaki; Rodríguez Artalejo, Fernando y Zorrilla, Belén (2004): "Comparación entre encuestas telefónicas y encuestas 'cara a cara' domiciliarias en la estimación de hábitos de salud y prácticas preventivas", Gaceta Sanitaria 18: 440-50.

García, Miguel Ángel (2015): "Cambios en la Encuesta de Población Activa en 2005", Índice, revista de estadística y sociedad 11: 6-10.

Green, M.C., Krosnick, J.A. y Holbrook, A.L. (2001): *The survey response process in telephone and face-to-face surveys. Differences in respondent satisficing and social desirability response bias*. Obtenido el 23 de junio de 2004 en: www.umich.edu/~nes/resources/techrpts/tech-abs/tech-ab62.htm.

Gwartney, Patricia A. (2007): The Telephone Interviewer's Handbook: How to conduct standardized conversations, San Francisco: Jossey-Bass.

Groves, Robert M. (1989): Survey Error and Survey Cost, Nueva York: Wiley.

Holmberg, Anders; Lorenc, Boris y Werner, Peter (2010): "Contact Strategies to Improve Participation via the Web in a Mixed-Mode Mail and Web Survey", Journal of Official Statistics 26: 465–480.

Instituto Nacional de Estadística, INE (2015): "Encuesta de Población Activa 2005",Cifras INE 1

Instituto Nacional de Estadística, INE (2015): *Encuesta de Población Activa 2005Tecnologías de la información y la comunicación en los hogares*. Madrid: INE. Accesible en http://www.ine.es/jaxi/menu.do?type=pcaxis&path=%2Ft25/p450&file=inebase&L=0

Instituto Nacional de Estadística, INE (2013): *Encuesta de Tecnologías de la información y la comunicación en los hogares*. Madrid: INE. Accesible en http://www.ine.es/jaxi/menu.do?type=pcaxis&path=%2Ft25/p450&file=inebase&L=0

Jäckle, Annette; Roberts, Caroline y Lynn, Peter (2006): Telephone versus face-to-face interviewing: mode effects on data quality and likely causes. Report on Phase II of the ESS-Gallup Mixed Mode Methodology project, *ISER Working Paper 2006-41*. Colchester: University of Essex.

Kennedy, CK. (2010): *Nonresponse and Measurement Error in Mobile Phone Surveys* PHD Dissertation, Michigan http://deepblue.lib.umich.edu/handle/2027.42/75977 (Accedido Septiembre 1, 2010).

Krosnick, Jon A. (1999): "Survey research", Annual Review of Psychology 50: 537-567.

Kuusela, V.; Callegaro, M. y Vehovar, V. (2008), "The influence of mobile telephones on telephone surveys", en J.M. Lepkowski; C. Tucker; J.M. Brick; E.D. de Leeuw; L. Japec; P.J. Lavrakas; M.W. Link y R.L. Sangster (ed.), Advances in telephone survey methodology, Nueva York, Wiley, pp. 87-112.

Lavrakas, Paul J. (2008): "Surveys by telephone", en Wolfgang Donsbach y Michael W. Traugott (eds), The SAGE Handbook of Public Opinion Research, Thousand-Oaks, LA: Sage, pp. 249-261

Lavrakas, Paul J. (2010): "Telephone survey", en Peter V. Marsden y James D. Wright, Handbook of Survey Research (segunda edición), Bingley (Reino Unido): Emerald Group Publishing Limited, pp. 471-498.

Lynn, P, y O Kaminska (2010): "The Impact of Mobile Phones on Survey Measurement Error." Mobile Research Conference, Londres, 8-9 de marzo.

Link, MW et al. (2008): "A Comparison of Address-Based Sampling (ABS) Versus Random-Digit Dialing (RDD) for General Population Surveys", Public Opinion Quarterly 72:6 -27.

Martin, E. *et al.* (2007): *Guideliness for designing questionnaries for administartion in different modes*. Suitland, MD: U.S. Census Bureau.

Mule, T. (2012): Summary of Estimates of Coverage for Persons in the United States, *DSSD 2010 Census Coverage Measurement Memorandum Series #2010-G-01*. Washington, DC: U.S. Census Bureau.

Nicolaas, Gerry, Kert Thomson y Peter Lynn (2000): The feasibility of conducing Electoral Surveys in the UK by telephone, Londres: National Centre for Social Research.

Pasadas del Amo, Sara (2011): "Recensión a *Comparación entre los resultados obtenidos por encuestas personales y telefónicas: el caso de una encuesta elec-*

toral (Madrid, CIS)", Revista Española de Investigaciones Sociológicas, en prensa.

Pasadas del Amo, Sara & Manuel Trujillo Carmona (2013): Afijación optima basada en costes para muestras telefónicas recogidas en marcos duales**,** 1st Southern European Conference on Survey Methodology (SESM) and VI Congreso de Metodología de Encuestas, Barcelona 12th -14th December.

Pasadas del Amo, Sara, Manuel Trujillo Carmona, Ana Sánchez Valenciano y Luis Cañadas Reche (2011): "La incorporación de las líneas móviles al marco muestral de las encuestas telefónicas: Pertinencia, métodos y resultados", Metodología de Encuestas 13: 33-54.

Pasadas del Amo, S, et al. (2004): El impacto de la telefonía móvil en las encuestas telefónicas. III Congreso de Metodología de Encuestas, Granada, 15-17 de septiembre.

Peleteiro, Isabel y José Andrés Gabardo (2006): "Los hogares "exclusivamente móviles" en la investigación telefónica de audiencia", Metodología de Encuestas 7: 17-40.

Presser, S. y Stinson, L. (1998): "Data collection mode and social desirability bias in self-reported religious attendance", American Sociological Review 63: 137-145.

Rasinski, K.A.; Mingay, D. y Bradburn, N.M. (1994): "Do Respondents Really 'Mark All That Apply' on Self-Administered Questions", Public Opinion Quarterly 58: 400-408.

Rao, K.; Kaminska, O. y McCutcheon, A.L. (2010): "Recruiting Probability Samples for a Multi-Mode Research Panel with Internet and Mail Components", Public Opinion Quarterly 74: 68-84.

Revilla, Melanie (2010): "Quality in Unimode and Mixed-Mode designs: A Multitrait-Multimethod approach", Survey Research Methods 4: 151-164.

Roberts, Caroline (2007): Mixing modes of data collection in surveys: a methodology review. Southampton ESRC National Centre for Research Methods, NCRM Methods Review Papers, NCRM/008. http://eprints.ncrm.ac.uk/418/1/MethodsReviewPaperNCRM-008.pdf. Acceso julio 6.

Sala, Emanuela y Lynn, Peter (2009): "The potential of a multi-mode data collection design to reduce non response bias. The case of a survey of employees", Quality and Quantity 43: 123-136.

Sala, Emanuela y Lynn, Peter (2005): "The impact of a mixed-mode data collection design on non response bias on a business survey", Working Papers of the Institute for Social and Economic Research, paper 2005-16. Colchester: University of Essex.

Salinas, Jose María; Calvo, Antonia y Aguilar, María del Carmen (2004): "Un análisis comparativo entre la entrevista telefónica y la entrevista presencial en la determinación de la prevalencia de los juegos de azar", Metodología de Encuestas 6: 119-132.

Terhanian, George & Bremer, John (2012): "A smarter way to select respondents for surveys?", International Journal of Market Research 54: 751-780.

Tourangeau, R.; Rips, L.J. y Rasinski, K. (2000): Psychology of Survey Response. Cambridge: Cambridge University Press.

Tucker, C. y Lepkowski, J.M. (2008): "Telephone survey methods: adapting to change", Lepkowski, J.M.; Tucker, C.; Brick, J.M.; de Leeuw, E.D.; Japec, L.; Lavrakas, P.J.; Link, M.W. y Sangster, R.L. (Edts), Advances in telephone survey methodology, Nueva York: Wiley, pp. 3-26.

U.S. Census Bureau (2012): "Data Collection and Capture for Housing Units", American Community Survey, Washington, DC: U.S. Census Bureau. http://www.census.gov/acs/www/

Vicente, P. y Reis, E. (2009) "The Mobile-only Population in Portugal and Its Impact in a Dual Frame Telephone Survey". *Survey Research Methods* 3: 105-111. Accesible en http://w4.ub.uni-konstanz.de/srm/article/viewFile/1708/2779

Vicente, Paula, Catarina Marques & Elizabeth Reis (2013): Call-level influences on non-contacts and refusals in a mobile phone survey**,** 1st Southern European Conference on Survey Methodology (SESM) and VI Congreso de Metodología de Encuestas, Barcelona 12th -14th December.

Voogt, Robert J.J. y Saris, Williem E. (2005): "Mixed Mode Designs: Finding the Balance Between Nonresponse Bias and Mode Effects", Journal of Official Statistics 21: 367-387

Wert, José Ignacio (2000): "La Encuesta Telefónica", en M. García Ferrando, J. Ibáñez, y F. Alvira (Eds.), El Análisis de la Realidad Social, Madrid: Alianza, 3ª ed., pp. 203-217. (Edición original 1986).

Wessell, Christina; Rahn, Wendy y Rudolph, Tom (2000): An analysis of the 1998 NES Mixed-Mode Design. Ann Arbor, Universidad de Michigan: NES (National Election Studies) Technical Reports. www.umich.edu/~nes/resources/papers/papers.htm. Acceso 1 de marzo de 2005.

Anexo.

	Coefi-cientes	Error estándar	Odds ratio	Coefi-cientes	Error estándar	Odds ratio	Coefi-cientes	Error estándar	Odds ratio
Modo de encuesta (referencia: presencial)	0,336	0,339	1,399	-0,536	0,507	0,585	-1,011**	0,457	0,364
Sexo (referencia: mujer)	-0,615**	0,291	0,54	-0,684**	0,343	0,505	0,039	0,326	1,04
Edad (referencia: 56 y más)									
18-35 años	-0,75	0,542	0,472	-1,121	0,579	0,326	-0,831	0,618	0,435
36-55 años	-0,662	0,492	0,516	-0,927*	0,487	0,396	-0,294	0,553	0,745
Relación con la actividad (referencia: estudiante)									
Trabaja	0,185	0,517	1,204	18,242	4895,729	8,36E+07	-0,915	0,625	0,4
Parado	0,364	0,704	1,439	18,286	4895,729	8,74E+07	-1,183	0,906	0,306
Ama de casa	0,023	0,678	1,023	18,304	4895,729	8,90E+07	-1,086	0,817	0,338
Pensionista	0,253	0,763	1,288	19,12	4895,729	2,01E+08	-1,884**	0,934	0,152
Nivel de estudios (referencia: superiores)									
Menos de primarios y primarios.	-1,126	0,422	0,324	-0,121	0,501	0,886	-1,253***	0,444	0,286
Secundarios	-1,14***	0,343	0,32	0,025	0,445	1,025	-1,45***	0,402	0,235
Situación de convivencia (referencia: solo con sus hijos)									
Solo	-0,027	0,766	0,974	0,946	1,141	2,576	0,282	0,863	1,325
Con sus padres	0,636	0,774	1,888	1,164	1,207	3,202	-0,374	0,927	0,688
Con esposo/pareja	-0,167	0,723	0,846	1,413	1,08	4,107	-0,05	0,834	0,951
Con esposo/pareja e hijos	-0,328	0,696	0,72	1,374	1,079	3,95	-0,596	0,814	0,551
Constante	-0,695	1,063	0,499	-20,78	4895,729	0	0,407	1,237	1,503
-2 log de Verosimili-tud			402,438			325,347			333,597
Pseudo R^2 (Nagelker-ke)			0,101			0,172			0,085
% casos correctos			88			90,4			91
Número de casos			592			592			592

Las comisiones de diversidad funcional en el 15M español: poner el cuerpo en el espacio público

Míriam ARENAS CONEJO
Universitat Oberta de Catalunya
miriam.arenas.bcn@gmail.com

Asun PIÉ BALAGUER
Universitat Oberta de Catalunya
apieb@uoc.edu

Recibido: 06-06-2013
Aceptado con modificaciones: 15-01-2014
Aceptado finalmente: 26-02-2014

Resumen
El objetivo del presente texto es analizar algunas de las implicaciones que tuvieron las comisiones de diversidad funcional, creadas en dos ciudades españolas durante las acampadas del movimiento 15M, en el año 2011. Para ello, en primer lugar, situamos dichas comisiones en el marco de la evolución histórica de la militancia en torno a la discapacidad en España. En segundo lugar, describimos las características de las comisiones en el marco de las acampadas del 15M, a partir de materiales que publicaron en Internet junto con la valoración de algunas personas participantes. A partir de esta contextualización, entramos a analizar la que destacamos como la aportación más relevante de las comisiones. Se trata de la experiencia de "poner el cuerpo en la plaza", una forma de política encarnada en el espacio público. Ésta permitió abrir un debate sobre las lógicas de exclusión/inclusión ciudadanas, recuperando a su vez la conciencia de que la precariedad y la vulnerabilidad son una realidad común a todo ser humano. Concluimos así, que las comisiones de diversidad funcional supusieron un momento relevante para la militancia de la discapacidad y para el 15M, al estar utilizando el cuerpo como una herramienta de liberación para cuestionar la misma definición de lo humano.
Palabras clave discapacidad, diversidad funcional, 15M, movimientos sociales, vulnerabilidad, militancia, precariado

Committees of functional diversity in the Spanish 15M: putting the body in the public space

Abstract
This article aims to analyze some of the implications of the committees of functional diversity created in two Spanish cities during the 15M camps of 2011. Firstly, we situate them in the context of the historical evolution of disability activisms in Spain. Secondly, we describe the main traits of such committees within the 15M, based on their published materials on the Internet along with the assessments of some participants. Once contextualized, we analyze what we have considered the main contribution of the committees. It is the experience of "putting the body in the square", a form of embodied politics performed at the public space. This opened a debate on the logics of exclusion /

inclusion within citizenship, and in turn it got back the awareness that precariousness and vulnerability are common traits of every human being. Therefore, we conclude that the committees of functional diversity represented a significant moment for both the disability activism and the 15M movement, with their use of the body as a liberatory tool to question the very definition of the human

Key words: disability, functional diversity, 15M, social movements, vulnerability, activism, precariat.

Referencia normalizada
Arenas Conejo, M. y Pié Balaguer, A.. (2014). "Las comisiones de diversidad funcional en el 15M español: poner el cuerpo en el espacio público". *Política y Sociedad*, Vol.51 Núm. 1 227-245

Sumario: Introducción. 1.Orígenes de la tradición militante de la discapacidad. 2.La llegada del modelo social y la radicalización de la militancia. 3.Las comisiones de diversidad funcional. 4.La común vulnerabilidad. 5.El cuerpo y la plaza. 6.Conclusiones. Bibliografía

Ha sido una de las mejores experiencias vividas, a nivel de aprendizaje y de trabajo común, en relación con la comisión y con el resto del movimiento 15M[1].

Introducción

La noción de discapacidad es una construcción social que ha ido configurándose con la adopción y acumulación de nombres y definiciones, por influencia de distintas tradiciones culturales, religiosas, científicas y políticas. Estas categorizaciones son un campo de contestación entre los diversos agentes implicados, que da cuenta de las importantes implicaciones sociales, económicas y políticas asociadas al hecho de asumir una definición u otra (Mitra, 2006). El siglo XX ha supuesto un sinfín de acciones, del propio colectivo, para descategorizarse como sujetos receptores de prestaciones caritativas, benéficas y como sujetos definidos por sus aspectos negativos. No obstante, esta politización es un fenómeno bastante reciente en el caso español, donde la tradición militante en cuestiones de discapacidad es escasa (Planella y Pié, 2012).

En este texto presentamos un estudio sobre la situación actual de la militancia de la discapacidad en España, a partir de una aproximación a las comisiones de diversidad funcional que se crearon en las acampadas del 15M en Madrid y Barcelona (2011). En primer lugar, hacemos un recorrido sobre las formas de activismo que ha habido en España en torno a la cuestión de la discapacidad. Como veremos, tras el modelo asistencialista surgido durante el franquismo, en el periodo de transición democrática de los setenta se abrió un periodo de intensa movilización que logró notables avances, no obstante, todavía anclados en el modelo médico. Será a partir de los noventa cuando se empiecen a dar los primeros pasos hacia el modelo social y de derechos humanos, que acabará generando una nueva forma de militancia. Este tipo de activismo encontrará importantes paralelismos con algunas de las ideas y modelos organizativos del 15M en el 2011, dando lugar a las comisiones de diversidad funcional. Tras delinear algunas de las características básicas que caracterizaron a estas comisiones entramos a analizar sus implicaciones, tanto en relación con las nuevas maneras de entender la política en torno a la discapacidad, como su influencia en el modelo político, económico y social que se estaba ensayando en el 15M. Observamos cómo las comisiones de diversidad funcional, en el contexto del 15M, muestran dos elementos de participación política emergentes. En primer lugar la centralidad de las nociones de vulnerabilidad y precariedad en las movilizaciones y, en segundo lugar, el uso del cuerpo como herramienta política y arma de consenso.

---

[1] Afirmación de una participante de la comisión de diversidad funcional de la acampada de Barcelona.

1. Orígenes de la tradición militante de la discapacidad

Sobre las personas con discapacidad pesa una larga historia de discursos negativos y de subordinación, al haberse interpretado su realidad tradicionalmente o bien como un "castigo divino" (modelo de la prescindencia), o como un problema individual a ser corregido mediante la intervención médica (modelo médico-rehabilitador). El modelo médico, bajo la bandera de la mejora de las condiciones de vida de las personas con discapacidad, desarrolló procedimientos sanitarios aunque colocó a los sujetos en el lugar de objetos sobre los que intervenir, desde parámetros científicos, cuantitativos y supuestamente universales de "normalidad" y "salud" (Mitra, 2006; Ferreira, 2010). En España, los primeros intentos sociopolíticos para pasar a un modelo médico de la discapacidad no se producen hasta el primer tercio del siglo XX. Hacia 1940, en plena dictadura franquista, se crean las primeras asociaciones de familiares de personas con discapacidad que conjugaban la reivindicación de derechos (de protección económica, educativa, sanitaria, ocupacional y asistencial) con la prestación de servicios no cubiertos por el Estado (Díaz, 2008). Todo ello con una gran influencia de la Iglesia Católica (Maraña y Lobato, 2003). Este movimiento asociativo tomó fuerza en los años sesenta, desplegando una red de recursos y prestaciones paralelos al del resto de la ciudadanía, mediante un complejo sistema de financiación pública con gestión privada (Fierro, 1984; Díaz, 2008).

Durante la transición democrática observamos un intenso periodo de reivindicaciones que responden a la necesidad vital de presionar al Gobierno para solucionar la poca cobertura legislativa del colectivo. Se logró que finalmente, en la Constitución Española de 1978, se incluyera una referencia explícita a las personas con discapacidad en un marco de igualdad de oportunidades, que llegaba "con un retraso más que notable respecto al resto de Europa" (Maraña y Lobato, 2003: 260). En realidad, fue a partir de 1974 que empezó la gestación de lo que más adelante sería la "la rebelión de los cojos" (Pérez, 1992) que siguió con varias medidas de movilización y presión política[2] en los años sucesivos. Durante éstos se crearon un gran número de entidades asociativas, "un germen de cultura de la discapacidad y un deseo de cambio radical en la orientación de las políticas sociales", pero "en su contra operaban una reciente crisis económica mundial, deprimentes índices de desempleo y todo el sistema de administración del Estado transitando desde un rígido centralismo hacia estructuras descentralizadas en el marco de las

[2] El 4 de noviembre de 1977 se tomaron por asalto los locales del SEREM en la calle Grassot de Barcelona, como un baluarte de presión al Gobierno central. Durante los primeros días del encierro, decidieron en una asamblea llevar a cabo unas acciones muy puntuales para llamar la atención de los ciudadanos, como fueron encadenamientos en las Ramblas o la interrupción de una función en el Gran Teatre del Liceu lanzando octavillas al público (Pérez, 1992).

Autonomías" (Maraña y Lobato, 2003: 260-261). La limitación de las dotaciones presupuestarias por el contexto económico, acabaron reforzando "las propuestas neoliberales de contención de gasto y provisión indirecta de los servicios públicos" (Jiménez y Huete, 2010: 143). A esto se sumaba un cuerpo funcionarial que, o bien no tenía referentes claros en materia de servicios sociales para personas con discapacidad, o bien estaba "atado por la coexistencia de diversas formas de acción social heredadas del régimen anterior" (Maraña y Lobato, 2003: 261).

Por lo tanto, hasta la década de los 80[3], el movimiento asociativo de la discapacidad en España, siguió mayoritariamente bajo el paradigma del modelo médico, aunque ya existieron experiencias de movilización que sentaron las bases para lo que llegaría dos décadas más tarde. Pero la existencia de un sistema de dependencia mutua con la administración, fue erosionando la vertiente reivindicativa y política que en su origen habían tenido estas asociaciones, acercándose cada vez más a modelos de gestión empresarial, y a las que los asociados se vinculaban más como clientes o consumidores que por vocación política (Díaz, 2008).

2. La llegada del modelo social y la radicalización de la militancia

Desde la década de los 70, impulsado por el Movimiento de Vida Independiente, venía desarrollándose en Estados Unidos y algunos países del norte de Europa el modelo social de la discapacidad (Barnes et al., 1999). A diferencia del modelo médico, éste sostiene que las diferencias biológicas o funcionales no explican por sí mismas la discriminación o la exclusión social, sino que la discapacidad es el resultado de unas estructuras sociales opresivas, excluyentes y marginalizadoras (Ferreira, 2010). Desde esta perspectiva, ya no se buscan soluciones médicas individuales sino que el activismo se orienta a reivindicar políticas públicas que eliminen estas barreras (Palacios y Bariffi, 2007).

Este nuevo modelo no empieza a llegar a España hasta la década de los 90, generando una recuperación en la dimensión reivindicativa a través de nuevas formas de participación. En un ámbito más formal, en el año 1997 se crea el Comité Español de Representantes de Personas con Discapacidad (CERMI): una plataforma unitaria integrada por asociaciones de todos los tipos de discapacidad, cuya misión originaria fue generar una acción política representativa en defensa de los derechos

[3] Durante la década de los años 80 también se produjo un importante despliegue normativo del que puede destacarse la LISMI (Ley de Integración Social del Minusválido, 1982), garantizando derechos en materia de prestaciones económicas y servicios sociales (Toboso, 2013), aunque más orientado a la protección de la persona con discapacidad que a eliminar las barreras que dificultan su participación y el disfrute de sus derechos ciudadanos (Jiménez y Huete, 2010).

e intereses de las personas con discapacidad, tanto colectiva como individualmente. Actuando a modo de lobby, su trabajo se ha centrado principalmente en el ámbito de las políticas sociales y de la legislación (Díaz, 2008).

La primera ley que incorpora elementos del modelo social no llegará hasta el año 2003, con la aprobación de la LIONDAU (Ley 51/2003 de Igualdad de Oportunidades, no discriminación y Accesibilidad Universal de las personas con discapacidad). En esta ley, por primera vez, se pone el acento en la responsabilidad del medio social respecto a la discriminación y la falta de igualdad de oportunidades (Centeno, 2012). Un giro que se ha culminado con la ratificación de España, en el año 2007, de la Convención Internacional sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad de las Naciones Unidas y la armonización y refundición, en el año 2013, de toda la legislación previa sobre discapacidad en la Ley General de derechos de las personas con discapacidad y de su inclusión social[4].

La incorporación del modelo social y del lenguaje de los derechos humanos también ha ido dando lugar en la última década a nuevos posicionamientos militantes, más críticos y radicales ante la administración y la sociedad. Así, han ido surgiendo nuevas asociaciones que siguen un modelo organizativo similar al desarrollado en otros países: autogestión, ayuda mutua y el empoderamiento de las personas con discapacidad (Barnes et al., 1999).

> Ya no se agrupan tanto en torno a un diagnóstico médico o un tipo de deficiencia, sino más bien alrededor de un tipo concreto de necesidad, reivindicación, o rechazo de discriminación. En este movimiento además, crecen con fuerza las organizaciones e iniciativas de auto-representación, con gran protagonismo de la reivindicación por encima de la gestión de servicios y en el que el control lo toman las propias personas con discapacidad, en vez de las familias (Jiménez y Huete, 2010: 149).

En el impulso del modelo social, cabe destacar la creación del Foro de Vida Independiente y Divertad (FVID) en el año 2001: una comunidad virtual de personas con discapacidad de habla hispana, sin ningún tipo de base jurídica ni estructura institucional, nacido ante la insatisfacción "con las funciones prestacionales que suelen adoptar como prioritarias las entidades, sin cuestionarse los resultados sobre la autonomía e integración social de las personas" (Díaz, 2008: 192). El FVID se propone como objetivo dar una mayor visibilidad a las personas con discapacidad y luchar sin intermediarios, mediante la reflexión y la acción, por la integración real desde la autonomía personal y contra todo lo que representen situaciones de discriminación por razón de discapacidad. Esta nueva cultura de la militancia y de la participación política se visibilizó especialmente durante el

[4] Real Decreto Legislativo 1/2013, de 29 de noviembre, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley General de derechos de las personas con discapacidad y de su inclusión social. (BOE, núm. 289, 3-12-2013, Sec. I, pág. 95635-95673).

proceso de elaboración y aprobación de la LEPA (Ley 39/2006 de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de dependencia)[5]. El FVID no centró la discusión en el volumen de recursos y prestaciones sino que llevó a cabo una intensa campaña orientada a corregir los supuestos de base de una ley, que consideraban excesivamente paternalista y patriarcal. Sustentada en el modelo médico y rehabilitador, se denunciaba además que esta nueva ley entraba en contradicción con el paradigma de derechos humanos, ya establecido previamente en España con la LIONDAU (Centeno, 2012: 158).

Pocos años más tarde de su creación, el FVID propone el concepto de Diversidad Funcional[6] para denominar la discapacidad.

> Las mujeres y los hombres con diversidad funcional somos diferentes, desde el punto de vista biofísico, de la mayor parte de la población. Al tener características diferentes, y dadas las condiciones de entorno generadas por la sociedad, nos vemos obligados a realizar las mismas tareas o funciones de una manera diferente, algunas veces a través de terceras personas (Romañach y Lobato, 2005).

Su objetivo no era el de ofrecer una equivalencia al concepto de discapacidad, sino el de crear una nueva mirada no negativa sobre la misma, inspirado en el enfoque de los derechos humanos y con cierta vocación universal. El concepto de diversidad funcional no aboga tanto por una serie de derechos especiales, sino que busca extender la idea de discapacidad y dependencia al mismo fenómeno humano, creando una apertura en los modos de pensarlo como un ser diverso. Sin renunciar a los principios básicos del modelo social, desde el enfoque de derechos humanos, se asume que el hecho de centrarse en medidas o acciones únicamente destinadas a las personas con discapacidad, perpetúa su concepción como grupo minoritario

---

[5] 2008-2011. Proyecto CONDEPCIU. "Controversias tecnocientíficas y participación ciudadana entorno a las políticas de atención a la dependencia" (Plan Nacional de I+D: CSO2008-06308-C02-02). Universitat Oberta de Catalunya.

[6] El concepto de Diversidad Funcional fue propuesto por el Foro de Vida Independiente y Divertad en el año 2005. Aunque no es exactamente un sinónimo de "discapacidad", el tipo de utilización más frecuente se asocia a esta equivalencia. Para poder generalizarse, el concepto de diversidad funcional debe incluir distintas variantes. Es decir, en ocasiones la amplitud semántica puede conllevar cierta confusión. Por este motivo, en función del caso se aconseja acotar los tres elementos que abarca: partes del cuerpo que funcionan de otra manera, personas que funcionan de otra manera, personas que funcionan de otra manera y se las discrimina por razón de esta diferencia. "Para este tipo de ajustes que puedan ser necesarios, se proponen los términos 'diferencia orgánica' y 'diferencia funcional', equivalentes a los antiguos 'deficiencia' y 'discapacidad' de la clasificación de la OMS de 1980, típicos del modelo rehabilitador, o de nuevo 'diferencia funcional' cuando se hable de la 'deficiencia' tal y como la concibe el modelo social" (Palacios y Romañach, 2006: 116).

poseedor de características excepcionales. Se invisibiliza, por lo tanto, que la discapacidad y las disfunciones son rasgos humanos universales (Clements y Read, 2008). La alternativa es superar los modelos basados en la diferencia, defendiendo en cambio, la vulnerabilidad como característica universal e intrínseca del ser humano (Turner, 2006). Esta nueva semántica adoptada por el FVID ha conllevado hasta la actualidad, una controversia sobre los modos de nombrar esta diferencia, generando un giro epistemológico de la discapacidad y potenciando nuevas maneras de entender el activismo político en nuestro país.

A modo de síntesis, observamos dos claros puntos de inflexión histórica en cuanto a presión política se refiere. En primer lugar, el periodo de la transición y la lucha que conllevó la redacción de la LISMI. Del 1975 a 1981 observamos un intenso período de lucha y enfrentamiento político, caracterizado por diversas movilizaciones, encierros y negociaciones. Antes de la llegada de la LISMI (1982) las personas con discapacidad no eran sujetos de derecho sino objetos de asistencia y caridad. Después de este intenso periodo activista se observa una despolitización creciente fruto del logro que supuso el despliegue de servicios y bienes dirigidos a las personas con discapacidad y, especialmente, fruto de la delegación de la función política de las entidades del sector. En la década de los 90 se crea el CERMI con el ánimo de solucionar esta situación de poca representatividad en lo que se refiere a los intereses directos de las personas con discapacidad y no tanto de las entidades que decían representarles. Pero fue unos años más tarde (2001), cuando se radicalizó esta actividad política con la creación del FVID y el nuevo impulso que tomó la participación política directa de los sujetos concernidos.

Sin embargo, a pesar de toda esta militancia y de los notables avances en materia legislativa, los modelos tradicionales de la discapacidad todavía no han sido erradicados. En la práctica, el paradigma de la rehabilitación y el de la autonomía (o social, o de la diversidad funcional) conviven aún interrelacionados:

> Los cambios de representación en el espacio legislativo no han llegado al espacio social, ni a los entornos educativo y laboral, ni a los espacios comunicativos e informacionales, culturales, artísticos, etc., ni muy especialmente, tampoco al espacio actitudinal (Toboso, 2013: 699)

Una convivencia que no está exenta de conflicto en el propio movimiento asociativo de la discapacidad ya que, como afirman Jiménez y Huete (2010), tanto los cambios legislativos como la emergencia de nuevos modelos asociativos han puesto en una encrucijada a las organizaciones de la discapacidad más tradicionales.

3. Las comisiones de diversidad funcional[7]

Las acampadas del 15M irrumpen en un contexto de crisis económica, política y social en España, destapadas tras el colapso financiero del año 2008. Estas acampadas surgen a raíz de que diversas plataformas[8] (constituidas mediante las redes sociales y al margen de partidos políticos, sindicatos y otras organizaciones tradicionales) convocan una manifestación unitaria el 15 de mayo del 2011 en toda España (Muñoz, 2011; Nez, 2012). A sólo una semana de elecciones (municipales y autonómicas) la manifestación reivindicaba una reforma de la ley electoral y la expulsión de imputados por corrupción de las listas electorales, junto con la defensa de los pilares básicos del Estado del Bienestar y un modelo económico sostenible y atento a las necesidades populares básicas (Requena, 2011; Haro y Sampedro, 2011). Miles de personas tomaron las calles ese día en cincuenta ciudades españolas y también en otros países[9]. Pero en Madrid, al finalizar la manifestación, un pequeño grupo decidió espontáneamente alargar la protesta acampando en la Puerta del Sol (Requena, 2011). Esta iniciativa atrajo la participación de un número creciente de personas en los días posteriores, replicándose además en otras ciudades españolas (Haro y Sampedro, 2011). Así, lo que empezó como una jornada de protestas acabó mutando hacia un movimiento de desobediencia civil constituido como una red de acampadas (Tejerina y Perugorría, 2012). Estas compartían un mismo modelo y cultura organizativa[10], basada en la diversidad, la subjetividad, la transparencia, la confrontación abierta y orientada a la construcción del consenso y la "contaminación ideológica" por encima del dogmatismo (Romanos, 2011).

---

[7] La información que aquí se presenta sobre las comisiones de diversidad funcional está basada en las respuestas que desde ambas comisiones nos devolvieron a inicios del 2012, en base a un breve cuestionario enviado por correo electrónico. En ese cuestionario preguntábamos, con respuestas abiertas, sobre el origen, desarrollo y actividades llevadas a cabo, así como valoraciones individuales de algunas de las personas participantes. Esa información se fue complementando con el análisis de las actas de las reuniones de la comisión de diversidad funcional de Madrid correspondientes a la reuniones realizadas entre el 22 de mayo y el 29 de noviembre de 2011, públicamente accesibles en la web http://actasmadrid.tomalaplaza.net/?p=605, así como de la web de la comisión de Barcelona (http://diversitatfuncional15m.wordpress.com/). Las reflexiones posteriores también se complementan a partir de la propia experiencia en el desarrollo de las comisiones y/o las acampadas del 15M.

[8] Democracia Real Ya (DRY), Juventud sin Futuro, Plataforma de Coordinación de Grupos Pro-Movilización Ciudadana, Anonymous, No les Votes, Estado del Malestar, V de Vivienda, entre otros.

[9] También se celebraron pequeñas manifestaciones en ciudades como Dublín, Ámsterdam, Estambul, Bolonia, París, Londres o Lisboa (Tejerina y Perugorría, 2012).

[10] La asamblea general es el espacio de decisión, las comisiones y subcomisiones son para organizar y gestionar las actividades y los grupos de trabajo son para debatir sobre temas más concretos.

Podemos decir que la democracia se consideraba un punto de llegada y no tanto de partida (Corsín, 2007). En consonancia, uno de los principios fundamentales fue el "no nos representan": un eslogan que además de servir para posicionarse contra las élites políticas y financieras, implicaba una apuesta por una democracia directa y con la deliberación en el centro de la acción y de la toma de decisiones, como alternativa al modelo de democracia representativa (Nez, 2012).

En el contexto de estas acampadas, las comisiones[11] eran los espacios destinados al trabajo sobre temas específicos del movimiento, como por ejemplo, la economía, la política, el medio ambiente, el feminismo, la educación y la cultura, o las migraciones, entre otros. Siguiendo ese modelo organizativo, se creó una comisión de diversidad funcional tanto en la acampada de Madrid como en la de Barcelona[12]. Aunque en las comisiones participaron diversos grupos con una larga trayectoria y experiencia militante en el ámbito de la discapacidad, el FVID acabó teniendo un importante papel tanto por su posicionamiento crítico e independencia, como por los paralelismos con el modelo organizativo del 15M[13]. En ambos casos se cuestionaba la idea tradicional de representación política: el individuo tiene más importancia que el grupo y la representación se entiende siempre a título individual y organizada en forma de red (Gómez, 2012). De tal manera, que la lógica del "nada sobre nosotros, sin nosotros" del movimiento de vida independiente, acabó encontrando fácil acomodo en el marco del "no nos representan" del 15M.

El contexto de crisis epistemológico del sector de la discapacidad[14], sumado a la reformulación económica, política y social que planteaba el 15M, impulsó el objetivo de difundir el modelo social de la discapacidad y de derechos humanos[15]. Y ello de un modo que permitiera avanzar en el terreno legislativo, impregnando también el resto de organizaciones, espacios institucionales y en definitiva, el conjunto de la sociedad. Por este motivo, las comisiones dieron a conocer la Convención Internacional sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad, visibilizando su incumplimiento y reivindicando un cambio social capaz de superar

---

[11] A pesar de que las diferencias entre denominarse "grupo" y "comisión" fue asunto de debate en algunas asambleas, creemos que esa cuestión sobrepasa los objetivos de este texto, en el que ambas palabras serán utilizadas como sinónimos.

[12] Mientras que en Madrid la comisión ha seguido funcionando desde entonces, la de Barcelona fue perdiendo constancia tras el levantamiento de la acampada en Plaza Catalunya en junio de 2011.

[13] Javier Romañanch, uno de los fundadores e ideólogos del FVID afirma que "el FVID fue un mini 15M diez años antes de aquel".

[14] Alimentado por la convivencia de modelos comprensivos de la discapacidad opuestos.

[15] Una concepción que, en ocasiones, entraba en conflicto con el enfoque de la discapacidad (más cercano al modelo médico y asistencialista) sostenido desde otras comisiones del 15M, como la de educación o la de lo social.

las contradicciones que presentaba la legislación española en este aspecto[16]. Este modelo de derechos humanos, además, se articulaba dentro de las alternativas a las medidas de austeridad[17] adoptadas por el Estado, cuya crítica también estaba en la agenda del 15M[18]. Para ello llevaron a cabo numerosas actividades (debates, talleres, cine fórums, charlas, manifiestos, actividades lúdicas, intervenciones artísticas, etc.), en diferentes formatos (sensibilización, información, protesta, celebración, formación, reivindicación política, etc.), dirigidas a toda la ciudadanía y al resto de grupos de trabajo del 15M.

Gracias a la permanencia en la plaza, las acampadas se convirtieron en sí mismas en un incentivo a la participación que acabó propiciando un lugar de encuentro para las "dos almas del movimiento": los ciudadanos a nivel individual y sin participación política previa, junto a personas activistas y militantes de diferentes movimientos con un largo recorrido político (Tejerina y Perugorría, 2012; Taibo, 2013). Las comisiones de diversidad funcional fueron el espacio que las personas con discapacidad construyeron para tomar la palabra y plantear su particularidad, visibilizándola y ubicándola en el espacio común. Desde la comisión de diversidad funcional de Madrid se afirma, por ejemplo: "Hemos asistido a muchas de las movilizaciones convocadas por el 15M juntos dando visibilidad y empoderamiento a las personas con diversidad funcional que participamos en el movimiento". Esto permitió abrir nuevas líneas de significación y discusión para dialogar sobre lo político de la discapacidad con personas que hasta ese momento no estaban familiarizadas con estas cuestiones, como afirma otra participante de la comisión de Madrid: "En las primeras semanas prefería escuchar y entender o aprender sobre los temas que se estaban tratando, alguno de ellos era la primera vez que los oía, eso me enganchó".

---

[16] Las reivindicaciones respecto al cambio legislativo en el marco de las comisiones de diversidad funcional giraban en torno a diversas cuestiones: la LEPA, la revisión del marco legal del aborto (en tanto biopolítica eugenésica), el modelo educativo (en tanto segregador) o la eliminación de las barreras (psicológicas, culturales, arquitectónicas, urbanísticas, de comunicación e información, etc.) que impiden la participación efectiva de las personas con discapacidad.

[17] Entre las actividades de las comisiones de diversidad funcional, encontramos también reivindicaciones como un aumento de las subvenciones destinadas a proyectos para personas con discapacidad, una gestión más eficaz de los recursos desarrollando modelos menos fragmentados de los servicios o una mayor inversión en acciones de investigación y sensibilización, entre otros.

[18] Según el Consejo Económico y Social de Naciones Unidas, las medidas de austeridad estarían perjudicando de forma desproporcionada al disfrute de sus derechos por las personas y los grupos desfavorecidos y marginados, especialmente los pobres, las mujeres, los niños, las personas con discapacidad, los adultos y los jóvenes desempleados, las personas mayores, los gitanos, los migrantes y los solicitantes de asilo (Consejo Económico y Social de Naciones Unidas, 2012: 3).

4. La común vulnerabilidad

Más allá de hacer difusión de estas cuestiones vinculadas a la legislación y a los derechos humanos, las comisiones de diversidad funcional hicieron otro tipo de contribuciones mucho más significativos al marco del 15M. Las personas con discapacidad han sido un grupo oprimido y estigmatizado históricamente, en base a la idea de ser poseedores de una serie de rasgos *fundamentalmente* diferentes al resto, siendo la vulnerabilidad o la dependencia algunas de estas características asociadas (Beckett, 2006). Todos somos seres ontológicamente vulnerables e inseguros que vivimos en un entorno incierto, ante el cual no podemos responder mediante actos individuales y aislados (Turner, 2006), sin embargo, aspiramos a vivir en una "ficción de invulnerabilidad" (Nussbaum, 2006). Para sostener esta ficción, por un lado, tendemos a proyectar esta "vulnerabilidad" como rasgo exclusivo de determinados colectivos, maniobra mediante la cual son convertidos en "objetos de rechazo" (Nussbaum, 2006 y 2007); por el otro, creamos unas instituciones sociales inmunitarias, orientadas a perseguir y borrar esta vulnerabilidad intrínseca, desde un registro defensivo y de miedo a la diferencia (Esposito, 2009). Significa esto que la historia de persecución, discriminación y olvido que ha sufrido el colectivo evidencia que las personas con discapacidad encarnan un rechazo, casi ancestral, de la vulnerabilidad. Sin embargo, como resultado de las mejoras conseguidas en el ámbito de la discapacidad en los últimos años, junto con la emergencia de "nuevos riesgos sociales"[19], la discapacidad habría ido perdiendo "el lugar preeminente que ocupaba en el *ranking* de la vulnerabilidad" (Jiménez y Huete, 2010: 150), planteándose la necesidad de crear otro tipo de alianzas políticas y apuntando hacia objetivos más transversales. Esta realidad, que se ha puesto especialmente de manifiesto con la actual crisis económica y social, muestra cómo la vulnerabilidad y dependencia asociada a "los otros" forman parte del día a día de una gran mayoría. Así, observamos que no existe la autosuficiencia y autonomía, sino únicamente continuidad entre los cuerpos (con y sin discapacidad). Y una vez reconocemos la vulnerabilidad como un rasgo intrínsecamente humano, ya no podemos aspirar a erradicarla sino únicamente a protegerla (Butler, 2004).

En este sentido, podemos destacar que uno de los elementos aglutinadores de la diversidad de perfiles que acogió el 15M fue precisamente cierta noción de *precariado*[20] (Standing, 2011, 2012). Esta crisis económica pone de manifiesto cómo el capitalismo global está imponiendo una creciente precarización de la

[19] Estos "riesgos" estarían asociados a "fenómenos como la transformación del rol de las mujeres y de los modelos familiares, las migraciones, el envejecimiento de la población o la reestructuración de los mercados laborales" (Jiménez y Huete, 2010: 150).

[20] Standing (2011) incluye a personas con discapacidad, mujeres, jóvenes, personas mayores, minorías étnicas y personas marginalizadas.

existencia, ante la que cada vez más ciudadanos se sienten abandonados, ignorados y discriminados por el Estado. La noción de precariado surge de la conciencia de estar entre los principales afectados por esta precariedad vital generalizada, ante la que las políticas sectoriales se muestran ineficaces. Se plantea así la necesidad de desarrollar modelos alternativos más universalistas y al margen de procesos de categorización social, asumiendo que la vulnerabilidad es un rasgo esencialmente humano y transversal (Standing, 2011).

Por lo tanto, desde la noción de *precariado* y con la presencia de las comisiones de diversidad funcional en la plaza, se estaba cuestionando que la vulnerabilidad fuera un asunto que afectara solo a algunos grupos. Al contrario, esta nos equiparaba a todos como iguales. Así, era lógico revisar la idea de lo común en juego y, en consecuencia, lo que conllevaba la discapacidad en esta construcción de lo común. Si el objetivo del 15M era desarrollar una supuesta "revolución humana" era importante superar las luchas parciales, aun sin caer en las clásicas exclusiones de determinadas minorías. En el 15M, fueron esta experiencia de vulnerabilidad y fragilidad, junto con los conceptos de diversidad funcional y dependencia, las ideas fundamentales puestas en circulación. Es decir, la experiencia de la necesidad del otro y, con ella, la toma de conciencia que la dependencia, la fragilidad y la vulnerabilidad no son cuestiones referidas únicamente a esos otros, sino que conforman, justamente, el nosotros.

5. El cuerpo y la plaza

Fue importante que este proceso de construcción del nuevo "nosotros" se produjera en las acampadas, ya que obligaba a plantear todas estas cuestiones desde una experiencia de militancia encarnada. Como afirma Sutton (2007) la resistencia y protesta políticas no se basan únicamente en grandes ideas o visiones, sino que van siempre acompañadas de un intenso compromiso corporal: hay que "poner el cuerpo". Por un lado, en las protestas, el cuerpo funciona como base de las acciones (cantar, gritar, bloquear calles, enfrentarse a la policía, etc.) y como texto o argumento político en sí mismo (disfrazándose, maquillándose, llevando camisetas con slogans, etc.). Pero por otro lado, ese mismo cuerpo impone también sus propias limitaciones y necesidades (comer y beber, exponerse a las adversidades climáticas, ir al baño, descansar, etc.), que pueden variar en función del género, clase social u otras variables. Estas diferencias o particularidades a menudo han sido utilizadas para excluir a determinados cuerpos de los escenarios de protesta, por ser considerados más vulnerables y frágiles, especialmente en situaciones de riesgo (Sutton, 2007: 140 -142). Es en este sentido que fue y es tan importante el cuerpo en la plaza, y no cualquier cuerpo, sino este cuerpo marcado por una diferencia sustancial en relación al *ideal cuerpo-capaz*.

En el 15M se produjo cierta ambivalencia en este sentido, de modo que si por un lado se conseguía que, por ejemplo, tanto la acampada de Barcelona como la de Madrid fueran accesibles, también se cuestionó la idoneidad o no de determinados

cuerpos para la protesta. A raíz de la agresión que recibió una persona en silla de ruedas durante una carga policial en la acampada de Barcelona, se abrió la controversia sobre su presencia en la plaza. La polémica generada fue tal que la persona agredida acabó emitiendo un comunicado reivindicando precisamente su derecho a manifestarse y a defenderse, y por lo tanto, su legitimidad para estar en la protesta, incluso en una situación como aquella[21]. Por lo tanto, el simple hecho de que las personas consideradas vulnerables ocupen el espacio público se convierte en una fuente de empoderamiento, al cambiar la imagen de sí mismas y de sus capacidades; haciendo de sus cuerpos no sólo portadores de mandatos opresivos, sino también fuerzas de liberación (Sutton, 2007: 156). Su presencia se convirtió en una prueba encarnada contra los estereotipos, cuestionando a su vez la imagen de lo que es un "activista" típico". De esta manera, el 15M ganó fuerza precisamente por dar acogida a la diversidad, no sólo ideológica y de identidades, sino también de cuerpos (diversidad funcional, pero también de sexo, género, edad, etnia, etc.). La importancia de poner el cuerpo en la plaza no la vemos como acto de ontología específica. Esto es: aquí pongo y muestro lo que yo soy, lo que es mi discapacidad en sí misma como esencia o sustancia, sino en la forma de esta exposición. En el caso que nos incumbe como cuerpo resistente desde la comunión que propició la precariedad y vulnerabilidad. Es decir, son los modos de ponernos en común lo que construyen el ser. No se actúa desde algo previamente constituido sino que es el hecho de estar colocados *en* común lo que funda, en formas diferentes, lo propio de cada uno. Quiere decir esto que modificar la manera en que uno se expone o se pone *en* común, modifica *de facto* su mismo ser (o la discapacidad, en el caso que nos incumbe). Son las formas de estar (o no estar) *en* común las que construyen la discapacidad en cuanto tal. En consecuencia, el significado de los cuerpos con diversidad funcional puede verse modificado a partir de otras formas de poner el cuerpo en lo común. Y justamente esto es lo que aconteció en la plaza (el cuerpo con diversidad funcional como resistente al ponerse en primera fila en las movilizaciones, como cuerpo golpeado por las fuerzas policiales, como cuerpo

---

[21] Ante el intento de desalojo-limpieza de la Plaza de Catalunya del 27 de mayo de 2011, las personas acampadas trataron de bloquear los camiones utilizando sus cuerpos como barrera para frenar a los camiones, hasta que los mossos empezaron a cargar contra la gente que estaba sentada pacíficamente en la calle (Toret, 2013: 112). Durante esas cargas resultó agredido Sebastián Ledesma, en silla de ruedas y miembro de la comisión de diversidad funcional. A raíz del debate generado tras la difusión de las imágenes, Sebastián respondió mediante un comunicado en el que reivindicaba, entre otras cosas, su legitimidad para estar en la plaza "como un indignado más", sin necesidad de ser considerado "ni un héroe, ni una víctima, ni un "borroka" ni, mucho menos un inconsciente", defendiendo que " todos somos iguales ante la ley y tenemos el mismo derecho de manifestación y de legítima defensa" (Ledesma, 2011). También puede verse un vídeo con ese comunicado en la web de la comisión (http://diversitatfuncional15m.wordpress.com/2011/07/14/comunicado-de-sebastian-ledesma/).

alegre al celebrar su diversidad visiblemente, como cuerpo narrado y crítico al participar activamente en debates públicos…). Por tanto, poner el cuerpo en la plaza permitió hilvanar otras formas de estar *en* común. Permitió existir, porque existir es un ejercicio de exposición, un acontecer que sucede en el ponerse en común. Esta manera de comprender la existencia alude a un habitar (los espacios y el cuerpo) que produce la misma geografía. Eventualmente durante la ocupación de la plaza se produjo este nuevo modo de habitar los espacios y el cuerpo. Los manifestantes acampados (ex)pusieron sus cuerpos *en* común creando cierta conciencia de cuerpo-común. Como hemos visto, esto se alimentó con la creciente idea de precariedad/vulnerabilidad que estalló particularmente durante la ocupación. Sobre esto, son relevantes algunos testimonios que aluden a la sensación de haberse sentido confortablemente acompañados, durante esos días, en sus vidas precarias[22]. Así, la precariedad tomaba otras formas y generaba otros sentimientos al ponerla en común. Por tanto, exponer la vulnerabilidad estuvo directamente relacionado con un nuevo tipo de anudamiento social.

6. Conclusiones

Podemos entender el 15M como el prototipo de una nueva forma de participación que categorizamos como "participación por irrupción"[23] y en un formato abierto que permitió la confluencia y alianza de personas que hasta ese momento habían luchado por separado o que, directamente, nunca antes habían estado movilizadas políticamente. Este espacio de intercambio permitió que se introdujeran en la agenda política nuevos debates, implicando a más personas y desde nuevas formas de acción.

En el caso de las comisiones de diversidad funcional, podemos decir que lo que venía ensayando el FVID, en su trayectoria de movilizaciones, se extendió y generalizó a un grupo más amplio de personas concernidas por el fenómeno de la discapacidad. A consecuencia del creciente proceso de precarización del conjunto de la población y a la propia crisis del sector de la discapacidad, se planteó la necesidad de construir nuevas alianzas políticas, de tal manera, que las mejoras que

---

[22] Testimonios recogidos durante observaciones realizadas en las acampadas del 15M-

[23] Según Martínez, los procesos de participación por irrupción o autónomos serían los protagonizados por parte de colectivos y organizaciones sociales que (sin la administración) intervienen espontáneamente en la esfera pública con sus reivindicaciones, propuestas y creación de proyectos colectivos. La participación por irrupción se contrapone en cierto modo a la participación por invitación. Es decir a aquella que utiliza mecanismos establecidos por la administración pública en cualquiera de sus niveles municipal, autonómico, estatal o supraestatal (2006: 6).

se consiguieran para las personas con discapacidad estuvieran enmarcadas, también, en una mejora para el conjunto de la población (Jiménez y Huete, 2010: 150). El encuentro de las comisiones de diversidad funcional con las lógicas del 15M ha contribuido a producir un cambio y a concienciar sobre la necesidad de transformar los modos de hacer política del colectivo de personas con discapacidad. A saber, por ejemplo, extendiendo el uso político del cuerpo como arma de resistencia. Es decir, en las comisiones de diversidad funcional se observa otro punto de inflexión en los modos históricos de militar, caracterizado por un creciente uso político del cuerpo. Este uso se distingue de otros por la importancia política que toma aquí la vulnerabilidad y la lucha encarnada desde aquella.

Los debates y acontecimientos surgidos en la acampada dieron cuenta de un anudamiento social mediado por una nueva clase de *precariado* y sentimiento de fragilidad. Esta conciencia abrió un lugar para la diversidad funcional que alejó la vulnerabilidad de la ocultación o la vergüenza. A su vez, supuso también, la problematización de otros temas significativos. A saber, petición de mínimos vs cambio de fundamento social, luchas particulares vs intereses comunes, construcción de lo común sin exclusiones, entre otros.

Las comisiones de diversidad funcional ratificaron la conciencia general de vulnerabilidad y mostraron una nueva gestión política de esta. Hasta la fecha se había subrayado e insistido tanto en la autonomía y autosuficiencia que la dependencia se había convertido en una cuestión vergonzante. Lo señalado hasta aquí muestra la tendencia de regeneración y promoción de un nosotros distinto que recupera el *alter* y la conciencia de finitud y vulnerabilidad. Y esto, como decíamos, señala a su vez, nuevas formas de lucha encarnada y politización de los cuerpos.

En síntesis, el fenómeno de la discapacidad se ve alterado a la luz de la crisis y el cambio de paradigma. Toma una nueva significación y un nuevo rumbo en la conciencia de finitud y vulnerabilidad. El ser precario apunta al uso político del cuerpo como estrategia política de reivindicación. Desde aquí la discapacidad supone una inédita ontología del ser humano, no por nueva sino por olvidada y rechazada a golpe de violencia. Esta ontología está más relacionada con la apertura indefinida de lo que es el ser humano (como precario y dependiente) que con el cierre de lo que somos. La discapacidad supuso en las movilizaciones un símbolo de lo desterrado. Una posibilidad para comprender la realidad del ser humano que cambie el mismo modo de pensarse y pensar las diferencias y, con ello, modifique las relaciones que se establecen con el mundo y los otros.

Bibliografía

Barnes, Colin, Mercer, Geof y Tom Shakespeare. 1999. *Exploring Disability. A Sociological Introduction.* Cambridge: Polity Press.

Beckett, Angharad E. 2006. *Citizenship and Vulnerability. Disability and Issues of Social and Political Engagement.* London: Palgrave Macmillan.

Butler, Judith. 2004. *Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence.* London – New York: Verso.

Centeno Ortiz, Antonio. 2012. "Marco legislativo de la dependencia. Una visión crítica desde los derechos humanos", en Asun Pié, coord., *Deconstruyendo la dependencia: propuestas para una vida independiente.* Barcelona: UOC.

Clements, Luke y Jane Read. 2008. *Disabled People and the Right to Life.* New York: Routledge.

Consejo Económico y Social de Naciones Unidas. 2012. "Examen de los informes presentados por los Estados partes en virtud de los artículos 16 y 17 del Pacto Observaciones finales del Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, España", 6 de junio de 2012. Disponible en web: www2.ohchr.org/english/.../E.C.12.ESP.CO.5_sp.doc

Corsín Jiménez, Alberto. 2007. "Cooperación y procomún: relaciones antropológicas", *Archipiélago: cuadernos de crítica de la cultura*, 77-78: 27-32.

Díaz Velázquez, Eduardo. 2008. "El asociacionismo en el ámbito de la discapacidad. Un análisis crítico", *Intersticios*, 2 (2): 183-195. Disponible en web: http://www.intersticios.es/article/view/2715/3127

Fierro, Alfredo. 1984. "España: Historia Reciente", en Richard C. Scheerenberger, *Historia del Retraso Mental.* San Sebastián: SIIS.

Esposito, Roberto . 2009. *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Barcelona: Herder.

Ferreira, Miguel A.V. 2010. "De la minus-valía a la diversidad funcional: un nuevo marco teóricometodológico", *Política y Sociedad*, 47 (1): 45-65. Disponible en web: http://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/22816

Gómez Jiménez, Núria. 2012. "Vida independiente: instrumentos para garantizar el cambio de paradigma", en Asun Pié, coord., *Deconstruyendo la dependencia: propuestas para una vida independiente*. Barcelona: UOC.

Haro Barba, Carmen y Víctor Sampedro Blanco. 2011. "Activismo político en Red: del Movimiento por la Vivienda Digna al 15M", *Revista Teknocultura*, 8 (2): 167-185. Disponible en web: http://teknokultura.net/index.php/tk/article/view/14

Jiménez Lara, Antonio y Agustín Huete García. 2010. "Políticas públicas sobre discapacidad en España. Hacia una perspectiva basada en los derechos", *Política y Sociedad*, 47 (1): 137 - 152. Disponible en web: http://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/22848/0

Ledesma, Sebastián. 2011. "Testimoni del lector", en *La Vanguardia*, 1 de junio de 2011. Disponible en web: http://www.lavanguardia.com/participacion/20110601/54164400665/els-mossos-d-esquadra-van-agredir-me.html

Maraña, Juan José y Manuel Lobato. 2003. "El movimiento de Vida Independiente en España", en Jordi Vidal García Alonso, coord., *El movimiento de Vida Independiente. Experiencias Internacionales.* Madrid: Fundación Luis Vives. Disponible en web: http://sid.usal.es/libros/discapacidad/6418/8-1/revista-enlace.aspx

Martínez, Zesar. 2006. "Globalización política y crisis democrática; retos para las ciencias sociales desde una perspectiva educativa", en *Propuestas para otra globalización. Relatorías de los seminarios,* octubre 2005 - febrero 2006. Instituto de Estudios sobre el desarrollo y Cooperación, Universidad del País Vasco. Disponible en web: http://www.hegoa.ehu.es/congreso/bilbo/cas/Relatoriagrupo3def.pdf

Mitra, Sophie. 2006. "The Capability Approach and Disability", *Journal of Disability Policy Studies,* 16 (4): 236 –247. DOI: 10.1177/10442073060160040501

Muñoz, Alba. 2011. "Del síndrome Wikileaks a la democracia 2.0. Las redes sociales y el 15-M", en VVAA, *Las voces del 15-M*. Barcelona: Los libros del Lince. Disponible en web: http://archive.org/details/LasOcesDel15m

Nez, Héloïse. 2012. "Entre los militantes y los laboratorios deliberativos: el 15-M", en Benjamín Tejerina e Ignacia Perugorría, eds., *From Social to Political. New Forms of Mobilization and Democratization. Conference Proceedings.* Bilbao: Universidad del País Vasco. Disponible en web: http://identidadcolectiva.es/index.php?option=com_content&view=article&id=326:s&catid=28:simposia&Itemid=48

Nussbaum, Martha C. 2006. *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*. Buenos Aires: Katz Editores.

-----.2007. *Las fronteras de la justicia. Consideraciones sobre la exclusión.* Barcelona: Paidós.

Palacios Rizzo, Agustina y Javier Romañach Cabrero. 2006. *El modelo de la diversidad. La Bioética y los Derechos Humanos como herramientas para alcanzar la plena dignidad en la diversidad funcional.* Santiago de Compostela: Diversitas Ediciones.

Palacios Rizzo, Agustina y Francisco José Bariffi. 2007. *La discapacidad como una cuestión de derechos humanos. Una aproximación a la Convención Internacional sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad.* Madrid: Cinca.

Pérez, E. 1992. "Radiografía de un cuento de nunca acabar", en Antoni Vilà, ed., *Crónica de una lucha por la igualdad.* Barcelona: Institut Guttmann.

Planella, Jordi y Asun Pié. 2012. *Militancia y diversidad funcional*. Barcelona: UOC.

Pié, Asun, coord., 2012. *Deconstruyendo la dependencia: propuestas para una vida independiente.* Barcelona: UOC.

Requena Aguilar, Ana. 2011. "Una crónica del 15-M", en VVAA, *Las voces del 15-M.* Barcelona: Los libros del Lince. Disponible en web: http://archive.org/details/LasOcesDel15m

Romanos, Eduardo. 2011. "El 15M y la democracia de los movimientos sociales", *La Vie des Ideés.* 18 de noviembre de 2011. Disponible en web: http://www.booksandideas.net/El-15M-y-la-democracia-de-los.html

Romañach, Javier y Manuel Lobato. 2005. *Diversidad Funcional, nuevo término para la lucha por la dignidad en la diversidad del ser humano.* Madrid: Foro de Vida Independiente. Disponible en web: http://www.forovidaindependiente.org/node/45

Taibo, Carlos. 2013."The Spanish *indignados*: A movement with two souls", *European Urban and Regional Studies,* 20 (1): 155- 158.

Tejerina, Benjamín e Ignacia Perugorría. 2012. "Continuities and Discontinuities in Recent Social Mobilizations. From New Social Movements to the Alter-Global Mobilizations and the 15M", en Benjamín Tejerina e Ignacia Perugorría, eds., *From Social to Political. New Forms of Mobilization and Democratization. Conference Proceedings.* Bilbao: Universidad del País Vasco. Disponible en web: http://identidadcolectiva.es/index.php?option=com_content&view=article&id=326:s&catid=28:simposia&Itemid=48

Toboso Martín, Mario. 2013. "De los discursos actuales sobre la discapacidad en España", *Política y Sociedad,* 50(2): 681 -706. http://dx.doi.org/10.5209/rev_POSO.2013.v50.n2.39007

Toret, Javier, coord., 2013. *Tecnopolítica: la potencia de las multitudes conectadas. El sistema red 15M, un nuevo paradigma de la política distribuida.* Barcelona: Internet Interdisciplinary Institute (IN3) - Universitat Oberta de Catalunya (UOC). Disponible en web: http://journals.uoc.edu/ojs/index.php/in3-working-paper-series/article/view/1878

Turner, Bryan S. 2006. *Vulnerability and Human Rights.* Pennsylvania: The Pennsylvania State University.

STANDING, GUY. 2011. *THE PRECARIAT: THE NEW DANGEROUS CLASS.* LONDON: BLOOMSBURY ACADEMIC. EN LÍNEA EN: DOI: 10.5040/9781849664554

----- 2012. "THE PRECARIAT: FROM DENIZENS TO CITIZENS?" *POLITY*, 44 (4): 588-608. DOI:10.1057/POL.2012.15.

Sutton, Bárbara. 2007. "*Poner el Cuerpo*: Women's Embodiment and Political Resistance in Argentina". *Latin American Politics and Society*, 49 (3): 129 -162. DOI: 10.1111/j.1548-2456.2007.tb00385.x

Reseñas

Emanuela LOMBARDO
Universidad Complutense de Madrid
elombard@ucm.es

SÁNCHEZ DE DIOS, M. (2012). Política comparada. Madrid, Síntesis.

Las investigaciones comparadas, tanto de pocos como de muchos casos, siguen siendo fundamentales en la comprensión y explicación de los fenómenos políticos, como muestran los numerosos trabajos comparados publicados en las principales revistas académicas de Ciencia Política. La Política Comparada es una disciplina cada vez más relevante en los planes de estudio actuales para que estudiantes de Ciencia Política tengan instrumentos teóricos y metodológicos para comprender el 'por qué' y el 'cómo' ocurren procesos de cambio político como la difusión de la democracia en el mundo, las transiciones, o las reformas institucionales. No es de extrañar que exista por lo tanto un *corpus* de estudios considerable en esta disciplina.

Dado que la Política Comparada aplica un método concreto –el comparado- al estudio de un objeto muy amplio, ya que incluye todos los contenidos de la Ciencia Política, desde las instituciones a los procesos y resultados de la política, los manuales de Política Comparada han tenido inevitablemente que seleccionar, según el criterio de quien los escribe, determinados contenidos, enfoques, y estudios comparados. Algunas obras –como la de Sartori y Morlino (1994) – se han centrado en explorar la lógica de la comparación en las ciencias sociales en general, destacando los problemas principales con los que debe lidiar quien quiera comparar los fenómenos sociales. Trabajos clásicos como el de Lijphart (2000) han puesto el énfasis en el contenido de la política comparada, realizando una comparación y clasificación de diferentes modelos de democracia. Morlino se ha dedicado, en diferentes libros, al análisis tanto de los contenidos de la política comparada -las democracias, autocracias, y transiciones- (Morlino, 2009) como del método para hacer investigaciones comparadas (Morlino, 2010). Otras obras abordan tanto el objeto como el método de la Política Comparada. Landman (2011) introduce el método comparado y lo ilustra con una selección de temas debatidos en diferentes estudios comparados. Laiz y Román (2003) abordan objeto, método y teorías de la Política Comparada,

haciendo a la vez una revisión de los conceptos principales de la Ciencia Política. Pasquino (2004) aplica el método comparado al análisis de cinco sistemas políticos elegidos deliberadamente para reflejar una variedad de formas de gobierno.

El manual de Sánchez de Dios se inserta en el *corpus* existente en el ámbito de la Política Comparada -que es mucho más extenso de lo que la selección de trabajos que se acaba de mencionar deja suponer- poniendo el foco especialmente en el contenido y en las teorías de la Política Comparada. El libro introduce el sistema político como el objeto clave de la comparación y trata las teorías que han ofrecido herramientas para comprender los sistemas políticos, desde la teoría general de sistemas, al estructural-funcionalismo, o la teoría cibernética (capítulo 1). Explora el contexto socio-económico de los sistemas políticos, analizando la relación entre política y economía a través del caso de la reforma económica en China, los estados de bienestar, y el papel que los grupos sociales, las élites políticas, y la cultura política en general desempeñan en los sistemas políticos (capítulo 2).

Para identificar los factores principales que determinan el cambio político, el libro de Sánchez de Dios introduce diferentes teorías sobre desarrollo, cambio, y conflicto de los sistemas políticos (capítulo 3). En este ámbito teórico es donde el autor pretende ofrecer su principal contribución a los manuales de Política Comparada existentes. En el capítulo se da especial relevancia a la discusión de las teorías que tratan de comprender la modernización política – sobre todo a partir de Huntington- y se centra el análisis tanto en las pautas de modernización de las sociedades como en el grado de institucionalización de los sistemas políticos, ofreciendo ejemplos de modernización del estado en diferentes áreas del mundo. El debate sobre teorías de la revolución incluye no solamente la teoría clásica de la lucha de clase de Marx, sino también la visión normativa de Arendt -que identifica en cada revolución unos rasgos característicos de novedad, liberación, violencia, e historicidad del proceso- y la teoría de Skocpol que reúne dos elementos importantes: la movilización popular entendida como participación del pueblo en la vida política, y el reforzamiento de las estructuras de poder estatal que impulsan la construcción del Estado nación.

Sánchez de Dios dedica los últimos dos capítulos al análisis y clasificación de autocracias y democracias. Describe las características de los principales tipos de régimen autocrático, el totalitario y el autoritario, con referencia a las definiciones clásicas de Arendt sobre el primero y de Linz sobre el segundo. Hace una clasificación de los regímenes autoritarios - a partir de las investigaciones de Linz, O'Donnell, y Morlino- que incluye casos de especial interés en la actualidad política como el régimen islamista de Irán y el régimen comunista de China (capítulo 4). Trata las democracias teniendo en cuenta conceptos y teorías, discutiendo entre otras la teoría normativa de Arendt de la democracia como gobierno del pueblo que tiene capacidad para actuar de manera concertada, la crítica de Habermas a los límites de la democracia parlamentaria en relación con los cauces de participación ciudadana, y la teoría pluralista de la democracia de Dahl. Se detiene en la discusión de las tipologías para clasificar los sistemas políticos democráticos, incluyendo la distinción de Lijphart entre democracias mayoritarias y consociacionales y la

clasificación de los sistemas políticos según su forma de gobierno, centrándose sobre todo en el análisis de parlamentarismos y presidencialismos, con obvia referencia, en este último caso, a América Latina. En el capítulo 5 el autor analiza los procesos de transición y consolidación democrática a partir del trabajo de Huntington sobre la 'tercera ola' de transiciones a la democracia. Finalmente, en el mismo capítulo se trata la cuestión candente de la calidad de la democracia y los criterios para su evaluación, que- según subrayan Diamond y Morlino – incluyen resultados, contenido, y procedimiento, sin olvidar la alusión a las principales instituciones que caracterizan los sistemas políticos democráticos

En su conjunto, en relación con otros manuales de Política Comparada que ponen el énfasis en la metodología de comparación o buscan un equilibrio entre objeto y método, este libro se centra más en el contenido que en el método de comparación. Por lo tanto, aun considerando que la información acerca del método comparado tendrá que integrarse recurriendo a otras fuentes bibliográficas, se considera que, gracias a su atención a las teorías y el contenido de la Política Comparada, la obra contribuye a promover el conocimiento de la disciplina y a guiar a lectoras y lectores, con más o con menos experiencia en este ámbito de estudio, en la comprensión de los fenómenos políticos actuales.

Bibliografía

Laiz, C. y Román, P. (2003) *Política Comparada* Madrid: McGraw-Hill.
Landman, T. (2011) Política Comparada Madrid: Alianza Editorial.
Lijphart, A. (2000) Modelos de democracia. Formas de gobierno y resultados en treinta y seis países Barcelona: Ariel.
Morlino, L. (2009) Democracias y democratizaciones Madrid: CIS.
Morlino, L. (2010) Introducción a la investigación comparada Madrid: Alianza.
Pasquino, G. (2004) Sistemas políticos comparados Buenos Aires: Prometeo.
Sartori, G. y Morlino, L. (eds.) (1994) La comparación en las ciencias sociales Madrid: Alianza.

Reseñas

Sílvia Ferreira
Instituto de Filosofia da Faculdade de Letras da Universidade do Porto
silvia.marferr@gmail.com

RENDUELES, César (2013): Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital, Madrid, Capitán Swing.

Google is changing your life! La afirmación resuena familiar y epidérmica a las buenas consciencias tecnocráticas y al anonimato incólume del bien pensar circulante. El imaginario tecnocientífico contemporáneo está permeado por una percepción social de la tecnología que condiciona políticamente otras alternativas sociales y económicas. Es muy sintomático que casi de forma inmediata, cualquier perspectiva crítica sobre los dispositivos tecnológicos y sus modalidades de uso se la califique como luddita en su sentido peyorativo, retrógrado. Se percibe que las articulaciones económicas, políticas y tecnológicas sufren, según Rendueles, de una patología cada vez más presente en las estructuras de la vida cívica: la sociofobia. El ciberfetichismo es uno de sus síntomas más alarmantes pues narcotiza al público y socava la posibilidad de otras prácticas, la apertura a deliberaciones sociales alternativas. Esta representación hegemónica borra consecuentemente cualquier expectativa de un futuro común emancipador y al tiempo incapacita a la sociedad para compartir un horizonte democrático común.

La comprensión utópica de las tecnologías se refleja en la ideología del mercado perfectamente internalizada por las instituciones y prácticas civiles. Empresas megalómanas como Google o Facebook se apropian, por medio de la extracción y privatización de la vida cotidiana (data mining), de un caudal de datos recopilados para explotación privada, exponiéndolos de esta manera a la especulación y a las leyes del mercado. Al mismo ritmo de la despolitización institucional y de la mercantilización generalizada, crece la privatización y publicitación de lo íntimo sin regulación política o jurídica alguna, sin conciencia social.

Que existe un fallo teórico en las concepciones sociales de la tecnología resulta evidente. Pero ello se debe más a los estilos consumistas de los modelos vitales que restan capacidad de acción política pues la reducen a un escaparate de elecciones posibles, establecido previamente, en las que las “preferencias” del consumidor

serían el modelo paradigmático de voluntad libre. Eugeny Morozov afirma que el monopólio empresarial de los gigantes tecnológicos son un obstáculo para la propia innovación y competitividad del mercado. Por ello motores de búsqueda más potentes y redes sociales digitales claramente más seguras en cuanto a la privacidad no tienen posibilidad alguna para prosperar como alternativas. En este sentido es importante pensar algún método para devolverlos al dominio público, como por ejemplo un acuerdo de instituciones internacionales para recuperar la gestión de los datos apropiados indebidamente. El acceso de cada usuario en la red está mediado por los algoritmos filter bubble (Eli Pariser) que han sido patentados y se administran por empresas que disponen de información privilegiada, cedida ésta gratuitamente y con notoria falta de información por parte de los usuarios.

En los capítulos primero y segundo de este libro el lector puede encontrar un análisis de relaciones posibles entre las prácticas neoliberales y su traducción en la esfera digital. El "internetismo", término que remite de nuevo a Morozov, fragmenta la percepción colectiva de lo social, sustituye y produce una simulación "farmacológica" de lo político. La opción entre el modelo de individualismo exacerbado y el de administración pública centralizadora es, como se sabe, una falacia y revela el simplismo de una idealización formal en el campo de las interacciones sociales. O peor aún, se trata de una dominación política de un grupo minoritario que hace todo lo posible para que este orden se mantenga en interés propio. De modo inmediato e ilusorio, ignorando el alcance inmanentemente conflictivo de lo político, se piensa una y otra vez que la tecnología profundizará en la sociabilidad y en las coordenadas de la experiencia personal. Con frecuencia se entienden así estas tecnologías como mediadoras neutrales y no como dispositivos que engarzan las relaciones y las percepciones de cada uno de nosotros. No se considera así sus innegables connotaciones e implicaciones ideológicas. Marshall MacLuhan ya afirmaba hace mucho tiempo que tras los contenidos de los sistemas de información y de comunicación existen mensajes políticos empotrados en su diseño: el medio es el mensaje.

La paradoja fundamental de la sociedad contemporánea, como señala Rendueles, se encuentra en el fracaso de las promesas que las ciencias sociales, otrora intérpretes acreditadas de la inteligibilidad social como un todo. Ellas mismas ahora como nunca se encuentran imbuidas de percepciones y prácticas sociales. Dicho de otra manera; es cierto que la sociedad se escapa rápidamente de cualquier tentativa de formalización universalista dentro de estructuras cognitivas. La retórica vana de las tecnologías participativas y potencialmente democráticas oculta y pone en riesgo la constitutiva resistencia de lo político a ser racionalizado. El precio cívico de esta incomprensión es socialmente muy alto.

Si bien el análisis del autor sobre la actual histeria digitalista es pertinente hay que señalarle algunas reservas como por ejemplo la interpretación que en el libro se hace del movimiento copyleft. Se lo aproxima así a una ideología milenarista basada en la universalización de virtudes, en la organización espontánea en red, en la economía de la abundancia y en una inteligencia dirigida per se a la sociedad. La parcialidad del análisis de Rendueles en este asunto se debe a su asociación del copyleft con la falta de implicación de los individuos en tales colectividades. Pero

esta crítica no es del todo aplicable a las ideas o a las prácticas tanto de lo movimientos a favor del software libre o a las licencias de creative commons. No es exacto afirmar que la participación en Internet consista solamente en un conglomerado de episodios ejecutados desde la inmediatez o desde una falta de compromiso lúdica. No se puede hacer equivaler un proyecto como la Wikipedia a las enciclopedias tradicionales. En la primera aparece un modelo ético y político del conocimiento distinto, una función diferente del tejido social y de la distribución de las actividades de los diferentes agentes que colaboran en ella. En la Wikipedia se trata de un conocimiento libre que ha de comprenderse no como el producto de una inteligencia desenraizada o individualista, de autor en su sentido romántico, sino sobre todo como una práctica social de conocimientos compartidos.

También parece existir en el libro una cierta nostalgia por un modelo identitario moderno y analógico, de un sujeto implicado físicamente en un espacio físico concreto, en las calles de cualquier urbe. Esta identidad se contrapone a la efemeridad de performances y contribuciones puntuales en red y recupera la substancialidad subjetiva y el compromiso duradero de la implicación política, esto es, regida por el espacio arendtiano de proximidad de contacto e interacción analógica. Pero por otra parte ¿no contradice el valioso legado de drama em gente de Pessoa y su elaborada práctica de los heterónimos? ¿No introducen Nietzsche y Foucault la heteronomía en el centro de su producción filosófica? ¿Habrá que olvidarlos?

Rendueles se coloca muy próximo a los análisis de Zizek, especialmente en su noción de mundo digital entendido como interpasividad en red. También de Jodi Dean y su sagaz crítica de la falta de proyecto político en la izquierda contemporánea y su contradicción más sonora: su sorprendente fusión con dinámicas a las que era originariamente contrarias como el individualismo neoliberal, el consumismo o la fragmentación política. Perversamente son los ideales democráticos – un mundo en el que somos libres e iguales aparentemente, donde seríamos supuestamente definidos por relaciones horizontales y colaborativas – que están al servicio de un orden y productividad sociales injustos. Al tiempo, en este mundo y cada vez más se precipita en la invisibilidad y la exclusión de millones de ciudadanos. Entre estos están las figuras del desempleado, del desahuciado, de las víctimas de los productos financieros, de todas las modalidades del precariado, centrales para las nuevas políticas de reestructuración del estado del bienestar. El homo sacer de Agamben no es por tanto una figura al margen de nuestra palestra política sino un elemento clave. Éstas encuentran en la noción de deuda soberana la fuerza para someter y despolitizar al ciudadano y consecuentemente así reorganizar la convivencia.

La propuesta crítica respecto a la fetichización tanto de los aparatos tecnológicos como de los propios ideales democráticos, es presentada por Rendueles en el tercer capítulo con una tesis un tanto problemática basada en una ética del cuidado. Descansa esta ética en la idea de codependencia como motor de una posible regeneración social, una vuelta para considerar las relaciones humanas desde la comunidad y desde la fragilidad. Esto contrasta fuertemente con el discurso de la racionalidad y autonomía modernas, las cuales, paradójicamente, han terminado confinando a los individuos en sus apetitos, impulsos y preferencias consumistas. Sin duda antes que

una apetencia naturalizada para consumir bienes y servicios, el consumismo se convierte en una configuración identitaria del sujeto. En ella subyace una sociedad diseñada según un patrón cuantitativo conformado por relaciones puntales, sin compromisos y, en cierta medida, accidentales.

Resulta problemática la idea de una aplicación social de una ética del cuidado, de vínculos comprometidos con una continuidad. Rendueles no llega a detallar las posibilidades de realización personal o institucional de esta ética. No resulta evidente que sea deseable fuera de toda duda. El cuidado puede ser una forma aparentemente dócil de disponer y pacificar aspiraciones contrarias al poder hegemónico. Rendueles se aproxima en parte al análisis heideggeriano de una filosofía que encuentra en el "cuidado", una categoría estructurante y por tanto central. Heiddeger, sin embargo, se aleja de un horizonte ético del cuidado por las personas o del mundo en sentido ético-antropológico.

Cuidar en el sentido personal y cívico implica una postura que rediseña papeles y poderes, cartografía relaciones y que al fin y a la postre potencia la descapacitación identitaria y política del otro. En el caso estatal supone a un adelgazamiento de lo cívico, antidemocrático en sí mismo. Dentro de este movimiento de amputación subjetiva, los ciudadanos se convierten en súbditos o sujetos en pleno sentido foucaultiano.

Una gran mayoría desearía que el mundo fuera de otra manera. La incapacidad política para realizar alternativas que también es aplicable a la inutilidad teórica de los grandes tratados de buenas intenciones éticas testimonia precisamente la resistencia de una complejidad política que no se deja aprehender. También en esta incapacidad de encontrar un equivalente empírico a una identidad continua, individual o colectiva dificulta el modo cómo la imaginación institucional podrá combatir las fuerzas y los flujos económico-políticos a escala global. La valoración de Rendueles, con frecuencia de carácter moral, de la cultura internet a partir de la categoría marxiana de fetichismo y su asociación a una cultura de lo lúdico trata de ser excesivamente abarcadora. Por ello incurre en un universalismo también utópico que no tiene en cuenta contraejemplos decisivos como las comunidades digitales implicadas en la transformación física de los espacios urbanos o los grupos de afectados. De igual modo no es cierto que el argumento de que los cibernautas cuando comparten fotografías adorables de animales de compañía, los famosos gatos, muestren con tal actividad la naturaleza antipolítica del ambiente digital.

La primacía del cuidado y la relación presencial podría indicar rastros de cierto anacronismo, visible por ejemplo en las críticas al creciente comentarismo blogista, a la circulación de opiniones indiscriminadas y a la falacia pos-política de internet como espacio público expandido e ilustrado. Pero si pensamos que este análisis es conservador solo lo será en la medida en que no se indica que en Internet se puede, además, crear relaciones de activismo político, herramientas de concienciación y de participación física y digital. La prevención analógica de minusvalorar la multiplicación de opiniones en Internet puede tener el efecto peligroso del repudio elitista ante la agitación inauténtica de la vida cotidiana en la que la multitud toma las calles de nuestras ciudades. Mirar el espacio digital como un espacio social comple-

jo implica que se le reconozca también una potencialidad constituyente y de esa manera no sea tan solo el telón de fondo para nuestras incapacidades políticas fetichizadas.

Reseñas

Alba Alonso Álvarez
Universidad de Santiago de Compostela
alba.alonso.alvarez@gmail.com

Platero, Raquel (Lucas) (ed.), Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada, Bellaterra, Barcelona, 327 pags., ISBN: 978-84-7290-603-7

La obra *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada* editada por Raquel (Lucas) Platero constituye una novedosa aportación al estudio de las sexualidades no normativas en el contexto español. Por primera vez, se elabora una monografía que se aproxima a dicho ámbito desde la perspectiva del concepto de interseccionalidad. Se trata de un término que ha ganado gran relevancia en el marco de la literatura que aborda el estudio de la/s desigualdad/es (género, etnia, sexualidad etc.), así como de aquella otra que se centra en el análisis de las políticas públicas que se diseñan para combatirlas. En esencia, este concepto pretende señalar que los diferentes ejes de desigualdad y/o discriminación no resultan totalmente independientes, sino que están interconectados. De este modo, las personas experimentan sus efectos conjuntos y de manera difícilmente separable. La introducción de esta perspectiva de gran complejidad ha removido los cimientos de múltiples campos de estudio, que tradicionalmente habían apostado por enfoques unitarios en los cuales la atención estaba puesta sobre un solo tipo de desigualdad. Igualmente, ha comenzado a tener un cierto impacto en el ámbito institucional a través de normas y actuaciones que por primera vez visibilizan la hetereogeneidad y diversidad de las personas hacia las que van dirigidas. En este caso, la apuesta de la Unión Europea por abordar las desigualdades múltiples emerge como una variable relevante para entender este cambio reciente (Krizsan, Skjeie, Squires, 2012).

Este trabajo colectivo propone por primera vez en el contexto español incorporar de modo sistemático la perspectiva de análisis compleja propuesta por el concepto de interseccionalidad. Sugiere su innegable utilidad y pertinencia para analizar las desigualdades relativas a las sexualidades no normativas. Así, *Intersecciones…* comienza por defender en su introducción la necesidad de abandonar perspectivas precedentes en las cuales el género, la clase social o la orientación sexual eran concebidos como compartimentos estancos, mientras que las personas que experimentaban más de un tipo de desigualdad eran sistemáticamente ignoradas (mujeres

pobres, gitanos LGTBQI etc.). Sus autores/as proponen, sin embargo, incorporar la perspectiva de análisis y las preguntas de investigación que acompañan al término interseccionalidad, de modo que se abandonen los análisis simplificadores que no permiten reconocer los privilegios ni identificar las vulnerabilidades de modo efectivo. Así, se invita al investigador/a a experimentar *"el riesgo de aceptar la complejidad"* (p. 11).

La introducción resulta extremadamente interesante para un/a lector/a no iniciado/a en este tipo de temáticas. De este modo, se realiza un profuso recorrido por la historia y el significado del término interseccionalidad, ejercicio que no había sido realizado anteriormente en el contexto español. Por una parte, se aborda su introducción en el ámbito estadounidense gracias a la innegable contribución de movimientos sociales y académicas vinculadas esencialmente a las luchas por la visibilización de las opresiones sufridas por las mujeres negras. Por otro lado, el texto proporciona una amplia descripción de los diferentes abordajes que se han realizado en lo relativo a este concepto. De este modo, las definiciones y clasificaciones aportadas por autoras clave como McCall, Hanckok o Crenshaw son detalladamente descritas. Además, se realiza una primera aproximación a su utilización en el Estado español, aspecto que no había sido abordado con anterioridad.

Sin embargo, la introducción elaborada por Raquel (Lucas) Platero tiene el valor añadido de proporcionar un acercamiento propio al concepto de interseccionalidad. En opinión del autor, la metáfora de la intersección, utilizada para visibilizar el modo en el que se cruzan las desigualdades, ha resultado útil. No obstante, en muchas ocasiones ha derivado en una concepción de estas como entidades independientes que es posible tratar de modo sumativo o aditivo –dos, tres…desigualdades acumuladas-. En el texto se propone, por el contrario, concebir explícitamente la interseccionalidad como una maraña, esto es, como un conjunto de ejes que se entretejen y que generan situaciones y experiencias concretas. Así, el editor invita a *"fijarse en como cada una de las experiencias de una persona es fruto de la interrelación de muchas estructuras socialmente construidas"* (p. 23). *Intersecciones…* apuesta así por la noción de un sujeto situado que experimenta vivencias interseccionales, y propone que el/la investigador/a contribuya a través de una mirada compleja a visibilizarlas y a captar sus efectos. En este caso, situando a las sexualidades no normativas como eje central de análisis y como hilo conductor de este estudio.

Dado que se trata de un tema novedoso, en su primera parte, la obra recopila dos textos clásicos del análisis de la interseccionalidad. En primer lugar, recoge el texto 'Un manifiesto feminista negro' elaborado por el Combahee River Collective. Se trata de un documento de gran relevancia para la historia del feminismo, y que pone de manifiesto las discriminaciones vividas por las mujeres negras. Discriminaciones que por su simultaneidad no habían sido atendidas adecuadamente ni por el movimiento feminista ni por el antirracista. A continuación, se presenta una traducción de uno de los trabajos centrales de la literatura en materia de interseccionalidad, aquel donde Kimberlé Crenshaw acuña dicho término. De nuevo, se señalan las

vivencias diferenciadas de las mujeres negras y la incapacidad de las políticas identitarias para abordarlas.

En la segunda parte del libro, sus autores/as proponen aplicar esta nueva perspectiva de análisis al estudio de las sexualidades no normativas en el Estado español. En el primer capítulo, se aborda un ámbito largamente inexplorado, como son las experiencias de las personas con diversidad funcional. Con ayuda de las teorías *crip* y *queer*, Raquel (Lucas) Platero y Paco Guzmán contribuyen a desvelar las estrategias desplegadas por estas personas para enmascarar ambos elementos o para paliar su impacto en ciertas situaciones de su vida diaria. Así, la interseccionalidad junto con los conceptos de *passing* y enmascaramiento sirven para articular y analizar las vivencias de los/as diferentes informantes y conocer en mayor medida el modo en que construyen sus identidades.

Carmen Romero Bachiller y Raquel (Lucas) Platero, por su parte, a través de un formato innovador como el de la conversación, reflexionan abiertamente sobre las concepciones de la feminidad y la masculinidad en conexión con el estudio de las sexualidades no normativas. De este modo, proponen nuevas miradas, por ejemplo, respecto a las *femmes* y su a veces cuestionada reapropiación de la feminidad, a la vez que incorporan el concepto de diáspora para comprender los tránsitos identitarios.

En el tercer capítulo, Javier Sáez emplea el concepto de interseccionalidad para adentrarse en las políticas de lucha contra el SIDA, los osos y la cultura *bear*. El texto se centra en evidenciar la existencia de cuerpos gays normativos -jóvenes y cuidados-, frente a otros que desafían dicha normatividad como son los osos o las personas enfermas de VIH. Señala, además, la utilidad del concepto de interseccionalidad para entender el *bareback*, una práctica sexual que mina la larga lucha contra dicha enfermedad.

La propuesta de David Berná resulta igualmente interesante. La maraña interseccional se explora aquí a través de las experiencias de mujeres y hombres gitanos. La clase, la etnia y la orientación sexual son en este caso las desigualdades que se entretejen y que afectan a la identidad y las vivencias de las personas informantes. Por ejemplo, el autor evidencia la dificultad de vivir su sexualidad en una comunidad como la gitana, donde la homosexualidad es concebida como una práctica ajena, propia de la cultura paya.

El siguiente capítulo presenta una entrevista con una activista en defensa de los derechos de las personas migrantes. De nuevo se adentra en un ámbito largamente inexplorado como es la situación de aquellas personas recluidas en los CIEs (Centros de Internamiento para Inmigrantes), y además con el valor añadido de tener en cuenta la especial marginación de aquellas con una sexualidad no normativa. De nuevo, se observa como las diferentes desigualdades entretejidas tienen efectos peculiares, generando situaciones de especial vulnerabilidad, a la vez que dan lugar a estrategias afrontamiento.

En una perspectiva similar, Gerard Coll-Planas se adentra en la situación de las personas LGTB en los centros penitenciarios. De nuevo la interacción de sexualidad, identidad de género o clase social generan vivencias determinadas y marcan la

presencia de espacios de exclusión. En este proceso juegan un especial papel las propias instituciones públicas, en este caso las cárceles, como medio para reproducir la heteronormatividad.

El capítulo elaborado por Virginia Villaplana se muestra claramente complementario al anterior. De este modo, a través de un diálogo con presas transexuales y homosexuales, se muestran los efectos entretejidos de la sexualidad no normativa, la clase social y el origen. En este caso se enfatizan los procesos de agenciamiento por los cuales sus protagonistas comienzan a verse a sí mismas como agentes con capacidad de decisión sobre sus propias identidades.

En último lugar, se presenta un innovador análisis sobre los Coros y Danzas de la Sección Femenina. Su autora propone un enfoque postcolonial y *queer* para abordar la forma en que las mujeres que pertenecían a dicha organización representaban y desafiaban las normas de género existentes. Su estética o sus comportamientos representaban así un cuestionamiento del modelo de feminidad propugnado por el régimen franquista.

En conjunto, los textos que componen *Intersecciones…* constituyen una lectura obligada para adentrarse en el estudio de la interseccionalidad. No solamente proporcionan una introducción meticulosa al concepto y a su devenir histórico, sino que realizan una propuesta concreta acerca de cómo abordar su análisis empírico, especialmente en lo referido a las sexualidades no normativas. Por tratarse de una propuesta pionera, son todavía muchos los aspectos metodológicos y empíricos a afinar y completar. Así, el desafío de adentrarse en el análisis de las desigualdades desde una perspectiva compleja plantea muchos retos y limitaciones. No obstante, este libro muestra la relevancia del trabajo meticuloso y detallado como vía para desvelar vivencias y experiencias, que se verían muy probablemente invisibilizadas en análisis más estructurados y centrados en la búsqueda de conocimiento generalizable. El valor de este libro reside además en abrir una nueva vía de análisis, en mostrar el camino hacia investigaciones que contribuyan a desentrañar la maraña interseccional.

Bilbliografía

Andrea Krizsan, A.; H. Skjeie y J. Squires (eds.) (2012), Institutionalizing Intersectionality: The Changing Nature of European Equality Regimes, Palgrave McMillan